

M. A. SECHEHAYE

La realización simbólica
y
Diario de una esquizofrénica

*Exposición de un nuevo método
psicoterapéutico*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en francés, de *La realización simbólica*, 1947
Primera edición en francés del *Diario de una esquizofrénica*, 1950
Primera edición en español, 1958
Segunda edición en español, 1979
Novena reimpresión, 2008

Sechehaye, M. A.

La realización simbólica y Diario de una esquizofrénica: exposición de un nuevo método psicoterapéutico / M. A. Sechehaye ; trad. de Jas Reuter y José Gutiérrez. — 2ª ed. — México : FCE, 1979

216 p. ; 21 × 14 cm — (Colec. Psicología, Psiquiatría y Psicoanálisis)

Título original *Le réalisation symbolique. Journal d'une schizophrène*

ISBN 978-968-16-0176-8

1. Demencia 2. Psiquiatría — Casos, Informes Clínicos, Estadística 3. Esquizofrenia — Casos, Informes Clínicos, Estadística 4. Psiquiatría — Metodología I. Reuter, Jas tr. II. Gutiérrez, José tr. III. Ser IV. t.

LC RC514 S3818

Dewey 132.1982 S444r

Distribución mundial

Comentarios y sugerencias: editorial@fondodeculturaeconomica.com
www.fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55)5227-4672 Fax (55)5227-4694



Empresa certificada ISO 9001: 2000

Título original: *Le réalisation symbolique. Journal d'une schizophrène*

D. R. © 1947, 1950, Presses Universitaires de France

D. R. © 1958, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.

ISBN 978-968-16-0176-8

Impreso en México • *Printed in Mexico*

PRÓLOGO DE LA EDICIÓN SUIZA

EN EL año de 1947 se publicó en el Cuaderno especial núm. 12 de la *Schweizerische Zeitschrift für Psychologie und ihre Anwendungen* (Revista Suiza de Psicología y sus aplicaciones),¹ una monografía de M.-A. Sechehaye con el título de *La réalisation symbolique (Nouvelle méthode de psychothérapie appliquée à un cas de schizophrénie)*. En esta publicación se narraba la historia de una curación que ha llamado considerablemente la atención, en primer lugar porque varios psiquiatras de renombre, tomando en cuenta todos los intentos de tratamiento conocidos hasta entonces, habían dado por perdido el caso, y en segundo lugar porque el largo y difícil camino de la curación había conducido al descubrimiento de un nuevo método psicoterapéutico. Ciertamente, este método se basa en los mismos principios psicoanalíticos que la terapéutica a través del juego aplicada por los psicólogos de niños; en ambos casos fracasa el psicoanálisis clásico —en el niño, debido a sus procesos intelectuales primitivos, debido a su egocentrismo, y en la esquizofrénica por su autismo, que constituía un verdadero obstáculo en el campo de la expresión lingüística; la satisfacción de las necesidades fundamentales así como la elaboración de conflictos patógenos tiene que realizarse, por lo tanto, en ambos casos en el campo del símbolo. Claro está que al tratarse de una persona adulta inteligente no podían resolverse los conflictos de la misma manera que en un niño neurótico, es decir, a través del juego, sino que antes debían descubrirse y comprenderse los símbolos individuales de la enferma.

La exposición del caso y el método seguido en el tratamiento, que en sí ya ofrece gran interés, recibió tres años más tarde, con otra publicación, el *Diario de una esquizofrénica*,² una valiosa complementación y profundización. Otros enfermos mentales nos han ofrecido exposiciones conmovedoras e instructivas acerca de sus vivencias en el transcurso de su enfermedad, como por ejemplo W. C. Beer, fundador de la “psicohigiene”, pero lo peculiar de este caso consiste en la síntesis de las exposiciones, referentes a los mismos sucesos y a las mismas relaciones, por parte del médico y del paciente. Observamos, según nos dice la autora, ambas caras de la

¹ Berna: Hans Huber, 1947.

² M.-A. Sechehaye, *Journal d'une schizophrénie* (París: Presses Universitaires de France, 1950).

medalla, y es un caso verdaderamente excepcional que la paciente haya sabido exponer sus experiencias con precisión y sensibilidad psicológica.

Después de la autoexposición por parte de la paciente, la autora presenta una interpretación del caso, en la que se dedica a analizar el fenómeno central del desarrollo de la personalidad, de la *formación del Yo*. La desintegración y reconstrucción del Yo se esclarecen tanto psicoanalítica como genéticamente (en el sentido de Piaget), y con esta visión sintética se abren nuevos horizontes para la teoría y para la práctica.

Así pues, no resulta absurda la idea de publicar ambas partes, la *Réalisation Symbolique* y el *Journal d'une Schizophréne*, en una sola obra, a pesar de que esta fusión no haya sido la intención original de la autora. Con su consentimiento se hicieron algunos pequeños cambios en el texto, que resultaron necesarios a la hora de coordinar ambas partes, con el fin de evitar confusiones y de garantizar la unidad de la obra.

GERTRUD MEILI-DWORETZKI

PREFACIO

EL EXTRAORDINARIO trabajo de la señora Sechehaye se dirige a dos tipos de lectores que, aunque diferentes, están emparentados, y cuya colaboración constituye tanto la fuente como la condición para el progreso de la investigación psicopatológica. La lectura de esta exposición, escrita particularmente para médicos y psicólogos, convencerá totalmente de este hecho. Sin duda alguna, la obra hallará un amplio grupo de lectores en este medio, cuya incansable actividad es cada vez mayor. Puesto que me hice cargo de presentar esta obra al lector, deseo ante todo hacer hincapié en el vivo interés que tuve durante su lectura. Es más que una obra de honradez y de buena fe: es una obra *vivida*. La enferma tanto como la médica la han vivido de todo corazón, si se me permite usar este término.

Los primeros intentos de tanteo y las incontables dudas que fueron surgiendo durante el tratamiento de un caso tan complicado y difícil no dejarán de impresionar a todo psiquiatra, sea cual fuere la tendencia a que pertenece. Hubo que meditar largamente sobre toda una serie de fracasos iniciales y examinarlos concienzudamente sin prejuicio alguno, antes de que la señora Sechehaye pudiese encontrar con admirable habilidad las causas de estos fracasos. Nos ofrece aquí un bienvenido ejemplo de integridad intelectual, unida a una intuición maternal de increíble seguridad.

Su pequeña paciente le ofreció por sí misma su valiosa colaboración, que consistió en ser consecuente consigo misma desde el principio hasta el fin. Herida en lo más íntimo por las circunstancias familiares desde su infancia, se sentía por completo abandonada en cuanto a afecciones y deseaba reconciliarse con este pasado "sin amor". Éste fue el primer problema por resolver.

La señora Sechehaye captó bien pronto el peligro de la situación. A primera vista, la solución parecía ser cosa del psicoanálisis, es decir, que podía considerarse el método de Freud como el adecuado. Pero una complicación dificultó la empresa. Desde su infancia, Renée sufría de una esquizofrenia evidente, unida a estados de confusión y a alucinaciones.

Pero la señora Sechehaye no se amedrentó frente a estas dificultades, sino que prosiguió sus investigaciones con encomiable paciencia y extraordinaria lucidez. Se dedicó a esta ardua labor durante las pausas entre las curaciones psiquiátricas propiamente dichas. Todo psiquiatra podría tomar como ejemplo valioso esta constancia. Mu-

cho se ganará cuando se lea cómo y con qué resultados se van alternando estas series de intervenciones médicas y psicoanalíticas. En el capítulo xi, la autora se dedica a analizarlas críticamente y con todo rigor.

Hay todavía otro problema que presenta la obra en su totalidad muy a propósito para despertar el interés de los psiquiatras. La autora lo discute en el capítulo x. Se trata de la relación existente entre los estados esquizofrénicos de confusión y los sueños infantiles de la primera infancia. ¿Es posible deducir la existencia de esta relación por el análisis de tales casos? Y si existe, ¿cuál es su naturaleza?

Hay tres hipótesis posibles:

A) No existe relación interior alguna entre las formas de expresión autística e infantil, sino que se trata de dos fenómenos enteramente distintos. El primero se refiere a un proceso autónomo, patológico, el segundo lo constituyen experiencias primarias *sui generis* de la temprana infancia. Ambos fenómenos poseen sus propias leyes y son independientes el uno del otro.

B) Hay entre ambos una relación causal y accidental. El estado de confusión no hizo sino adoptar y utilizar nuevamente la simbólica infantil, tal como había sido formada durante la niñez. La afinidad del pensamiento autístico con las formas primitivas de expresión es un hecho clínico bien conocido.

C) La relación entre estos dos fenómenos es íntima y esencial. Existe entre ellos una vinculación real y causal. Las precarias condiciones familiares ejercieron una terrible presión sobre las necesidades vitales, porque se les negaba toda satisfacción. Se trata de uno de aquellos traumas "de efecto lento y repetido", o sea de una serie de *shocks* diarios, cuyo efecto patógeno es, según se sabe, mucho más fuerte que el de un trauma único, por brutal que sea. De este modo surgieron las exigencias desesperadas y agresivas, que fueron creciendo cada vez más en el transcurso de la infancia. La suma total constituye lo que la señora Sechehaye llama "necesidad de compensación".

La pequeña Renée notó bien pronto que esta urgente necesidad no sería jamás satisfecha. Profundamente decepcionada, se dio cuenta de la inutilidad de hacer válidos "sus derechos a la vida y al amor materno". En consecuencia, no le quedó otro camino sino el de reprimir todas sus exigencias legítimas. Pero con esto no perdieron de ningún modo su fuerza inicial, sino que, por el contrario, se hicieron más intensas. Y al obtener el predominio durante su juventud, volvieron a aparecer bajo la forma de los estados de confusión.

En este sentido, hay que considerarlas como la causa dinámica de las ideas esquizofrénicas, y estas ideas deben tomarse como la satisfacción morbosa de la necesidad de compensación.

La autora se muestra completamente de acuerdo con esta tercera hipótesis. Esta conclusión tiene tanto mayor interés y peso cuanto que se ha investigado y fundamentado con un material clínico convincente.

“Sabía yo que un vehemente deseo utópico, provocado por hechos no aceptados, podía producir una ilusión que sirve a cuatro fines: compensa el dolor y el sentimiento de inferioridad, y alivia la ira y el sentimiento de culpabilidad” (ver p. 114).

Y un poco más adelante: “Renée no podía sanar, pues entre los hechos no aceptados y la ilusión se encontraba el deseo legítimo que, por no haber sido realizado nunca, causaba la fijación, la agresividad y el sentimiento de culpabilidad. Todo el problema consistía, pues, en realizar este deseo, para que ya no tuviese que ser compensado mediante la ilusión y para que pudiese darse un curso normal al impulso dinámico” (ver p. 116).

Veo ahora que aún no he puesto de manifiesto el suceso esencial de la curación de Renée.

Pasando de una desilusión terapéutica a otra, la señora Sechehaye se acercó a paso lento, pero seguro, a lo que quisiera yo llamar una “ocurrencia brillante”. Gracias a esta repentina iluminación, la exigencia fundamental de la enferma se manifestó claramente y permitió al mismo tiempo a la analista el descubrimiento de algo aparentemente muy sencillo. ¡Pero todavía había que encontrar este algo! Si tomamos la fórmula del razonamiento lógico, puede expresarse de la siguiente manera:

1. Si explico a Renée lo simbólico de su pensamiento y de sus síntomas y si trato de traducirlo a conceptos del entendimiento, no lo comprenderá. Mis explicaciones eruditas suenan a “chino” en sus oídos y, en lugar de convencerla y tranquilizarla, la confunden y la llevan a la desesperación.

2. Deduzco de ello que no hablamos la misma lengua.

3. Conclusión: Deberé servirme de su propio medio de expresión. El médico tiene que ajustarse al enfermo.

Este sencillo razonamiento se convirtió en la base del descubrimiento del *método de la realización simbólica* o, para ser más precisos, de la satisfacción simbólica de las necesidades fundamentales, afectivas, que por no haber sido satisfechas se habían mantenido despiertas continuamente. Renée había puesto en juego, hasta en-

tonces, todas sus fuerzas para satisfacer estas necesidades de una manera ficticia e indirecta, es decir, por los medios de la psicosis y de las ilusiones de los sentidos. A partir de este instante, la señora Sechehaye se esforzó, segura de la meta, en ofrecerle satisfacciones reales y concretas bajo formas infantiles, inmediatas. Tal como se procede para tranquilizar y contentar a un niño infeliz debía procederse también con Renée. Este método no consistía sino en la sustitución de la satisfacción psicótica ciega por la satisfacción plena y consciente.

En sus comienzos, todo método y toda doctrina científica requieren una validez absoluta y general. El psicoanálisis insistió más que cualquiera otra doctrina en esta exigencia. Y con esto, los discípulos creían servir dignamente al genio de su maestro. Pero es fácil descubrir las secretas influencias del pensamiento mágico en el desarrollo de todas las ciencias, sin una sola excepción. También en la historia del psicoanálisis desempeña un papel importante cierto tipo de creencia mágica y evolucionó entre los nuevos adictos a pesar de sus loables esfuerzos por luchar contra todas las manifestaciones regresivas del pensamiento mágico en sus pacientes.

Puede resumirse esta idea como sigue:

“Para hacer desaparecer definitivamente cualquier complejo, basta con explicarlo con palabras racionales o con interpretar el síntoma mediante expresiones de la causalidad inconsciente.”

Aun tratándose de una psicosis, el caso de Renée no es en modo alguno apropiado para confirmar la rigurosidad de este principio. Por el contrario, muestra su carácter relativo. Pero desde entonces hasta ahora, los psicoanalistas se han apartado nuevamente un poco de este “racionalismo aplicado” y de su rigurosa aplicación en el tratamiento de las psiconeurosis.

En primer lugar debe aclararse una importante pregunta: ¿en qué relación se encuentra la enfermedad con la personalidad? De la solución a esta cuestión preliminar dependerá el tipo del tratamiento aplicable.

Es necesario, pues, coordinar el tratamiento de la personalidad enferma, o del “yo”, según dicen los psiquiatras, con el tratamiento de la enfermedad propiamente dicha.

Pero esta coordinación sólo puede lograrse si se salvan grandes dificultades. Sin embargo, la señora Sechehaye, armada de su método original, ha resuelto brillantemente esta difícil tarea. Las huellas de su eficaz actividad se marcan claramente en la imagen de la compleja sintomatología. Lo importante fue siempre sustituir las compensaciones psicóticas estériles por satisfacciones simbólicas. Es-

tos pacientes esfuerzos se vieron coronados por un admirable éxito terapéutico. Todo psiquiatra agradecerá a la señora Sechehaye el haber enriquecido con un arma tan eficaz el arsenal bastante raquítico de la terapia esquizofrénica.

Sólo me resta felicitarla por su feliz hallazgo y por la curación de Renée. Y esta curación, cuya realidad y constancia puedo confirmar, se debe exclusivamente a este hallazgo.

DR. CHARLES ODIER

Parte primera

LA REALIZACIÓN SIMBÓLICA

(Exposición del método)

1. INTRODUCCIÓN

DESEO participar a los psicoanalistas mis experiencias con una joven enferma mental, cuya curación se confirmó hace unos años y que desde entonces no ha vuelto a sufrir recaída alguna. Se trata no sólo de una remisión (vuelta a un estado anterior), sino de una verdadera curación: el estado de mi antigua paciente permite un desenvolvimiento y un progreso psíquicos con nuevas adquisiciones espirituales iguales a los del desarrollo normal. Después de restablecida, la enferma cursó estudios superiores, obtuvo su diploma y un premio universitario y ha publicado hasta ahora dos trabajos muy estimados.

Desde un punto de vista teórico, el caso ofrece especial interés, pues no parece tratarse de un conflicto entre el Yo y el Superyó, sino de un trastorno primitivo de la formación del Yo. No es mi propósito dedicarme aquí a los numerosos problemas teóricos que ofrece el caso. Basta con echar un vistazo al tratamiento, que además nos permitirá investigar las causas del restablecimiento. Una visión clínica completa, con la exposición de las causas de la enfermedad así como del desarrollo de ésta, podrá constituir un trabajo posterior. Poseo un considerable material de observación, que abarca diez años. Pero sin más tardanza quiero comenzar a exponer el tratamiento que, en oposición a los éxitos somáticos de curación, que en nuestros días se toman en especial consideración, fue de naturaleza puramente psicológica.

El presente trabajo se basa, por lo tanto, principalmente en puntos de vista técnicos; tengo la esperanza de que en el futuro se efectuarán intentos parecidos y de que así se les ofrecerán a los enfermos, cuyas valiosas aptitudes están en peligro, cada vez más posibilidades de sanar.

A fin de cuentas, me parece que la investigación de métodos curativos coronados por el éxito permite también la elaboración de hipótesis acerca de las causas de la enfermedad.

En el aspecto físico, mi paciente enfermó a la edad de 14 años. Fue llevada a un sanatorio de montaña, especializado en personas propensas a la tuberculosis; permaneció allí cerca de dos años. Más tarde, durante la fase más aguda de su enfermedad mental, sufrió graves nefritis, pielitis y colitis, pero gozó del mejor cuidado.

En el aspecto psíquico se manifestaron a partir de su decimoséptimo año perturbaciones de la *afectividad* (indiferencia respecto a su alrededor y a los sucesos, letargia, falta de apetito, angustias, miedo

y abatimiento infundados), del *conjunto motor* (apatía, abulia, estupor, automatismos, estereotipias, mutismo relevado por la manifestación de neologismos y ensaladas conceptuales, negativismo, gritos desenfrenados, ataques de hilaridad, impulso de caminar, impulsos de suicidio, ilusiones auditivas), de la *función cerebral* (atención menguada y discontinua, asociaciones de ideas muy relajadas, fuga del pensamiento, estados de ensoñación sin contenido, perseverancia y dominación de algunas ideas, recuerdos estereotipados y ocasionalmente un incremento anormal de la memoria).

Todos los métodos de tratamiento usuales en aquella época se aplicaron sin resultado digno de mención: narcoterapia, aislamiento, ocupación, distracción. Los baños, por lo menos, la tranquilizaban. Los métodos físicos de tratamiento (terapia pirética, *shocks* de cardiazol, de insulina y eléctricos) aún no se acostumbraban y, por lo tanto, no se aplicaron. A pesar de varias estancias en sanatorios el estado no cambió, y hasta puede decirse que empeoró.

No fueron menos de quince los psiquiatras que vieron y examinaron más de cerca a Renée. Sus diagnósticos eran casi todos parecidos: esquizofrenia, hebefrenia en desarrollo, demencia precoz, paranoia esquizofrénica, esquizofrenia naciente con síntomas neuróticos. Sin una sola excepción, los psiquiatras declararon el caso como perdido; se contaba con una desintegración esquizofrénica total, que terminaría en la idiotez. Todos los médicos que han visto el caso antes y durante la enfermedad, pueden confirmar la larga duración y la extraordinaria gravedad de la misma.

Sólo un tratamiento psicoanalítico, aunque de tipo muy especial, según veremos más adelante, fue capaz de curar a la enferma de su estado.

Al comenzar el tratamiento había realmente pocas esperanzas, pues el psiquiatra que la había visto en este tiempo recalca que la enfermedad iba progresando inatajablemente, y que durante dos años había ido así.

“Es la primera fase de la esquizofrenia. Un psicoanálisis sería inútil. Pero sí puede aliviarse pasajeramente a la enferma cuando se trata de hacerla hablar.” —En efecto, un análisis catártico comenzado ahora mejoró el estado de Renée durante un año, de tal modo que pudo terminar el año escolar emprendido y obtener sus calificaciones finales. Pero tal como lo había predicho el médico, el proceso de la enfermedad, profundamente arraigado, fue ganando terreno. En este punto me vi obligada a alterar el tratamiento analítico para poder acercarme a la vida afectiva de la enferma y liberarla de su encierro en un mundo irreal. El medio, verdaderamente

sencillo, que utilicé, consistía en la *realización de los deseos inconscientes según la expresión simbólica de la paciente*. También quiero hacer hincapié en que para la enferma misma los símbolos eran realidad, la única realidad. Sólo desde el punto de vista de la psicoanalista se trataba aquí de símbolos.

Para no omitir nada, desde luego uní a este tratamiento algunos ejercicios para educar, aunque tardíamente, la atención. Me esforcé por colocarla frente a los objetos de su medio circundante: flores, ritmos, dibujos, pequeños trabajos manuales, finalmente también frente a la naturaleza misma a través de agradables paseos. Esta educación tardía resultó ser un valioso apoyo para volver a ganar contacto con la realidad.

DEFINICIÓN DE ALGUNOS CONCEPTOS EMPLEADOS

Autismo: Pensamiento dominado por tendencias subjetivas (expresión psiquiátrica);

Narcisismo primario (expresión psicoanalítica).

Autoerótica: La libido dirigida al Yo; el amor propio o amor a sí mismo.

2. ANAMNESIS

CIRCUNSTANCIAS FAMILIARES³

LA MADRE de Renée proviene de una antigua familia noble del sur de Francia (Niza). Guapa y culta, con inclinaciones artísticas, se casa con un sueco sano y muy inteligente, más joven que ella. A pesar de estar muy ocupado en sus negocios industriales, aprende, por puro gusto, ruso y chino y toca el violín.

El joven matrimonio tiene grandes ilusiones para el porvenir. La idea de futuras obligaciones como padres no se les ocurre. Se ven tan sorprendidos como decepcionados cuando poco después ella queda encinta, lo cual les impide efectuar un viaje al Japón.

El parto de este primer niño es difícil, pero nace sano y hermoso y las enfermeras de la clínica lo admiran. Únicamente a la madre le parece espantoso. Como no puede amamantarlo, tiene que alimentarlo con biberón.

Aunque es una madre atenta, mezcla, sin notarlo, demasiada agua con la leche, y como resultado el bebé grita continuamente y se niega a beber. El médico cree que esta antipatía por el biberón es indicio de un estómago delicado —y receta que se añada más agua a la leche—. Debido a su estado famélico, el odio que el lactante le tiene al biberón se acrecienta cada vez más. Por suerte, la abuela hace una visita a la casa y ve inmediatamente lo que ocurre: la niña, ya casi un esqueleto, está en peligro de morir de hambre. Pero ¿cómo alimentarla, si se niega a tomar el biberón? Hay que hacerlo con papillas y por medio de una cuchara. Esto la salva. Con el corazón oprimido, la abuela observa el ansia de la pequeña cuando se le pone enfrente el plato. Las minúsculas manos se crispan y hay que darle de comer con dos cucharitas, pues en cuanto hay una pausa entre los pequeños tragos, la niña comienza a gritar de miedo. Este acrecentamiento de la necesidad tiene influencia directa en el desarrollo espiritual, pues desde hace tres meses Renée puede mostrar su bracito o distinguir su ollita de las otras cuando así se le pide.

La bondadosa abuela cuida cariñosamente a la niña, la lleva de paseo y permite que duerma en su cuarto. La mima mucho, convencida de que no vivirá largo tiempo.

³ Estos datos me fueron proporcionados en parte por la madre y los hermanos.

Al cumplir la niña los once meses, la abuela se va de repente. Renée sufre por esta causa un fuerte *shock*. Grita, pega con la cabeza en la pared y busca con la vista a su abuela.

De ahora en adelante duerme en el cuarto de los padres. Al despertar exige imperiosamente su desayuno. Pero los padres se ríen de ella, la dejan esperar a propósito, la llaman “petit caporal” y la amenazan, diciéndole que no recibirá nada si grita. El padre le da a entender que le quita a su madre porque le pertenece a él. Podría pegarle y hasta comérsela, si así lo quisiese... y hace como si mordiera a la madre. En el inconsciente de la niña se desarrolla un violento sentimiento de venganza, que posteriormente se manifestará, durante la enfermedad, como sadismo oral.

Cuando tiene 14 meses, recibe por compañero de juego un pequeño conejo blanco, a quien ama cariñosamente. Un buen día, su padre mata al animalito —desgraciadamente en presencia de la niña—: ¡un nuevo *shock* afectivo! A partir de este momento, Renée pregunta constante e insistentemente: “Conejito, ¿duele — duele?”, se niega a comer y sufre delirios febriles, de modo que se supone que tiene meningitis. ¿Se trataría aquí exclusivamente de una coincidencia casual?

Renée tiene ahora un año y medio, y el nacimiento de un segundo niño requiere toda la atención de la madre, por lo que se produce una vehemente agresividad en la pequeña. Con gran desconcierto de la madre, le escupe a todo el mundo, pero muy especialmente a la hermanita y a la abuela, que ha vuelto.

El padre de Renée es bromista, y para divertirse le ordena que alce su camisoncito, para en seguida burlarse de su desnudez. Aunque la niña tiene apenas dos años, siente en estos casos un malestar indefinido, hasta que una sirvienta le dice: “¡A lo mejor te han cortado algo!” Renée se siente profundamente ofendida y está enojada con su padre. Poco a poco, la madre observa en Renée ciertas actitudes extrañas. No quiere que se le compren juguetes; no hace falta, ya que la tienda entera “le pertenece”. Jamás pide algo. Cuando tira de su carrito, lo coloca siempre ruedas arriba y no permite que nadie lo vuelva. Durante sus paseos se mete en todos los jardines ajenos y le explica a su madre que busca a “su mamá”.

Después de nacer dos varones —Renée tiene ahora cinco años—, se comienza a observar cierta discordancia en la familia. El marido sale a menudo con una amiga, lo cual da lugar a violentas discusiones entre los esposos —en presencia de Renée—. La niña, digna de lástima, debe vigilar al padre, y lo hace con un miedo horrible. Cuando la madre la amenaza con que la va a abandonar, la peque-

ña llora y a guisa de “consuelo” el padre le asegura que en su lugar vendrá una negra con grandes dientes y que la morderá a ella, a Renée. O Renée tendrá que ir a una hacienda, donde grandes vacas se la comerán.

Pero no siempre hace bromas el padre. También tiene momentos depresivos en la difícil vida que él mismo se ha forjado. Al pasear cierto día con Renée, le propone que alquilen una lancha para ahogarse juntos. “Después de todo, no nos importa nada la vida, ¿verdad?” Quizá esta proposición también haya sido hecha en broma, pero la niña no lo ha entendido así. Siente profundo miedo a la par que una gran ira contra su padre, así como un hondo desprecio por el egoísmo de éste.

Su hostilidad crece constantemente. En esta época tiene miedo hasta de su propia sombra, como si fuese un segundo Yo, pleno de intenciones hostiles hacia ella. Esta sombra se le pega a los talones y la imita en todo para burlarse de ella y echarse sobre ella en la primera ocasión. Renée tiene que estar, pues, continuamente al acecho y cuidar de no pisar sombras ajenas. Ello sería carecer de vergüenza y, peor que eso, sería asesinato, y la sombra se vengaría al instante. Renée tiene también miedo de pisar las rayas en las aceras, ya que podrían abrirse y Renée caería al infierno.

A la edad de siete años Renée carga grandes piedras y las coloca sobre las vías para que el ferrocarril descarrile y mate así a alguien. No sabe a quién. Pero es el tren en que su padre viaja regularmente. Lame el óxido de las barras y las piedras para hacerse “rígida como el hierro” y “fría y dura”. Muchas veces, escala una roca y tiene que luchar con toda su voluntad contra el deseo de tirarse al vacío. Quiere llevar “la vida de una penitente”. A menudo está tan cansada que desea morir. En la escuela le cuesta mucho trabajo poner atención a las clases y no busca compañía. Pero da la impresión de ser muy inteligente y empieza a manifestar una notoria fantasía artística. Mas a los nueve años se presenta un retroceso en su desenvolvimiento pictórico. El realismo intelectual que poco a poco había pasado a segundo plano para dejar su lugar al realismo visual, aparece ahora nuevamente e intensificado: coloca las figuras otra vez esquemáticamente la una junto a la otra. Sus dibujos pierden cada vez más su profundidad y se hacen bidimensionales.

(Quiero mencionar de paso que en la gimnasia le costaba especial trabajo efectuar los ejercicios de equilibrio, aunque después de alguna práctica sí logró dominarlos.)

En su hogar, la niña es obediente, a pesar de algunos momentos

inesperados de brusca terquedad. Se muestra cariñosa con su madre, hecho que podría considerarse como compensación de su inconsciente agresividad.

En esta época se realiza un gran cambio en la vida de la familia. El padre desaparece con su amiga y junto con él todo el dinero en efectivo. La pobreza y hasta la miseria reinan ahora en la casa. Renée está convencida de que es deber de la mayor remplazar al padre. Se empeña en hacerse cargo de una responsabilidad demasiado pesada para su edad. Continuos cambios de casa refuerzan aún más la defectuosa aclimatación.

A los once años Renée es presa de un entusiasmo religioso. Se levanta cada mañana a las cinco y va a misa. Visita cementerios, donde con seriedad y sorprendente puntualidad cuida de tumbas extrañas y abandonadas. Habla con los muertos y les pide permiso para coger sus flores y darlas a los muertos desamparados. Cree oír una respuesta afirmativa. No hay nada que desee con tanto fervor como la muerte, para poder llegar así al cielo. La doctrina de la Iglesia acerca de la "comunidad de todas las almas cristianas" (todos nuestros actos tienen efectos retroactivos sobre otros) se le convierte a Renée en obsesión: no se atreve a comprar un trozo de pan cuando tiene hambre. Con el dinero que tendría que gastar podría satisfacer su hambre una persona pobre, que quizá matará ahora a alguien para poder comer...

Más o menos al cumplir los doce años, la niña tiene ocasionalmente ilusiones ópticas, pero sin resultados afectivos dignos de mención. Al entrar en un zaguán cree ver gente que, rodeada de coches-cuna, toma té. No osa acercarse por temor a molestar esta reunión. En otra ocasión se le aparece en la iglesia el sacerdote como muñequito movido por hilos. El sacerdote le parece ser también personaje de película, que se mueve en la pantalla sin vivir en la realidad. En una reunión de niños se asombra sobremedida al observar que todos los presentes tienen cabecita de cuervo. Son en este caso más bien ilusiones sensitivas y no alucinaciones, pues estas impresiones no llegaron nunca a durar más de un instante.

La madre de Renée, que por su parte hace lo posible, pero que ha perdido el valor por la tarea demasiado pesada que se le impuso, propone a menudo a su hija mayor que mueran juntas, tal como ya se lo había propuesto su padre: "Después de todo, ¿qué nos importa la vida?" Y la niña no se atreve a decirle a su madre que no solamente desea vivir, sino que a veces hasta le gustaría jugar...

A la edad de trece años sufre Renée un *shock* interior cuando su madre le cuenta que no había querido tener tan pronto un niño,

que su nacimiento no había sido deseado y que Renée le había parecido sumamente fea.

Con frecuencia e insistencia le reprocha la madre a Renée que no la ama lo suficiente y que va demasiado a la iglesia. Le insinúa que tiene inclinaciones anormales, por buscar la protección de amigas mayores, maternas. Le parece "chocante" que su hija se arregle con especial cuidado cuando tiene que visitar al médico. Muchas veces amenaza con tirarla de los pies después de su muerte, como castigo por haber amado a otros más que a ella, su madre.

Todo esto hace que crezca en el inconsciente de la muchacha una vehemente rebeldía, que por fuerza tiene que quedar reprimida. Si por una parte Renée se empeña en llevar la casa (probablemente tanto por sentimientos de culpabilidad como de responsabilidad), por la otra desea también poder cuidar de una tumba familiar, tal como lo hace una compañera huérfana. ¡Es así como manifiesta sus deseos inconscientes! No permite que nadie participe de sus pensamientos y sólo anhela una cosa: estar sola en casa. En su mente compara a su madre con un misterioso gato, de cuya agresividad desconfía, y quiere que vuelva su padre para liberarla de su responsabilidad: "¡Por fin podría irme!" Pero al mismo tiempo se niega a tomarse unas vacaciones, por temor a que la pared de la casa vecina se derrumbe sobre la suya propia y mate a su madre.

Renée se hace sonámbula y todo el día bebe sólo té. Mal nutrida y con demasiado trabajo, se asombra uno de que todavía pueda ser una buena alumna. Sin embargo, lo es gracias a la rapidez con que capta todo. Pero la maestra la encuentra inatenta, excitada y un poco rara. Se le olvida ponerse su vestido para ir a la escuela y aparece en ésta muy avanzada la mañana —y le parece extraño haber llegado retrasada—. Durante las horas de clase habla en voz alta y hace preguntas sin sentido: "¿Quién posee la llave del paraíso?" Confunde los libros de texto y se le olvida de repente cómo se escriben las palabras más comunes, las une todas o escribe cualquier palabra en vez de la dictada. Durante las clases dibuja peculiares figuras geométricas en sus cuadernos y les explica a sus curiosas compañeras que son el "sistema", una máquina para hacer estallar la Tierra. Y todo ello con una sencillez, una naturalidad, que muestran claramente que le es indiferente el atraer sobre sí la atención general. Por el contrario, está asombrada de que la gente no vea siempre las cosas como ella lo hace.

El médico de la escuela, al examinarla, determina en ella una infección primaria y es enviada a un sanatorio de montaña. Permanece aquí seis meses, y luego su madre la hace volver, en contra

del consejo del médico. Después de algunos meses tiene que pasar otra temporada en las montañas. La madre dice —aunque probablemente no en serio— que preferiría envenenar a su hija antes que saberla tuberculosa. El miedo se adueña de Renée cuando lo oye.

Su estado psíquico empeoró entre las dos estancias en la montaña. Cuando regresa a la clínica, el médico diagnostica angustia, alucinaciones y violenta masturbación. Su comportamiento es raro. Una muchacha que fue compañera de Renée durante esta época me describió su conducta: “Estaba constantemente en movimiento, saltaba de un lado a otro con la mirada confusa, reía sin parar, hablaba siempre de aviadores y de la máquina que haría estallar al mundo. Se mantenía despierta toda la noche y se acostaba sobre las frías baldosas debajo de su cama con el fin de endurecerse y perder su sensibilidad.” Renée recuerda sus “órdenes”. Se prepara, siguiendo un orden interior, a ir a un paraje desierto. Se niega a comer, para hacer penitencia por un delito que no puede describir con mayor detalle. Tiene constantes angustias, en las cuales ve al pie de su cama a un muerto o un esqueleto que se parece a su madre y que la amenaza con el dedo.

(Según puede verse, hace su aparición su antipatía a la madre y aumenta al mismo tiempo su sentimiento de culpabilidad.)

El médico de la clínica, que la considera muy inteligente, se extraña de esta “máquina para destruir el mundo” así como de la inclinación por masturbarse. Quiere tratarla con medios hipnóticos y sugestivos. Pero a pesar de toda inclinación hacia el médico, la joven se defiende ahincadamente contra el tratamiento. El médico considera su deber obligarla a este tratamiento, que sigue por unos cuantos meses y que cansa mucho a la enferma.

El modo de reaccionar a la sugestión permite, según se sabe, distinguir entre la histeria por un lado y la obsesión y esquizofrenia por el otro; en el presente caso se corroboró nuevamente la certeza de este hecho.

¿Por qué se defendía Renée de este tratamiento del médico? “No quería yo que la voluntad de otra persona sustituyera la mía, por ser esto inmoral y ante todo porque ya no sabía entonces qué es cierto y qué es falso. ¿Es algo cierto porque así lo siento yo o porque el médico lo afirma? Ya no sabía yo qué era realidad, lo cual ofuscó mis pensamientos. En vez de darme explicaciones, me decía durante toda una hora, fijando en mí su mirada: ‘Yo quiero, yo quiero’.”

“Esto me cansaba mucho y temí que mi personalidad se debilitara cada vez más. No me hizo ningún bien este tratamiento.”

El médico tuvo que aceptar que Renée era completamente refractaria a la sugestión y principalmente a la hipnosis. Sus experimentos sólo le permitieron descubrir la existencia de muchas perturbaciones psíquicas cuya causa, dijo, se hallaba en la primera infancia y que habían surgido por las escenas que se desarrollaron entre sus padres. (El médico que me entregó a Renée me permitió ver las cartas que el médico de la clínica le había escrito.)

Después de volver a su hogar se presentan un temblor nervioso, pérdida de la memoria y un onanismo desenfrenado.

En la escuela está muy agitada. La profesora reconoce lo patológico de su conducta y la saca de clase para tranquilizarla. Una amiga mayor que ella la acompaña a ver a un psiquiatra, que le receta algo para calmarla, pero sin efecto.

La situación empeora aún más debido a los exagerados esfuerzos de Renée en la escuela y en su casa.

A causa de la lucha contra la miseria y de su delicada salud, la madre ha perdido el ánimo. Sale a menudo de su casa y expresa frente a sus hijos asustados su deseo de suicidarse. Renée duplica sus esfuerzos para mantener en orden el hogar. Se hace cargo de las compras y se empeña en lograr que el poco dinero alcance: tiene que alimentar y vestir a todos con unos cuantos francos al día. Sólo el miedo le da fuerzas para trabajar. Para ella misma no exige absolutamente nada. Vigila la educación y la instrucción de sus hermanos menores, que tienen un carácter difícil y que son ruidosos e indisciplinados. El gran esfuerzo realizado aligera sin duda su sentimiento inconsciente de culpabilidad, pues siempre elige el trabajo que más le incomoda. "Sólo me gustaba barrer."

Renée trata de comprender qué es lo que le ocurre. Lucha contra su ensoñamiento, su distracción, su lentitud y su falta de habilidad manual, contra los movimientos automáticos y la agitación morbosa. (Así, por ejemplo, golpea contra la pared durante una hora de clase.)

Aparecen síntomas de regresión. No se niega únicamente a viajar sola en tranvía (vive bastante lejos de la escuela), sino que comienza a jugar con muñecas. Vuelve al estado "mágico": cuando barre el suelo, esconde el polvo debajo de los muebles, convencida de que ya no existe éste en cuanto no es visible. Cuando derrama el café en la mesa coloca su taza sobre la mancha: en cuanto ya no se la puede ver, no existe. A pesar de ser muy cortés, comienza a saludar a las personas por su profesión: "Buenos días, panadero, buenos días, lechero", pues para Renée la personalidad del comerciante carece de realidad, y guarda contacto con él exclusivamente

a través de su profesión. Cuando en la calle o en la iglesia tiene que arreglar un poco su ropa interior, lo hace como si estuviese sola.

¡Lo que más anhela es la soledad! Los jueves se va durante horas enteras de paseo, con las manos a la espalda, siempre derecho, sin saber a dónde se dirige ni por dónde pasa, sin tener idea del tiempo. Siempre que le es posible toma té y café en grandes cantidades para mantenerse despierta toda la noche. ¿Qué es lo que hace? Nada. ¡Pero está sola, enteramente sola! Liberada, comienza a bailar en su recámara.

Renée ya sólo está ligada a la realidad de una manera aparente y superficial. De haber habido en la familia bienestar, disciplina normal, orden y puntualidad, todos hubieran notado el estado de la joven, con mayor razón por la circunstancia de que ya nada hubiese hecho si no fuese por necesidad.

En la escuela, Renée ya casi no trabaja y su comportamiento es cada vez más extraño, de tal manera que la profesora la lleva al médico que ya dos veces la había examinado. No logra hacerla hablar y determina, en comparación con la consulta de dos años atrás, un retraso intelectual. El caso le parece grave y no cree que tenga muchas posibilidades de curación. A pesar de ello me envía a Renée para que intente atajar el mal. Me dice: "Se trata de una esquizofrenia en sus comienzos (está en la edad en que a menudo se desarrolla una hebefrenia), no es posible ayudarla mucho, pues está en el camino de la desintegración mental, común en estos casos. Quizá pueda usted aliviarla pasajeramente. Trate usted de hacerla hablar."

3. EL PSICOANÁLISIS CLÁSICO Y LA PRIMERA MEJORA

(Julio de 1930; Renée está a punto de cumplir los 18 años.)

DURANTE las primeras visitas, Renée muestra una actitud arrogante, tiesa y reservada. Le cuesta trabajo acostarse en el sofá. Su mirada es rígida; la expresión de su cara, severa. Pero a los diez minutos comienza a hablar: Viene por verse presa de un impulso de onanía,⁴ a cuyos ataques se ve sometida de repente, de tal modo que no puede luchar contra él —y también por tener angustias—. Y me plantea su gran problema: “¿Debo aceptar el tratamiento o no?” No debiera aceptarlo, pues en contra de la opinión del médico no está enferma y, sin embargo, le daría gusto estarlo, pues entonces no sería culpable ni tendría que recibir castigo. De ser culpable, tendría que aliviarse ella sola sin ayuda extraña. Pues sería cobardía y una nueva culpa el eludir la responsabilidad. Además, es denigrante y difícil dejarse ayudar. Por esta razón acepta el tratamiento: significa para ella un castigo; por él adquiere también el derecho de verse aligerada de sus temores. Desde el punto de vista de la penitencia y de la humillación, Renée puede someterse al análisis.

Desde el comienzo lucha contra una transferencia positiva: “Me es usted muy simpática, pero no quiero decepcionarme una vez más. Las personas no me quieren por mí misma. Siempre tienen una intención: sea religiosa, piadosa, científica o egoísta. Además, tengo miedo de que me haga usted daño como el médico en la clínica, quien me violentó y me cansó muchísimo: si usted me ayuda, pone usted su voluntad en el lugar de mi voluntad mala, y temo perder mi personalidad. (Confunde el psicoanálisis con la hipnosis.) Finalmente, me libraré usted de todo lo malo y como no hay nada bueno en mí me quedará sin nada.”

(Material.) Renée me habla de sus dos perturbaciones: en primer lugar acerca de la *masturbación*, que le parece ser una sensualidad repugnante, una falta de respeto a su propio cuerpo, una falta de voluntad. Es humillante no poderse dominar como los demás. Debiera estar encerrada en un convento. Se siente inferior a todos los demás, impura y cobarde. Y en segundo lugar los *temores*,

⁴ En realidad se habla aquí erróneamente de masturbación. Consistía sólo en sensaciones espasmódicas sin contacto.

que son muchos e indeterminados. “Tengo constantemente miedo de que algo ocurra. Este miedo me priva de todas las alegrías e incluso me impide a veces hablar. Tengo miedo de vengarme, miedo de ser humillada, miedo de ser castigada por el odio que siento y por el mal que hacen los otros. A menudo sueño que los demás me traen sus penas para que yo cargue con ellas, y no hay posibilidad de rechazarlas.”

(*Asociaciones.*) Son extrañas: “Veo al médico de la clínica. Se inclina para observar algo. Alrededor de él dan vueltas ‘Péguy’, y en seguida pequeños animales muy gordos, paja...”

(*Sueños.*) Renée no los trae, aunque dice que siempre tiene sueños torturadores. En cambio expresa fantasías muy intranquilizadoras: “Tengo miedo de que se vuelva usted loca y de que me haga daño” — “Es posible, ¡no; diga usted que no!, quitarles a muchas personas el entendimiento y ser la única que piense por ellas y que las obligue a hacer cosas que no son precisamente buenas...” — “Tengo miedo de que mi madre adivine todo lo que pienso. No siempre tengo ganas de percibir lo que hacen los demás. Quiero ser capaz de sentir libremente para mí misma.” — “Lo que más deseo es tener un patín o un triciclo.”

En resumen: La paciente no tiene conciencia de su enfermedad, tiene impulsos irresistibles, regresiones infantiles (que no se hallan en ninguna relación con su inteligencia), temores mágicos (omnipotencia del pensamiento, onnisapiencia de los padres), sentimientos de despersonalización, falta de ajuste a la realidad, profundos sentimientos de culpabilidad con autocastigo. Su actitud frente al tratamiento es, sin embargo, ambivalente, pues está conforme en visitarme y dejarse ayudar, lo cual también es mi intención. Consulto al médico que me la ha mandado. Está satisfecho al oír que Renée habla y me anima a que prosiga una o dos semanas.

A LAS TRES SEMANAS

La actitud de Renée se ha hecho negativa. Rehúsa dar cualquier explicación, es pasiva, no quiere hablar o solamente emite juicios intelectuales y es indiferente. Vuelve constantemente sobre su problema: “¿Debo aceptar el análisis?” Ahora como antes se niega a aceptar su enfermedad, por ser ésta vergonzosa y por tenerla sólo ebrios y personas de vida disipada. Pero se da cuenta de que ella no puede ayudarse sola. Tiene que aceptar un apoyo a pesar de sentir que es cobardía. Desea en vano sentirse enferma, ya que esto justificaría esta cobardía.

Todavía se opone a la transferencia positiva, pues considera que es una humillación y esclavitud el tener que amar. Suele uno burlarse de las personas llenas de sentimientos.

En lo que respecta a los temores, resulta que una parte está determinada por el miedo al infierno, es decir, al lugar donde van a parar los seres vengativos. Ella quiere aferrarse a su venganza, la considera justa debido a todos los males que ha sufrido. Por eso debe estar satisfecha de poder sufrir y llevar el pecado por otros: es su merecido castigo. Se siente cobarde, impura, avara, cruel y, en consecuencia, peor que todos los demás. Hacen su aparición fantasías sadistas; sólo le agrada hacer el mal, comer cabezas, destruir, dominar, mandar, vencer a otros (esto es peor que comer cabezas...).

La persigue un pensamiento torturante: el problema de la "comunidad de todas las almas cristianas", el cual sistematiza su deseo de autocastigo. Lo define de la manera siguiente: "Esto significa sufrir por los males que han cometido nuestros antepasados, así como otros sufren por nuestros pecados." No puede comprender ni aceptar este dogma.

Por fin me habla de la pereza de que a menudo es presa. Cada vez odia más la disciplina escolar y hogareña, porque siente una "pereza invencible". Trabaja siempre por fuerza, nunca por placer. Está paralizada en todos sus actos: siempre quiere hacer daño, y sólo el miedo al infierno le impide hacerlo. Lo mejor para ella sería permanecer inmóvil en su cama, sin luz, alimentos ni sueño.

Los sentimientos de irrealidad se manifiestan con mayor claridad: se queja de que engaña al mundo entero y a sí misma, a pesar de ser siempre franca.

Consulto al psiquiatra, quien considera que el caso es sumamente grave: su diagnóstico de la desintegración esquizofrénica se confirma. Pero como la joven viene con gusto a las sesiones, hay que proseguir, para darle este alivio.

A LOS TRES MESES Y MEDIO

Renée, que habla muy poco, me trae sus primeros dibujos simbólicos.

En el dibujo A se trata, según su explicación, del castigo que se da a quien se niega a entrar en un convento: la gente se burla de esa persona y le hace daño (expresado con líneas parecidas a rayos), pero todo es igual (ecuación $10\,000 = 0$). Está acostada bajo una roca que la paraliza y la aplasta, está muerta. Véase también el dibujo C, 5.

En los dibujos B y C alguien pide algo a una persona que le da la espalda. Para vengarse de la negación, lanza llamas infernales.

Una persona, en el dibujo C, 3, tiene la cabeza cortada y otra se halla rodeada de llamas infernales.

A partir de este momento, Renée se dedica a menudo a dibujar durante las sesiones, y esto la aligera bastante. Trato de calmarla lo mejor posible. Viene con toda regularidad y se va muy a pesar suyo. Es el único auxilio que recibe contra el mal que la va dominando. Por cierto que desde ahora se manifiesta claramente la transferencia positiva. Más tarde me contó que, volviendo de la sesión, "dio brincos así de grandes por la calle", y que gritó: "¡Tengo una mamá, tengo una mamá!"

A LOS 6 O 7 MESES DE ANÁLISIS

(Enero a febrero de 1931.)

Renée sufre de dolores de cabeza y de un cansancio general que aumenta continuamente. Todavía se muestra recalcitrante a todo alivio durante el tratamiento. Teme mi ayuda, pues le impide sufrir. Y ella desea sufrir para castigarse por su odio. De cualquier manera, el tratamiento le permite soportar el castigo: "Su voz es la única que no me produce dolor de cabeza. Cuando tomé usted sus vacaciones de Año Nuevo había siempre algo que me ofuscaba, por eso me alegré de su regreso y desde entonces me siento mejor. Odio cualquier contacto, con excepción del suyo. El imaginarme que no existe usted significa un castigo para mí. Tengo miedo de que usted se vaya (no se trata de una ausencia real, sino de un contacto interrumpido entre nosotras). Debería yo sacrificar mis sesiones con usted, pero no lo quiero: prefiero sufrir y conservar su amor. Con usted me atrevo a pensar cosas a las que no me atrevo cuando no estoy aquí. Con usted estoy también menos cansada. Antes del psicoanálisis siempre me daba frío, pero desde que usted me quiere siento calor (simbólico)." Renée teme que la analista sufra a causa de ella debido a la "comunidad de los santos". Le ruega encarecidamente que no rece por ella, pues el castigo que no se le diese a ella recaería en la analista.

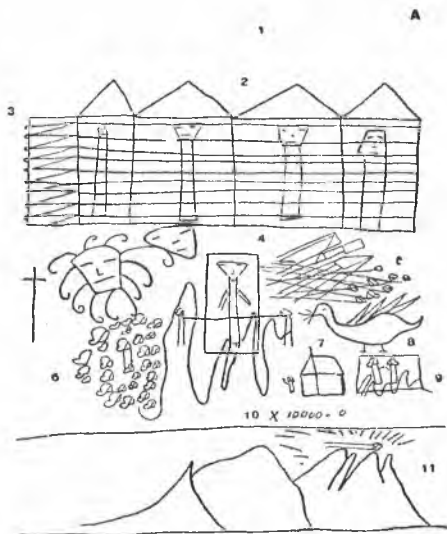
A su afán onánico le cede siempre impulsivamente, y este "animal" (la sensualidad), más fuerte que ella, la llena de terror.

Continuamente tiene miedo, sea de su sadismo oral (tener la boca llena de cabezas de pájaro, de sangre y plumas), sea de su autocastigo.

La manía forma poco a poco un sistema, y un buen día todos estos castigos se explican por las maquinaciones de un desconocido “perseguidor”, a quien Renée escribió una carta rogándole que ya no la torturase.

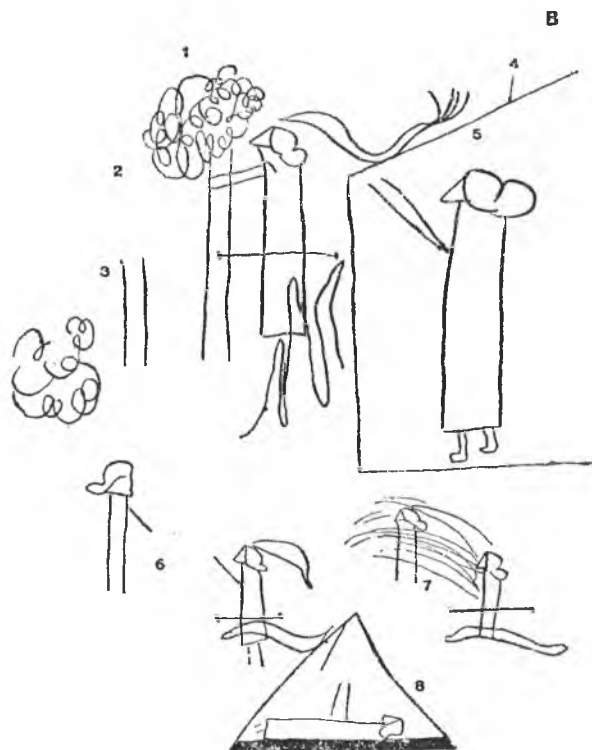
Para librarse de su sensibilidad, quiere tirarse a las heladas aguas del Arve, y esto al mismo tiempo la vengaría.

La construcción maniática se completa en el concepto del “sistema” que sustituye a la “comunidad de los santos”, pero que es



1. Castigo que se da a quien se niega a entrar en un convento.
Una casa citadina en que quiere vivir.
Hombres de alambre eléctricos sin sensibilidad.
La electricidad fortalece y al mismo tiempo insensibiliza.
2. El convento.
3. Alambres eléctricos.
4. La gente que se burla.
5. Personas que, como castigo, le hacen daño.
6. La humanidad que le pide auxilio.
7. Iglesia.
8. El animal-“sexualidad”.
9. Un hombre y una mujer en la cama y llamas infernales que los castigan por este placer.
10. $\times 10\,000 = 0$ = todo es igual.
11. Estas líneas expresan la desgracia que sufre y que la abate.

mucho más terrible. Renée se siente obligada a obedecer al Sistema y a viajar al país de las órdenes mecánicas, a un "país cruel sin alma y sin cuerpo, en el que todo es eléctrico". En este Sistema se



1. Árbol.
2. Destrozar un árbol.
Fuerza del árbol.
El honor de destrozar.
Honor = ser humano.
El fuerte destroza.
Siempre algo.
3. Árbol destrozado.
4. Casa.
5. Alguien que levanta algo (la casa) que pesa sobre él (pena).
6. Pide ayuda a la madre-analista.
7. Pide a la madre-analista algo que ésta rehúsa darle, y lanza llamas para vengarse.
8. Levantar algo que aplasta.

ordena y se castiga: si es aceptada en él, puede mandar y castigar a los demás. Pero si no va, sufrirá ella misma el castigo...

En la vida diaria la manía y la distracción aumentan, mientras que la afectividad disminuye. Durante largas horas se sienta en el sótano y mira al vacío. Su inmovilidad se alterna con cantos monótonos o con ataques de hilaridad. La pobre muchacha se siente



1. Alguien que ruega.
Pero se le da la espalda.
Como venganza lanza llamas infernales.
2. Un muerto.
3. Un decapitado.
4. Figura en llamas del infierno.
5. Figura debajo de una roca.
Ella (Renée) vive, paralizada y aplastada.

como disuelta: "No soy yo misma quien actúa", y lo que es peor, el contacto con la analista se interrumpe: "Usted ya no existe." No es consciente de su enfermedad, se vuelve cada vez más perezosa e indiferente respecto de su medio circundante. La idea maniática del Sistema se apodera por completo de ella.

Parece increíble que a pesar de su estado anímico siga haciendo progresos. Es más paciente con sus hermanos menores y, con el asombro de todos, hasta ha comenzado a tejer una bolsa para su madre, ella que nunca hace trabajos manuales. Ha desaparecido el miedo a la masturbación y aumentado su confianza en sí misma. También trabaja Renée un poco mejor para la escuela.

4. EMPEORAMIENTO DE LA ENFERMEDAD MENTAL

(Julio de 1931; Renée tiene casi 19 años.)

LA PRUEBA más segura de una mejoría, aunque sea superficial esta última, es la de que Renée obtiene sus calificaciones finales y que halla inmediatamente trabajo en una oficina. Pero pronto observo que la cura psicoanalítica no ha afectado el fondo esquizofrénico y que la enfermedad sigue desarrollándose debajo de la superficie.

El simple hecho de encontrar las causas no es capaz de redimir al Yo del sentimiento de culpabilidad. Renée aún se siente responsable por un estado general de culpa. Sin embargo, tengo la clara impresión de que sería posible curar a la enferma si encontrase la llave que abre la acorazada puerta del autocastigo. Pero ¿cómo comenzar?

De aquí en adelante intenté *alterar un poco el tratamiento*.

La posición de la analista a la espalda de la paciente le da a ésta un sentimiento de completo abandono: como no me ve, cree que no estoy presente. (Una representación mágica, descrita en la pág. 27, respecto del polvo y la mancha.) Ahora me siento junto a ella en el sofá: ella comprueba que alguien la oye y que tiene una aliada. Se siente menos sola y mejor defendida contra el miedo.

Por otro lado, tomé activamente el partido del Yo en contra del autocastigo inconsciente, pues rechacé las acusaciones, condené el Sistema de castigo y uní mis protestas a las de Renée. En cada uno de los casos se sintió aligerada mi paciente.

Pero todo esto no era suficiente. Renée captaba la realidad y la demencia, cuya cercanía sentía, como dos países separados por un límite. Todavía luchaba contra esta horrible transición y pedía fervorosamente que le ayudara. Cada día crecía su angustia.

“¡El agua sube! Me ahogo, y usted también... ¡Sálveme, sufro tanto!” Y más tarde: “Ya nadie puede ayudarme, estoy pasando al otro lado. Será el fin. No sufriré más, pero tampoco podré venir a verla.”

El cansancio mental aumenta. Renée es cada vez más indolente. Oye voces automáticas, absurdas: “Mediterráneo, batalla de Trafalgar...”, trozos de canciones religiosas, sonidos aislados: “Ao.”

Se cree perseguida: “Alguien se ríe de mí, me encadena.” Le gustaría prender un fuego y quemarse a sí misma o al menos su mano derecha, pero domina el impulso. “Siento como si de cual-

quier manera miento: si no prendo fuego, digo una mentira, puesto que hago como si no oyese el mandato. En cambio, si lo enciendo, hago como si no oyese mi personalidad rebelde." El Sistema sirve para aniquilarla mediante el fuego.

En la oficina trabaja con asombrosa lucidez y a plena satisfacción de su jefe. Pero siguiendo un impulso morboso, intenta quemarse la mano derecha.

Nuevamente se hace cargo de ella el psiquiatra, quien la envía a un sanatorio con el diagnóstico: "Ideas maniáticas paranoicas, con el principio de su realización." A pesar de los esfuerzos del médico, que la visita a diario, pierde en el transcurso de sólo dos semanas cerca de cuatro kilogramos y medio. No tardan en aparecer alucinaciones de los sentidos, al principio absurdas, más tarde relacionadas con sus ideas de persecución. Renée cree que las cosas que la rodean la miran de reojo y que se mofan de ella. Ve una interminable procesión de gente ataviada con amplias capas e intenta en vano alejarla con la mano.

Del sanatorio es enviada a una clínica psiquiátrica. Sufre por lo pronto un fuerte *shock* al ser encerrada en la sala de observación junto con varias mujeres agitadas y dementes, una de las cuales abandona su cama para darle una bofetada a Renée. Se empeña entonces desesperadamente en reunir toda su razón para adaptarse nuevamente y poder así salir cuanto antes de la clínica. Ahuyenta lo mejor posible las ideas que se refieren al Sistema, se fuerza a sí misma a hablar con la mayor cantidad posible de gente y teje un poco. Se trata aquí, naturalmente, de una adaptación puramente superficial. En la realidad la torturan las "cosas", le ordenan que se queme, o le anuncian una desgracia y le piden que se prepare a morir.

Después de tres semanas, el dinero previsto para esta estancia se acaba y Renée vuelve con su madre, aparentemente mejorada, pero en realidad más enferma que cuando entró a la clínica, puesto que ya no puede trabajar profesionalmente. Lo único de que es capaz es de aprender un poco de inglés en sus mejores ratos.

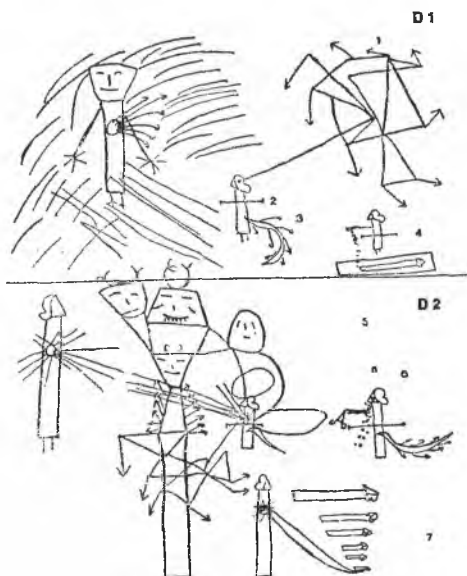
Comienza nuevamente a hacerme visitas, las cuales constituyen su único alivio. Siguiendo el consejo de un psicoanalista médico interesado en el caso, hago experimentos de asociación, gracias a los cuales descubro sucesos trágicos de la infancia de Renée, cuando tenía unos tres o cuatro años. Este conocimiento no tiene ahora ni tendrá después la menor influencia sobre su estado.

(Julio de 1932; Renée tiene 20 años.)

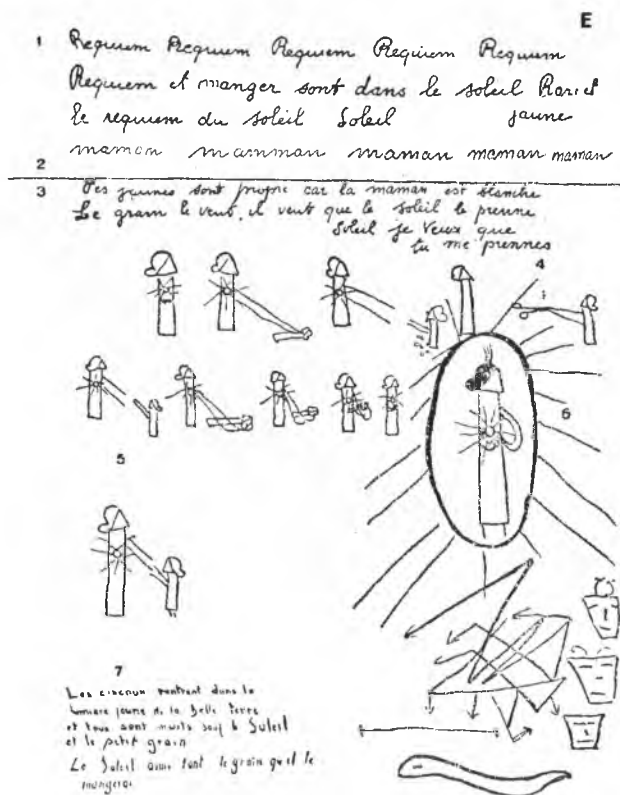
Han pasado dos años desde que conocí a Renée. Su estado es cada vez peor. Ya casi no come, de noche se siente agitada y tiene horribles pesadillas que la obligan a gritar. Dos o tres veces intenta escapar. Se desarrollan algunas estereotipias: da tres pasos hacia adelante y tres hacia atrás, da vueltas a la mesa, durante horas enteras pega con el puño contra la pared y gesticula sin parar. Repite incansablemente trozos de alguna frase, seguidos de: "Pero verá usted", y canta siempre el mismo réquiem.

Ahora tiene verdaderas alucinaciones auditivas, al principio desconectadas, luego órdenes (de tirarse al mar). Todavía discute estos mandatos y rara vez tiene alucinaciones visuales.

Dibuja nuevamente su Sistema (dibujo D, 1), la "máquina castigadora", en la que ella se encuentra encerrada. En seguida me da

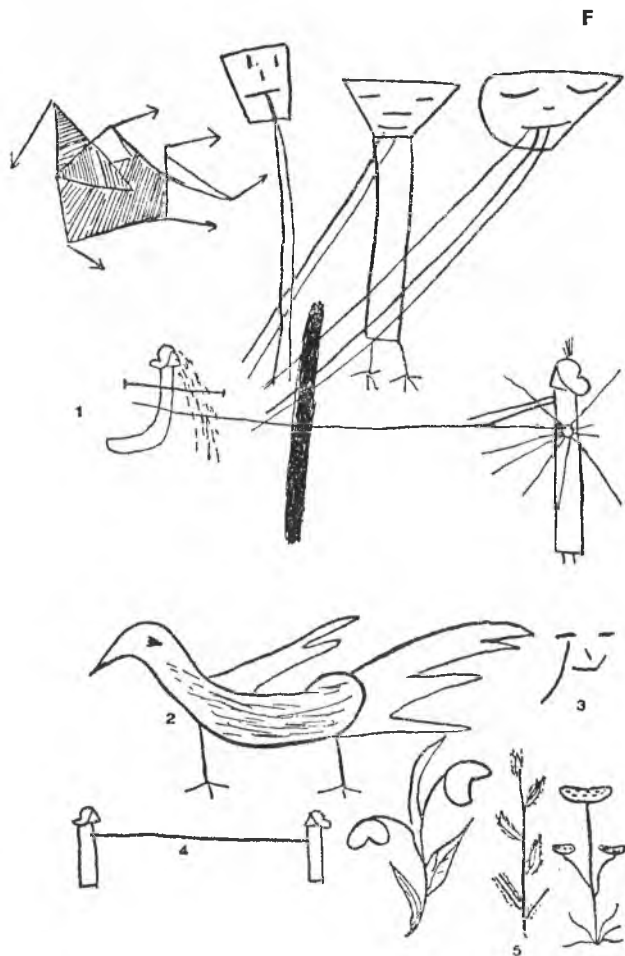


1. El Sistema.
2. La paja.
3. El animal.
4. Muerte por hostilidad.
5. Los perseguidores, que quieren separar al pequeño personaje de su mamá-sol.
6. El pequeño personaje con sus tijeras (= hostilidad).
7. El pequeño personaje se hace más diminuto y vuelve al vientre materno.



1. Réquiem, Réquiem, Réquiem, Réquiem, Réquiem.
 Réquiem y alimentación están en el sol. Raro y
 El Réquiem del sol sol Amarillo.
 Mamá mamá mamá mamá mamá.
2. Significa: Quiero vivir en el vientre materno y ser alimentada.
 Réquiem-vientre materno.
3. Tus amarillos están limpios ya que mamá es blanca.
 El trigo lo quiere, quiere que lo tome el sol.
 Sol, yo quiero que me tomes.
4. Tijeras = hostilidad.
5. El pequeño personaje se hace continuamente más diminuto hasta volver al
 vientre materno.
6. Mamá-sol.
7. Las tijeras penetran en la luz amarilla de la hermosa tierra y todos están
 muertos menos el sol y el pequeño trigo. El sol ama tanto al pequeño tri-
 go que se lo comerá.

una serie de dibujos simbólicos (D, 2 y E), un “pequeño personaje”⁵ que se hace continuamente más diminuto hasta volver al vientre materno (el sol como símbolo del ideal materno). Se que-



1. El pequeño personaje, separado de mamá-sol.
2. El animal.
3. El perseguidor.
4. La paja.
5. La ortiga entre dos flores.

⁵ *Personnage*: personaje, figura, que desempeña un papel determinado, sin

dan atrás los perseguidores (el Sistema = castigo, el animal = libido, la paja = máxima tensión del conflicto entre el Yo y la realidad), pues el pequeño personaje ha podido escapar (dibujo E). También puede verse cómo es castigada por su hostilidad (D, 1, D, 2, E). En D, 2 representa a la madre = sol, separada del pequeño personaje por las voces, la muerte y el Sistema. En este dibujo, el pequeño personaje permanece solo con su paja, su animal y un gran saco (el sentimiento de culpabilidad). Lloro y tiene en la mano unas tijeras (tijeras = hostilidad).

Se hace la prueba de llevar a Renée de nuevo al sanatorio en que ya había estado. Pero la excitación se acrecienta: se lastima el brazo a mordiscos, tiene varios impulsos suicidas, pega con la cabeza contra la pared y trata de tirarse por la ventana. Es necesario vigilarla y cuidarla día y noche. Lo único que la calma un poco son los baños prolongados y los narcóticos.

En este sanatorio Renée habla muy poco, tutea a todo el mundo y se mantiene por completo indiferente a lo que la rodea. Dice que es la reina del Tibet. En este país abandonado existe una total soledad, pero hay todo lo necesario, ante todo calor (!) y ahí no se sufre por falta de amor. (Pero la idea de la soledad es más fuerte que la de la dignidad real.)

Como Renée se niega a comer, es necesario que intervenga el médico. Se consulta a tres de éstos, y el dictamen unánime es que la muchacha tiene una evidente esquizofrenia; exigen que se la lleve inmediatamente a una clínica psiquiátrica.

En este nuevo hospital se estabiliza su estado en el sentido de la indiferencia; ya no dirige a nadie la palabra. Su única actividad consiste en dibujar y en escribirme pequeñas cartas.

En uno de estos dibujos (F) se encuentra ella con las voces que la acusan (rayas que le salen de la boca) y con el Sistema castigador, que representa simultáneamente el "País de la Iluminación". Está separada de mí por un obstáculo (ausencia de contacto) y la culpable de ello es la gente (= sus hermanos). Esta acostada sobre una montaña, sola y muerta. Por cierto que no dibuja ya al animal (= su libido), sino exclusivamente al Sistema. Su representación es cada vez más pobre de sentimientos (dibujo G).

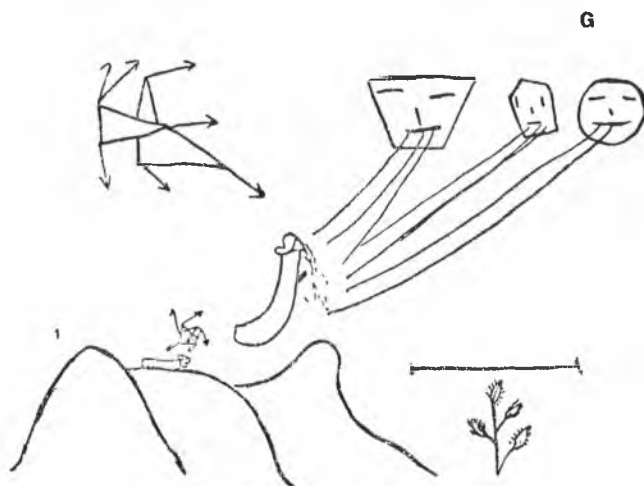
Me escribe: "¿Quién ha construido el Sistema? Se ha construido solo, y yo estoy encerrada en él. Se amontonan las piedras, el barco se hunde. Se está sola entre perros que aullan y ladran. El susto en medio de la guerra es grande. Roldán siente la cercanía de

carácter subjetivo, sin Yo, en oposición a la *personne*, plenamente consciente de sí misma. Ver Parte segunda, Interpretación, p. 203. [Nota de la ed. suiza.]

la muerte. En la Edad Medía hubo muchos soldados. La casa aquí está rodeada de gigantes que nos impiden salir.”

Cuando el médico jefe encuentra a Renée más tranquila, permite que ésta vuelva a su hogar, a pesar de seguir sumamente pesimista en lo que respecta al pronóstico. Encuentro fuera de la ciudad una pensión para ella, la llevo allí y la visito todos los días.

Aparte de la ausencia de contacto, que muestra una fuerte transferencia negativa, Renée manifiesta una clara transferencia positiva, según prueba la carta siguiente; por eso tengo todavía la esperanza de lograr una mejoría y prosigo con mis esfuerzos.



1. El pequeño personaje acostado solo en la montaña, solo con el Sistema y las voces.

“Mi querida mamá, me empeño mucho —para darte gusto—. Deseo tanto ir hacia tu cuerpo. Odio esta vida. Tóname. Me alegro de entrar nuevamente en tu cuerpo. Nunca más oiría gritar. Mamá, me esfuerzo por comer y vestirme, pero es tan difícil. Si lo logro, estarás feliz, y trabajaremos juntas para las personas iluminadas. Aun para aquellas que se iluminaron por una perversión, pero principalmente para las que tienen una gran pena.

“Viene el circo (la obligación de vestirse). Odio el circo. Pero en lo que se refiere a la comida cumpliré con mi deber. Las flores no deben vivir, por eso las destruyo. Es antropofagia comerse las verduras, ¿verdad, mamá? Recibe un gran beso de tu pequeña Renée,

sí: de Renée —no de una ortiga (flor urente, hostil)—. Renée volverá al cuerpo de mamá. Mamá, está oscuro en el bosque. Cubrir las paredes con paja. No abrirse. Los malos. Defiéndeme contra Antipiol (el perseguidor).”

La confusión y las alucinaciones se desarrollan en dirección de una melancolía. Tiene sentimientos físicos alucinatorios: sus manos se convierten en garras de gato. Renée misma está transformada en una gata hambrienta, que tiene que alimentarse de los huesos de muertos (los huesos de sus hermanos menores aparentemente muertos). Renée cree también haber causado la destrucción del mundo; ciudades enteras se han aniquilado a causa de sus delitos.

Se imagina que disminuye de edad, lo cual le causa muchas preocupaciones. Si esto sigue así, alcanzará pronto la edad cero. El miedo de llegar a cero se transforma pronto en una obligación: debe convertirse en cero. Por otra parte, afirma tener nueve siglos de edad. (El cero significa para ella: no haber nacido, y tener novecientos años significa entrar en el vientre materno para transformarse en feto.)

Sólo poco a poco he ido comprendiendo el sentido de los símbolos de Renée. Cuando después de repetidas interpretaciones había captado con toda seguridad su sentido, intenté explicárselos a la enferma. Pero únicamente lograba yo una comprensión intelectual y pasajera, y a menudo choqué con su rechazo: no quería separarse de sus símbolos. Por eso intenté *responderle en su lenguaje simbólico*, y estas respuestas la aligeraban parcialmente. Al mismo tiempo, me permitía edificar nuevamente mis explicaciones. Pero todo esto no fue suficiente para lograr una verdadera mejoría. Tuve que buscar algo más. Lo que he encontrado ha sido una *respuesta más directa*, que expondré en el capítulo siguiente.

5. EL PERIODO AGUDO DE LA ENFERMEDAD

DESCUBRIMIENTO DE LA REALIZACIÓN SIMBÓLICA Y SU APLICACIÓN AL COMPLEJO ORAL: LAS MANZANAS

(Octubre de 1933; Renée tiene 21 años y 3 meses.)

DESDE hace tres años hago lo posible por salvar a Renée. Pero constantemente choco contra su sentimiento de culpabilidad que erige como una muralla alrededor de ella. Lo más difícil ahora es hacerla comer. Todavía está en la pensión fuera de la ciudad (junto a una hacienda). Sólo puede comer espinacas, por no ser nutritivas y, por lo tanto, no despertar sentimiento de culpabilidad alguno. Y pueden comerse porque son producto de la tierra (= madre).

Renée puede comer también manzanas verdes. (Las manzanas verdes pertenecen al árbol, a la madre. Son, por así decirlo, la leche materna. Las manzanas maduras, en cambio, están separadas del árbol y han caído a la tierra. Representan la leche hervida, la leche de vaca. Las manzanas verdes significan también una alimentación simbólica, la alimentación permitida en el autismo, pues ser autístico quiere decir estar en el vientre materno.)

Para verter al exterior su necesidad de ser alimentada por la madre, Renée coge las manzanas verdes de los árboles. Puesto que la madre no se las da, tiene que tomarlas ella misma. (Las manzanas verdes se encuentran en el árbol, que representa a la madre.)

La campesina, que no vive en el mundo del símbolo, reprende mucho a Renée por su atrevimiento. Esto produce una crisis aguda. La enferma, a la que se niega lo "único necesario", huye por varias horas a la montaña. La dueña de las manzanas significa para ella la madre que rehúsa darle los alimentos del Tibet. (Símbolo de la alimentación del feto.) ¡Es decir: que ni siquiera le está permitido vivir en el autismo!

Al principio me hallaba yo en tinieblas, sin saber cómo satisfacer esa necesidad de comer manzanas. Le llevaba las más hermosas manzanas por kilogramos, diciéndole a la hospedera que le diese a Renée cuantas manzanas quisiera y siempre que las deseara. Pero continuamente las rechazaba y repetía sin cesar que le estaba prohibido comer otra cosa que no fueran manzanas. Cierta día, la hospedera quería obligarla a que comiese a la mesa junto con los demás huéspedes. Huyó y vino a verme sola, con un miedo terrible, cerca de

las nueve. Con gran paciencia busqué el sentido simbólico de las manzanas. Al observar que le daría todas las manzanas que quisiera, dijo Renée: "Sí, pero esas son manzanas compradas, manzanas para adultos. ¡Yo quiero manzanas de la madre, como éstas!" y señalaba hacia mi pecho. "Estas manzanas sólo las da la madre cuando se tiene hambre."

Por fin comprendí lo que debía hacer. Las manzanas representan la leche de la madre, tengo que dárselas como una madre que da el pecho a su hijo: tengo que darle yo misma el símbolo, directamente y sin intermediario, y a horas fijas. Para probar mi hipótesis, decidí poner inmediatamente manos a la obra. Traje una manzana, corté un pedazo para dárselo, y le dije: "Es tiempo de beber la buena leche de las manzanas de la madre. Mamá te la dará." Renée se apoyó en mi hombro, colocó la manzana sobre mi pecho y comió con los ojos cerrados, ceremoniosamente y con expresión de felicidad.

Esta simbólica de las manzanas fue el resurgimiento de todos los *shocks* de la más tierna infancia en relación con la alimentación, que significa tanto como amor materno. Al comienzo, la madre había mezclado la leche con tanta agua que ya carecía aquélla de sustancia, por lo que no podía satisfacer el hambre del bebé. En seguida simulaba la madre que "alimentaba" al papá dejándose morder por él, como para burlarse del niño hambriento. Más tarde alimentó la madre a los hermanos menores dándoles el pecho en presencia de Renée, con lo cual despertó en su inconsciente el recuerdo de todas las privaciones anteriores.

O sea que Renée había permanecido ligada a la madre sin poder acostumbrarse a una vida de independencia creciente, hasta que su espíritu se oscureció en los años de desarrollo. La agresividad tomó cada vez más posesión de ella y en parte se dirigía contra ella misma en forma de autocastigo. Poco a poco regresó a un estado en el que la actitud es todavía introyectada, es decir, a un estado de autoerótica primaria. Se había atascado en el estado del "realismo moral": lo que la madre permite es bueno y deseable, lo que prohíbe es malo y punible. Por su comportamiento, la madre de Renée aparentemente había condenado el deseo de alimentarse. Es decir, que estaba prohibido nutrirse y, por lo tanto, debía castigarse también el deseo de vivir: el sentimiento de culpabilidad se ligaba a las necesidades orales.

La injusticia que había sufrido Renée de lactante tenía que compensarse correspondiendo a las circunstancias de su infancia. *El ali-*

mento simbólico debía dársele en la misma forma en que se nutre a un lactante.

Quiero incluir aquí una observación. Es cierto que Renée había regresado a la fase oral, pero se habría enojado si hubiese recibido leche real, enfermándose con ello aún más. Debía recibir un símbolo, no una realidad. ¿Por qué? *El sentimiento de culpabilidad exige que se encubra el deseo reprimido*. Sólo cuando éste se ha calmado (en este caso mediante la satisfacción del deseo legítimo), es posible aceptar la realidad. Veremos cómo Renée pudo aceptar poco a poco la leche.

Renée esperaba, pues, que las manzanas (pecho materno) se le diesen, como la leche al lactante, en cantidades medidas y a horas fijas (porciones a intervalos regulares). Deseaba que su alimentación fuese “dirigida” sin que tuviese ella la responsabilidad como si fuese “adulta”. A esto se debe que los kilogramos de manzanas que yo le había llevado la desearan. Mi tarea estaba determinada con toda precisión: debía llevarle a Renée un trocito de manzana cruda y dárselo con toda puntualidad. Seriamente se lo comía durante cada “sesión”, que para ella significaba, por así decirlo, las horas de amamantamiento.

La “madre alimentadora” sustituyó a la “frustrada”. Esto permitió a Renée que siguiera viviendo, que se amara a sí misma para renunciar, en consecuencia, al autocastigo: la nueva madre había probado que deseaba que su hija siguiese viviendo. Y como había recibido el derecho a la vida, podía afirmarse la confianza (transferencia positiva). El primer obstáculo había sido vencido, y Renée podía proseguir con su desarrollo, que más tarde conducirá a la formación del Superego: la introyección progresiva de la voluntad materna.

La aplicación de mi nuevo método tuvo por efecto un relajamiento instantáneo, que mi ayudante consideró como un milagro. (Había contratado a una asistente, que durante algunas horas del día cuidaba de Renée: limpieza, paseos, etc., ya que la directora de la pensión no tenía tiempo para ello.) El mismo día desapareció su perseguidor “Antipiol”, así como su transformación en una gata. Pero lo más notable fue que Renée *vivió por primera vez la realidad*, aunque todavía muy fragmentariamente. Estaba por completo fuera de sí de alegría y asombro, como un ciego de nacimiento que ve por primera vez la luz.

A partir de este momento comenzó a desaparecer el sentimiento de culpabilidad durante la nutrición. Por fin la libido podía satisfa-

cerse en la realidad, no en el autismo, como había ocurrido hasta ahora.

Después de las manzanas crudas podía darse a Renée papilla de manzana, más tarde manzanas rebozadas, que representaban la leche ajena, la leche de vaca, y avena con leche verdadera (transferencia a la realidad). Cada alimento nuevo debía acompañarse de un trocito de manzana cruda, que le daba la mamá-analista, así como al principio del destete se da todavía de vez en cuando el pecho junto con los otros alimentos. Se enseña así al niño que, mientras tiene todavía necesidad del pecho materno, no se le desteta por completo. Y sobre la chimenea, en el cuarto de Renée, debían estar siempre dos manzanas en caso de que su confianza disminuyese, para que inmediatamente pudiera comer de ellas.

Poco a poco se le podían dar, como a un niño destetado, galletas, pan, sopas de avena, papillas de legumbres, etc. Pero Renée tenía que recorrer todo el ciclo de la alimentación infantil antes de atreverse a comer guisados salados.

Renée todavía oía voces. Cuando éstas le decían (para ponerle una trampa y despertar su sentimiento de culpabilidad con respecto a la comida): "Come sola...", tenía que decirle la mamá-analista: "No quiero que comas sola, todavía es demasiado pronto, quiero seguir dándote de comer." Renée sentía entonces un gran alivio, ya que se aligeraba así su sentimiento de culpabilidad por alimentarse.

La analista se había convertido en la *autoridad materna*. De ahí que su voz podía contrariar a la del perseguidor y lograr con esto la desaparición de las alucinaciones auditivas. La analista no discutía las voces, ni trataba de volver a la razón a la enferma o de convencerla de que los mandatos de las voces eran imposibles. Por el contrario, aceptaba su existencia. "Lo que dicen es cierto, pero son voces débiles. ¡Oye la mía, cómo es mucho más fuerte! Mamá ordena, pues sólo ella tiene derecho de hacerlo. Mamá dice: no debes comer sola."

Todavía quiero señalar la circunstancia de que en el caso de Renée se trataba de una profunda necesidad y no de un comportamiento infantil sin contenido simbólico, como el que se encuentra a menudo en personas histéricas. La prueba es que Renée nunca aprovechó la situación para exigir más y comportarse como un niño mimado. Desde que estaba segura que no tenía que prescindir de su "leche" simbólica, estaba satisfecha y agradecida y no pedía nada más.

PRIMER INTENTO DE APLICAR EL MÉTODO PARA DESARROLLAR EL YO:
EL PEQUEÑO MONO, PRIMER SÍMBOLO DEL YO EN EL AUTISMO

El primer símbolo que representó a Renée fue un pequeño mono de peluche, que yo le había regalado todavía antes que las manzanas. Era Renée, pero Renée reina del Tibet, la Renée del autismo. Personificaba el Yo dominado aún por los impulsos de la iluminación. Renée colocaba siempre las pequeñas patas del mono sobre sus rodillas para que no cometiese actos agresivos y no le hiciese daño. De este modo, Renée podía reprimir sus impulsos destructivos gracias al pequeño mono. Al mismo tiempo podía exteriorizar su piedad a su propio estado, a sus propias penas: "¡Tiene dolor de cabeza el pobre monito!" Me ocupé mucho y detalladamente con el animalito; gracias al atento cuidado que le proporcioné, Renée hizo grandes progresos: los impulsos autoagresivos disminuían visiblemente.

Desde la realización de los deseos mediante las manzanas, el mono no desempeñaba ya exclusivamente un papel negativo, sino que ayudaba también a desarrollar el Yo. El sentimiento de culpa había obstaculizado al desarrollo normal, narcisista, y producido una completa indiferencia frente al propio Yo. Y peor que eso, había prohibido bajo pena el derecho al placer, el derecho al cuidado, el derecho a la vida. Como la madre no había "amado" a su hija (le había negado la leche), Renée no había podido introyectar el amor materno "no existente". Ante todo había que desarrollar el Yo mediante la satisfacción de los impulsos legítimos, autoeróticos, pero por un camino *simbólico*. En efecto, cada vez que me dirigía al Yo de la enferma, se presentaban de inmediato reacciones negativas (impulsos autodestructivos), y el sentimiento de culpa creció considerablemente. Por lo tanto, había que encontrar un intermediario. Y este papel fue desempeñado por el pequeño mono. Representaba a Renée, sin ser realmente ella, y podía recibir las satisfacciones que ella no podía aceptar para sí misma.

SEGUNDA APLICACIÓN DEL MÉTODO (CONTINUACIÓN):
EL BAÑO (POR ORDEN), SÍMBOLO DEL DERECHO AL PLACER

Renée exigía siempre que se le obligase o impidiese hacer algo. Pues cuando una madre obliga a su niño a que haga algo que le produciría placer, aquél tiene la impresión de que el placer autoerótico está autorizado por la madre y que, por lo tanto, no es punible.

El niño puede entregarse al placer libre de todo sentimiento de culpabilidad.

La evolución actual trajo consigo el hecho de que a Renée le gustaba bañarse. Este era un buen medio para lograr el desarrollo del amor a sí misma, para poder superar el estado oral que había vivido con la simbólica de las manzanas. Después de haber adquirido el derecho de vivir, Renée tenía que obtener todavía el derecho a la alegría de vivir. El baño le daba el sentimiento de limpieza y de belleza física. Al mismo tiempo le aseguraba que el buen calor del agua provenía de la madre. Cuando este cuidado, que otorga vida y placer, proviene de la madre, el baño ya no necesita despertar un sentimiento de culpabilidad.

Estos primeros baños por "orden expresa" de la mamá-analista tuvieron por efecto un progreso inmediato. Renée comenzó espontáneamente a ocuparse del cuidado de su cuerpo y de su vestimenta.

Por desgracia cometí entonces un error: le dije a la enfermera, en presencia de Renée, que a ésta le gustaba bañarse y añadí que, cuantas veces lo deseara, debía preparársele un baño. ¡Qué catástrofe! Fue el mismo error que cuando se trataba de las manzanas ("déle usted cuantas quiera"). En cuanto daba a Renée la libertad de decisión, la llenaba yo nuevamente de sentimientos de culpabilidad. Se despertaba "la atención de las voces" y se detenía inmediatamente la mejoría.

¿Qué debí haber hecho? Pues tomar el partido de Renée contra las voces y poner el acento en la voluntad de la "madre" que exigía el baño. Debí hacer hincapié en la necesidad de estar limpia y haber mencionado el hecho general y natural de que todos tienen placer al bañarse y observar sólo de paso que también Renée lo tenía.

Por mi torpeza, el tratamiento por el baño, que tanto prometía, fue un fracaso. Renée abandonó este símbolo, para aceptarlo nuevamente con la gimnasia y el masaje, meses después.

TERCERA APLICACIÓN DEL MÉTODO (CONTINUACIÓN): MOISÉS, SEGUNDO SÍMBOLO DEL YO (EN LA REALIDAD)

Moisés era un muñeco de trapo con una cabeza de porcelana que Renée había recibido antes del mono, pero que había dejado de lado sin mostrarle el menor interés. Este muñeco se prestaba mejor que el animal. Era un "niño formado" y pertenecía a la realidad. Ahora, como había salido un poco de su autismo, podía ser representada por una figura humana. Y como había sido salvada de las devoradoras aguas del autismo, bautizó el nuevo símbolo de

su persona con el nombre de Moisés. Lo llamaba entonces el “pequeño”, en oposición a la Renée grande, físicamente adulta.

Moisés siempre dormía, pero teníamos la seguridad de que vivía y eso era lo principal. Cuando Renée tenía frío, había que taparlo y cuando tenía hambre, había que darle de comer. Apenas entonces podía yo hacer algo por la enferma, pues antes no habría aceptado nada. Moisés tenía un cuerpo de trapo, pero cuanto más se desarrollaba el amor a sí misma de Renée, tanto más insistía en que le mandase hacer a su muñeco un cuerpo de porcelana como el que tenían las muñecas “reales”; mandé hacérselo.

Durante mucho tiempo Moisés tenía “tres semanas de edad”, a veces hasta aminoraba ésta. Entonces lo observaba Renée y movía la cabeza: “Estoy muy preocupada... ahora está todavía más pequeño...” Supe inmediatamente que algo no estaba en orden, que Renée tenía una regresión y que debía buscar la causa. Moisés desempeñó mucho tiempo su papel: era la *Renée que se había quedado pequeña*, el Yo que había que desarrollar.

La simbólica de Moisés trajo consigo un progreso. La confianza de Renée en el amor materno que daba calor y que alimentaba había crecido. Las tendencias suicidas desaparecieron. Se acrecentó el contacto con la realidad. El amor normal a sí misma empezó a desarrollarse.

APLICACIÓN ERRÓNEA DEL MÉTODO

A. LOS PACIENTES, SÍMBOLO DE LOS CELOS DE LOS HERMANOS MENORES, COMPLEJO FRATERNAL

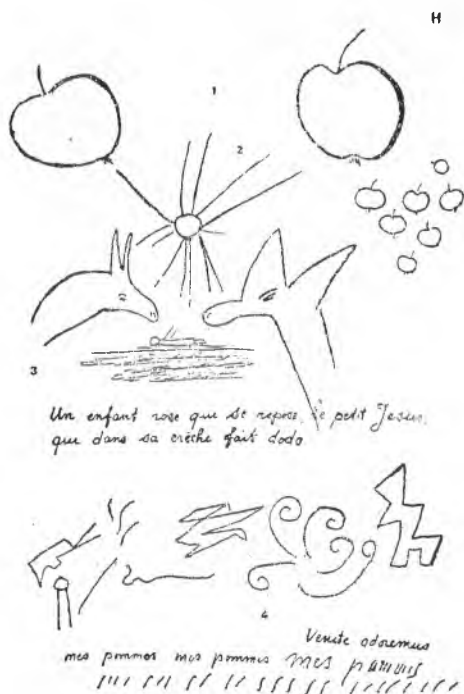
(Enero de 1934; Renée tiene 21 años y medio.)

Han pasado dos años y medio desde que comencé con el análisis. Pensé entonces que la mejora seguiría su propio camino y que solamente tendría yo que aplicar el tratamiento para la reeducación. Renée me había dibujado un pequeño pesebre, en el que se encuentra el niño Jesús (ella misma) (dibujo H). Lo cuidan dos enormes manzanas. En otra hoja dibuja “una pequeña figura que coge manzanas, todas las que quiera”; el manzano le pertenece a ella. Ya no sufre la carga de su gran sentimiento de culpabilidad. Tanto el perseguidor como el Sistema han desaparecido.

Pero todavía me encontraba lejos de la meta. Desde luego, los primeros conflictos se habían solucionado, pero quedaban todavía otros que el inconsciente de la enferma, animado por el relajamien-

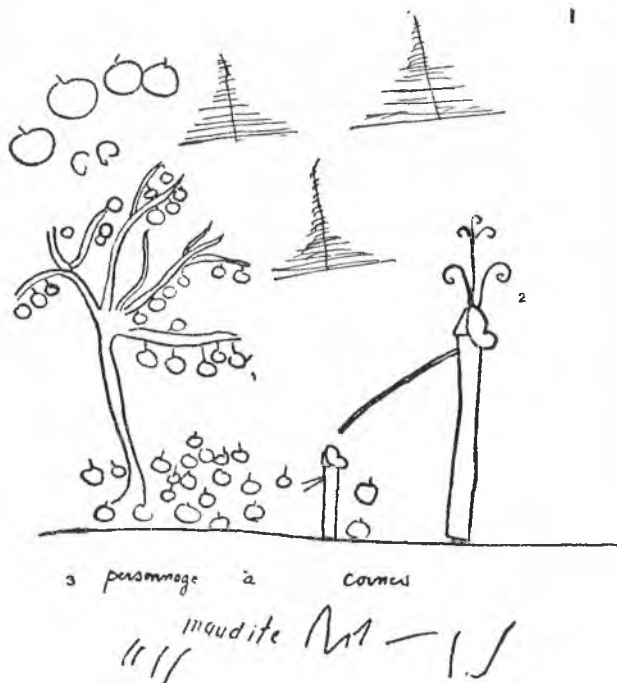
to obtenido, se atrevió a dejar aparecer. Y éstos tenían que encontrar su solución por el mismo camino simbólico que los anteriores, para que Renée pudiese desarrollarse pasando por cada fase, como lo hubiese tenido que haber hecho en la vida real. Por desgracia, aún no lo comprendía yo en ese momento, y así Renée cayó en un estado mucho peor que cualquiera de los anteriores, por falta del tratamiento adecuado.

Como pensé que sería más cómodo vigilar en mi casa la educación de Renée, la invité por algunas semanas. Cada día tenía que tratar algunos pacientes, y el mismo tiempo que les dedicaba formó para Renée la materia de un conflicto. Dedicármeles significaba para ella: "alimentar a los hermanos menores". Pasarme del tiem-



1. Las manzanas, símbolo de la madre amorosa.
2. Representación de la "Noche Santa". Renée es el niño Jesús.
3. Un niño color de rosa que descansa.
El niño Jesús que duerme en su pesebre.
4. Venite adoremus.
Mis manzanas mis manzanas mis manzanas.

po quería decir: alimentarlos más, quererlos más. Renée no podía compartir con nadie a su mamá, ya que no había salido del estado de destete y porque no había desarrollado la autoerótica normal. Furiosa con su mamá-analista, Renée dibujó a un gran ser con cuernos (Renée "le pone cuernos a su mamá")* (dibujo I).



1. El pequeño personaje coge manzanas, todas las que quiera.
El manzano le pertenece a él.
2. Una persona cornuda que le prohíbe coger manzanas.
3. Personaje con cuernos.
Maldita.

En su indignación hizo Renée como si echara a los hermanos menores, uno tras otro, por la ventana. Como entraban nuevamente por la puerta, el sentimiento de culpabilidad no tomaba posesión de ella... y al mismo tiempo podía empezar nuevamente a arrojarlos por la ventana. Esta continua ejecución significaba la reacción

* Expresión francesa de burla equivalente a la española "sacar la lengua" a alguien. [T.]

de la primogénita a la odiosa sorpresa de ver cómo nacían sus hermanos menores.

Renée expresó también el deseo de “hervir a sus hermanos y hermanas en una pequeña sartén a fuego lento hasta convertirlos en papilla, ahogarlos en una jarra de leche, abrir el vientre de la madre para comer a los niños, restregar al padre y a todos los demás seres humanos hasta hacerlos polvo, quitarles la razón y transformarlos en máquinas”.

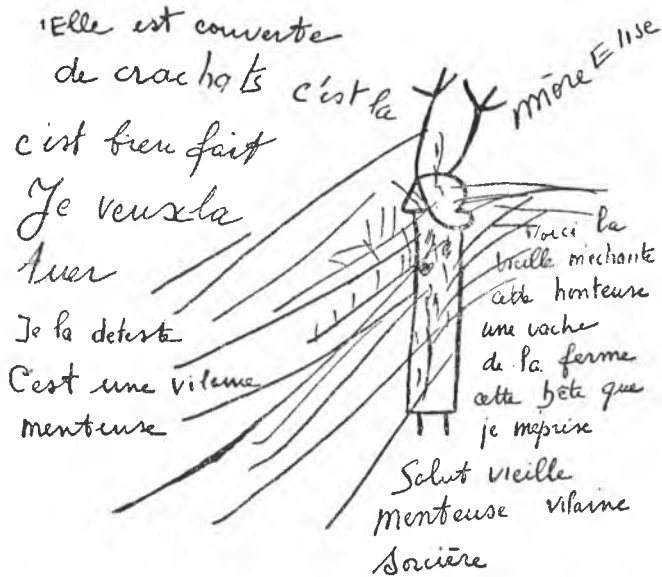
Este sadismo despertó, naturalmente, un profundo sentimiento de culpabilidad: Renée se sintió completamente abandonada. Se apoderó de ella un miedo terrible, miedo que a su vez se convirtió en sentimiento de culpabilidad. “Estoy abandonada en una llanura helada. Estoy condenada a muerte. He cometido un espantoso delito, el crimen de Caín y Judas” (= hacer a un lado a los hermanos menores y separarse de la odiada madre).

El sentimiento de culpa y los complejos la arrastraron al autismo. La prueba evidente de ello fue lo que se desarrolló en Renée cuando se enfadó por los enfermos y cuando yo me impacienté. “Te has enojado, y yo tenía miedo y me sentía como una criminal (represión) y *vi de repente cómo la gente se hacía tan pequeña como unos cerillos, por completo separadas unas personas de las otras.*”

Al menos, se hizo visible el complejo de celos, ¡pero no el tratamiento simbólico que debía emplear! Mis palabras amables y consoladoras no sirvieron de nada y el miedo de la enferma crecía por momentos, mientras esperaba una solución y duplicaba sus esfuerzos por expresarse.

B. NUEVO DESPERTAR DEL COMPLEJO DE ABANDONO (VIAJE DE LA ENFERMERA)

Mientras Renée estuvo en el campo, una asistente, sumamente capaz y desde un punto de vista psicológico muy bien dotada, me prestó sus servicios valiosísimos. Esta mujer venía cada día para prepararle el baño a Renée, llevarla de paseo o incitarla a realizar pequeñas labores manuales. Renée tenía una transferencia hacia ella: la de la abuela, que en cierto tiempo la había alimentado tan bien. Cuando Renée comenzó a vivir conmigo, la enfermera siguió viniendo diariamente, hasta que un buen día tuvo que salir de Ginebra. Con esto se repitió el *shock* que había sufrido Renée cuando se había ido la abuela (véase *supra*, p. 21). Renée me dibujó entonces una serie de cuadros:



Elle a des poux des bêtes qui
grouillent sur elle
c'est bien fait elle est sale
tout le monde lui crache dessus.

1. Está cubierta de saliva (hostilidad oral), es madre Elisa.
Se lo merece. Quiero matarla.
La odio. Es una mentirosa infame.
Esta es la mala vieja, esta desgraciada.
Una vaca de la hacienda, animal que desprecio.
Saludos, vieja mentirosa (que promete alimentos y no los da), horrible bruja.
Abundan sobre ella los piojos (los demás niños).
Se lo merece. Está sucia.
Todo el mundo le escupe.

Comentario de la autora:

Viaje de su enfermera, a la que ha transferido el amor que tenía por su abuela.

Elisa: nombre de la enfermera.

Renée "le pone cuernos" a la enfermera (= le saca la lengua), por eso la dibuja con cuernos.

De pequeña, Renée escupía a todo el mundo y lo transfiere ahora a la enfermera (abuela).

Vaca: no es una grosería, sino que significa: madre que da el pecho.

1. Un animal horripilante, que representa a la enfermera que se había ido.

2. Dientes gigantescos, de los cuales tiene miedo Renée (inversión de su agresión oral, de su deseo de morder a la “madre” y a la enfermera), con el letrado: “Madre canibal.”

3. Una mujer con cuernos ciclópeos y un letrado (dibujo K).*

4. En otro dibujo puede observarse cómo la madre, con dientes horribles —representada por un lobo con risa sarcástica—, quiere devorar a Renée. A la derecha del dibujo aparecen nuevamente las voces y el Sistema. La situación es seria, más todavía por estar ahora el Sistema vinculado con la madre. Hasta aquí Renée siempre había dibujado a la madre-analista en oposición al Sistema. La pequeña figura tiene además ahora un gran saco sobre la espalda. Esto significa que la hostilidad ha vuelto a traer el sentimiento de culpabilidad.

Las quejas de Renée respecto de mis pacientes hicieron que un buen día se me escapara un violento reproche. Renée tomó entonces un lápiz y dirigió a la mamá-analista un ceremonioso escrito, el “discurso de acusación”, cuyo sentido me fue explicando poco a poco.

“El proceso de la barrita de hierro, transformada en fuente de lágrimas, fechado en la ciudad de los muertos y el sarcófago de Ramsés III, el 24. VI. 1845 de 1234.”

(Explicación del título: Renée se siente rígida como hierro. Está desesperada. Se siente momificada e insensible como en un sarcófago. Los números aniquilan lo que resta de la sensibilidad, pues cuando se termina con números, todo es número...)

En un segundo “escrito acusatorio” la madre es acusada del asesinato de barrita de hierro, puesto que le impide llorar. Y barrita de hierro le ordena que transforme las “filibrinas electivas” (fibras internas) en “fuente realtamoursal” (la sal da fuerza).⁶ Barrita de hierro se siente culpable del asesinato de la madre y los hermanos (el deseo de matar a la madre y a los hermanos menores) y merece que se la acuse y castigue.

En un tercer “discurso de acusación” (el tibetano), Renée ha huido al autismo. “Yo, la reina del Tibet, se retira a sus tierras, a estepas calientes o frías, por ley del Lama 127 A. L., plena de muerte, envenenada por escorpiones —con el germen de la muerte dentro de sí—. Deseo de muerte. La reina del Tibet desea su muerte humillante. Está condenada a muerte desde 19.32, 3.2.1.0. (nú-

* En el original no hay un dibujo J. [T.]

⁶ Juego arbitrario de palabras. [Nota de la ed. suiza.]

meros que quitan la eficacia a lo anterior y lo destruyen) por la ley del trapecio (= el Sistema que no se atreve a nombrar)."

C. NUEVO DESPERTAR DEL COMPLEJO DE DESTETE (LA SUGESTIÓN DE NO COMER)

Renée comía cada vez menos. Cuando durante cierta comida le había rogado en vano que ingiriera algo, le dije un poco impaciente: "Está bien, si no quieres comer, no lo hagas, y pon tu plato a un lado."

Éste fue el golpe de muerte para despertar su complejo de alimentación: ¡yo, la "mamá", la animaba a que no comiese!

Renée sufrió la noche siguiente una tremenda crisis, durante la que golpeaba la pared con la cabeza para aniquilarse. Mi observación pareció haber provocado un nuevo progreso en la esquizofrenia. Hubo que llevar nuevamente a Renée a una clínica psiquiátrica. En ésta se mostró muy excitada, se mordía los brazos, se arrancaba el cabello, desgarraba sus vestidos y continuamente intentaba suicidarse. Tenía alucinaciones auditivas y ópticas que la acusaban: "Has cometido el crimen de Caín y de Judas." Sentía cómo se apoderaba de ella la desintegración: "El techo se desmorona, tiene grietas. El mono tiene algo en la cabeza que ya no funciona."

Me escribe al revés, para "evitar que los perseguidores oigan las quejas": S.O.S. — S.O.S. — S.O.S. — La horda de los parientes se venga por "dilaxalidad" (= sentimiento de culpabilidad). "Voy a sucumbir, venga usted en mi auxilio. Compréndalo por fin. S.O.S. — S.O.S. — S.O.S. —"

Recibe un baño prolongado. Sale de esta crisis flaca, rígida, con impulsos ocasionales, sucia, negándose a comer todo (pues desea la muerte) y hay que alimentarla con sonda. Permanece acostada durante días enteros, aparentemente embotada, sin reaccionar. Cuando habla, su lenguaje carece de sentido. Sólo se entiende que cree causar la destrucción del mundo. Lloro a menudo. (Se ha reprimido la hostilidad, sólo se manifiesta ahora el sentimiento de culpabilidad.)

Este estado dura seis meses. Los médicos afirman que se trata de una hebefrenia y su pronóstico es negativo. Lo mejor que, según ellos, puede esperarse, es que acabe en imbecilidad infantil.

Durante mis visitas, y en sus momentos de lucidez, la enferma me ruega que le permita vivir conmigo, "donde hace calor". Sus ruegos insistentes me determinan a hacer un último intento. Como está calmada los médicos permiten su salida. Viene a vivir a mi

casa, donde se le dispensan todos los cuidados necesarios; el médico viene a verla a diario.

Desde el punto de vista orgánico, Renée no presenta ninguna anormalidad, aparte de una micción deficiente. El médico exige que la examine un urólogo, el cual no encuentra síntomas infecciosos en la sangre ni en la orina.

Hubo una pequeña novedad en esta época. Se le dio a Renée un poco de crema batida, que ella llamaba “nieve” y que significaba pureza, es decir, perdón. Cierta día dio a su hermana un pequeño golpe: manifestación modesta de sus sentimientos hostiles. Inmediatamente adquirió su cara una expresión de espanto. Sin tardanza le ofrecí “nieve” para descargar su sentimiento de culpabilidad. Pero la rechazó, por no creerse merecedora del perdón. No insistí como debí haberlo hecho, y comenzó a desarrollarse una nueva crisis, que duró ocho días y estuvo acompañada de ideas suicidas y excitaciones. Más tarde me dijo que debía haberla *obligado* a aceptar la “nieve”, y que a pesar de su negación debí haber llevado la “nieve” a su boca. Sólo de esta manera le habría demostrado que había sido perdonada totalmente. Pero como desistí de darle la “nieve”, me había mostrado de acuerdo con su propia condenación: había cometido el imperdonable crimen de Caín.

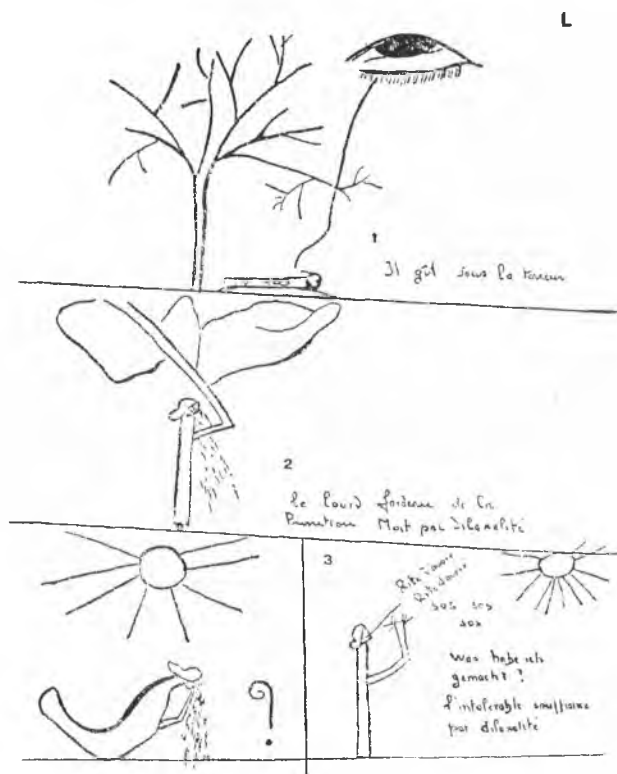
Su conducta asocial continuó. No quería lavarse, cepillarse ni peinarse. Comía con las manos (para evitar que lo hiciera, le di de comer con una cuchara). Repetía los automatismos y los actos impulsivos.

CUARTA APLICACIÓN DEL MÉTODO (CONTINUACIÓN): EL TIGRE, SÍMBOLO DE LA AGRESIVIDAD ORAL

(Diciembre de 1934; Renée tiene 22 años y medio.)

Para defender a la enferma contra los ataques de las voces de los perseguidores le llevé un día un gran tigre de peluche. Este personificó inmediatamente a la mamá-analista, era terrible con los malos, pero bueno con Renée. Por eso lo quería mucho y lo llevaba siempre consigo. La agresividad oral fue transferida al tigre (puede morder), Renée se mostró menos hostil, más tratable y tuvo mejor contacto. Su intranquilidad y su temor disminuyeron.

Debido a varias medidas familiares Renée no pudo permanecer en mi casa, de modo que la inscribí en una buena clínica particular. No tardó en empeorar: enmudeció, se hizo catatónica y negativista y desgarró sus vestidos. Durante todo un mes hubo que nu-



1. Se halla bajo el terror.
2. La pesada carga del castigo.
Muerte por "dilaxalidad" (neologismo que quiere significar el sentimiento de culpabilidad).
3. (Pedir, rogar) Rite d'avoir (neologismo, intraducible).
S.O.S. S.O.S. S.O.S.
¿Qué he hecho?
El sufrimiento intolerable por "dilaxalidad".

trirla nuevamente mediante la sonda, amarrarla con tres cintos y llevarla de noche a una celda. Una completa incontinencia de la vejiga y del intestino produjo una absoluta apatía con tendencias a la automutilación. Se debilitó cada vez más su cuerpo. Se inició una violenta tos acompañada de fiebre, así como una inflamación de los riñones. A las seis semanas me pidió el director que fuera a verla.

“Me voy a morir —me dijo—. Lléveme consigo. Quiero vivir con usted.”

Por suerte le pude hospedar con una familia, donde se quedó bajo la vigilancia de su médico y de una enfermera. Todas las tardes iba a verla por dos o tres horas. Era constantemente vigilada y sujeta con los cintos. Su estado físico mejoró poco a poco, pero el psíquico permanecía igual. Aún había que alimentarla con sonda. Con monotonía repetía su “S.O.S.” Casi no hablaba, pero en cambio escribía. “No puedo hablar, porque es malo.” Dibujaba (dibujo L) su sentimiento de culpabilidad como un gigantesco ojo encima de una pequeña figura acostada, con las palabras: “Se halla bajo el terror.” El hecho de que se expresase simbólicamente ya significaba un progreso.

QUINTA APLICACIÓN DEL MÉTODO (CONTINUACIÓN):
EZEQUIEL, TERCER SÍMBOLO DEL YO (SU DESARROLLO)

(Mayo de 1935; Renée tiene 22 años y nueve meses.)

Tres meses después se me ocurrió darle a Renée otra vez un doble. Le regalé nuevamente un muñeco, pero enteramente de porcelana, más grande y por lo tanto de mayor edad que Moisés. Renée dijo que tenía medio año y que se llamaba Ezequiel: también él era judío, ya que simbolizaba el pasado (el Antiguo Testamento). La era cristiana significa la vida actual, normal, no autística. El Antiguo Testamento es el sustituto del Tibet. Es decir, que Ezequiel también representa a Renée, pero era un poco mayor que Moisés. Ahora era yo madre de dos niños al estar con Renée.

Cada día cuidaba yo de Ezequiel: tenía que tapanlo bien, darle el pecho y entretenerlo con una sonaja. Dormía en una bonita cuna color de rosa. Renée estaba asombrada de que Ezequiel viviese y se hallase satisfecho. Continuamente la maravillaba que tuviese derecho de vivir, de estar a buen resguardo, de comer y de alegrarse. ¿O sea que lo amaba su madre? ¿Acaso Renée, en cuanto que la simbolizaba Ezequiel, no tenía también el derecho de ser alimentada y amada? Y con lentitud disminuyó su sentimiento de culpabilidad por vivir y comenzó a dedicarse a sí misma. Puesto que Ezequiel (cuyo cuerpo estaba más formado que el de Moisés) era capaz de sentarse, de observar su alrededor e interesarse en él, Renée comenzó a imitarlo. A partir de entonces traté de guiar la atención de la enferma sobre la luz y las flores de su cuarto. Renée hasta se atrevió a tocar tímidamente unas cuantas notas en el piano, a

colorear mapas geográficos y a cuidar de sus vestidos. Pude darle algunas clases de rítmica y de latín.

Desde luego que todavía se manifestaban violentos ataques del sentimiento de culpabilidad, pero en esos ratos dispensaba yo a Ezequiel un cuidado esmeradísimo.

Durante esta época Renée todavía hablaba de vez en cuando en un *lenguaje propio*. Sonaba como a lengua extranjera, con muchas vocales, haches aspiradas y vocales fluidas: aou, oou y palabras como ichtiú, tchaid, gao... que no correspondían a ningún concepto. El acento era medio alemán y medio provenzal, pero bastante amanerado. El tono era el de una madre que le habla a su hijito, muy acentuado y muy amable: quejas, asombro, ruegos, protestas. Esto constituía al mismo tiempo el recuerdo de las palabras de la abuela que, aunque no comprendidas, eran consoladoras.

Por desgracia, este progreso psíquico, obtenido gracias al símbolo de Ezequiel, fue interrumpido por una *enfermedad física*, y no fue posible mantener despierto el interés por el mundo exterior.

Desde el invierno se había ido desarrollando una nefritis, pero como Renée nunca se quejaba (por indiferencia a las sensaciones físicas) nadie sospechaba que esta nefritis se había transformado en pielitis. Esta se manifestó un día por la presencia de sangre en la orina y por una alta fiebre (40° C), y se complicó con colitis, con adherencias y úlceras. Se encontraron en la orina estreptococos y colibacilos.

La pobre muchacha comenzó a languidecer y llegó a pesar sólo 24 kilos. El médico dudó de que pudiera salvarse; del mismo parecer era el urólogo. "Esta pielonefritis es consecuencia indirecta de su estado mental —dijo éste— y no existe la menor esperanza de poder curarla físicamente."

De cualquier modo, el estado físico influyó en el psíquico, pues Renée casi enloquecía de miedo: "¡Hay que ser de veras muy culpable para tener que sufrir tanto!" Volvió a tener alucinaciones auditivas y tendencia a destruirse a sí misma. Se negó de nuevo a ingerir cualquier alimento o medicina, se pegaba y mordía. Había que poner cojines junto a la pared y amarrar a la enferma los brazos y el cuerpo con cintos (no hacía falta atarla de las piernas, pues no las podía mover sin producirse insoportables dolores en los riñones).

A pesar de todo, el médico logró salvarla. Recetó una autovacuna-
ción para atajar el mal. Se presentó una mejoría: bajó la fiebre, desapareció la pérdida de sangre por la vía urinaria y disminuyeron los dolores renales.

Mientras el estado físico fue mejorando, el *psíquico permaneció siempre igual*. Al principio no podía hacerse nada aparte de prodigarle el mejor cuidado físico, pues su debilidad era extrema. Más tarde la analista se enfermó por unas semanas.

Un mes después de la autovacunación, Renée había sanado físicamente casi por completo, pero su estado psíquico seguía dejando mucho que desear. Hice grandes esfuerzos por lograr una mejoría en este aspecto. Simultáneamente con breves ejercicios de atención (con iluminaciones, olores, sonidos, movimientos, etc.) emprendí nuevamente el tratamiento simbólico. Los síntomas esquizofrénicos se reducían de manera regular y desaparecieron los impulsos autodestructivos. Seis meses después de aplicar el método pudieron quitársele los cintos. La mejoría se presentó claramente junto con la realización simbólica.

6. PERIODO DE LOS PROGRESOS MANIFIESTOS, DEBIDOS A LOS TRATAMIENTOS SIMBÓLICOS ININTERRUMPIDOS Y SISTEMÁTICOS⁷

PRIMERA REALIZACIÓN SIMBÓLICA:
LO VERDE, ABANDONO DEL AUTISMO

(Primavera de 1936; Renée tiene 23 años y nueve meses. Han pasado casi seis años desde los primeros intentos de tratamiento.)

CIERTO día, al sufrir Renée mucho a causa de las voces, le dije: "Mamá hará callar a esas malas voces que tanto castigan a Renée, y Renée dormirá en su agradable cuna, igual que Ezequiel y Moisés. Mamá acostará a Renée en su cuna", y le di el medicamento que el doctor había recetado para calmarla. (Éste simbolizaba el estar guarecido en la cuna.) La agitación desapareció de inmediato y Renée repitió varias veces aliviada: "Todo es verde, enteramente verde..." Hablaba del verde del cuarto, que a causa de las persianas bajadas estaba bañado en luz verde. Le indiqué que había sido mamá la que había puesto verde el cuarto (bajando las persianas), para que pudiese dormir tranquilamente en su cuna y para que las voces se alejaran. Para Renée, el verde (según me explicó más tarde) era el color del fondo del mar y de los pantanos. "Estar en lo verde" significaba encontrarse "en el vientre materno", en el ansiado paraíso.

Al regresar las voces, se quejó Renée: "¡Ya no está verde! ¡Quitan todo el color!" Y al ponerle una compresa para aliviarla, dijo: "Haces verde."

Comprendí entonces de repente por qué aliviaba a Renée "el traspaso a lo verde". Retirarse al autismo significaba negarse a toda responsabilidad frente a la vida y producía un violento sentimiento de culpabilidad. Y este *sentimiento de culpabilidad respecto del autismo* era la causa, como en todo sentimiento de culpabilidad inconsciente, por la que quedaba fija en este estado. Para liberar a alguien de este sentimiento, hay que *darle permiso* para que satisfaga un deseo. Debe tener la autoridad para poder retirarse al autismo con el fin de perder tal sentimiento y apenas después desha-

⁷ Desde luego, estos tratamientos simbólicos no fueron aplicados separadamente: cuando uno de ellos comenzaba, el anterior continuaba. Pero hace falta separarlos para facilitar la exposición.

cerse de él. La causa es obvia: el deseo de retirarse al vientre materno despierta el sentimiento de culpabilidad, ya que la madre quiere obligar al niño a que viva; no desea guardarlo en su vientre.

Tuve que acompañar a Renée hasta la última regresión, hasta el autismo, y otorgarle de este modo el derecho de poder retirarse al vientre materno cuando sufría demasiado.

Las circunstancias para esta terapia eran favorables: el dolor sacaba a la enferma de su indiferencia y permitió que saliera a flote la inclinación al autocastigo. Mediante los calmantes pude mostrar que podía volver al vientre de la madre. Y cada uno de estos alivios creó un nuevo vínculo entre nosotras dos.

A los calmantes farmacéuticos se añadieron compresas húmedas y té caliente, como símbolos de la protección de la madre. Pero se presentó una dificultad por el tratamiento físico: como los males-tares de Renée empeoraban al ingerir bebidas calientes, el médico recetó helados. Para el helado, el frío, es lo opuesto al calor materno; Renée se mostró desconcertada al ver que el tan deseado calor la hacía sufrir. Vencí esta dificultad diciéndole: "Mamá curará el terrible malestar con un líquido de mamá", y de esta manera pude darle el helado, que le hacía sentirse mucho mejor.

Esto permitió que diese un paso adelante en la realidad. Explicué a Renée que el calor es nocivo para ella, mientras que el frío le haría bien. De modo parecido sucedió con los huevos, que para ella eran símbolo del alimento de la madre, pero que le hacían daño. Así, comenzó a sustituir una causalidad mágica por una real. Poco a poco comprendió también que el miedo y la angustia no eran producidos siempre por su sentimiento de culpabilidad sino también por la función irregular de su corazón, y que podría mejorarse ésta mediante coramina y compresas húmedas.

Para liberarla del autismo fue también muy importante el auxilio que se le prestaba a la enferma para reconocer la *verdadera proporción de las cosas*. Pues si la fantasía no se mantiene dentro de los límites de la realidad, los objetos y las ideas adquieren dimensiones fantásticas: el cuarto parece ser inmenso, al igual que una culpa. La difícil separación de la realidad se considera como castigo "mortal" de un delito. La irrealidad amplifica el sentimiento de culpa a dimensiones ilimitadas.

SEGUNDA REALIZACIÓN SIMBÓLICA:
EL GLOBO, SÍMBOLO DEL PECHO DE LA MADRE

Había alcanzado yo un punto importante: la enferma se había comprendido un poco del autismo. Ahora había que desarrollar la autoerótica normal y provocar la crisis de destete. Debía entrar en contacto real con el mundo exterior y hallar en él una fuente de satisfacción. Esto significaba introyectar el amor materno.

Cuando durante el tratamiento se olvidaba uno de algo o lo hacía mal, Renée no se quejaba ni pedía nada. Se ponía de cara a la pared. Pero si la necesidad era muy urgente, sufría bajo la ausencia de la satisfacción, y este sufrimiento se transformaba muy pronto en hostilidad hacia el mundo exterior. Existía un equilibrio defectuoso entre el deseo y la inhibición de pedir algo necesario, y hasta vital. La enferma hubiera muerto antes que existir algo.

Continué dándole "nieve" a Renée (nieve = crema virginal), y esto quería decir: "Mamá quiere alimentarte, mereces tu leche", pero avancé otro paso: un buen día le llevé un *globo*, que una de las grandes casas de comercio repartía entre sus clientes. Para Renée, el globo fue inmediatamente el símbolo del pecho de la madre, que se le ofrecía no para satisfacer el hambre, sino para que se divirtiese. El globo estaba atado a un hilo, y Renée podía alcanzarlo siempre que lo deseara. Aparte del globo le di una pelota con un hilo elástico, y escribí sobre ella: "Mamá." ¿No nos recuerda esto a Freud (*Más allá del principio del placer*), cuando nos muestra cómo su nieto hace aparecer o desaparecer, según lo quiera, el carrito "materno"? El globo le pertenecía exclusivamente a Renée y servía para demostrarle que nunca tendría que echar de menos el amor materno.

Al poco tiempo, después de sanada físicamente, podía uno verla bailar ante el globo (¡un cuadro precioso, por cierto!), de la misma manera como los primitivos ejecutan danzas en honor de sus deidades.

TERCERA REALIZACIÓN SIMBÓLICA:
LOS PEQUEÑOS, SÍMBOLO DEL YO (REPETICIÓN)

También los bebés, Moisés y Ezequiel, a quienes no se descuidaba, me proporcionaron una gran ayuda. Me ocupaba diariamente de ellos. Moisés, desde luego, siempre estaba acostado, pero también tenía que estarlo Ezequiel, ya que "se había hecho pequeño": no podía ya sentarse. Los vestí de blanco y los cubrí con cobijas bonitas.

Un día, cuando me estaba dedicando a los pequeños, Renée pi-

dió, en vez de observarme pasivamente, que estuvieran mejor vestidos, y que les hiciera nueva ropa de lana. Esto resultaba ser un gran progreso, si se compara con la época en que decía: "Moisés se hace cada vez más pequeño y Ezequiel no tiene derecho a la vida." Renée comenzaba a introyectar el amor materno. Digo "comenzaba", pues todavía tenía que progresar mucho. Aún no quería ocuparse ella de los "niños", y decía: "Los tiene que cuidar mamá"; su amor propio era todavía demasiado débil.

PROGRESO EN LA "AUTOERÓTICA" NORMAL

Imperceptiblemente comenzó a ganar terreno el interés por la realidad. En una ocasión, Renée se dio cuenta de la distinción entre la montaña y el valle. En otra, se asombró del significado de ciertas palabras. O hizo una pregunta que se refería a la historia universal; pidió un reloj para orientarse en el tiempo. Dibujó un sarmiento que colgaba frente a la ventana.

Le enseñé cómo reconocer diversas clases de mariposas y de flores y cómo clasificar sus imágenes. Comprendió que ordenar significa tomar posesión de las cosas y dominarlas. Le impuse determinadas tareas para sacarla de lo indefinido, y esto siempre la aliviaba mucho.

Siempre que había hecho algo la felicitaba, para fortalecer su Yo.

Por otra parte, cuando deseaba algo (desear significa querer vivir), se lo daba inmediatamente. Por ejemplo le decía a la enfermera: "¡Haga el favor de traer para la señorita Renée un pastel de manzana y apúrese!" Renée se mostraba muy asombrada de que se preocupara alguien tanto por ella, y poco a poco fue manifestando también satisfacción por ello. En realidad, era muy fácil dar importancia a sus deseos, pues como carecía del sentido de la realidad y de amor propio era todo, menos exigente.

Fue entonces (verano de 1936; Renée tenía 24 años) cuando se le pudieron quitar los cintos y cuando se le suprimieron los calmanantes, pues ya no intentaba suicidarse y se la podía dejar sola durante tres cuartos de hora.

Un día se atrevió a preguntar si podría comer sola. Esta vez fui más precavida, y le dije: "Está bien, pero sólo un panecillo, porque mamá prefiere darle de comer ella misma a Renée." Entonces comentó con un suspiro de alivio que si mamá la seguiría alimentando, podría intentar con mayor facilidad y más a menudo comer sola. Y así fue. Hasta llegó a pedir más cuando no tenía bastante. ¡Esto era algo inaudito para ella, a la que tantas veces había tenido

que alimentarse por la fuerza! Y cuando no estaba yo junto a ella a las 4 P. M., pedía ella misma su pan a la enfermera. Las primeras veces que me ausenté había mandado que se le entregase una carta, en la que le pedía que comiese como si mamá misma se lo diese —y comió, con la carta en la mano—. Poco después me dijo que ya no necesitaba la carta, porque ya podía tomar ella sola su té. Se había introyectado a la madre en cuanto alimentadora. Renée se amaba “oralmente” y no requería ya a la madre para alimentarse.

Si desde un principio hubiese permitido que Renée efectuase el “hecho heroico” de comer sola (esfuerzo que hubiera sobrepasado su seguridad interior), probablemente hubiese comido un poco. Pero pronto hubiera sido presa de un terrible miedo: que la madre la abandonara demasiado pronto, y este miedo la habría llevado nuevamente hacia el autismo. Mi seguridad descansaba en las experiencias que había tenido antes de alcanzar el método eficaz.

Tuve la misma experiencia con todas las demás medidas del tratamiento, por ejemplo respecto del cuidado del cuerpo. Renée, que durante toda esta época había sido muy sucia, comenzó a desear su limpieza personal y a gozar de ella; incluso quería lavarse ella sola. Cometí el mismo error que antes, pues creía que Renée ya tenía la suficiente fuerza interior: dije a la enfermera que podría dejar que Renée se lavase sola. Pero pronto perdió interés en su cuerpo, convencida, según decía, de que “mamá la había abandonado”. Entonces exigí expresamente a la enfermera, en presencia de Renée, que se ocupara del aseo de ésta, e iba yo a convencerme por mis propios ojos de que estaba limpia y, en caso de estarlo, la felicitaba efusivamente: “¡Qué limpia está hoy Renée! ¡Cómo se está haciendo fuerte este hermoso cuerpo!” La enferma se enorgullecía mucho con estas alabanzas e introyectaba el amor materno respecto del cuerpo, tal como lo había hecho con la alimentación. Para ayudarla en dirigir su interés sobre sí misma (sobre este ser desconocido que ella no puede amar), pregunté a su médico si sería posible darle masajes. Como no tenía argumento alguno en contra sino que, por el contrario, le parecía bien, mandé por una masajista. A veces pedía Renée alcohol alcanforado “para fortalecerse”, a veces crema facial, o indicaciones sencillas para hacer gimnasia. Durante algún tiempo le mostré mi interés y la felicité; más tarde pude dejar de lado las cuestiones del aseo personal: el automatismo de la limpieza se había fijado. Renée podía manifestar ahora sus opiniones acerca de cremas para la piel y ejercicios gimnásticos, incluso cuando no concordaban con las mías, cosa de la cual no hubiera sido capaz antes.

Me esforcé mucho por desarrollar su Yo, hablando de ella, admirándola, decorando su cuarto, proporcionándole conocimientos que correspondiesen a su capacidad mental y que enriquecían su saber intelectual.

La salud de Renée mejoró considerablemente, de tal modo que podía uno salir con ella. Al comienzo dimos juntas unos paseos muy cortos. También en este caso cometí una enojosa imprudencia al ceder demasiado pronto a su deseo de ir sola. “¡Quiero salir sola, ya no soy ningún niño pequeño!” La dejé un momento sola en la acera mientras encargaba algo en una tienda; al salir, la hallé atormentada por un miedo terrible, completamente perdida, abandonada y desorientada. Durante los paseos siguientes me negué a dejarla sola, a pesar de su insistencia. Pronto me di cuenta cómo iba adquiriendo una seguridad auténtica, de manera que podía dejarla salir sola a la calle —es decir, que ocurrió lo mismo que con la alimentación y con el aseo—. Pero como todavía sufría a causa de una persistente duda respecto del amor absoluto de la madre (¿no se alegraba ésta de deshacerse de Renée?...), le preparaba el té para cuando regresara (el té equivale a la leche simbólica) y le escribía una cartita, en la que indicaba exactamente qué es lo que debía hacer: tomar el té, desvestirse, leer, etc. De este modo no estaba abandonada. La recibía su madre.

Lo mismo ocurría con las diversiones más sociales: visitas al salón de té o al cine. Al principio Renée sólo podía ir conmigo, luego con una amiga si le daba una cartita que le asegurara de mi presencia espiritual. Finalmente podía ir también sin la carta. Poco a poco se le pudo introyectar también el permiso de divertirse.

Fue interesante ver cómo el proceso de la introyección de la madre se reflejaba en *el modo de expresarse de Renée*. Para comenzar, se hablaba a sí misma como lo hace una madre muy cariñosa con su hijo. Se le oía decir: “Tómame pronto tu leche (simbolizada por el té), querida, la ha preparado mamá, y luego quédate bien abrigada. Viene mamá, envuélvete bien, mi amor. ¡Mamá te quiere mucho!” Poco después cambió de tono; éste se hizo más vivo, firme y adulto: “¡Pronto, a la cama, aquí está tu té y el libro” Y al llegar a su término la introyección: “¿Té? Pues realmente no lo necesito, nada más me hace perder el apetito para la merienda. Prefiero descansar un rato, luego pienso leer.” Se había hecho consciente de sí misma. Los símbolos se hicieron innecesarios, ya que la realidad había pasado a primer plano.

La forma infantil de su lenguaje aparecía siempre que había que lograr una nueva introyección y desaparecía cuando ésta se había

establecido firmemente. Estas adquisiciones paulatinas respecto de la alimentación, el aseo y la diversión en compañía guiaron a la enferma hacia la independencia.

Los “pequeños”, que en un principio me habían ayudado tanto, fueron echados a un rincón y sustituidos por actividades que correspondían a la edad y al nivel intelectual de Renée: lectura, clases, dibujo.

O sea que estos símbolos surgieron de necesidades profundas y reales. Estaba yo convencida de que se trataba de una falta de confianza en el amor de la madre y de una falta de amor propio, y no de deseos exigentes o niñerías absurdas para adquirir poder sobre sus parientes. Mas como mi método se basaba en el afecto y no en la razón, no fue comprendido por los demás. Se me dijo, por ejemplo, que no es conveniente impedirle a una enferma que coma sola o que salga sin compañía una vez que expresara el deseo de hacerlo, sino que por el contrario había que animarla a que lo hiciera. Y que es malsano permitir que se ocupe con “muñecos”, pues de este modo permanecería en el infantilismo y nunca podría salir de él, etc. Y, sin embargo, todos sabían que habían fracasado los tratamientos racionales que al principio había yo aplicado espontáneamente. Sin éxito alguno había intentado animarla para que hiciese un esfuerzo y para inspirarle interés por la realidad y la vida: le regalé toda una serie de cosas, como discos y golosinas, pero nada de ello le sirvió.

Como prueba de que mi método fue fructífero pueden considerarse *los adelantos que hizo Renée con cada nueva realización simbólica, y su falta de interés por esos símbolos en cuanto se había logrado el adelanto*. ¡Y así fue hasta la curación definitiva! Por lo tanto, estas mejoras no fueron restablecimientos espontáneos después de crisis endotóxicas.

CUARTA REALIZACIÓN SIMBÓLICA:

LAS MONEDAS DE ORO, SÍMBOLOS DEL COMPLEJO ANAL

(Julio de 1937; Renée tiene 25 años.)

Después de solucionar el complejo del destete y de las primeras manifestaciones de la formación del Yo, Renée deja de tener alucinaciones y deseos suicidas. Me trajo un dibujo que correspondía al periodo anal de su desarrollo y que representaba un sueño de esta época (dibujo M).

Renée le entrega al primer ministro de Inglaterra un regalo regio: un bacín, en el que se encuentran los excrementos de Renée

transformados en monedas de oro. A la derecha está la esposa del ministro en actitud de adorar este maravilloso presente.

Me di cuenta de que Renée me traía un nuevo símbolo para un nuevo alivio. Como la esposa del ministro representaba mi propia persona, agradecí el regalo, llena de admiración, en lugar de ella (tal como lo hacen las madres). Y cuando se me presentaba la oportunidad en los días siguientes, la felicitaba y le daba las gracias, diciéndole que ahora mamá era rica, muy rica, gracias a su regalo. ¡Y cada vez Renée daba gritos de alegría, como una pequeña salvaje!

El dibujo a que nos referimos aquí es mucho menos torpe que los anteriores, sin elementos ilusorios; podría ser un simple dibujo infantil.

El periodo anal fue muy breve. No tuve la impresión de que este complejo había producido en Renée un trastorno.

QUINTA REALIZACIÓN SIMBÓLICA:
EL CONEJITO, SÍMBOLO DEL DERECHO DE VIVIR⁸

(Pascua de 1937; Renée tiene 24 años y medio.)

De tiempo en tiempo un recuerdo pesaba sobre Renée y le quitaba toda su seguridad. Pensaba en el conejito blanco que tanto había querido. El lector recordará la profunda pena que había tenido a los catorce meses de edad; su padre le había quitado el conejo y lo había matado en su presencia. Lo había vivido todo: el terror del animalito, la sangre que corría, su muerte. Como Renée se había identificado con el conejo y éste había sido muerto, no estaba segura si tenía el derecho de vivir.

Pensé entonces en darle un conejo de peluche, con la esperanza de que este regalo simbólico reforzaría su seguridad en sí misma. Le prometí uno para la Pascua. Renée se mostró muy excitada: esperaba la resurrección de su conejito. Esto significaría que Renée podría vivir sin miedo.

Por desgracia no encontré antes de la Pascua un conejo enteramente blanco que pudiese parecerse al suyo. Al confesarle a Renée mi fracaso, tuvo una decepción tan terrible que nuestro contacto sufrió una verdadera conmoción. La promesa no cumplida le demostraba que yo *no quería* que su conejo resucitara.

Se me ocurrió entonces escribirle a Renée como por encargo del conejo: "Renée: soy tu conejito. Pronto estaré contigo. Puedes creer

⁸ Ver p. 21.

M



1. Monsieur Baldwin 1^{er} ministre d'Angleterre,
est étonné et content du cadeau royal qu'il vient de
recevoir par les sables magnifiques que j'ai fait et que se sont
transformés en or et en or liquide, enrichissant l'Empire
britannique. Monsieur Baldwin s'incline devant (moi) non
devant le cadeau magnifique et me remercie chaleureusement
et dignement. Il s'en va emportant précieusement le vase plein
de sables qui sont de l'or. Je suis très fière et honnée

d'avoir enrichi l'Empire britannique. Je me sens très puissante
et suis heureuse de pouvoir donner mon or à Monsieur Baldwin
le ministre, et honnée aussi. Puisse ce rêve se réaliser sur
un autre plan; J'ai fait une aile d'ange au personnage
pour montrer combien il est rempli de ferveur et de reconnaissance
devant ce don du ciel. Il remercie.

1. El señor Baldwin, primer ministro de Inglaterra, está asombrado y satisfecho al recibir el regio presente en forma de unos excrementos magníficos que yo hice y que se han transformado en oro líquido, enriqueciendo así al Imperio británico. El señor Baldwin se inclina ante (mí), no, ante el magnífico regalo y me da las gracias calurosa y dignamente. Se aleja llevando cuidadosamente el bacin lleno de excrementos, que no son sino oro. Me siento muy orgullosa y honrada de haber enriquecido al Imperio británico. Me siento muy poderosa y estoy feliz de poder dar mi oro al señor Baldwin, el ministro. ¡Si este sueño pudiese realizarse en otro nivel! He dibujado a un persona con alas de ángel para mostrar cómo está plena de fervor y de agradecimiento por este don del cielo. Da las gracias.

que mamá me buscó. La vi en la tienda pero me escondí, pues no me atrevo a salir a la luz. Soy como el niño. Pero dile a mamá que me busque de nuevo. Sacaré la puntita de una de mis orejas para que me vea. Cuando me tome en sus brazos y me lleve a ti, estaré muy contento. Y resucitaremos los dos juntos, el niño y yo, y te prepararemos una vida hermosa y feliz.”

La carta produjo el efecto deseado. ¡A Renée le parecía muy natural que el conejito no fuese muy valiente y que no hubiese osado mostrar la punta de sus orejas! No había sido, pues, la negligencia por lo que la madre no lo había encontrado. Pero lo más importante era que vivía, ¡ya que había escrito y esperaba a mamá!

Esta carta salvó a Renée de la desesperación y, en consecuencia, de la fuga al autismo. De todos modos me preguntó a menudo si realmente vivía y si realmente se trataba de su “conejito”. Le aseguraba que sí lo era, y se dormía con la carta debajo de la almohada hasta que recibió el conejo.

Llegó ocho días después de la Pascua. Era enteramente blanco y muy bonito.

Cuando se lo entregué, sonrió durante un cuarto de hora con una expresión satisfecha, pero simultáneamente tímida y perpleja. “No puedo decir nada... es raro, estoy muy cansada, no puedo moverme ni hablar... ¡Tengo miedo, hace mucho calor! Todavía no lo reconozco... sólo de lado... no me atrevo a tocarlo. Tengo miedo de que me lo quiten... ¡Mis brazos y mis piernas parecen estar rotos!”

La emoción pudo manifestarse exclusivamente a través del movimiento, ya que, en la época en que Renée había visto morir al conejo, aún no podía hablar. Fue un movimiento anímico “puro” sin representación.

Renée adquirió pronto mayor seguridad gracias al pequeño conejo, con el que inició una gran amistad. Y su confianza creció tanto respecto de su “mamá” como respecto de sí misma: estaba más segura de que podía vivir y de que no sería víctima de una misteriosa desgracia. Se fue independizando de mí, y se sentía cada vez más fuerte.

SEXTA REALIZACIÓN SIMBÓLICA:

EL HUEVO DE PASCUA Y EL PULVERIZADOR, SÍMBOLOS DE LA MASCULINIDAD

Poco después de la resurrección del conejo me dijo Renée: “Soy un muchacho. ¡Soy fuerte y puedo tirar a mamá!” Y riéndose comenzó

a empujarme y a apuntarme con el lápiz. Fue así como se manifestó su deseo de virilidad y se transfirió a la madre. Renée tuvo que volver a vivir este periodo fálico, en el que también había sufrido una derrota. Los padres no sólo se habían burlado de su deseo de ser varón y de la falta del miembro viril (lo cual fue una grave ofensa al narcisismo y una nueva decepción en cuanto al amor materno), sino que la niña había presenciado las relaciones maritales en la recámara de sus padres. Como esto había ocurrido en el estadio oral, la niña lo interpretó como un ataque oral del padre a la madre. Me contó una vez Renée: "El padre penetra en la madre con una cuchara, para comerla." ¡De ahí su deseo de tener también ella una "cuchara" como su padre! Este es probablemente el origen de la intensificación de su deseo de masculinidad.

En la Pascua de 1937 le regalé, aparte del conejo, un huevo de turrón relleno de chocolate. ¡Qué decepción! Renée estaba completamente abatida. "Desde la Pascua ya nada va bien a causa de este huevo. (Con vehemencia): me habías prometido una sorpresa en el huevo, y no la he encontrado. Es la primera vez *que esperaba de mamá algo distinto de un alimento*. Esperaba algo duro, de metal, hueso o marfil... Quizá un lápiz al que no haría falta sacarle punta, cuya punta sale por sí sola, no una pluma, pues lo deseo para escribir, no nada más así. Lo quiero con una punta ancha como para hombres, no agudo como para damas. Una pluma no habría producido la misma alegría, pues no es fantasía... Es raro que hubiese deseado sólo un lápiz de fantasía —¡antes nunca había deseado algo por el estilo! ¡Un regalo de fantasía de mamá!"

Le pregunté en qué pensaba cuando veía algo duro. "Oh, pues veo a un niño paseándose desnudo en el jardín, con su miembro..."

El deseo fálico se desarrolló en forma uretral: como pene que salpica a la madre. El símbolo de esta fantasía fue un pulverizador de perfumes. Y durante varias semanas tuve la placentera experiencia de ser rociada profusamente con agua de Colonia con un bonito pulverizador de cristal. Más tarde Renée ya nada más hacía como si me salpicara, sosteniendo en su mano un objeto puntiagudo, por ejemplo un asombrilla que, menos placentera, sustituyó al aromático pulverizador.

Cuando el complejo de virilidad se había disuelto, Renée comenzó a interesarse por su arreglo personal. La coquetería reemplazó al pulverizador.

SÉPTIMA REALIZACIÓN SIMBÓLICA:
LOS PACIENTES COLGADOS, PRIMER SÍMBOLO DEL COMPLEJO
FRATERNAL

(Septiembre de 1937; Renée tiene 25 años.)

Por esta época me tuve que hacer cargo, aparte de las personas analizadas, de varios casos referentes a pruebas psicológicas. Esto llamó inmediatamente la atención de Renée, y volvió a tomarlo muy a pecho: pues desde 1934, los pacientes representaban a los temidos hermanos menores y despertaban su tristeza y su ira. También esta vez tiró Renée mentalmente a los pacientes por la ventana, después de despedazarlos. “Veo cómo (los trozos) vuelven a unirse y él (el paciente) sube por las escaleras. Vuelvo a destruirlo, y se unen de nuevo. A veces la cabeza no se sostiene, y me asusto mucho.”

Le di nuevamente nieve (crema batida), no sólo para demostrarle que la quería alimentar y que lo merecía, sino también para enseñarle, mediante la pureza de la crema, que se le perdona “el crimen de Caín y de Judas”. Pero esto ya no bastaba. El símbolo se había gastado, pertenecía a una época pasada.

Un buen día se hizo patente un nuevo símbolo: el de “los pacientes colgados”. Me dijo Renée: “De repente vi escrita la palabra ‘cas’ (caso) con una ‘s’, y pensé que habría que quitarle la ‘s’ y añadir un segundo ‘ca’ —pues son pequeños puercos—. Habrá que colgarlos de sus pantalones con pinzas para la ropa para no tener que tocarlos con las manos.”

Sin tardanza me apropié el símbolo para satisfacer las quejas inconscientes de la pobre niñita dejada de lado. Al día siguiente recorté muñequitos de papel y los colgué, en presencia de Renée, con pinzas para la ropa y mostrando una expresión de asco.

¡Al ver Renée este espectáculo, saltó de alegría, les escupió a los muñequitos (tal como lo había hecho con su hermanita) y chasquéó con los dedos! Por mi parte, compartí su hostilidad frente a estos “pequeños puercos” y dije con desprecio: “Este paciente es un tonto, una linterna gorda que ocupa todo el lugar y que nos asfixia. ¡Vamos a ventilar el cuarto y a sacarlo con una pinzas!”

¡Qué alivio para Renée! “Desde que tú misma te burlas de tus casos, ya no tengo ganas de hacerlos polvo ni de tirarlos por la ventana. ¡Simplemente los desprecio y los cuelgo de sus pantalones!”

En efecto, se contentó desde entonces con darles unos golpecitos a los muñecos y mirarlos de reojo con una sonrisa maliciosa.

Renée tuvo cuatro sueños, que mostraban gradualmente la victoria de los sentimientos positivos.

Primero soñó que despedía yo a uno de mis pacientes cinco minutos antes de terminar su hora. Sollozaba, pero le dije a Renée, encogiéndome de hombros: "Que lllore cuanto quiera, mañana también tendrá que irse más temprano." Y Renée exclamó: "¡No, déjalo que se quede!"

El día siguiente tuvo otro sueño. Hacía yo que el paciente prorrumpiera en llanto, y me dijo ella: "¡Ten cuidado!" Después de lo cual dijo el paciente: "¡Renée, podríamos estudiar juntos la rítmica!"

En otra ocasión soñó Renée que tenía un enorme absceso en un pie, grande como una bola, que se desprendió y abrió, mostrando que estaba lleno de pus, y que se lo curé.

Cuando le dije una vez que de verdad se había ido un enfermo, antes de cumplir la hora, soñó en la noche que dos perros, uno grande y otro pequeño, flaco y desgrefiado, querían devorar lo mismo. ¡Y ganó el pequeño! En seguida cantó: "¡Victoria y poder! ¡Loas y alabanzas!" (la victoria por el pequeño y las alabanzas por la mamá). ¡Y cuando el pequeño venció, la mamá izó una bandera en la parte más alta del tejado!

Pocos días después me dijo Renée por primera vez: "Me he puesto más guapa y tengo un cutis más suave, me siento más segura... El asunto de los pacientes va mejor."

OCTAVA REALIZACIÓN SIMBÓLICA:

LAS ESFERAS DORADAS, SEGUNDO SÍMBOLO DEL COMPLEJO FRATERNAL

Se produjo un gran alivio después de colgar a los pacientes: puesto que la mamá-analista también los "odiaba", Renée ya no sufría con tanta fuerza bajo su sentimiento de culpabilidad. Su miedo disminuyó considerablemente. Ya no lloraba a causa de los pacientes, casi llegaron a serle indiferentes.

Si en cierto sentido el símbolo de los pacientes colgados había sido negativo, el segundo símbolo, el de las "esferas doradas", creó una satisfacción positiva.

Una vez que informé a Renée que había despedido a una persona cinco minutos antes de terminar la hora, exclamó: "¡Qué grande esfera me has regalado hoy!" — ¿Una esfera? No fue difícil adivinar de qué se trataba: era nuevamente la manzana. La esfera representaba, por así decir, el amor materno, que para Renée siempre se simbolizaba en la forma de una manzana (el pecho de la madre). Pero

en este caso la esfera significa el amor materno a través de la leche de la madre, es decir, el cariño a un niño y el preferir a éste entre varios otros. La esfera ya pertenece por completo al campo de la simbólica, mientras que la mañana es todavía representativa de un estado arcaico y pertenece más a una participación mágica presimbólica que a la simbólica verdadera.

Le dije a Renée: "Mamá dará a su niñita preferida una esfera."

La cara de Renée se iluminó: "¿De veras una esfera?"

Y despedí al paciente cinco minutos antes de cumplirse la hora. Cuando volví con Renée, exclamé: "¡Aquí hay una esfera para ti!" Se echó en mis brazos y me besó con vehemencia, diciendo: "Soy muy rica, tengo esferas doradas (manzanas doradas), soy la más rica (la más amada)."

Las primeras veces todavía estaba un poco preocupada y me preguntaba exactamente por estos minutos, comparando los diversos relojes de la casa y poniéndome pequeñas trampas para controlar mis afirmaciones. Pero al cabo de algún tiempo fue afirmándose su confianza.

Cuando tenía que tratar un caso, le escribía a Renée una carta que podría leer mientras estuviese yo ocupada. Ofrezco a continuación una de estas cartas: "Mi pequeña *Única* tiene que estar enteramente tranquila cuando mamá trabaja. Puede leer algún libro bonito. ¡Después nos encogeremos de hombros las dos, mamá y Única! Mamá le prepara a su hijita una hermosa esfera. Mientras tanto, Renée puede coger dos grandes besos." Desde luego, los besos estaban dibujados en forma de manzanas.

Las cartas le hicieron a Renée mucho bien, en primer término por su forma simbólica, que se dirigía directamente a su inconsciente, luego por el nombre de Única, del cual se mostraba muy orgullosa, y finalmente también por la presentación de los mensajes, escritos en auténtico papel de carta.

A partir de este momento, Renée podía distraerse sola, mientras yo me hacía cargo de un paciente. Cuando se daba cuenta de que se había pasado de la hora, ya no perdía el sentido de la realidad como antes.

Siempre que le hacía una "esfera", estaba encantada y bailaba alrededor de mí como un primitivo frente a su ídolo. También bailaba frente a la pared, en la que se encontraba, según ella, una vaca milagrosa de largos cuernos y mucha leche. Era una vaca sagrada (como la de los egipcios), y Renée ejecutaba danzas de veneración y de conjuro para que no se fuera. Renée me llamaba a veces "querida vaca", lo cual era para ella señal de gran distinción.

Pero había algo que no podía soportar: que les ofreciera algo de comer a los niños que venían después de la escuela para que les hiciera un examen psicológico. Para tranquilizarla, le dije que se trataba de unas galletas para la tarde porque eran "visitas", y que nunca les daría yo manzanas o leche. Respondió diciendo: "Estoy contenta... pero si el paciente lo pide, no deberás negárselo, pues podría hacerle daño." Poco después ella misma escogía las galletas, y más tarde ya no se ocupaba de ello. Tengo que insistir en que Renée, aun en sus peores épocas, no me impidió nunca recibir a mis pacientes a la hora señalada, y jamás me molestó mientras estaba yo con ellos, por mal que se sintiera. A menudo disimulaba su malestar para no interrumpir mis sesiones.

NOVENA REALIZACIÓN SIMBÓLICA:

LOS "TESTS", TERCER SÍMBOLO DEL COMPLEJO FRATERNAL

Las sesiones con los pacientes le ofrecían a Renée, además del tiempo que se pasara de la hora, otro motivo de enojo: los *tests*.

Renée expresó el deseo de que la examinase también a ella. Esto significaba para ella que la madre se ocupara del cuerpo de su hijo, y especialmente de su masculinidad. Pero Renée se enfadaba cuando la alababa después de pasar bien un *test*. Podría uno estar asombrado, pero Renée logró explicármelo. Si resolvía bien todos los problemas, no podría yo advertir que *algo le faltaba*, y, por lo tanto, no podría corregirlo. Entonces tuve que hacerle *tests*, contra la costumbre, de los cuales sabía de antemano que no podría resolverlos. Y en seguida debía mostrar gran preocupación por su fracaso. ¡Sólo entonces se mostraba satisfecha!

Me pregunté por qué torturaban nuevamente a la enferma los complejos de Caín y de masculinidad que, según vimos antes, parecían haber desaparecido. A pesar de la mejora evidente, debida a las "esferas" y a los "pacientes colgados", quedaba todavía un resto de celos. Estos celos ya no se dirigían hacia los hermanos menores, sino *contra el padre*, primer rival de la enferma con la madre. Renée temía que la madre prefiriera al padre frente a ella a causa de su masculinidad, de la cual creía estar despojada. De ahí la hostilidad contra el padre y el deseo de que la madre comprobara, durante el *examen*, la falta de pene y de que le diera uno, porque lo consideraba un miembro imprescindible para ganarse el amor de la madre. De este modo, los *tests* simbolizaban el examen de su sexo y vinculaban así dos conflictos.

Al mismo tiempo, la hostilidad hacia el padre comenzó a exte-

rriorizarse. Renée exclamó: “¡La toma por completo, este gran comelotodo, este vagabundo, este pequeño puerco...! ¡es un horrible egoísta! Yo no tengo el ‘algo’ como él, para seducir a mamá...” Y sus sentimientos se manifestaban en violentas agitaciones. Golpeaba con los brazos en el vacío y pronunciaba el sonido “¡ch, ch!” para imitar tiros de pistola. “Lo mataré, a este papá que me quita a mamá. ¿Se levanta de nuevo? ¡ch, ch!” Luego hacía un rápido movimiento de abajo hacia arriba: “¡Lo despertaré otra vez!... ¡qué buena hora hemos tenido! ¡Y qué bien me ha hecho!”

Así pues, la madre tenía que oponerse al padre. La analista se vio obligada a decirle a su marido, en presencia de Renée: “Renée debe tener inmediatamente su sesión. Perdóname, pero si quieres que haga otra cosa, tendrás que esperar...”

Esto produjo un progreso: disminuyeron los sentimientos de inferioridad así como los celos de los pacientes.

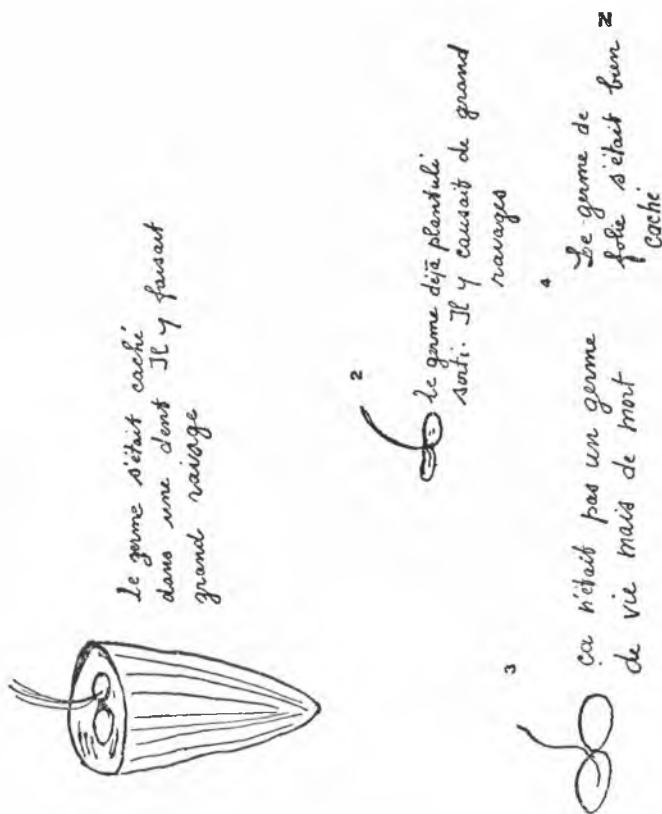
Renée me hizo unos cuantos dibujos que se referían a los pacientes y que mostraban la nueva actividad del complejo de Caín, que se fue perdiendo definitivamente al poco tiempo.

La representación del complejo en sus dibujos muestra la evolución de aquél. Al principio, la enferma no soportaba siquiera el tener que competir frente a la madre con los pacientes (= los hermanos menores). Sólo tenía el deseo violento e ilimitado de alejar a los rivales y convertirse en la “Única” de la madre. Ahora intenta aceptar la presencia de los pacientes y permitirle a la madre alimentar a los hambrientos.

1. Renée dibuja un diente (dibujos N, O, P), del cual sale un germen maléfico: *el germen celoso de los pacientes*. Y lo acompaña el texto: “...se ha escondido bien. Es el germen de la iluminación de los pacientes...”

2. Dibujo de los “*bandidos*” (los menores) (dibujo Q) “...no lucharé con ellos. Mamá tiene que elegir y pelear contra su audacia. Entonces veré si soy digna de vivir...”

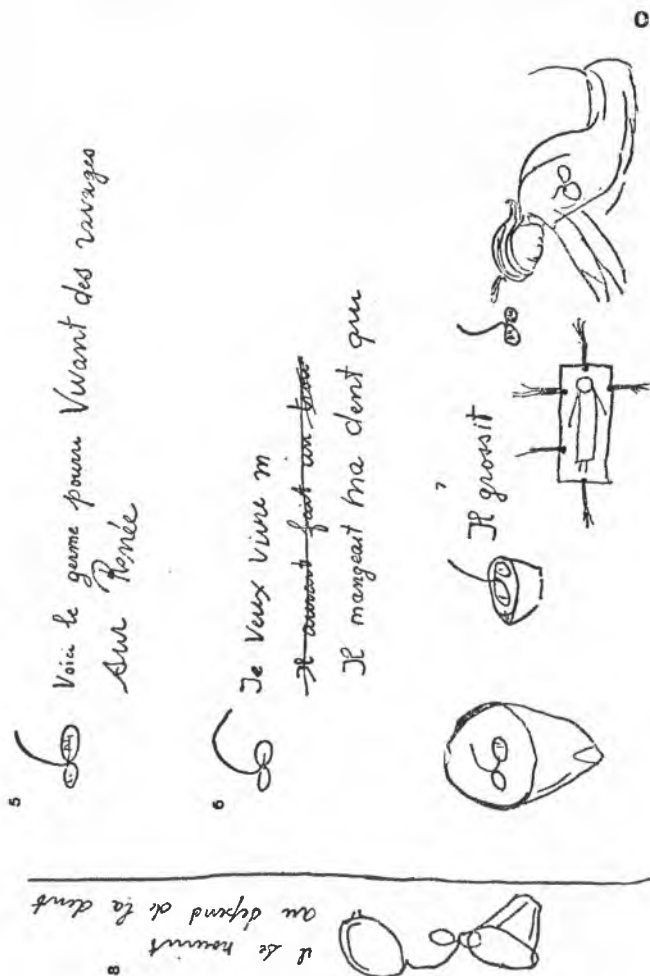
3. Dibujo del “*chinito*” (dibujo S). A la izquierda está un niño hambriento. Renée lo observa y vacila sin saber si llevarlo a la madre o no. A la derecha la madre mira, inmóvil y medrosa, a Renée. Ésta lleva al niño a la madre y tiembla de excitación (dos líneas en zigzag, dibujadas detrás de su espalda) cuando ve al niño beber su leche. Y la madre observa a Renée. Más abajo, el niño duerme satisfecho en su cuna. Mamá abraza fuertemente a Renée, pues está muy orgullosa de su hija. Sin embargo, Renée está muy cansada, no puede más. Aún no sabe si podrá amar al niño.



1. El germen se había escondido en un diente. Realizó en él una gran destrucción.
2. El germen (desarrollado) sale. Causó ahí grandes daños.
3. No era un germen de vida, sino de muerte.
4. El germen de la locura se había escondido bien.

4. El "Monstruo con los ojos incandescentes" (dibujo R) con su absceso (= los celos de Renée), que vigila con temor el reloj (la hora de los pacientes). Mamá tiembla llena de pavor frente a este Monstruo. Renée y Moisés lo quieren matar porque ambos aman mucho a mamá y desean que pueda trabajar libremente. Renée se avergüenza del monstruo y lo odia, pronto se alejará.

5. Una pequeña carta: "Mi querida mamá. Te quiero de todo corazón, me has curado por completo. Siempre quisiera prepararte



5. Este es el germen podrido que vive de los daños hechos a Renée.
6. Quiero vivir.
Comió mi diente que...
7. Se hace más grueso.
8. Se alimenta a costa del diente.

Comentario de la autora:

Hay que extraerle realmente un diente.

El diente enfermo simbolizaba los celos respecto de los pacientes (las hermanas).

De aquí que a pesar de la extracción siga hablando del "absceso".

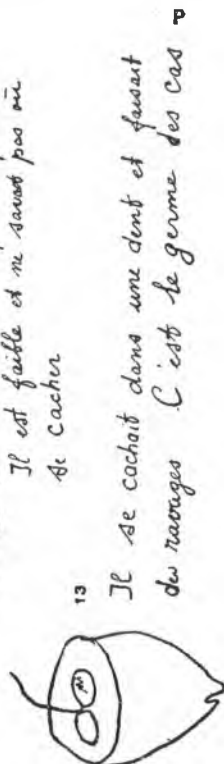
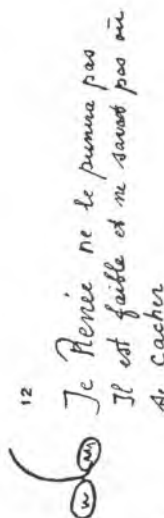
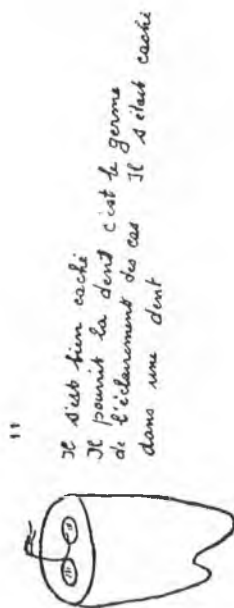
El pequeño personaje se encuentra en un ataúd por el germen (muerto de celos). Mamá llora. [En el original faltan los números 9 y 10 (T.).]

alegrías. Mi úlcera ha desaparecido. Sólo ha quedado una pequeña herida."

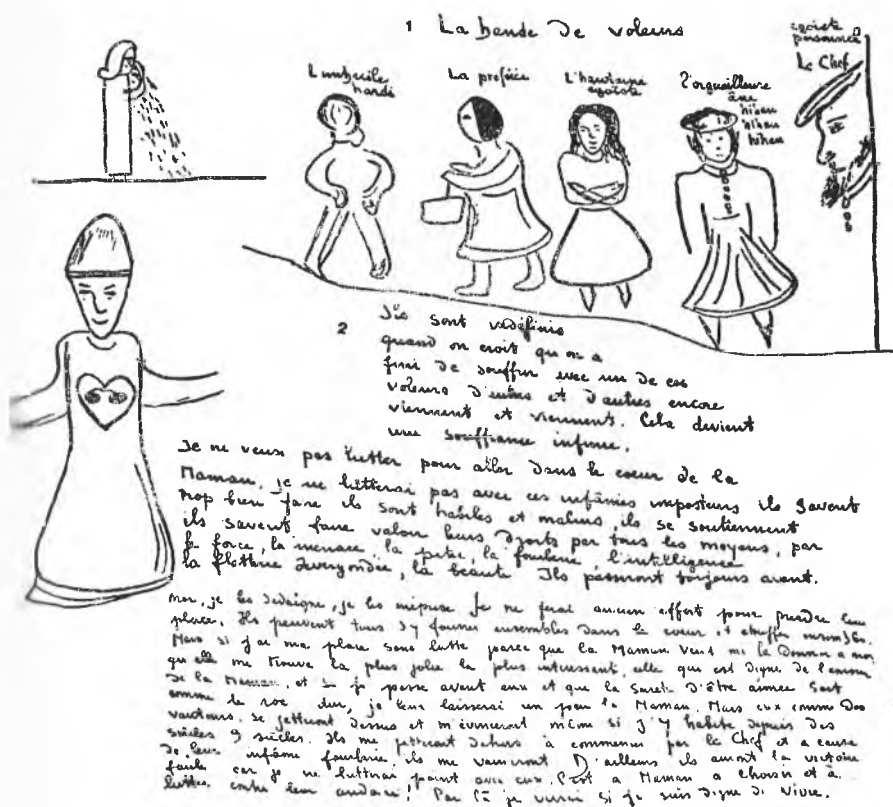
6. *El niño observa su úlcera* (esfera llena de microbios), que ha caído a tierra. Se pregunta si es realmente cierto, si no vendrá otra. Y mamá murmura en su oído: "Pero no, mi esferita dorada, mamá está vigilando."

Los celos han sido vencidos.

(Junio de 1938; Renée tiene casi 26 años.)



11. Se ha escondido bien.
Destruye el diente.
Es el germen de la iluminación de los pacientes.
Se había escondido en un diente.
12. Yo, Renée, no lo castigaré.
Es débil y no sabía dónde esconderse.
13. Se escondió en un diente y causó grandes daños.
Es el germen de los pacientes.



1. Los bandidos. El imbécil atrevido. La preferida. La egoísta altiva. La burra orgullosa iiaa iiaa iiaa. El jefe.

2. Son innumerables. Cuando se cree que se ha acabado de sufrir con uno de estos bandidos vienen más y más. El sufrimiento se hace interminable.

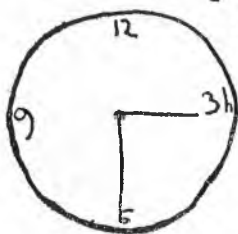
No quiero luchar para entrar en el corazón de mamá.

No lucharé con estos impostores infames. Saben demasiado bien cómo portarse, son hábiles y astutos, se apoyan mutuamente, saben cómo hacer valer sus derechos por todos los medios, por la fuerza, por la amenaza, por la compasión, villanía, inteligencia, por la lisonja descarada, por la hermosura. Siempre serán los primeros.

Los desdén y los desprecio. No haré el menor esfuerzo por ocupar su sitio. Pueden entrar todos juntos al corazón y asfixiarse ahí también juntos. Pero si encuentro mi lugar sin lucha porque mamá quiere dármele por parecerle yo la más bonita y la más interesante, digna de recibir el amor materno, y si me elige a mí entre todos y la seguridad de ser amada es dura como una roca, les dejaré un poco a mamá. Pero ellos se echarán sobre ella como buitres y me empujarán a un lado, aunque yo ya vivo desde hace siglos, desde

hace nueve siglos. Me echarán fuera dirigidos por su jefe y gracias a su infame villanía me vencerán. De cualquier manera su victoria será fácil puesto que yo no lucharé con ellos. Mamá tiene que elegir y pelear contra su audacia. Entonces veré si soy digna de vivir.

R



2 Le Monstre aux yeux de
brasses avec ses bras qui
surveille l'heure avec angoisse.
La Maman tremble des peurs
devant ce monstre alors Renée
veut le tuer. Mais aussi
parce que tous les deux
aiment beaucoup la Maman
et qu'ils veulent la laisser
travailler dans son travail. Renée
a hâte de ce monstre Elle
le déteste. Bientôt il partira.

1. Un paciente acostado sobre el sofá.
La mamá-analista tiembla.
El temblor de mamá.
2. El monstruo, con ojos incandescentes y su absceso, que vigila con temor el reloj. La madre tiembla de pavor frente a este monstruo, y Renée quiere matarlo. También Moisés, pues ambos quieren mucho a mamá y desean que pueda trabajar libremente. Renée se avergüenza del monstruo. Lo odia. Pronto se alejará,

Comentario de la autora:

El monstruo de ojos incandescentes significa un gran progreso. La enferma ya no se halla identificada con sus celos de los pacientes. Le da vergüenza de sus celos y desea librarse de ellos.



1. Parece que su hermana se asemeja a una chinita cuando pequeña.
2. Renée lucha.
Un chino pequeño y hambriento.
3. Mamá contempla con temor lo que hará su pequeña Renée. No cuidará del niño chino hambriento, sino que esperará para ver qué hará Renée.

4. Ya ha encontrado el camino.
5. Renée, temblorosa, observa cómo el chinito bebe su leche.
6. Mamá da el pecho al chinito pero observa a Renée.
7. Después.
8. El chinito duerme.
9. Mamá abraza fuertemente a su Renée querida que ha luchado tanto tiempo. Mamá está orgullosa. Ya no quisiera soltar a su hijita. Sin embargo, Renée está muy cansada. Piensa: ¿Despertará el chinito? No puede más. No sabe todavía si podrá amar al chinito. o.

7. RESUMEN DE LOS PROGRESOS LOGRADOS GRACIAS A LOS SÍMBOLOS

Las necesidades reprimidas de Renée se remontan al derecho a vivir, al derecho a recibir su parte, al derecho a gozar normalmente de una satisfacción legítima.

Las satisfacciones simbólicas le permitieron lograr, mediante su libre curso, los siguientes adelantos:

1. El amor que la mamá-analista muestra al pequeño *mono* disminuyó los impulsos de autodestrucción.

2. La defensa que erigió la madre con el símbolo del *tigre* contra los ataques de los perseguidores (las voces), aminoró la agresión a los demás.

3. El permiso de la madre para que Renée viviera en el autismo (el *verde* de los pantanos y del mar = calmantes), hizo desaparecer el sentimiento de culpa que la mantenía desterrada en el autismo, de tal manera que pudo separarse de él.

4. El símbolo del pecho de la madre (*las manzanas*) demuestra a Renée el amor de la madre y su voluntad de alimentarla.

5. *Moisés* y *Ezequiel* despertaron en ella el interés por la vida que la rodeaba.

6. Gracias al *baño*, Renée se dedicó espontáneamente a su arreglo personal.

7. El *conejo* le aseguró que tenía derecho a la vida.

8. El *pulverizador* resolvió en parte el complejo de virilidad.

9. Los diversos símbolos de los *pacientes* hicieron desaparecer los sentimientos de inferioridad y de celos respecto de los hermanos menores y del padre, así como una parte del complejo de virilidad.

Nota: antes de estos progresos la actitud de Renée era infantil. Únicamente le interesaban los símbolos. Cuando la adaptación social había llegado casi a su término, quedaban todavía "islas" de infantilismo en relación con los complejos que sólo podían solucionarse mediante un tratamiento simbólico.

8. TERAPIA DE LAS ASOCIACIONES MÁGICAS

Tengo mucho interés en repetir que con este método de la realización simbólica pude lograr un efecto exclusivamente porque estos símbolos significaban para Renée la *realidad*, es decir, la participación presimbólica, mágica. Aparte de este tratamiento fundamental he empleado un método decididamente mágico, con el que no traté de tocar los complejos. Mediante las asociaciones mágicas pude a menudo aminorar los síntomas o incluso disolverlos; naturalmente, esta terapia sólo podía aliviar a la enferma, pero no curarla. El tratamiento tuvo algunos resultados positivos, entre los cuales se hallan:

Renée tuvo en la mano una mancha de tinta roja. Exclamó: “¡He cometido un delito!” Tomé su mano, la abrí, soplé y le dije: “¡El delito ha desaparecido!”, con lo cual desapareció el sentimiento de culpabilidad y se suprimió casi por completo la agitación.

O le decía: “Observa tu blanca sábana y tu camisoncito blanco. Cuando se poseen cosas tan bonitas y tan blancas, no se ha hecho nada malo, pues en caso contrario estarían negras.” Esta prueba la aligeraba mucho, pues podía ser aceptada directamente por el inconsciente, que sólo se da cuenta de las causas asociativas. Esto hizo posible un buen contacto entre nosotras dos.

En otra ocasión sufrí de una laringitis, de modo que sólo podía hablar muy quedo. Renée creyó que me había enfermado con el fin de abandonarla, que la pérdida de mi voz era un castigo que le imponía sin que ella supiera por qué. Me consideraba omnipotente: Estaba convencida de que bastaba una palabra mía para que me volviera la voz — ¡pero que yo no quería pronunciar esa palabra! Sufría mucho por este motivo. Traté de transferir su fe en mi omnipotencia a la fe en su propio poder. Cuando me preguntó una vez por qué hablaba yo tan quedo, si quería yo castigarla con ello, murmuré: “No, no es para castigarte. Si tú le *ordenas* a la voz, seguramente volverá.” Tembló y no se atrevió a probarlo, luego dijo: “Voz de mamá, habla como antes.” Entonces grité con voz ronca: “¡Renée!” Me oyó llena de asombro y exigió: “¡Otra vez!” Repetí lo mejor que pude: “¡Renée!”

Desapareció el miedo y Renée estaba muy contenta porque la voz había contestado a su llamado: ésta fue una verdadera prueba que demostraba que la madre no le era hostil, que no se había enojado con ella y que no había cambiado. Y Renée ordenó inmediatamente: “¡Voz de mamá, descansa, ya no hables!”

Esto tuvo por efecto un gran progreso en la captación de la realidad. En cuanto Renée comprendió que la desaparición de la voz materna no significaba un castigo (ya que Renée podía volver a llamar esta voz a voluntad y por orden suya), pudo aplicar otros medios para lograr que esta voz resucitara: compresas, inhalaciones, medicamentos, etc. Sustituyó poco a poco sus "órdenes" por un cuidado adecuado y se convirtió así en una excelente enfermera. En un comienzo, estos medios curativos pertenecían todavía a los mandatos "mágicos", pero pronto se independizaron. Entre las órdenes mágicas del principio (cuando Renée realmente no comprendía aún las causas verdaderas de la laringitis) y su cuidado actual, razonable y atento, existía una gran diferencia.

De este modo desaparecieron por completo, gracias al medio arcaico de la asociación mágica, el sentimiento de culpabilidad y el subjetivismo total, para ceder su lugar a una actitud objetiva que empleaba medios enteramente racionales. Al aplicar el método "mágico", le contestaba a Renée en su propio idioma y me colocaba al mismo nivel que ella, es decir, en medio de la fase mágica.

Podría citar muchos ejemplos de esta manera especial de pensar. V. gr.: cuando Renée se había tragado el hueso de una cereza o la semilla de una manzana, estaba convencida de que tendría un "niño de cerezo o de manzano". No se animaba a comer lechuga, pues había oído que las nodrizas la comían para tener leche: arriesgaría tener los senos llenos de leche... Cierta vez, cuando su médico la examinaba, mencionó éste a dos de mis pacientes, que sufrían de una ligera gripe, en presencia de Renée, que en contra de su habitual generosidad exclamó: "¡No quiero que estos pacientes me quiten mi consulta!" Le dije inmediatamente que le devolvería los honorarios de esta consulta, abrí su mano y puse en ella dos monedas ficticias. Se calmó en seguida y volvió a sonreír: "Vaya, qué bien has tomado mi partido; me encontraba de repente otra vez en la 'iluminación', en el complejo de los pacientes, pero por tu gesto estoy otra vez libre." Contesté que le daría las dos monedas, pero dijo: "No, no, eso ya no hace falta, bastó el símbolo, he vuelto a la realidad."

A continuación ofrezco algunos ejemplos de un *sistema mágico de defensa*, al que recurre Renée, como una primitiva, *para resistir a un ataque eventual a su personalidad*. Hay que relacionar este fenómeno con su fe en la omnipotencia de los pensamientos. Cuando Renée se pasea con alguien a quien no estima, no sigue el mismo ritmo en sus pasos para no convertirse en lo que es su acompañante. En cambio, cuando camina con una persona que posee una cualidad

que ella desea para sí misma, ajusta su paso inmediatamente al de esta persona en cuanto se muestra la cualidad deseada (por un gesto o una palabra) para adquirir parte de ella. En cuanto deja de manifestarse la cualidad, Renée vuelve a tomar su paso propio. En el tranvía o durante un espectáculo, Renée se cuida mucho de que sus vestidos rocen con los de una persona que no es de su agrado. Su abrigo podría "llenarse" de la persona que se halla al lado, y Renée se parecería a ella. Al estar sentada a la mesa, Renée es incapaz de llevar su vaso a la boca en el mismo momento en que lo hace otra persona a la que no desea asemejarse. En cambio trata de hacer los mismos gestos que yo y al mismo tiempo, para permanecer en contacto conmigo. No se tomaría la medicina sin abrir de una persona difunta ni permitiría que alguien introdujese esta medicina en su cuarto por temor de que también ella pudiera morir. Frotaría en seguida el sitio en que hubiese estado colocada, pero no demasiado fuerte para no marcarla. El peligro sería el mismo que si el objeto hubiese dejado alguna huella. El algodón utilizado para "limpiar" el lugar en que se había encontrado la medicina debería ser echado en el excusado, y Renée no haría uso de éste sino después de otros para no recibir las irradiaciones del algodón, pues la pobre ya se había hecho cargo antes de todas las "cualidades peligrosas" del difunto. El lugar también desempeña un papel importante. Cuando una persona que tiene algún defecto físico se sienta, dentro de un autobús, en un sitio que corresponde al de Renée, ésta cambia el suyo o adopta una posición distinta (cruza las piernas, se apoya, etc.).

También encontré fenómenos de una *proyección a la naturaleza*. Al recibir una mala noticia en el momento en que está lloviendo está convencida de que el tiempo está triste y que por eso cae la lluvia. Pero cuando a pesar de una mala noticia hace buen tiempo, éste ha recibido una novedad buena distinta y se alegra de ella. Y cuando al día siguiente se altera el tiempo, se debe a que recuerda la mala noticia.

En cierta ocasión en que Renée respiraba tranquilamente, desde la calle viene un ruido que se parece al provocado por la respiración. Le da miedo, pues cree que su respiración se extiende por todo el mundo. Lo mismo ocurre cuando orina al mismo tiempo en que llueve afuera; si después de la micción sigue lloviendo, Renée cree que no es la lluvia la que cae, sino su propia orina, y está consternada. Desde luego, la ilusión solamente dura un instante. Pero se repite tan a menudo que cabe suponer que proviene de una disposición psíquica primitiva: el Yo no está bien separado del no-Yo.

Respecto a la vista se manifiesta algo parecido a lo del oído. Cuan-

do la enferma necesita un objeto que se halla algo distante, le hace señas con el dedo para que se acerque. Esta costumbre tardó bastante en desaparecer. Aun poco antes de terminar la enfermedad, cuando Renée tenía mucha prisa, no iba antes en busca del objeto requerido, sino que le hacía señas para que se acercara. Cuando se pegaba con un mueble, le sacaba la lengua a la mesa o a la silla que le había hecho daño, tal como lo hacen los niños pequeños. Según se mostró una y otra vez, los objetos tenían vida para ella. Nunca tocaba una cosa que le perteneciera a una persona que le era antipática, porque podría transmitirle las malas cualidades de ésta. Un objeto con el que esté uno en íntimo contacto puede producir otro de la misma naturaleza. El tragar un hueso de cereza puede producir un niño de cereza, o si de una venda se suelta un hilo y se queda adherido al cuerpo, puede resultar un niño de hilo o de venda. Si se coloca algodón sobre una herida o dentro de un diente, Renée teme siempre que en la herida o en el diente surja un niño de algodón. Esta creencia ya la había tenido antes, pero durante la enfermedad adquirió mayor fuerza.

Fue posible comprobar en Renée una identificación con todas las partes del cuerpo. Cuando le dolía un diente, decía: "¡Mamá, mi diente se porta mal, habla con él!" Entonces ordené: "Diente, estate quieto, no le produzcas dolor a mi pequeña Renée, déjala dormir en paz, sé obediente." Y Renée contestaba en lugar del diente: "Sí, mamá, seré obediente." Y se dormía. La aliviaba mucho el que me dirigiera directamente a las partes del cuerpo que le dolían, y siempre contestaba ella en lugar de éstas. Le gustaba mucho que la compadeciera. Una vez que se hizo daño en un pie, dije: "Pobre pie adolorido; Renée, tráelo pronto para que vuelva a estar bien."

Cuando Renée era perseguida por una frase (una repetición automática o una expresión hostil), la mamá-analista tenía que hacer un gesto como si le arrancara rápidamente una sanguijuela de la frente tirándola a lo lejos para liberar a Renée. Cuanto más fuerte era el sentimiento, tantas más veces tenía que repetir la analista el movimiento para aliviar a la enferma.

Cierta vez en que no podía dormir Renée a causa de unos dolores de riñones, le dije: "Enróllate como un ovillo, mi amor, eso te ayudará." Y así fue: disminuyó el dolor y estuvo tan asombrada por este resultado que siempre que tenía la necesidad de ser ayudada le tenía yo que decir: "Enróllate como un ovillo", se trataba de un dolor físico o de uno psíquico. Decía "enrollarse" aun cuando estaba acostada sobre la espalda o sobre el vientre, pues esta

expresión se había hecho extensiva a todos los alivios y hasta a todas las satisfacciones. Cuando la acostaba cómodamente en su cama, exclamaba: "Enróllate, querida, que vamos a salir de paseo." Esta expresión también servía de consuelo. Cuando estaba sola y se aburría, decía "enróllate" para animarse y distraerse. Cuando necesitaba que pronunciara yo la palabra mágica, se acercaba a mí y comenzaba: "Enróllate..." Y si continuaba yo: "Enróllate, mi ovillito", saltaba de alegría y se dedicaba satisfecha a su quehacer.

Durante el estado esquizofrénico de confusión mental y de alucinaciones, los fenómenos mágicos no se manifestaron en gran medida y se referían únicamente a la madre. Pero al desaparecer los síntomas propiamente psicóticos se podía reconocer una actitud psíquica que recordaba la de los primitivos. En determinados instantes, los fenómenos mágicos tomaban entera posesión de la personalidad de la enferma.

Puede uno preguntarse si tales fenómenos ya existían antes de la psicosis, aunque de manera oculta, o si la enfermedad los había producido, dejándolos en el lugar que habían ocupado antes los estados de confusión. ¿O acaso esta detención del desarrollo en la fase de la participación presimbólica, mágica, la habían provocado ciertos complejos (por regresión), o éstos sólo la acompañaban?

Probablemente haya que aceptar la línea media y decir que se trata de una detención en la fase mágica, en la que los complejos desempeñan un papel de refuerzo. Pues en la misma medida en que los complejos iban desapareciendo gracias al método simbólico, desaparecía también la magia. —A mi juicio, esta actitud mágica es la manifestación de un alma primitiva, sin desarrollar.

Hago notar aquí una gran diferencia respecto de la conducta típica de las neurosis obsesivas. Si el enfermo obsesivo no puede efectuar sus ritos, sufre y los sustituye por la angustia. En cambio, cuando Renée no podía realizar un acto mágico, no le daba miedo, sino que lo remplazaba con otro acto. Cuando por ejemplo su vestido había entrado en contacto con el de una persona que le era antipática, no sentía angustia, sino que hacía los movimientos opuestos a los que aquella persona estaba haciendo y esto la tranquilizaba por completo.

9. REEDUCACIÓN

EN LAS páginas siguientes añadiré algunas observaciones sobre el método que seguí para reeducar a la paciente.

Siempre que se establecía el contacto mediante la realización simbólica, me esforzaba en sacarle provecho para dedicarme a la *reconstrucción de la personalidad*. (Esto sólo era posible cuando la enferma había obtenido la satisfacción necesaria mediante el símbolo.)

Para cada caso particular me serví de un medio auxiliar distinto:

1. Despertar la confianza de la enferma en la analista.
2. Infundirle valor.
3. Adivinar sus necesidades.
4. Satisfacer las necesidades del momento para despertar las siguientes.
5. Despertar las nuevas necesidades en la fase adecuada.
6. Desarrollar la atención.
7. Dividir el día de la enferma en un orden temporal determinado.
8. Fomentar la actividad que mejor correspondía a la fase alcanzada.
9. Excluir métodos inadecuados.
10. Encontrar la ayuda de una enfermera competente.

1. DESPERTAR LA CONFIANZA DE LA ENFERMA

a) Mediante una actitud comprensiva.

b) Mediante una actitud de sinceridad absoluta en cuanto al interés y al cariño que se le demuestra. La enferma debe poder contar con la simpatía de la analista con la misma seguridad que con la de una verdadera madre. Esta confianza mantiene en pie el valor de la enferma hasta que la analista haya encontrado el método adecuado.

c) Mediante una actitud franca: si se ha cometido un error, reconocerlo, corregirse y disculparse. Éste es el mejor medio para evitar la formación de inhibiciones. No cabe duda de que los niños pequeños son muy sensibles a la franqueza, y creo que se desarrollan en ellos muchas inhibiciones cuando los padres no quieren reconocer un error que han cometido. La enferma pidió por ejem-

plo un tubo de crema de baño, que en un principio le rehusé por creer que hacía un uso exagerado de ella; inmediatamente noté la decepción de Renée, le dije que lo sentía mucho y corregí mi error comprándole un tubo más grande que el que me había pedido.

d) Mediante una actitud capaz de adaptarse y que demostrara la voluntad de ayudar.

e) Mediante una actitud de completa confianza. Siempre he tratado de demostrarle que la cuidaría hasta el final y a pesar de todas las dificultades, que permanecería a su lado hasta que ya no me necesitase, hasta que pudiese encontrar apoyo en otra parte, que no perdería mi ayuda materna incluso si despertara su interés por otra persona u otra cosa. (Poco a poco se acostumbró a comer sola, pero yo me quedaba a su lado hasta que realmente ya no le hacía yo falta.)

Tenía que seguir ayudándole a Renée aun cuando parecía ser superfluo, para que su confianza en mí no perdiera firmeza y para que estuviese segura de que la madre permanecería con ella y que no quería deshacerse de ella cuanto antes. Sólo teniendo esta seguridad podía salir sola para hacer alguna compra o visitar a alguien; al principio iba conmigo, más tarde ya iba sola y a sitios conocidos.

2. INFUNDIRLE VALOR

Sin cesar le aseguré a Renée la posibilidad de su curación, muy especialmente cuando en los momentos en que sufría mucho perdía su valor. Y al referirme a las mejoras ya alcanzadas, le prometía nuevos éxitos.

3. ADIVINAR SUS NECESIDADES E INTERESES

Se trata de las necesidades legítimas de la libido y del Yo, que Renée llamaba las necesidades del "pequeño". La primera que había que satisfacer era la *de vivir y conservar la vida (alimentarse)*. Y al preparar yo misma los alimentos y hacerlo con el mayor cuidado posible, les daba más valor, según Renée. En seguida desarrollé el *narcisismo normal*, para que pudiese separarse de su vínculo demasiado infantil a la madre. La formación de este narcisismo se logró gracias al cuidado del cuerpo y del vestido, que escogía yo para agradarla en grado máximo. Finalmente busqué en los sueños indicios referentes al "pequeño" (¿necesitaba dinero? ¿Era para el pequeño cuando mamá hacía algo? etc.). Hace bien expresar el deseo de una

alegría incluso cuando no se tiene tal deseo. *Nadie puede florecer sin alegría*. Por eso los trabajos impuestos a los enfermos “para volver a acostumbrarlos a la realidad” no tienen siempre resultados brillantes: no toman suficientemente en cuenta el interés del enfermo. Para estos casos, el método indicado es el de Montessori: *despertar el interés*, es decir, proponer con tacto diversas actividades sin imponer ninguna, hasta que el enfermo haya encontrado un poco de alegría en una de ellas. *La actividad debe ligarse con el interés momentáneo del enfermo* para reforzar el sentido de la realidad. Para reeducar a Renée partí por esta razón de sus intereses, de los “centres d'intérêt”, para hablar en términos de Claparède.

4. SATISFACER LAS NECESIDADES DEL MOMENTO PARA DESPERTAR LAS SIGUIENTES

Siempre traté de realizar los deseos de Renée. En un principio sus intereses eran muy primitivos: alimentación, desarrollo físico, todo lo que aumentara su propio valor, su fuerza, su belleza física, sus conocimientos. Una vez satisfecha en uno de estos detalles, proyectábamos *diversiones que se referían a la fase siguiente*: paseos, tomar el té en un restaurante y le llevaba pequeños regalos que hacían referencia a estos proyectos (objetos para salir de excursión, un cuello nuevo). *La necesidad de la naturaleza* estaba firmemente arraigada en ella. Después de los paseos (y del descanso obligatorio que les seguía) encontraba con mayor facilidad y rapidez una actividad. Hasta se hacía más sociable en estos momentos, mientras que se retraía todavía más cuando por obligación entablaba contacto con la sociedad. La alegría que encontraba en la naturaleza le otorgaba fuerzas narcisistas, mientras que la conversación forzada con personas extrañas requería todavía demasiado esfuerzo de ella. Las excursiones al campo, a solas con la mamá-analista, eran muy valiosas para satisfacer la necesidad de realidad exterior, necesidad que debe considerarse como la fase intermedia entre las necesidades narcisistas y las sociales.

5. DESPERTAR LAS NUEVAS NECESIDADES EN LA FASE ADECUADA

Si hubiese yo querido saltar una fase para colocar a Renée en una esfera con relaciones sociales, el único resultado habría sido una regresión. En el instante de gozar plenamente un determinado tipo de diversión tenía que despertar en ella con toda delicadeza el deseo de la fase siguiente. Cierta día dije durante un paseo: “¿No

podríamos saludar de paso a tu amiga Jeanne? Acaba de tener un niño precioso..." — "Todavía no; eso nos echaría a perder el paseo", contestó Renée. Pero unos días más tarde tuvo ella misma esa idea y propuso espontáneamente que hiciéramos una visita.

6. DESARROLLAR LA ATENCIÓN

En cuanto se había establecido un contacto había que aprovecharlo inmediatamente para coordinar los pensamientos y fijarlos en un objeto determinado. Cuando todavía estaba muy enferma, comencé a atraer su atención sobre sí misma, primero a su cuidado personal y a todos los pequeños detalles que con él se relacionan: "Lavo tu brazo, tu mano... ¿Quieres agua de Colonia? Para darte fuerzas te froto con aceite alcanforado..." Luego seguían ejercicios gimnásticos, proposiciones para la comida, masajes, etc. Dirigí su atención a las cosas que la rodeaban: a las flores en su cuarto, a la luz y a la sombra, a las manchas del sol en la pared, a los colores, ruidos de la calle y formas de los objetos. A través de pequeños ejercicios le enseñé ritmos distintos tocando un tamborcillo como los usados para la rítmica. Una vez que aprendió a ver, pudo intentar relacionarse con la realidad: dibujar flores y frutas del natural, arreglar ramos de flores, ejecutar pasos rítmicos, clasificar cuadros y mariposas, flores y minerales. También aquí ayudaron mucho los paseos, pues le enseñaron a orientarse en el espacio y a encontrar plantas y piedras para sus colecciones.

Para desarrollar al "pequeño", me esforcé en hacerle cada vez más consciente la propia afectividad y su continuidad interna: "Antes tenías miedo de..., ahora ya no lo tienes. Antes no podías soportar esto, ahora ya ni lo notas." También tuvo que aprender a observar las relaciones de su Yo con el medio ambiente. Y todo esto se fue logrando con gran lentitud, pues el "pequeño" necesitaba mucho tiempo para adaptarse.

Me dijo una vez: "Me hacen bien los pequeños problemas determinados con respecto a mis observaciones. Me gustan los ejercicios y las preguntas que precisan algo, pues sin ellos me estaría yo sin pensar, mentalmente inactiva. Cosa rara: no doy los buenos días a las personas cuando vienen, como si nunca me hubiesen dejado... Hace falta educarme dentro de la realidad, llamar mi atención sobre el hecho de que la separación comienza o termina, tal como hay que acostumbrar a ello a los niños pequeños."

7. DIVIDIR EL DÍA DE LA ENFERMA EN UN ORDEN TEMPORAL DETERMINADO

Hay que fijar con toda exactitud la hora para las diversas actividades para que su realidad penetre en Renée. Hacía el programa diario con ella, fijando la duración de las actividades. Las comidas formaban la estructura del programa y después de cada trabajo fijábamos las horas de descanso. Había que limitar la necesidad de alimentación para moderar la violencia del instinto de nutrición. Esta impulsividad general y poco clara tenía que refrenarse mediante reglas que exigían disciplina y dominio. "La hora" (= la sesión) le parecía indispensable a Renée para proyectar un plan racional, que después ya sólo tendría que llevar a la práctica.

8. FOMENTAR LA ACTIVIDAD

He tratado de fomentar el interés de Renée en diversiones cada vez menos infantiles, siguiendo el método de *compartirlas con ella* hasta que las deseara para sí misma. Cuando comenzó "a querer hacerlo todo ella sola", tuve que darle el libro o la labor de la analista, como último vínculo con la madre antes de la separación. Con salidas o quehaceres al principio comunes, luego independientes, Renée alcanzó una adaptación progresiva, pasando de los problemas más sencillos a los más difíciles.

9. EXCLUIR MÉTODOS INADECUADOS

Nada de prohibiciones, protestas ("eso no debe hacerse") o reproches: todo esto no habría sino despertado en Renée el deseo de morir. La agresión de la prohibición se habría dirigido contra ella misma.

Nunca apelar a la razón objetiva: hubiese sido enteramente inútil.

No exagerar ningún esfuerzo, ya que de hacerse no resultaría sino en depresión y regresión.

No engañarla. Una enfermera le dijo a Renée, con el loable propósito de animarla a comer: "Aquí tienes manzanas", ofreciéndole carne. La primera vez Renée se dejó engañar, quizá también la segunda, pero luego rehusaba enojada la carne "prohibida". La enfermera había confundido la *ilusión* (que Renée no tenía) con el *símbolo*.

No obligar a la enferma a realizar un trabajo por obligación

ni proponerle uno irreal, que no estuviese de acuerdo con sus intereses.

Finalmente: no había que apresurarse demasiado y saltarse una fase, como darle a la enferma, por ejemplo, vestidos bonitos cuando todavía se interesaba exclusivamente por su cuerpo y no por los vestidos. (Esta es la fase en que el niño, libre de todo atavío bonito, patalea a gusto. ¡“La belleza tiene que sufrir” no corresponde a este periodo!) Abandonar la fase alcanzada antes de que la enferma se hubiese adaptado perfectamente a ella constituye un error que tiene por consecuencia una regresión.

10. ENCONTRAR LA AYUDA DE UNA ENFERMERA COMPETENTE

La parte educadora del tratamiento puede ser llevada a la práctica por una persona muy inteligente, dotada psicológicamente y dirigida por el analista. Yo misma fui apoyada por una asistente que, discípula del doctor Forel, me prestó servicios inapreciables.

10. EL TESTIMONIO PERSONAL

(Enero de 1938; Renée tiene 26 años y medio.)

SIETE años y medio después de nuestro primer encuentro le pregunté a Renée: “¿Cuál es la diferencia entre tu estado actual y el que precedió a la enfermedad?”

“Ahora ya no vivo en un cerrado mundo de sueños, ya no me siento bien en una vida aparte de la de todos los demás. He dejado de vivir en el autismo. Te reconozco como una personalidad independiente; comprendo que puedes estar cansada, desanimada o satisfecha, mientras que antes eras para mí alguien ‘disfrazado’, ‘enajenado’ o eras ‘mamá’. Ahora quiero vivir, y me cuido cuando me siento mal. Ya no deseo morir. Me respeto a mí misma, tengo deseos narcisistas y me ocupo de mi cuerpo, que ha vuelto a existir para mí. Antes quería lograr el no tener que sufrir, no oír las ‘voces’ y poseer a mamá enteramente para mí. También ahora deseo alcanzar algo para mí, pero sé que esto no significa vivir en completa felicidad, sino adaptarse, hacer de buena voluntad los sacrificios que hagan falta, es decir, conocer la realidad.

”Reconozco también un poco el valor de los demás.

”Todavía no me oriento bien en el espacio, pero cuando dejo algún objeto no me equivoco como antes, cuando no me preocupaba por las esquinas de la mesa. Tomo también en consideración el tiempo, conozco la diferencia entre el día y la noche y sé que una hora, en relación con el día, es bastante breve. Me doy cuenta de la perspectiva en el dibujo. (Desde algunos meses Renée dibuja bonitos cuadros de flores y manzanas copiadas del natural.)

”Antes era yo mística, pero no conocía a Dios, que no puede estar con los que se encuentran fuera de la realidad, pues sería un dios del castigo y de la recompensa, una personificación de nuestros sentimientos, una ‘voz’. Cuando tenía catorce años, creí tener que efectuar muchas ceremonias para él, como los negros con sus fetiches... Ahora soy mucho menos absoluta. Sé que Dios está pleno de comprensión bondadosa y que no nos exige más de lo que podemos realizar.

”Antes sólo reconocía una sola Iglesia: la católica, y cuando se discutía sobre el tema, tenía un miedo horrible y dudaba, como si eso fuese un delito... En cambio hoy me encuentro en la realidad, pues sé que la Iglesia puede equivocarse, pero que en muchos puntos sí tiene razón.”

“¿Y qué es lo más importante de todo?”

“Ya no tengo deseos de morir, ni estados de confusión, ni autismo. Mi estado actual no puede compararse con aquel en el que me hallaba a la edad de trece a catorce años. En esa época quería construir una máquina para destruir el mundo. Ahora ya no estoy hundida en sueños. Ante todo te reconozco y te considero normal.”

Pregunté a un psiquiatra si la opinión de una paciente curada tenía alguna validez. “Desde luego que sí”, me respondió. A esto añadido que, según Renée, su curación psíquica se debe, no a la mejoría física, ¡sino exclusivamente a la terapéutica freudiana! La prueba de ello es, a su juicio, que la tristeza la hunde nuevamente en el autismo, sin que su salud física sufra por ello. —“Mamá me acaba de causar tristeza, y de repente vi el cuarto muy grande y los objetos enteramente separados unos de otros. Todo se me hizo gigantesco, y perdí el contacto con mamá. Pero mientras que antes este estado duraba un largo rato, ahora desapareció muy pronto.”

ESTADO ACTUAL: PRUEBAS EXTERNAS DE LA MEJORÍA Y DE LA CURACIÓN

(Abril de 1940.)

La amiga de Renée me dijo hace unos días: “¡Cómo ha cambiado nuestra Reinette! Cuando antes íbamos juntas de compras, Renée nunca podía decidirse por algo. Ahora escoge independientemente y con buen sentido, paga sin chistar y sin el constante y paralizante temor de equivocarse.”

Varias veces le dijo a Renée una de sus hermanas: “Ahora te interesas por todo. Eras mucho menos recelosa y puedes alegrarte sin reticencias. Ya no te encuentras tanto en lo indefinido.”

La mamá de Renée, que al principio no había estado muy de acuerdo con el tratamiento psicológico, pues no quería reconocer como cierta la enfermedad de su hija (“sólo hace falta que se comporte cuerdamente para no estar enferma...”), se dio cuenta de todo lo que su hija le debe al tratamiento. Me ha escrito una carta muy amable en que me expresa su agradecimiento.

Actualmente Renée está enteramente sana. Quien la conozca apenas a partir de su curación no creería los sufrimientos psíquicos por los que ha pasado. La enfermera que en otro tiempo me había ayudado me dijo hace poco: “¡Apenas si puedo creer que se trata de la misma persona! Si pienso que Renée se hallaba constantemente en un estado de agitación catatónica, amarrada durante meses a su cama, sin tomar conocimiento de nada, permaneciendo en el

silencio más absoluto o gritando palabras desligadas... que muchas veces hubo que alimentarla con sonda, que era sucia y el terror de todos los sanatorios debido a sus intentos de suicidio... ¡Y ahora, qué milagro! Es una verdadera alegría ver a Renée. Ama la vida, le gusta vestirse bien, trabaja con alegría, tiene contacto con los demás y está llena de buen sentido común: ¡es increíble, no puedo comprenderlo!”

Este testimonio no es exagerado, Renée está realmente curada, incluso según la opinión de los psiquiatras y de los psicoanalistas que han vuelto a verla y que la han observado atentamente. En lo que a mí respecta, que creo conocerla muy bien, puedo afirmar que Renée está suficientemente equilibrada desde los puntos de vista práctico, social, médico y psicoanalítico. Ella misma lo dice y su comportamiento no la desmiente.

Aunque puede llevar una vida personal y relativamente social, ha conservado desde luego su constitución esquizoide, de modo que en las situaciones emocionantes suele reaccionar según esta constitución. El contacto con personas desconocidas se le hace bastante difícil. No cree que su ambiente sea una vida mundana con reuniones y bailes en una sociedad alegre. (Esto es en parte también consecuencia de su delicada salud, pues se cansa con mucha rapidez.) Le cuesta trabajo mantener firme su personalidad cuando se halla frente a personas autoritarias. Cuando es tratada con injusticia o cuando se encuentra con una realidad demasiado cruda, cuando sufre una decepción o tiene miedo (especialmente al estar enferma la mamá-analista), Renée se siente confusa, abandonada y pierde el contacto: tiene entonces un impulso de huida moral o de autodestrucción. Pero esto sólo dura unos instantes. Estas repentinas vueltas a las reacciones de antes podrían llamarse *raptos de reacción* por lo cortas que son. Muchas veces Renée misma tenía que llamarme la atención sobre estos momentos. Pero por débiles que fueran manifestaba de todos modos su presencia la fuente biológica de los grandes afectos que habían alimentado los complejos de la enferma. *El método simbólico ha curado los conflictos ocasionados por los complejos, pero no tiene influencia sobre las tendencias fundamentales de la constitución esquizoide.*

¿Acaso no es lógico esto? ¿Acaso no encontramos la misma situación en las neurosis curadas por el psicoanálisis? Se eliminan los conflictos, pero la constitución que daba su carácter a la neurosis apenas si ha cambiado. Si menciono este hecho en el caso de Renée lo hago sólo por escrúpulos científicos y para describir su estado actual en su totalidad y con todo detalle.

Renée todavía siente la necesidad de que le dé su "hora" para afirmar su personalidad y reforzar su interés, aún débil, por lo que le hace bien. Así, por ejemplo, charlamos sobre lo que le conviene: vestidos, paseos, trabajo, diversiones. Esto la fortalece y le proporciona alegría para el trabajo.

Pues trabaja.

Hace dos años comenzó con estudios biológicos. A satisfacción suya realizó una serie de investigaciones sobre una cuestión de botánica que la hicieron merecedora de un premio universitario. Ha publicado dos notables escritos sobre este tema. Muestra en su trabajo una inteligencia lúcida y una extraordinaria lógica en su pensamiento. Aparte de la ciencia le interesa la pintura, pues tiene inclinaciones decididamente artísticas.

II. RESUMEN DE LOS FACTORES QUE INTERVINIERON EN LA CURACIÓN DE RENÉE

QUIERO examinar ahora todas las posibles causas determinantes de la curación de este caso, sin tomar en consideración las causas de la enfermedad.

a) ¿Se debe esta curación a factores orgánicos o a factores psicológicos? ¿A cuáles?

b) Entre los factores posiblemente psicológicos, ¿la realización simbólica ha tenido un influjo primario, secundario o no ha tenido influjo alguno?

A. FACTORES FÍSICOS

Miremos la relación entre los estados patológicos físicos y psíquicos.

A pesar de haber sido puesta su salud en peligro cuando era lactante, Renée se desarrolla hasta la edad de ocho años de una manera enteramente normal, aunque muestra actitudes psíquicamente sospechosas.

Cuando tenía ocho años la debilitaron mucho una pulmonía y varias bronquitis que se sucedieron con gran rapidez. La mala alimentación también hizo lo suyo. A la edad de catorce años se consideró necesario que pasara una temporada en la montaña. Aquí se fortaleció su salud física, mientras que su estado psíquico empeoraba, de tal modo que el médico jefe del sanatorio de montaña diagnosticó el comienzo de una *dementia præcox*, recomendando que Renée fuera atendida por un psiquiatra.

Al volver Renée de la montaña, su estado físico permaneció más o menos estable, mientras que su enfermedad mental se agravaba cada vez más. Fue entonces cuando me hice cargo de Renée (julio de 1930, cuando Renée tenía 18 años). Durante todo un año el estado neurótico mejoró hasta cierto punto, pero paulatinamente apareció en la superficie la perturbación psicótica. El estado físico no cambió.

El periodo agudo empezó en abril de 1933 (cuando Renée tenía 21 años) durante una estancia en el campo, donde Renée se sentía feliz por primera vez en su vida, donde tenía buen apetito y aumentaba de peso (52 kg., o sea más que antes y más que después en toda su vida). Después estuvo dos o tres veces en varios sanatorios, sin que se hiciese notar un mejoramiento psíquico. En octubre de 1933 desaparecieron inmediatamente ciertos estados de confusión, gracias a los símbolos de las manzanas y del pequeño

mono. La enferma comenzó a acercarse nuevamente a la realidad. Esta mejoría probablemente hubiese ido en aumento si yo hubiese sabido entonces cómo tratar simbólicamente el complejo del destete (viaje repentino de la enfermera) y el fraternal (los pacientes), cosa que no ocurrió sino hasta más tarde. Por desgracia no llegué a comprenderlo en este momento.

Se presentaron retrocesos en vez de progresos. Renée se negaba a comer o beber más de lo absolutamente indispensable (hubo que internarla varias veces). Físicamente no padecía enfermedad alguna. Pero dos años después de aparecer la enfermedad mental, durante una temporada que pasó en el campo, sufrió una pielitis acompañada de colibacilos y bacilos de Koch. El peso de la enferma bajó a 24 kg. El médico aplicó una autovacunación, que detuvo la infección provocada por los colibacilos e inició un lento mejoramiento. El estado psíquico todavía era muy grave. Renée tenía impulsos suicidas que hicieron necesario tomar medidas de seguridad. Apenas cuando se reanudó el tratamiento mediante el método simbólico, a los cuatro meses de haberse aplicado la autovacunación (invierno de 1936), se alivió psíquicamente la enferma, y a partir de este instante realizó notables progresos.

Desde entonces, el estado físico volvió a agravarse en varias ocasiones. Renée sufrió de una úlcera intestinal con hemorragias, que exigieron una transfusión de sangre, de molestias en los riñones acompañadas de elevadas temperaturas y de un ligero ataque a las cápsulas suprarrenales. Estos malestares se alternaban con épocas mejores, pero la colitis y la cistitis persisten todavía ahora (1940).

A pesar de todo esto se manifestó una progresiva adaptación a la realidad, sin recaída alguna desde el invierno de 1936 y en relación directa con el tratamiento simbólico.

En los estados físicos y psíquicos de Renée no es posible observar una simultaneidad o alternancia regulares que permitiesen sospechar que un estado es la causa necesaria del otro. En el caso de haber simultaneidad o sustitución del uno por el otro, las perturbaciones también habrían sido simultáneas o alternativas, lo cual no ocurrió. A pesar de una salud física precaria, la enfermedad mental está por completo curada. Intelectualmente, Renée está plenamente activa y hace un buen trabajo con facilidad y verdadero éxito.

B. INTERVENCIONES PSIQUIÁTRICAS

Los métodos psiquiátricos usuales en el año 1933 se emplearon en la enferma sin resultados dignos de mención. Con motivo de la pri-

mera gran crisis se inició el tratamiento narcoterápico, pero no logró influir sobre la excitación, que por el contrario aumentó en tal medida que Renée tuvo que ser internada en una clínica (en el departamento de celdas para personas agitadas).

El método de la curación por el trabajo casi nunca pudo aplicarse en vista de la excitación y del estupor de la enferma. Siempre que se intentó darle una actividad aumentaba su excitación.

Sólo tenían buen efecto los calmantes en grandes dosis y los baños prolongados.

En lo que se refiere a los métodos de *shock* mediante fiebre artificial, insulina y electricidad, no fueron aplicados a Renée: el primero por ser demasiado peligroso en vista de su delicada salud, y los otros dos porque en aquella época aún no se encontraban entre los comúnmente aplicados en la terapéutica psiquiátrica.

Cito a continuación los nombres de los psiquiatras que han examinado y tratado a Renée: son los doctores Bersot, Boven, Danjou, Flournoy, Forel, Ladame, Morel, Nunberg, Odier, Redalié, Repond, Piotrowski, de Saussure, de Yongh y Weber.

C. FACTORES PSICOLÓGICOS

1. PERSUASIÓN SISTEMÁTICA

¿Ha desempeñado algún papel en la curación de Renée el método del doctor Dubois (Berna)? Creo que su efecto fue más bien negativo. Siempre que trataba yo (antes de encontrar el método simbólico) de corregir una imagen ilusoria mediante la razón, provoqué el efecto opuesto. La enferma se aferraba con mayor fuerza a su idea, de lo cual resultó un acrecentamiento considerable de su sentimiento de culpabilidad. Renée me dio la explicación: el intento de destruir racionalmente sus visiones ilusorias o las órdenes de sus "voces" representaba la prueba irrefutable de la existencia de aquéllas. Su sentimiento de culpabilidad se acrecentaba con el esfuerzo que hacía la enferma por adoptar mi punto de vista y con el hecho de que yo me negara a reconocer la realidad del Sistema (la máquina castigadora, que por así decir era la estructura de sus estados de confusión) y a obedecer las órdenes de las voces. La creencia de la enferma en la existencia objetiva de todo ello era tan profunda que cualquier intento de negarla era seguido inmediatamente de "represalias". El Sistema se hizo cada vez más rígido, las "órdenes de las voces" fueron cada vez más insistentes, y el miedo crecía.

Este efecto de la razón sobre los estados de confusión y las alucinaciones muestra cuán inútil, e incluso cuán peligrosa puede ser la aplicación de una psicoterapia basada en la razón, incluido el psicoanálisis clásico, cuyas interpretaciones se apoyan en la lógica.

2. REEDUCACIÓN

En oposición al método persuasivo, la reeducación resultó ser muy importante para la curación de Renée, pues gracias a ella *se consolidaba lo ganado después de entablar el contacto*. Pero desempeñó un papel secundario. Sólo después de una satisfacción simbólica pude lograr algo de Renée. Cuando quería avanzar con demasiada premura y hacer que se ocupara con cosas que se encontraban por encima de la fase alcanzada (es decir, cuando exigía de ella que realizara esfuerzos que sobrepasaban sus deseos actuales), no solamente no mostraba interés alguno, sino que aparecían pronto movimientos automatizados y estereotipados, sin el menor ímpetu interior, y los impulsos destructores tenían vía libre para imponerse.

3. SUGESTIÓN SISTEMÁTICA

La sugestión por el sueño y por la vigilia que había intentado el médico del sanatorio de montaña cuando Renée tenía 14 años resultó ser ineficaz y hasta nociva. Por esta razón no volvió a ser aplicada a Renée ni por mí ni por otro médico.

4. INFLUENCIA AFECTIVA

Una colega me dijo hace poco: "Lo que salvó a Renée fue el amor materno que usted le mostró."

¿Puede creerse realmente que sólo el amor que le mostré a la pequeña Renée le permitió a ésta vencer la agresión contra el mundo hostil? No lo creo así. Desde luego era imprescindible una actitud maternal para inspirarle confianza al medroso inconsciente de la enferma. Es cierto que desde el punto de vista psicoanalítico mi cariño logró establecer la necesaria transferencia a la madre nueva, a la "madre amorosa". Además, un profundo interés por la enferma es capaz de fortalecer la voluntad de la analista para llegar hasta el final, es decir, hasta encontrar la solución, y en este sentido es su interés el que la guía a través de todos sus esfuerzos. Sin el sentimiento de responsabilidad que inspiró mi simpatía por Renée, probablemente la habría abandonado casi totalmente a sí misma, y habría terminado

en la imbecilidad o en el suicidio. La simpatía fue una condición *sine qua non* para alcanzar el éxito.

Pero repito una vez más que éste no fue el factor principal de la curación. La prueba de ello es que más o menos a partir del segundo año del tratamiento me comporté como “madre amorosa” y lo he sido hasta ahora. Y durante este tiempo, el estado de la enferma primero empeoró, y luego comenzó a progresar. Y apenas después de sufrir una nueva recaída se curó realmente. Es decir, que si el cariño hubiese bastado para la curación, el desarrollo hasta el éxito habría tenido que ser constante. Pero, por el contrario, la transferencia positiva desapareció en ciertos periodos y la enferma se retiró por completo al autismo.

Por todas estas razones estoy convencida de que *el “amor materno” habría sido inútil para la curación sin las satisfacciones simbólicas.*

5. CONDICIONES EXTRAORDINARIAMENTE FAVORABLES

Me decían una y otra vez: “Ha sacrificado usted a Renée un tiempo que ningún otro médico puede emplear en un solo paciente. De ningún modo puede seguir al enfermo paso a paso como lo ha hecho usted.”

Es cierto que dediqué a Renée las horas necesarias sin contarlas; *antes tenía que encontrar el método adecuado.*

En cuanto supe lo que debía hacer pude dejar el cuidado de Renée en manos de una enfermera. Por ejemplo, durante mis vacaciones y enfermedades confié a Renée a una asistente diplomada, a la que se había hecho un psicoanálisis y que, en consecuencia, tenía la comprensión necesaria para la simbólica psicoanalítica. Le di instrucciones precisas y detalladas, y todo iba bien si se atenía a ellas.

Un médico puede efectuar un tratamiento así sin dedicarle más tiempo que a un psicoanálisis común con la condición de que pueda contar con una enfermera psicológicamente capaz y entrenada. Esta persona logrará lo que toda enfermera privada debe hacer para una enferma mental: permanecerá con ella, dará parte detallado de las reacciones y seguirá concienzudamente las instrucciones del médico.

6. EL PSICOANÁLISIS CLÁSICO

El psicoanálisis clásico que se aplicó al principio mejoró sin duda alguna a la enferma.

En primer lugar, la norma de “decir todo”, que se cumplió de manera absoluta (debido a su carácter esquizoide y a su infantilismo), alivió mucho a la enferma, puesto que podía manifestar libremente todos sus problemas. Esto provocó una *katharsis* profunda.

En seguida, la actitud objetiva de la analista, que quería ver claro en ella y con ella y que por su ayuda no exigía agradecimiento ni cariño (cosa que sí habían hecho las amigas de Renée), liberó a la enferma de un grave compromiso, que su sentimiento de culpa había hecho aún más pesado y torturador. Por fin se sentía libre frente a un ser humano. De este modo pudo formarse una transferencia positiva y ofrecérsele un apoyo.

Al terminar el año escolar, Renée recibió un certificado de estudios. En su casa, su actitud era un poco menos hostil. Ella misma se sentía más segura. El temor a la masturbación había desaparecido.

En resumen, puede decirse que el psicoanálisis, al eliminar los síntomas neuróticos durante algunos meses, logró de esta manera atajar el proceso de la esquizofrenia y retener a la enferma en el límite de la desintegración psíquica.

Mucho tiempo después me dijo Renée: “Cuando al comenzar con el psicoanálisis me diste tres semanas de vacaciones, sentí que comenzaba a ‘cerrar los postigos’ y que sólo el psicoanálisis me podría ayudar a mantenerlos abiertos.”

A pesar de todo, el psicoanálisis resultó ser insuficiente, como siempre ocurre en los casos de esquizofrenia. Aparentemente, la psicosis se detenía, pero bajo la superficie seguía su marcha inevitable. Renée carecía de verdadero contacto con su alrededor. No era consciente de su enfermedad. Su rigidez aumentaba constantemente. El miedo indefinido se había transformado en uno determinado: el Sistema, que cuatro años antes había hecho su primera aparición, ganó cada vez más terreno.

En primer lugar, la posición analítica resultó ser desfavorable: la paciente acostada en el sofá, y la *analista invisible*. Como la enferma no me veía, creía (por falta de realidad) que estaba yo ausente y se sentía sola y desamparada. Además, esta soledad favorecía la construcción del Sistema, pues la ilusión y los sueños tenían vía libre. (Por eso me senté a su lado y tomé partido en contra del Sistema castigador.)

En seguida, la *indagación de las causas de la enfermedad* definió el Sistema y le dio una forma clara. Todo esto no hizo sino alejar a Renée cada vez más de la realidad. Pero esta indagación

le demostraba ante todo que había que eliminar algo malo en ella, de lo que era responsable y culpable. Así pues, gracias al psicoanálisis el sentimiento de culpabilidad aumentó y disminuyó en cambio el sentimiento de enfermedad. "El psicoanálisis me ha 'iluminado' (= confundido esquizofrénicamente), me ha iluminado más de lo que estaba antes. El psicoanálisis no me ha enfermado, ¡sólo 'removió el fondo'! ... Sin el psicoanálisis pronto hubiese sido 'tonta', sin trabajar, ni pensar ni moverme. Ser 'iluminado' es mejor que ser 'tonto', pues es un intento, aunque malogrado, de adaptarse a la vida."

"Tonto" significa completa indiferencia, estado en que la confusión esquizofrénica no es eficiente. La enferma dice con razón que más vale ser "iluminado" (confuso) que "tonto" (demente). El período más desesperado de su enfermedad fue aquel en que la confusión esquizofrénica y las alucinaciones perdieron su fundamento afectivo, aquel en que creció la indiferencia y en que la enferma se dirigía a una verdadera demencia afectiva.

7. COINCIDENCIA CASUAL DE UNA CURACIÓN ESPONTÁNEA CON LA REALIZACIÓN SIMBÓLICA

Esta hipótesis puede desecharse sin mayor discusión. Pues podría aplicarse a cualquier intento de tratamiento y convertir en superflua toda investigación de la causa de la curación. Pero ante todo no se mantendría firme ante el criterio del experimento: "Coincidencia de causa y efecto durante un número suficiente de veces, que excluyan la casualidad."

Ahora bien, los continuos progresos de la enferma *correspondieron regularmente a la intervención psicológica* y los fracasos a la no aplicación del método. Los progresos se interrumpían inmediatamente durante los periodos en que no lograba yo encontrar la realización simbólica del complejo.

Y así fue durante *tres años*.

8. LA REALIZACIÓN SIMBÓLICA

Los hechos y las circunstancias de que ha hablado la enferma (comprobados y reconocidos como correctos por mí misma) representaban traumas psicológicos de su más tierna infancia. Constituían el contenido de la psicosis (símbolos esquizofrénicos) y habían degenerado hasta la atrofia conceptual y el automatismo verbal.

Entre los traumas originales y la sintomática posterior, pobre

de contenido, se encontraba, pues, la fase de los símbolos psicóticos. Gracias a la simbólica psicoanalítica y a las explicaciones de la enferma no me fue muy difícil descifrar estos símbolos.

Sabía yo que un vehemente deseo utópico, provocado por hechos no aceptados, podía producir una ilusión que sirve a cuatro fines: compensa el dolor y el *sentimiento de inferioridad*, y alivia la ira y el *sentimiento de culpabilidad*.

El delirio de Renée compensaba sus primeras *privaciones*: se retiraba al autismo como al vientre de la madre. Compensaba el *sentimiento de inferioridad* que había sido despertado por la impresión de hallarse abandonada (insuficiente satisfacción del hambre). Se imaginaba como reina del Tíbet, lugar inaccesible para los hermanos menores, donde hace calor y donde nada se necesita. El delirio calmaba también su ira: la violenta hostilidad contra la madre y los hermanos menores desembocó en la concepción del Sistema. Lo mismo sucedió con el *sentimiento de culpabilidad* producido por la agresión y atenuado por el autocastigo inherente al Sistema. Este constituía el verdadero punto central de la psicosis, era la fuente de las alucinaciones auditivas así como de las ideas de transformación.

De este modo conocía yo tanto los traumas provocadores de los conflictos como los símbolos del estado esquizofrénico de confusión. Pero todo esto no bastaba para poder curar a la enferma. El problema que más trabajo me costó resolver fue el del sentimiento de culpabilidad, que la encerraba dentro de un invencible círculo vicioso. Este sentimiento exigía un castigo, ¡y el castigo consistía en tener sentimientos de culpabilidad! Todo lo que hacía estaba mal hecho, según ella. En cada oído oía una voz distinta. Una decía: "Levanta tu brazo, si no lo haces, ocurrirá una gran desgracia." La otra gritaba: "No levantes el brazo, pues si lo haces, sucederá algo horrible." De este modo, era imposible tomar una decisión, y el miedo se convirtió en paroxismo, que se manifestaba con agitaciones violentas, gritos, golpes de la cabeza contra la pared, etc. Después de cada ataque la enferma se alejaba aún más de la realidad. Y cuanto más se alejaba, tanta mayor fuerza adquirían los impulsos destructivos.

¿De dónde provenía este sentimiento de culpabilidad?

En primer lugar, lo produjo el retiro al autismo (aparentemente prohibido por la madre-analista, que deseaba la curación de la enferma); en segundo lugar, por la agresión contra la madre, los hermanos menores y ella misma, y en el último fundamento por el realismo moral que prohibía la vida y el placer.

Este sentimiento de culpabilidad, atado a la fase primitiva del "realismo moral", fue sin duda lo que más trabajo costó eliminar. En este estadio, la valoración de todos los sentimientos y actos se forma siguiendo el criterio de la madre; todo aquello que la madre permite es bueno, todo lo que rechaza es malo. Si una denegación tiene por efecto una privación, el deseo provocado por la denegación será malo: desear el amor materno, aparentemente denegado, se convierte en tendencia punible. Es prohibido ansiar amor.

Ahora bien, la situación es más trágica todavía por ser el amor materno indispensable para el niño pequeño. Su privación conduce a un desesperado aferrarse a la vida, a la fijación indeleble a esta fase. El hecho de no ser amada había fijado a la enferma en esta fase de su desarrollo e impedido de esta manera que se formara su Yo y que se separara de la madre.

Renée no podía sanar, pues entre los hechos no aceptados y la ilusión se encontraba el deseo legítimo que, por no haber sido realizado nunca, causaba la fijación, la agresividad y el sentimiento de culpabilidad.

Todo el problema consistía, pues, en realizar este deseo, para que ya no tuviese que ser compensado mediante la ilusión y para que pudiera darse un curso normal al impulso dinámico.

Ya antes de Freud, Griesinger y Radestock habían señalado la gran importancia que los mecanismos de compensación y de realización de los deseos tenían en la psicosis y en el sueño.

Pero la realización directa era imposible: Renée no podía volver a la edad de lactante para satisfacer las necesidades correspondientes a esta edad. Tenía que buscar, por lo tanto, un sustituto: el símbolo, bajo cuya forma me pedía la satisfacción.

Por dos razones expresó su deseo en el ámbito de la participación mágica presimbólica: por una parte, lo reprimido requería ser simbolizado (Jones, *Theoretische und praktische Abhandlung der Psychoanalyse* [Tratado teórico y práctico del psicoanálisis]), y por la otra, el simbolismo es una forma de los pensamientos primitivos, un caso especial de la asociación de imágenes en el alma primitiva (Freud, *Traumdeutung* [La interpretación de los sueños] y *Einführung in die Psychoanalyse* [Introducción al psicoanálisis]). Además, Renée todavía no había alcanzado la fase del lenguaje hablado cuando sufrió los primeros traumas, y no tenía por lo tanto la necesidad de una respuesta verbal, sino de una abstracta (el objeto que sirve como símbolo es concreto). Hubiera sido enteramente inútil si le hubiese explicado a Renée que en la realidad su madre sí la amaba, que sólo por equivocación había sufrido priva-

ciones, etc. Renée lo habría comprendido tan poco como si hubiese hablado con ella en chino. Sólo mediante imágenes pude hacerme entender por su inconsciente. Tuve que emplear el lenguaje de éste y usar signos. El cariño materno que le quería demostrar mediante regalos para adultos no la tocaba: permaneció indiferente a los bocadillos sabrosos y a los discos de música así como a todas las atenciones; mis regalos incluso la irritaban. Pero cuando comencé a hacerle regalos simbólicos (manzanas, globos) puede establecer un contacto real con ella, me "reconocía".

Por el siguiente pequeño ejemplo quiero mostrar cuán incomprensiva fui al principio:

Durante los primeros meses del tratamiento, Renée me pedía "pan y té". A toda prisa traía yo una bandeja con té y panecillos. Observaba estos alimentos sin tocarlos, como alguien que no ha recibido lo que quería. *Con mis propias manos* debí haberle dado un trocito de pan y una cucharada de té. ¡Renée me dijo más tarde que habría sanado mucho antes si la hubiese tratado desde un principio simbólicamente!

Debo acentuar varios puntos como particularmente importantes respecto a la técnica de la realización simbólica:

1. *Los progresos sólo podían lograrse durante las sesiones.* Todas las conversaciones fuera de la "hora" únicamente le servían intelectual pero no afectivamente, ya que estaban mezcladas con la realidad y no eran puramente simbólicas. Cuando el intervalo entre dos sesiones se prolongaba demasiado (aun cuando veía a Renée cada día y hablaba con ella), no hacía ningún progreso, sino que más bien retrocedía. Mi actitud comprensiva frente a la enferma así como mis demostraciones de cariño sin la labor constructiva imprescindible sólo la aliviaban exteriormente.

2. *La realización tenía que ajustarse a la fase en que Renée se encontraba.* Fracásé cuando quería saltar algún periodo del desarrollo. En la fase de las "manzanas" creí que podría pasar inmediatamente a una alimentación para adultos, por ejemplo al pan con mantequilla. Pero cuando se lo ofrecí, lo rechazó con ira. Posteriormente, Renée se interesó mucho por los zapatos (símbolo fálico), y supuse que aceptaría también con gusto otras prendas de vestir, por ejemplo una blusa. Sin embargo, no le prestó la menor atención. Sólo después de haber atravesado todo el ciclo del desarrollo aprendió a estimar los vestidos y pudo pedir lo que le faltara. Si se imagina uno a un niño de seis meses, esta conducta es perfectamente comprensible. Recibe una sonaja como testimonio de

amor, pero un par de esquís —suponiendo que adivinase su uso— le parecerían ser una mala broma.

3. *Hubo que pasar por todas las fases con suma lentitud.* Entre el regalo simbólico y la desaparición de la necesidad existían fases intermedias.

La primera actitud era la de imitar el comportamiento de la madre. Renée se hablaba a sí misma con mucho cariño y compasión: Pobrecita niña,avecilla del Señor, tómate pronto el buen té que mamá te ha preparado. ¡Es para ti, sí, sí, para ti!"

Segunda actitud: "Querida, tómate el buen té..."

Tercera actitud: "Mira, he tomado mi té como una adulta. ¿Estás contenta ahora, mamá?"

Cuarta actitud: "¿Ya está listo el té? Gracias, cuando termine de leer la página, me lo tomaré."

Me parece que esta lenta transición del sentimiento de abandono a la seguridad interior demuestra que en el caso de Renée se trataba de una falta de desarrollo y no de una regresión provocada por un *shock*. Si sólo se tratase de éste, la realización simbólica, en caso de haber resultado necesaria, habría tenido un efecto terapéutico más inmediato y rápido.

4. *El símbolo tenía que aplicarse directamente y mediante una persona de carne y hueso.* Si hubiese puesto los trocitos de manzana sobre el plato y hubiese dejado sola a Renée, se habría quedado inmóvil frente a estos valiosos presentes. La dinámica era imprescindible, y tenía que provenir de fuera; una persona viva tenía que ayudarle en su desarrollo. La enferma tenía que relacionarse afectivamente con otra persona. No eran las manzanas las que contaban, sino el hecho de que la madre o su sustituta se las diera. La enferma debía recibirlas de alguien que le diese fuerza motriz al símbolo.

He aquí los *resultados* que se lograron mediante la *realización simbólica* con relación a la agresividad, al estado de confusión, al contacto, al amor propio y a la adaptación a la realidad.

1. Cuando le di a Renée simbólicamente lo que pedía, le manifesté al mismo tiempo el amor materno. Gracias a esto disminuyó su agresividad contra su madre y finalmente desapareció, así como la agresividad contra sí misma (se había odiado ella misma, ya que había introyectado el odio imaginario de la madre).

2. La satisfacción del deseo secreto hizo inútil la *comprensión esquizofrénica* (ser la reina del Tíbet).

3. Después de eliminar la agresividad, pudo establecerse el *contacto* con la nueva madre. Desde luego, se hallaba acompañado de una transferencia positiva. (En este caso, la transferencia es el

resultado y no la causa del mejoramiento.) Cuando la realización de un deseo no se efectuaba debido a mi falta de habilidad, Renée lo sentía como un rechazo. Su miedo crecía y el contacto disminuía.

4. En consecuencia, la realización de un deseo demostraba el amor materno. Renée se creía con derecho a *amarse a sí misma*, pues la madre deseaba que su hija creciera y se hiciera más hermosa. Renée introyectó así el amor materno. El amor propio a su vez contribuyó a mantener lejos la agresividad.

5. El Yo fortalecido permitía a Renée independizarse de la madre. El vínculo patológico se deshizo. La libido podía relacionarse con otros *objetos en la realidad*, es decir, podía adaptarse a ellos.

De este modo, las realizaciones simbólicas de los deseos de la enferma no solamente la aliviaron, sino que le devolvieron el contacto con la realidad.

12. EPÍLOGO

PARA terminar mi exposición quiero observar todavía que en el caso de Renée parece tratarse de un *conflicto anterior a la formación del Yo*. Después del trauma se desarrolló desde luego un Yo, pero de manera incompleta; había permanecido demasiado débil, y pudo ser vencido por la psicosis. Así pues, hubo que reanudar el desarrollo anulando el efecto de los traumas en su mismo origen. Esto sólo pudo efectuarse mediante la transferencia a una nueva madre, que en compensación de las privaciones le ofreciese a Renée “pruebas de cariño”, es decir, que remplazara a la madre rehusadora (que la odiaba) por la concedente (que la amaba). Así pudo Renée perder la agresión contra el mundo y volver a encontrar el derecho a la vida y a amarse a sí misma.

Pero para que la madre cariñosa pudiese hacerse comprender y resolver el conflicto, tenía que encontrar un procedimiento distinto al psicoanalítico, que se realiza mediante palabras, ya que el *conflicto había precedido a la fase del desarrollo verbal*, y la enferma había sufrido una regresión a la fase de la participación mágica presimbólica. O sea que la forma de expresión tenía que ser mucho más primitiva y corresponder a la fase en que se había producido el trauma. Podía emplearse exclusivamente el lenguaje comprendido por el lactante, el lenguaje de los signos simbólicos, de los gestos y de los movimientos. Ésta es la razón por la que en este caso especial la realización simbólica de los deseos pudo alcanzar un resultado tan satisfactorio.

APÉNDICE

(1º de julio de 1947.)

Han pasado siete años desde que entregué esta obra al Seminario Psicoanalítico en Lauzana, en 1940. Renée sigue sana y no ha sufrido ninguna recaída. Su personalidad se ha desarrollado y afirmado de modo extraordinario. Es cada vez más segura de sí misma y más capaz de actuar independientemente de mí, aunque la confianza que me tiene hace que me consulte en todos los asuntos de importancia. Los ritos mágicos han desaparecido casi por completo y han cedido su lugar a un criterio lógico y claro.

Desde el punto de vista social puede observarse el mismo progreso. Renée tiene contacto con los demás, es comprensiva y simpatiza con sus prójimos. Su actitud en la vida es la de una persona adulta, consciente de su responsabilidad y de sus obligaciones.

Después de terminar brillantemente sus estudios, se estableció con una amiga, también bióloga, en una ciudad cerca de Ginebra, donde ambas se dedican con afán a las mismas investigaciones.

Renée ha conservado para mí un profundo cariño y me visita siempre que las circunstancias lo permiten.

Parte segunda

DIARIO DE UNA ESQUIZOFRÉNICA

*(Autoobservación de una esquizofrénica durante
el tratamiento psicoterápico)*

INTRODUCCIÓN

EL RELATO que se presenta a continuación puede considerarse como el revés o el negativo de mi trabajo *La realización simbólica*. En este último, en efecto, describí, desde un punto de vista puramente terapéutico, el caso de una muchacha a quien los médicos clasificaban como esquizofrénica. La descripción de los síntomas esquizofrénicos y de su desaparición sirvió para demostrar el método por el cual la enferma pudo curar. Ciertamente, a través del esquematismo de una exposición objetiva se podían adivinar fácilmente los sentimientos y los pensamientos que llenaban el alma de Renée. Las realizaciones simbólicas mostraban los cambios ocurridos en su vida afectiva. Y los progresos que estas mismas realizaciones simbólicas le hacían desarrollar, permitían seguir la evolución de un psiquismo, desde el infantilismo más completo en el que había caído, hasta el estadio de adulto independiente.

Sin embargo, en *La realización simbólica* permanecí en el exterior, como un observador que asiste a manifestaciones externas, pero que no penetra verdaderamente en la vida íntima del paciente. Ahora bien, el esquizofrénico, aun en el caso de que se encuentre en un estado de desventura mental y física que haga pensar en la demencia, sigue en posesión de un alma, de una inteligencia y de la facultad de experimentar sentimientos a veces muy vivos, pero que no puede exteriorizar. Aun en los periodos de indiferencia completa o de estupor, en los que el enfermo ya no siente nada, subsiste una lucidez impersonal que lo hace capaz de percibir no solamente lo que sucede alrededor de él, sino también de darse cuenta de sus estados afectivos. A menudo, es esta indiferencia la que, exagerada, le impide hablar y responder a las preguntas que se le plantean. El registro de estos hechos permitirá más tarde al enfermo recordar las etapas de su enfermedad y, dado el caso, poderlas narrar. Es entonces cuando descubrimos en él toda una vida hecha de luchas, indecibles sufrimientos, pobres gozos, una vida sensible que las apariencias no permitían suponer, y que es extremadamente rica en enseñanzas para el psicólogo. Freud escribió en sus *Nuevas aportaciones al psicoanálisis*, refiriéndose a los enfermos mentales: "Se han apartado de la realidad exterior, pero precisamente por ello saben más de la realidad interior y pueden descubrirnos cosas que de otro modo serían inaccesibles para nosotros."⁹

⁹ Freud, *Obras completas*, Vol. II (Madrid: Biblioteca Nueva, 1948), p. 814.

La exposición que ofrecemos a continuación bajo el título de *Diario de una esquizofrénica*, enseñará, en cierta forma, el negativo, el revés de *La realización simbólica*, es decir, todo lo que se escondía detrás de las manifestaciones y de los síntomas esquizofrénicos.

Ahora bien, se sabe que en fotografía el negativo es lo esencial: sin él no hay positivo, no hay imagen. Por otra parte, la particularidad del negativo es la de que aquello que es negro se convierte en blanco, lo que sobre la foto aparece a la izquierda, está a la derecha en el negativo; en resumen, el negativo es la inversión del positivo.

Desde ciertos puntos de vista, sucede lo mismo con la introspección del enfermo si se la compara con la imagen que nos hemos formado de él a través de sus síntomas y de sus actos.

De esta oposición resulta una enseñanza que debé tenerse en cuenta para no formarse una idea falsa del enfermo y de la enfermedad. Al escuchar al enfermo que habla de su vida interior, se tendrá la impresión a veces de que está mucho más afectado de lo que se suponía por su estado exterior. Y como uno se sorprende siempre al saber que un enfermo que parecía demente tenía en realidad lucidez y conciencia de lo que sucedía a su alrededor, se tiene la tendencia a hacerlo responsable, a reprocharle sus síntomas, como si él hubiera sido dueño de sí mismo. Se olvida que era verdaderamente impotente, irresponsable.

Así se dará una mejor cuenta de que la esquizofrenia consiste justamente en una disociación entre la afectividad, que está profundamente perturbada por la pérdida de contacto con la vida, y la inteligencia, que permanece intacta y que, como un operador de cine, registra todo lo que pasa frente a ella.

Es evidente que Renée no pudo narrar todas las impresiones que sintió en el curso de su enfermedad. En efecto, hubo largos periodos durante los cuales se encontraba en tal estado de agitación hebefreno-catatónica, que en su confusión le era imposible distinguir lo que sucedía alrededor de ella y, sobre todo, lo que ocurría en su interior.

También pasó por periodos de estupor acentuado en los que la indiferencia fue tan grande que no era posible que las impresiones perceptivas pudieran fijarse en huellas mnésicas. Por ello, al conocer las confidencias de Renée, confidencias que parecen testimoniar una lucidez admirable, no habrá que olvidar que no representan sino algunos periodos de la enfermedad, que afortunadamente para nosotros, son los más interesantes desde el punto de vista psicológico.

I. AUTOOBSERVACIÓN

1. APARICIÓN DE LOS PRIMEROS SENTIMIENTOS DE IRREALIDAD

VAMOS a conocer ahora las confidencias que Renée me hizo poco después de su curación, que se refieren a los primeros sentimientos de irrealidad que experimentó a la edad de cinco años:

“Recuerdo muy bien el día en que esto me sucedió. Había ido a pasear sola (pasábamos unas vacaciones en el campo), como lo hacía a veces. De pronto, oí una canción en alemán que partía de la escuela delante de la cual yo justamente pasaba. Eran niños que tomaban su lección de canto. Me detuve para escuchar y fue en aquel momento cuando un sentimiento extraño se produjo en mí, sentimiento difícil de analizar, pero que sería semejante a cuantos experimenté más tarde: la irrealidad. Me pareció que ya no reconocía la escuela; se había convertido en algo como un cuartel y los niños que cantaban me parecían prisioneros obligados a cantar. Fue como si la escuela y los cantos de los niños se hubieran separado del resto del mundo. En ese mismo instante mis ojos advirtieron un ilimitado campo de trigo. Y esta inmensidad amarilla que brillaba bajo el sol, ligada al canto de los niños prisioneros en la escuela-cuartel de piedra lisa, me produjo tal angustia que comencé a sollozar. Después corrí hacia nuestro jardín donde me puse a jugar ‘para que las cosas volvieran a ser como siempre’, es decir, para volver a la realidad.

Fue la primera vez que aparecieron los elementos que más tarde estarían presentes en mi sentimiento de irrealidad: la inmensidad sin límite, la luz deslumbrante y lo pulido, lo liso de la materia.

No me explico qué me sucedió, pero fue en esta misma época cuando supe que mi padre tenía una amante y que hacía llorar a mi madre. Esta revelación me conmovió, pues había oído decir a mi madre que se mataría si mi padre la abandonaba.”

Renée tuvo muchos otros sentimientos de irrealidad en los años que siguieron hasta que cumplió más o menos los doce; pero a partir de esta edad fueron cada vez más intensos y frecuentes.

Lo más notable que ella recuerda haber sentido en esta época se relaciona con el periodo escolar. Esto sucedió en una escuela a la que asistía desde hacía dos años: “Un día, durante el recreo, jugábamos a saltar a la comba. Dos niñas sostenían los extremos de una larga cuerda a la que daban vueltas; entretanto, otras dos saltaban partiendo de lados opuestos para encontrarse y cruzarse en el cen-

tro. Cuando llegó mi turno y en el momento en que llegaba a la mitad del trayecto, vi aproximarse a mi camarada que saltaba para cruzarse conmigo, y fui presa de pánico: no la reconocí. Sin embargo, la veía tal cual era, y a pesar de esto, ya no era ella. La había notado más pequeña al otro extremo de la cuerda; pero ahora crecía y engordaba a medida que se acercaba a mí y que yo me aproximaba a ella. Grité: '¡Párate, Alicia, pareces un león! ¡Me das miedo!' La angustia que probablemente se traslucía en mis palabras y que yo quería ocultar bajo una apariencia de broma, hizo detener súbitamente el juego. Las niñas me miraban asombradas y decían: 'Estás loca; ¿Alicia, un león?, no sabes lo que dices'. Luego el juego siguió adelante. De nuevo se efectuó la extraña transformación de mi compañera y en medio de una risa nerviosa repetía: '¡Detente, Alicia! ¡Me das miedo! ¡Eres un león!' De hecho no veía yo un león; era una imagen para expresar la percepción del crecimiento de mi compañera, y el hecho de que no la reconocía. De pronto noté la semejanza de este fenómeno con el de la pesadilla de 'la aguja en el pajar'. Era un sueño que tenía con frecuencia, sobre todo cuando tenía fiebre y que me provocaba una angustia espantosa; más tarde he asociado siempre mis percepciones de irrealidad con el sueño de la aguja. Helo aquí: 'Una granja iluminada de manera deslumbrante por luz eléctrica; los muros pintados de blanco, lisos, lisos y brillantes. En esta inmensidad había una aguja, fina, fina, dura, brillante bajo la luz. La aguja en este vacío me daba un miedo atroz. Después una piedra de moler llenaba el vacío y absorbía la aguja. La piedra de moler, primero pequeña, crecía y crecía, y en medio se encontraba la aguja, que poseía una tensión eléctrica enorme que comunicaba al heno. La tensión; la invasión del heno y la luz cegadora hacían aumentar la angustia hasta el paroxismo y me despertaba aullando: ¡La aguja!, ¡La aguja!'

Lo que me sucedió durante el juego era del mismo orden: una tensión, algo que crecía desmesuradamente y la angustia.

Desde entonces la escuela me trajo a menudo, durante los recreos, un sentimiento de irrealidad. Yo me aferraba a las barras como si fuera una prisionera, y miraba a los compañeros que corrían en el patio gritando: me parecían como hormigas bajo una luz muy brillante. El caserón de la escuela se volvía inmenso, liso, irreal, y una angustia inexpresable me estrangulaba; me imaginaba que las personas que nos miraban desde la calle pensaban que todas estábamos presas, así como yo lo estaba, y hubiera querido evadirme. A veces sacudía los barrotes como si no hubiera otro medio para salir, como un loco, pensaba, que quería volver a la vida real;

la calle me parecía viva, real, alegre, y las gentes que por ella iban eran personas vivas, concretas, mientras que todo lo que estaba en el espacio del patio era ilimitado, irreal, mecánico, sin significado: era la pesadilla de la aguja en el pajar.

Estos estados sólo me sorprendían en el patio y no en la clase. Sufría mucho y no sabía cómo liberarme. Ni el juego ni la conversación, ni la lectura, nada lograba romper el círculo de irrealidad que me rodeaba.

Estas crisis, lejos de espaciarse, aumentaron. En una ocasión me encontraba en el Patronato y súbitamente vi que la sala se hacía inmensa y que la iluminaba una terrible luz eléctrica que no producía verdaderas sombras. Todo era claro, liso, artificial, tenso hasta el extremo; las sillas y las mesas me parecieron maquetas puestas aquí y allá, las alumnas y las maestras, marionetas que se movían sin razón, sin meta. No reconocí ya nada ni a nadie. Parecía que la realidad se había disuelto, evadido de todos esos objetos y aquellas personas. Me invadió una angustia espantosa; buscaba perdidamente un auxilio, cualquiera. Escuchaba las conversaciones, pero no comprendía el significado de las palabras. Las voces me parecían metálicas, sin timbre ni calor. De tiempo en tiempo, una palabra se destacaba del conjunto. Se repetía en mi cerebro como cortada con cuchillo, absurda. Y cuando una de mis compañeras se me aproximaba, la veía crecer, crecer, igual que la piedra del molino. Me encaminé entonces hacia mi profesora y le dije: '¡Tengo miedo, porque todos tienen una pequeña cabeza de cuervo puesta sobre su cabeza!' Ella me sonrió amablemente y me respondió alguna cosa que ya no recuerdo. Pero su sonrisa, en lugar de tranquilizarme, aumentó mi angustia y desazón, pues advertí sus dientes blancos y regulares que, al brillo de la luz, llenaron todo mi campo de visión, como si la sala entera fuese sólo dientes bajo una luz implacable. Un miedo atroz me invadió. El movimiento me salvó aquel día. Era la hora de ir a la capilla para la bendición y, con los otros niños, tuve que incorporarme a la fila; moverme, cambiar de horizonte, hacer algo preciso y habitual, me ayudó mucho. Sin embargo, llevé mi estado de irrealidad a la capilla, aunque en grado menor. Aquel día quedé agotada.

Cosa asombrosa: en cuanto lograba volver a la realidad, no pensaba más en esos terribles momentos. No los olvidaba, pero ya no me ocupaba de ellos. Y, sin embargo, se sucedían con una gran frecuencia, ocupando lapsos cada vez más largos de mi vida."

2. COMIENZA LA LUCHA CONTRA LA IRREALIDAD

“MI ÚLTIMO año en la escuela primaria fue un éxito desde el punto de vista escolar: obtuve tres premios, de los cuales fueron dos de primer lugar. Tenía, pues, todo lo que se necesitaba para triunfar en la escuela secundaria. Desgraciadamente, no sucedió así en gran parte debido a la ‘irrealidad’. Me fue muy difícil adaptarme al ritmo de las horas y a la nueva forma de enseñar. Además, tres clases me aterrorizaban literalmente: la de canto, la de dibujo y la de gimnasia; y aún puedo agregar la de costura.

Parece que yo tenía una muy bonita voz de soprano aguda y el profesor contaba conmigo para solista en el coro, pero pronto se dio cuenta de que desentonaba, es decir, de que subía o bajaba uno o dos tonos enteros cuando me descuidaba. Además no lograba entender el solfeo, ni marcar el tiempo o seguir el ritmo.

Cada una de estas clases me producía una angustia inaudita, desproporcionada respecto de su objeto. Sucedió lo mismo con el dibujo. No sabía qué había pasado durante las vacaciones de verano, pero me di cuenta de que había perdido el sentido de la perspectiva. Copiaba el modelo del dibujo de mi compañera, lo cual me daba una falsa perspectiva con relación a mi sitio. En la gimnasia no comprendía las órdenes: a la derecha, a la izquierda; las confundía. En la clase de costura me era imposible comprender la técnica de poner remiendos ni los misterios del tejido de un talón. Todas estas clases, aunque diferentes, presentaban para mí dificultades análogas: perdía cada vez más el sentido práctico, a pesar de mis esfuerzos.

Fue en estas condiciones difíciles cuando tuve de nuevo los sentimientos de irrealidad: durante la clase, en medio del silencio, oía los ruidos de la calle: el paso de un tranvía, gente discutiendo, relinchos de caballos, el claxon de un auto; me parecía que cada uno de estos ruidos se destacaba en la inmovilidad, separado de su objeto y sin ninguna significación. A mi derredor, las compañeras agachadas me parecían robots o maniqués, accionados por un mecanismo invisible; sobre el estrado, el profesor que hablaba, gesticulaba, se levantaba para escribir en la pizarra, parecía también un títere grotesco. Y siempre este silencio aterrador, roto por ruidos exteriores, venidos desde lejos; ese sol implacable que calentaba la sala, esa inmovilidad sin vida. Un miedo terrible me estrangulaba. ¡Hubiera querido gritar!

A veces, cuando por la mañana a las siete y media iba a la escuela, me sucedía lo mismo: súbitamente la calle se volvía infinita, blanca bajo el sol brillante; las gentes corriendo aquí y allá semejaban una multitud de hormigas; los automóviles iban sin objeto en todas las direcciones; a lo lejos se oía una campana. Después, todo parecía inmovilizarse, esperar como reteniendo la respiración, en una tensión extrema —la tensión de la aguja en el pajar— y me parecía que algún suceso extraordinario iba a acontecer. Una loca angustia me obligaba a detenerme y a esperar. Y después, sin que nada hubiese cambiado, percibía de nuevo el movimiento insensato de la gente y las cosas y continuaba mi camino para ir a la escuela.

Afortunadamente para mí, enfermé de una tuberculosis pulmonar y hube de retirarme de la escuela para ir a un sanatorio en la montaña. Allí, después de algunos días de angustia debida al cambio, me adapté muy fácilmente a causa de la vida regular que se llevaba; las crisis de irrealidad disminuyeron mucho, siendo remplazadas por estados de fervor, de exaltación respecto de la naturaleza. Sola, en mi pequeña habitación, mi mayor placer era escuchar el viento de otoño mugiendo a través del bosque; pero sus aullidos y los gemidos de los árboles que sacudía me daban una angustia que disminuía mi placer. Creía que el viento venía del Polo Norte y atravesaba las estepas heladas de Siberia aullando y quejándose en los bosques; me parecía vivo, monstruoso, como si fuera aplastando todo a su paso. Entonces veía mi habitación que se hacía inmensa, desproporcionada, los muros lisos y brillantes iluminados por la espantosa luz eléctrica que inundaba cada objeto con su claridad cegadora; y el viento que sacudía las persianas con violencia y el ruido y los suspiros ahogados de las ramas de los abetos que se doblaban a su paso, establecían un contraste intenso entre la violencia de afuera y la inmovilidad de adentro. Y de nuevo la angustia crecía en mí hasta el paroxismo. ¡Hubiera querido romper el círculo de irrealidad que me clavaba en medio de esta inmovilidad eléctrica! Cuando no estábamos en curación, llamaba a una compañera para jugar o conversar con ella; pero a pesar del juego y de la conversación, no lograba volver a la realidad: todo me parecía artificial, mecánico, eléctrico; o también me excitaba voluntariamente: reía, saltaba, movía las cosas a mi alrededor, las sacudía para intentar hacerlas volver a la vida. ¡Eran momentos terriblemente penosos!

¡Cuán feliz era cuando las cosas permanecían en su cuadro habitual, cuando la gente estaba viva, normal y, sobre todo, cuando yo tenía contacto con ella!

Bajé de la montaña por tres meses para volver a ella en seguida por un año entero. Fue en el curso de este año, el primero de enero exactamente, cuando sentí por primera vez *el miedo*. Debo decir que la irrealidad había aumentado aún, y que el viento había adquirido un significado particular; estaba siempre muy excitada en los días de viento y en la noche no dormía por escucharlo, por participar en sus aullidos, quejas y gritos desesperados. Mi alma entera lloraba y gemía en él. Suponía cada vez más que el viento llevaba un mensaje que yo debía adivinar: ¿pero cuál? Lo ignoraba aún.

El día de Año Nuevo, durante el tratamiento del silencio, experimenté por primera vez lo que he llamado *el miedo*. Literalmente, me cayó encima, sin que supiera yo cómo sucedió.

Ese mediodía el viento era más fuerte que nunca y también más lúgubre. Estaba escuchándolo, todo mi ser estaba unido a él, vibrante, esperando no sé qué. De repente, el miedo, el miedo terrible, inmenso, me invadió. No era la conocida angustia de la irrealidad, sino un verdadero miedo, el miedo que se siente en la proximidad de un peligro, de una desgracia. Y como para aumentar mi desazón, el viento mugía en interminables quejas que repercutían con los gemidos sordos del bosque.

Tenía tanto miedo, que creí estar enferma. Sin embargo, salí para visitar a una amiga en un sanatorio vecino. Para llegar debía tomar un camino a través del bosque: un camino corto y bien trazado. Pero la niebla era tan espesa que me perdí. Di vueltas alrededor del sanatorio sin verlo, y durante ese tiempo, mi miedo aumentó.

Pronto comprendí que era el viento el que me atemorizaba y los árboles, tan grandes y negros en la niebla, pero sobre todo el viento. Al fin capté el significado de su mensaje: el viento helado del Polo Norte quería romper la tierra, despedazarla; o quizá era un presagio, un signo de que la tierra iba a estallar.

De allí en adelante esta idea me hostigó de una manera cada vez más intensa, pero seguí ignorando la causa de este miedo que desde entonces me asaltaría en cualquier momento del día o de la noche.

Un médico quería ayudarme por medio de la hipnosis; me defendí, pues no quería perder mi personalidad, y continué soportando mi miedo y mis crisis de irrealidad.

Pero exteriormente nadie había adivinado mi angustia y mi miedo: me tomaban por una excitada, por una loca; en efecto, estaba siempre agitada, haciendo cabriolas, riendo en voz alta y haciéndome la idiota. Pero estas manifestaciones no eran un juego de niña inquieta que no se controla: en realidad, constituían una tentativa de

dominar mi miedo; cuando me asaltaba, me sentía agitada, ansiosa, esperando "la desgracia" que debía suceder. Buscaba entonces una desviación en los juegos o en las conversaciones. Pero pronto el miedo aumentaba en mí, y la ayuda que esperaba encontrar en mis compañeras era nula; entonces traté de hacer huir el miedo mediante la excitación: lanzaba gritos, reía. Estos gritos y estas gesticulaciones eran una desviación del miedo y una defensa contra él.

Poco a poco llegué a confiarles a mis compañeros que el mundo iba a estallar, que vendrían aviones a bombardearlo y a aniquilarnos. Yo creía firmemente en estas confidencias, hechas a menudo entre risas; deseaba compartir mi miedo con otros a fin de sentirme menos sola; sin embargo, yo no creía que la tierra fuera a estallar como creía en los hechos verdaderamente reales. Presentía oscuramente que esta creencia estaba ligada a mi miedo personal y que no era general.

Pasé un año así, soportando mi miedo y mi irrealidad. Aparte de mis crisis de excitación, era una muchacha completamente normal. Todos los niños del sanatorio me querían mucho y venían hacia mí como hacia una madrecita. Yo les leía las cartas que recibían y les ayudaba a escribir las suyas.

Regresé de la montaña curada físicamente pero más enferma de la psique: ahora tenía que contar con *el miedo* que me invadía bruscamente y me quitaba todo el goce de vivir. Me costó además mucho trabajo readaptarme a la vida de familia y a la escuela.

A pesar de mis dificultades llegué a ser una buena alumna. Pero el dibujo, la costura y el canto seguían siendo mis lados flacos. Ya no hacía siquiera el esfuerzo por comprender la perspectiva, el ritmo y el sentido de las piezas de la costura, puesto que veía que era en vano: había perdido completamente el sentido de la perspectiva.

Estos dos años que precedieron a mi psicoanálisis fueron dos años de lucha y de esfuerzos incesantes: bajo las apariencias de una muchacha responsable y trabajadora (una buena ama de casa al cuidado de seis personas que contaba con un presupuesto de miseria, encargada de mis hermanos y, además, una excelente alumna) me sentía, sin embargo, cada vez más desamparada. El miedo que antes era esporádico, ya no me dejaba: todos los días estaba segura de sentirlo.

Además, los estados de irrealidad aumentaban también: antes, cuando experimentaba la irrealidad, ésta no alcanzaba sino a los objetos, pero con la gente conocida conservaba el contacto; desde mi regreso de la montaña la irrealidad afectaba igualmente a las personas, a los amigos: ¡era verdaderamente atroz!

Tenía dos o tres amigas, diez años mayores que yo, a quienes veía semanalmente, pero se quejaban que yo era 'latosa', exigente, puesto que cuando salía de paseo con una de ellas por un rato, en el momento de la separación le suplicaba quedarse más tiempo conmigo, que me acompañara de regreso. Y cuando había accedido a mi deseo, no estaba aún satisfecha y le decía: 'Todavía, todavía, por favor quédese más.' Estas súplicas incesantes, que me hacían pasar por desagradable y exigente, provenían únicamente del estado de irrealidad en el que me encontraba. Durante toda la visita de mi amiga intentaba desesperadamente entrar en contacto con ella, sentir que estaba verdaderamente allí, que era una persona viva y sensible. Pero no era nada. Formaba parte de ese mundo irreal. Sin embargo, le reconocía, sabía su nombre y todo lo que le concernía, pero me parecía extraña, irreal, como una estatua; veía sus ojos, su nariz, su boca que hablaba, oía el sonido de su voz, comprendía perfectamente el sentido de sus palabras, y, sin embargo, me sentía frente a una extraña. Hacía esfuerzos desesperados por romper este muro invisible que nos separaba y por llegar a establecer un contacto entre nosotras; pero cuanto más me esforzaba, menos lo lograba y mi angustia aumentaba. Caminábamos por una vereda, platicando como lo hacen dos amigas; le contaba lo que sucedía en la escuela: mis éxitos, mis fracasos; le hablaba de mis hermanos y hermanas, a veces de mis problemas. Y bajo esta máscara de tranquilidad, de normalidad, vivía un verdadero drama. A nuestro alrededor se extendían los campos cortados por vallados o por bosquecillos; el camino blanco se prolongaba frente a nosotras y el sol en el cielo azul brillaba y calentaba nuestras espaldas. Y yo veía una llanura inmensa, sin límites, de infinito horizonte; los árboles y los vallados eran de cartón, puestos aquí y allá como accesorios de teatro, y el camino, ¡ah! el camino infinito, blanco, brillante bajo los rayos del sol, brillante como una aguja. Arriba, el implacable sol con sus rayos eléctricos que agobiaban a los árboles y a las casas. En esta inmensidad reinaba un silencio aterrador que los ruidos no rompían sino para hacerlo aún más silencioso, aún más aterrador. ¡Y yo, perdida en este espacio sin límites con mi amiga!

Pero ¿es ella? Una mujer que habla, que hace gestos. Percibo sus dientes blancos que brillan, miro sus ojos castaños que me miran y veo que tengo una estatua a mi lado, una maqueta que forma parte del decorado de cartón. ¡Ah! ¡Qué miedo, qué angustia! Entonces, comienzo: '¿Es usted, Juana?' '¿Pero quién quiere que sea?' '¿Usted sabe que soy yo, no es cierto?' —responde

ella, extrañada—. ‘Sí, sí, sé bien que es usted.’ Pero yo me digo: ‘Ella, sí, es ella, pero disfrazada.’ Y continuó: ‘Usted actúa como una autómata, ¿por qué?’ ‘¡Ah! A usted le parece que yo camino sin gracia; no es mi culpa’ —contestaba ella, ofendida. Mi amiga no comprende la pregunta. Me callo, más sola y aislada que nunca. Pero he aquí que llega el momento de separarse; entonces la angustia se exagera. A toda costa, por cualquier medio quiero vencer la irrealidad, quiero sentir un instante que tengo a alguien vivo frente a mí; quiero experimentar un segundo el contacto bienhechor que nos llena en un momento la soledad de una jornada; me aferro al brazo de mi amiga y le suplico que permanezca unos minutos más; si accede a mi ruego, hablo, pregunto, digo, con el único fin de romper el obstáculo que me separa de ella. Pero los minutos han pasado y yo estoy siempre en el mismo punto. Entonces la acompaño una parte del camino, esperando, esperando siempre el milagro que hará surgir lo real, la vida, la sensibilidad. La miro, la escudriño intentando percibir la vida dentro de ella, más allá de su envoltura irreal; pero me parece más estatua que nunca, es un maniquí movido por un mecanismo, que actúa y que habla como un autómata. Es espantoso, inhumano, grotesco. Vencida, me despidó con las palabras convencionales y me voy, deshecha de fatiga, triste a más no poder, y regreso a la casa con el corazón vacío, desesperadamente vacío. Allí, encuentro una casa de cartón, hermanos y hermanas robots, una luz eléctrica, y me hundo en la pesadilla de la aguja en el pajar. En ese estado me pongo a preparar la cena, explico las lecciones a mis hermanos menores y hago mis propias tareas.

A veces, gracias a los movimientos acostumbrados que realizaba al cocinar y gracias también al calor y al sabor de los alimentos, me reintegraba a la realidad; entonces no tenía deseo de acostarme, puesto que quería gozar de este bienestar inestimable que ahora no me era dado sino parsimoniosamente, con cuentagotas.”

3. RICHETTE

SEGÚN puede verse en la Parte primera de esta obra, Renée, que nunca hasta entonces había gustado de las muñecas, de pronto, a la edad de 17-18 años, empezó a jugar con ellas como una niña. Se puede interpretar esto como una regresión debida a la evolución de la enfermedad; pero desde el punto de vista subjetivo ¿qué representaba la muñeca para Renée? Veamos lo que ella dice:

“Estando en el sanatorio y con ocasión del Año Nuevo, recibí como regalo del Comité del Sanatorio una linda y grande muñeca; yo tenía quince años y medio y este obsequio impropio para mi edad, debido seguramente a un error, me decepcionó mucho y pensé enviarla a mis dos hermanitas, pero no encontré una caja lo suficientemente grande; entonces guardé la muñeca y la puse en el dormitorio de las niñas sobre un sofá que se encontraba bajo una gran ventana. A pesar de que no me interesaba esta muñeca, cada vez que abrían la ventana —era en pleno invierno— me sentía ligeramente angustiada y culpable por no taparla; me avergonzaba de este sentimiento, y para no sentirme forzada a cubrirla, tenía que separar mi vista de ella cada vez que entraba en el dormitorio.

Poco después de mi regreso de la montaña comencé a ocuparme de Richette. Pasaba por un periodo muy difícil, pues no lograba adaptarme a la vida de familia ni a las responsabilidades de la escuela, acostumbrada como estaba a la vida regular y automática del sanatorio, que no exigía la menor iniciativa. Un día, mientras arreglaba el dormitorio de mis hermanas, vi una pequeña muñeca de trapo entre un montón de ropa sucia. Tenía el rostro pintado, pero, descolorido y sucio, los cabellos de lana rojiza y el cuerpo grasiento de tanto haber sido arrastrada por el suelo. Movida por una fuerza inconsciente tomé la muñeca del montón de trapos y la acosté en un cochecito que ocupaba una muñeca de porcelana muy bella con relación a la otra y que se llamaba Lili. Cuando mi hermanita de ocho años se dio cuenta del cambio, me preguntó por la razón y le respondí que Richette tenía necesidad de un cochecito para sus curas de sol; ella, que había querido mucho a Richette antes de Lili, aceptó la explicación, y desde ese día el coche y Richette fueron míos.

Cada tarde, antes de ir a la escuela secundaria, tiraba del cochecito para dejarlo bajo la ventana abierta y calculaba detenidamente la mejor forma para que el sol no le diera a Richette en la cabeza durante mi ausencia. A las cuatro corría a casa sofocada y mi primer

acto era ponerle una pequeña manta a la muñeca sobre su traje de baño y acomodarla un poco. Por la tarde empleaba un tiempo muy largo en taparla, adornarla, etc. En invierno pasaba las horas buscando cómo hacer para que tuviera calor sin transpirar y para que pudiera aprovechar el aire frío sin enfermarse. Cosa curiosa, el problema de la alimentación no me preocupaba en lo más mínimo: únicamente me interesaba el bienestar físico, sensorial (posición, calor, frío, luminosidad, humedad); pero también, a veces, llevaba el cochecito a la cocina para que Riquette no se sintiera sola. En ocasiones, en momentos de lucidez, sobre todo cuando mis hermanos y hermanas se burlaban de mi solicitud por ella, me sorprendía la importancia que había tomado en mi vida; se admiraban de que, queriéndola aparentemente tanto, no le cortara ningún vestido, pero esto se debía a que yo amaba a Riquette en una forma unilateral, tan sólo con relación al calor y cualquier otra consideración, como la coquetería, la limpieza, la alimentación, me era indiferente. Esta muñeca existía "realmente" para mí, pero con una existencia afectiva solamente; cuando por ejemplo olvidaba cubrirla por la tarde, dejaba las diligencias que tuviera que hacer y me precipitaba hacia ella, la tocaba y la frotaba para darle calor. Mi hermanita me decía a veces: '¡Qué importa si olvidaste taparla! ¡Bien sabes que no está viva y que no siente nada!' Me quedaba estupefacta ante esta afirmación, pero sin que llegara a afectar la realidad de mi solicitud.

Debo decir que en ocasiones esta servidumbre me agobiaba. De-seaba que Riquette pasara a serme indiferente, para dejar de atenderla; sin embargo, yo no la creía realmente viva, puesto que nunca le daba de comer.

Representaba para mí el ideal de la felicidad del niño: estar siempre exactamente a la temperatura fisiológicamente más agradable y colocada en la posición más distendida, en la cual el cuerpo está mejor: hubiera querido ponerla en posición de 'gatillo', pero tenía las piernas rígidas y no era posible. Yo le manifestaba mi amor únicamente en el plano del bienestar fisiológico."

4. EMPRENDO UN PSICOANÁLISIS Y ENCUENTRO UNA MAMÁ

“Los dos primeros años de análisis fueron dedicados a luchar contra el miedo y la iluminación: ¡fue un combate titánico! Frente al ‘país de la Iluminación’, como lo he llamado, me sentía débil y desamparada.

Al principio, cuando apenas comenzaban el miedo y la agudización de los estados de irrealidad, pronuncié a veces estas inconscientes y aterradoras palabras: ‘Quisiera volverme loca, para no sentir este miedo.’ ¡No sabía lo que decía!

En mi ignorancia, creía que la locura era un estado de insensibilidad en el que ya no se goza ni se sufre y en el que se pierde toda responsabilidad. Nunca, jamás, así fuera por un solo instante, me hubiera imaginado lo que representaba ‘perder la razón’, pues precisamente yo luchaba con todas mis fuerzas para no rodar, para no dejarme sumergir por la ‘luz eléctrica’ y no fue sino al cabo del primer año de análisis cuando comprendí el peligro que me amenazaba. Sin embargo, la locura no representaba para mí un estado de enfermedad; yo no me creía enferma. Supuse que sería como un país, opuesto a la realidad, en el cual reinara una luz implacable, cegadora, que no dejara sitio para la sombra.

En esta región ilimitada, plana, fría como las estepas del Polo Norte, todo es inmutable, inmóvil, fijo, cristalizado: los objetos parecen maquetas de decoración y están puestos aquí y allá como cubos geométricos que han perdido todo significado; las personas, despojadas de toda naturalidad, con sus movimientos sin objeto y sus gestos extraños son como fantasmas que se mueven desorientados en la llanura infinita agotados por la luz despiadada de la electricidad; allí dentro, aislada, fría, desnuda bajo la luz y separada de todo y de todos por un muro de bronce, me sentía espantosamente sola, desamparada y abandonada: en la soledad absoluta.

Esto era la locura, la iluminación: era la percepción de la irrealidad; era estar en forma permanente en la irrealidad más completa.

Yo lo llamaba el ‘país de la Iluminación’ a causa de la luz relampagueante, deslumbrante y fría, astral, y del estado de tensión extrema en que se encontraban todas las cosas, inclusive yo misma: como si una corriente eléctrica de una potencia extraordinaria pasara sobre todo y lo pusiera en tensión, cada vez más, hasta el estallido de una explosión aterradora; por eso me quejaba con mi analista de

la 'paja' y no podía pintar al pequeño personaje¹⁰ sin ponerle su 'paja', es decir, un delgado hilo que pasaba a través de su cuerpo, o más bien de su alma, y que representaba la tensión de la irrealidad y, al mismo tiempo, la relacionaba con la pesadilla de la aguja en el pajar. Por esta razón lo llamé 'pajar', como recuerdo de esta pesadilla.

En medio de este silencio infinito y esta inmovilidad tirante, tenía la impresión de que algo espantoso iba a suceder y a romper el silencio, que algo estrujante y atroz iba a surgir. Esperaba, con el aliento retenido, en la angustia, sin que pasara nada. La inmovilidad se hacía aún más inmóvil y el silencio todavía más silencioso; los objetos y las personas con sus gestos y sus ruidos se volvían aún más artificiales, separados los unos de los otros, sin vida, irreales. Y mi miedo aumentaba hasta hacerse inaudito, indecible, atroz.

Con mi analista luchaba contra esta iluminación. Junto a ella, junto a mi 'mamá' —pues ella se convirtió en mi 'mamá'— me sentía segura, sobre todo desde que se sentó a mi lado sobre el sofá y me pasó su brazo sobre los hombros. ¡Ah! ¡Sentir la vida, el calor la realidad, qué felicidad, qué descanso! Cuando, terminada la hora, la dejaba, me ponía a contar las horas y los minutos: sólo veinticuatro horas; no más que veintitrés horas y media; tan sólo dieciocho horas, etc.

Desgraciadamente, esta felicidad, este islote de realidad, debía serme arrebatado muy pronto: pues el rostro de 'mamá' se enfriaba, como cortado en cartón, irreal. A pesar de mi desenfrenado deseo de 'sentirla', de tener contacto con ella —lo único que me quedaba—, poco a poco ella empezó a participar de la iluminación. Entonces le decía: "Te disfrazas para castigarme." A veces, gracias a sus negativas y gracias a su afecto —especialmente cuando me abrazaba con fuerza y me apretaba contra ella—, la reconocía, era de nuevo ella. Cuando me decía: '¡Pero si mamá es siempre la misma! ¡Es más fuerte que la iluminación! ¡Mira cómo puede abrazarte fuertemente!', la sentía de nuevo como era: como mi refugio, mi vida y por lo tanto la realidad; mi precioso islote de realidad en medio del mundo desértico de mi alma."

¹⁰ Representación simbólica de Renée. Ver Parte primera, p. 39.

5. ME SUMERJO EN EL SISTEMA

“Poco después del comienzo de mi análisis comprendí que mi miedo escondía una culpabilidad: sentía en mí una culpabilidad infinita, terrible.

Primero me sentí culpable por la masturbación y por la hostilidad que me inspiraba todo el mundo: odiaba a todas las personas sin saber por qué. A menudo soñaba e imaginaba que construía una máquina eléctrica que haría estallar la tierra; pero lo peor era que con mi máquina yo les quitaría el cerebro a todos los hombres para convertirlos en robots, para que no obedecieran sino a mi voluntad: era mi mayor venganza, la más terrible.

Más tarde ya no me sentí culpable de estas fantasías, pues las estimaba justas. Entonces mi culpabilidad ya no tenía una causa real: era demasiado grande, demasiado inmensa para descansar sobre alguna cosa precisa, y exigía un castigo.

El castigo era verdaderamente terrible, sádico: consistía justamente en ser culpable, puesto que sentirse culpable es lo peor que le puede suceder a alguien, es el peor de los castigos. En consecuencia, no podía ser perdonada como si hubiera sido verdaderamente castigada, sino que me sentía cada vez más culpable, inmensamente culpable. Me preguntaba constantemente quién me castigaba en tan terrible forma, quién me hacía sentir tan culpable.

Un día escribí una carta de súplica al desconocido autor de mis sufrimientos, al Perseguidor, para pedirle que me dijera qué crimen había yo cometido, para saberlo de una vez. Como no sabía a qué dirección enviar la carta, la destruí. Pero algún tiempo después descubrí que el Perseguidor era la Máquina eléctrica: es decir, era el Sistema el que me castigaba.

El Sistema era una vasta entidad mundial que englobaba a todos los hombres; en el vértice, estaban los dirigentes, que castigaban, es decir, que hacían sentirse culpables a los otros. Pero los mismos dirigentes eran culpables también porque cada hombre era responsable por todos, y cada uno de sus actos tenía repercusión sobre todos los demás seres. Una formidable interdependencia ligaba a todos los hombres bajo el sello de la culpabilidad: todo el mundo formaba parte del Sistema, pero solamente algunos eran conscientes de su participación y éstos eran los que habían sido ‘iluminados’. Era, a la vez, una desgracia y un honor estar enterado de esto, pues aquellos que no eran parte de él —aunque en realidad sí lo fueran— eran

los que seguían inconscientes del Sistema y consecuentemente no se sentían culpables. ¡Yo los envidiaba intensamente!

En este momento se había cerrado el círculo: el país de la Iluminación era la misma cosa que el Sistema y entrar en él era volverse insensible a todo, salvo a la culpabilidad, supremo castigo del Sistema que era completamente gratuito. Yo era culpable, abominablemente culpable, intolerablemente culpable, sin motivo y sin causa y podían caerme encima todos los castigos posibles y no llegarían jamás a librarme de la culpabilidad, puesto que, como ya lo he dicho, el castigo más terrible era justamente sentirme eterna y universalmente culpable.

Sólo cuando me encontraba cerca de 'mamá' (mi psicoanalista), me sentía un poco mejor, pero era necesario para esto que pasara casi toda la sesión, y no era sino hacia el final de ésta —y a veces tan sólo al cabo de una hora y veinte minutos— que yo sentía un contacto con 'mamá'.

Cuando llegaba era como si estuviera congelada: veía la habitación, los muebles, a 'mamá' misma, separados los unos de los otros, fríos, implacables, inhumanos y sin vida. Entonces comenzaba a contar lo que había sucedido desde la víspera, lo que sentía; pero el ruido de mi voz y el sentido de mis palabras me parecían extraños.

De tiempo en tiempo, irrumpían en mí unas risas sarcásticas interiores: '¡Ah! ¡Ah!' y frases que repetían burlonamente lo que relataba: estas frases interiores se parecían a la aguja en el pajar, pues eran tensas, absurdas; '¡Ah! ¡Ah!', entonces la patrona ha dicho, ha dicho', y la voz subrayaba amaneradamente 'ha dicho, ha dicho'. Yo intentaba rechazarlas no prestándoles atención. Pero no obedecían, antes bien, continuaban sus repeticiones burlonas.

A menudo se asociaban imágenes a las frases: por ejemplo, si quería contar que mi profesor de alemán había hecho una afirmación, o que mi hermana menor había armado escándalo para no ir a la escuela, veía al maestro de alemán gesticulando en su pupitre, como un muñeco, separado de todo, bajo una luz cegadora, moviéndose como un loco; y a mi hermanita la veía en la cocina revolcándose de ira, pero también movida por un mecanismo, sin ningún sentido. Estas personas, que en la realidad habían actuado de acuerdo con fines, con motivos precisos, ahora estaban como vacías, despojadas de su alma, y no les quedaba sino un cuerpo que se movía como un autómatas y sus movimientos carecían por completo de emoción y sentimientos. Esto era lo terrible. Para desembarazarme de estas visiones y de estas voces interiores miraba a 'mamá', pero sólo veía una estatua o una figura de hielo que me sonreía. Y esta sonrisa

que mostraba los dientes blancos me aterrorizaba porque percibía todas las partes de su rostro separadas unas de otras, independientes: los dientes, la nariz, las mejillas, un ojo, después el otro. Probablemente a causa de esta independencia de las partes sentía miedo y ya no la reconocía aun cuando al mismo tiempo la reconocía.

En el resto de la habitación, silenciosamente, todas las cosas estaban en su mismo sitio, pero puestas, congeladas, estúpidas.

Y el miedo, la loca angustia, crecía en mí. Me escondía bajo el hombro de 'mamá', protegida por su brazo, apretada contra ella, sintiendo su calor y el ligero perfume de sus vestidos; cerraba los ojos y le gritaba: '¡Tengo miedo, tengo miedo, la paja está allí y usted no existe! ¡Socorro! ¡El Sistema quiere agarrarme! ¡El agua sube; voy a ahogarme! ¡Tengo frío, estoy en el frío! ¡Ah! ¡Tengo miedo! ¡Por qué cambió usted? ¿Por qué se deja usted mandar por el Sistema y convertirse en una estatua? ¿Por qué?'

Me aferraba desesperadamente a ella, me pegaba a sus vestidos; deseaba refugiarme en ella, esconderme en su corazón para escapar de la espantosa angustia que me ahogaba.

Mientras tanto las risas sarcásticas y las frases amaneradas, que a veces no tenían relación con lo que acababa de decir o de pensar, se burlaban: 'Vamos a ver', 'batalla de Trafalgar', 'sí, señorita'.

Entonces la dulce voz de 'mamá' resonaba en medio de esta locura: 'Mi pequeña Renée, no hay qué temer cuando se tiene una mamá. Renée ya no está sola. Su mamá está aquí para protegerla. Mamá es más fuerte que todo; más fuerte que la iluminación: Mamá va a sacar a Renée del agua, y venceremos; ¡mira qué fuerte es mamá! ¡Cómo sabe proteger a Renée! ¡Renée no tiene nada que temer!' Y su mano suave me acariciaba el cabello y con dulzura me besaba la frente; su voz, su caricia y su protección comenzaban a lograr un encanto: poco a poco las frases y los sarcasmos desaparecían y al cerrar los ojos la percepción irreal de la habitación ya no me importaba.

Lo que más me aliviaba era que me hablara en tercera persona: 'mamá y Renée' y no 'usted y yo'. Cuando por casualidad empleaba la primera persona, inmediatamente dejaba de reconocerla y me enfurecía contra ella, porque por su causa se rompía nuestro contacto. Lo mismo si me decía: 'Verá *usted* cómo las dos lucharemos contra el Sistema.' 'Yo', 'usted', ¿qué eran? Para mí no representaban ninguna realidad. En cambio: 'mamá', 'Renée', o aun el 'pequeño personaje' contenían la realidad, la vida, la afectividad.

Pero todo esto no supe explicárselo a 'mamá'. Creía que ella debería comprender por sí misma; solía quejarme de estos terribles

estados con las palabras: 'Tengo miedo' o 'la paja tensa', 'todo se ha separado', 'usted se ha disfrazado de hielo', o 'hace frío'. Y, cosa maravillosa, 'mamá' adivinaba el horror de mi situación. A veces le decía: 'las frases me molestan, se burlan de mí'. Y 'mamá' las alejaba diciendo: 'Renée debe oír solamente la voz de mamá, porque la voz de mamá quiere a Renée.' Entonces oía yo esta maravillosa voz que, como un talismán, me concedía un momento de realidad, me devolvía el contacto con la vida: aliviada, pero agotada por la lucha y la angustia, me ponía a hablar un poco de aquello que me preocupaba o que me interesaba. Desgraciadamente, ya era hora de partir. Con nuevo calor y reanimada, me iba a casa repitiendo por lo bajo las palabras de 'mamá'. Pero, de pronto, en la calle, nuevamente veía el decorado de cartón: la irrealdad; sin embargo, ya no sufría como al comienzo de la sesión, porque todavía me quedaba un poco del 'calor de mamá' y sus palabras aún estaban en mi corazón, y sobre todo porque ya no luchaba por romper la irrealdad: sufría mi percepción sin intentar modificarla, pues no experimentaba ninguna necesidad imperiosa de entrar en contacto con las personas y los objetos de la calle como con 'mamá'.

Afortunadamente, al terminar el primer año de análisis 'mamá' cambió su manera de actuar: al comienzo, analizaba todo lo que yo decía (mi miedo, mi culpabilidad, etc.) y estas investigaciones me parecían como una acusación, pues era como si al buscar la causa de estos sentimientos se volvieran más pecaminosos y más reales. Si me decía, por ejemplo: 'Busque en qué casos se es culpable y por qué', etc., esto significaba para mí que la culpabilidad existía cabalmente y que el Sistema estaba presente, puesto que se podían buscar las razones de su actividad. De estas sesiones yo salía aún más culpable, más desgraciada, más aislada, sin ningún contacto, sola en mi irrealdad.

Desde que 'mamá' se puso de mi lado y empezó a hablarme en tercera persona y, sobre todo, cuando hacía afirmaciones sin intentar encontrar las causas, ¡cómo me sentía consolada! ¡Sólo ello lograba romper el muro de irrealdad que me rodeaba y ponerme un poco en contacto con la vida!"

6. EL SISTEMA ME DA ÓRDENES Y LAS COSAS ADQUIEREN VIDA

“LA IRREALIDAD aumentó a tal punto que ‘mamá’ misma ya no lograba crear un contacto entre nosotras. Desde un tiempo atrás sentía que las cosas ‘me molestaban’ y esto me hacía sufrir mucho; no quiero decir que me hacían algo en especial, no me atacaban directamente ni me hablaban: me molestaban por su presencia; veía los objetos tan recortados, tan separados los unos de los otros, tan pulidos (como minerales), tan iluminados que me daban un miedo intenso. Cuando miraba, por ejemplo, una silla o un jarro, ya no pensaba en su utilidad, en su función: para mí ya no era un jarro que servía para contener agua o leche, o una silla hecha para sentarse. ¡No! ¡Habían perdido su nombre, su función, su significado y se habían convertido en ‘cosas’!

Y estas ‘cosas’ se animaban. Dentro del decorado irreal, dentro del silencio opaco de mi percepción, de pronto surgía ‘la cosa’: este jarro de barro, decorado con flores azules, estaba allí, frente a mí, desafiándome con su presencia, con su existencia; entonces retiraba de él mi mirada para tener menos miedo, pero encontraba una silla, después una mesa, que también existían, manifestaban su presencia. Intentaba escaparme de su dominio pronunciado su nombre: ‘silla’, ‘jarro’, ‘mesa’ —‘es una silla’—, pero la palabra había sido como decantada, despojada de todo significado, había abandonado el objeto, se había separado de él, y de un lado estaba la ‘cosa viva, bur-lona’, y, por otro, su nombre, desprovisto de sentido, como un recipiente sin contenido. ¡Ya no lograba reunirlos!

Me quedaba allí, frente a las cosas, llena de miedo y de horror, y me quejaba diciendo: ‘las cosas me molestan. ¡Tengo miedo!’ Cuando me pedían detalles planteándome esta pregunta: ‘Este jarro, esta silla, ¿las ve usted vivas?’, respondía: ‘Sí, están vivas.’ Y la gente, incluso los médicos, creían que yo percibía los objetos como personas, que los oía hablar. No había tal: su vida era únicamente su presencia, su existencia; para huir de ellos me escondía, cubría mi cabeza con los brazos, o me metía en un rincón.

Viví entonces un periodo de intensa agitación. Todo se movía, existía, me molestaba; en la calle parecía que la gente estaba loca y circulaba sin motivo, que las personas se encontraban unas con otras y con las cosas, que se habían vuelto más reales que aquéllas; y al mismo tiempo recibía órdenes del Sistema. No oía las

órdenes como si fueran voces; sin embargo, eran tan imperiosas como si hablaran en voz alta; así, cierta vez en que escribía a máquina, súbitamente y en la forma más inesperada, una fuerza que no era una impulsión, pero que se parecía a una orden, me mandó quemarme la mano derecha o quemar la casa en la cual me encontraba. Me resistí a ello con todas mis fuerzas y ante mi impotencia le hablé por teléfono a 'mamá'; su voz me calmó diciéndome que era a ella a quien debía escuchar y no al Sistema, y que si su imperio se convertía en intolerable, debía correr a donde ella estuviera, con lo cual me tranquilizó considerablemente, pero por desgracia sólo por un momento.

Una angustia inexpresable me constreñía el corazón; una angustia que ninguna decisión lograba calmar. Si rehusaba obedecer, me sentía culpable y cobarde y la angustia se exacerbaba. Entonces la orden se hacía más imperiosa. Si me aproximaba al fuego y tendía mi mano para cumplir las órdenes, me invadía un sentimiento de intensa culpabilidad, como si lo que hacía fuera algo malo, y la angustia se exacerbaba igualmente.

Pero debo decir que era en esta última alternativa cuando la angustia era más fuerte, pues comprendía que al obedecer la orden realizaba un acto irremediable y disgregador de mi personalidad. Además, en los dos casos, el de obediencia y el de desobediencia a la orden, tenía la impresión de artificialidad, de comedia. Sin embargo, estaba sola, nadie conocía mi lucha fuera de 'mamá'.

Por lo demás, ese sentimiento de falsedad se extendía a todo mi comportamiento, cuando en la realidad no era así. Yo era profundamente sincera, pero si desobedecía al Sistema para salvar la integridad de mi personalidad, me sentía hipócrita porque actuaba como si no tuviera en cuenta su mandato; si lo obedecía me juzgaba igualmente cobarde por no estar conforme con quemarme. Sufría increíblemente con estas órdenes y con este sentimiento de falsedad tan contrario a mi personalidad.

Mientras luchaba con todas mis fuerzas para no dejarme sumergir en la iluminación, veía los objetos que me irradiaban desde su rincón, burlándose de mí con un aire amenazante. Y en mi cabeza se multiplicaban frases estúpidas, aprisionándome en su red. Cerraba los ojos para escapar a toda esta situación que me rodeaba y de la cual yo era el centro, pero no encontraba ningún reposo: horribles imágenes me asaltaban, tan vivas, que experimentaba sensaciones reales en mi cuerpo. No las veía realmente, pues no eran representaciones; más bien las sentía. Así, me parecía que tenía la boca llena de pájaros que masticaba, ahogándome con sus plumas, con sus

huesos rotos y su sangre; veía personas que yo misma encerraba en tarros de leche y que se pudrían, y devoraba estos cadáveres podridos. Era horrible. O hasta devoraba la cabeza de un gato, el cual, a su vez, me devoraba desde mi interior.

A pesar de todos estos horrores y espasmos, lograba cumplir con mi trabajo de secretaria. ¡Pero con cuánto esfuerzo!

Pronto se agregaron gritos a todo esto, gritos estridentes que atravesaban mi cabeza y cuya repentina aparición me producía sobresaltos; no los oía como si fueran verdaderos gritos lanzados por personas reales, pero eran gritos que me hacían taparme las orejas. Los localizaba a mi derecha, pero los diferenciaba muy bien de los gritos reales: los escuchaba sin oírlos; los percibía desde adentro y sufría terriblemente en este estado.

Sentía que me dejaría agarrar cada vez más por el Sistema y que inevitablemente me hundiría en el país de la Iluminación, o país de las Órdenes, como también lo llamaba.

Mis únicos momentos de paz eran las sesiones de análisis, particularmente hacia el final de la hora, cuando llegaba a sentir algún contacto con 'mamá'. Le suplicaba que me defendiera, que me salvara del dominio de la iluminación y de la existencia de las cosas, pero a pesar de toda su voluntad, en ese momento ella era impotente contra el Sistema. Ya era una gran victoria el que se hubiese sabido oponer a él y que yo pudiese recurrir a ella cuando estaba en peligro.

Finalmente, sucedió la desgracia.¹¹ Las órdenes fueron cada vez más imperiosas, más exigentes: debía quemarme la mano derecha por ser la de las órdenes.

En el Sistema existía una interdependencia formidable: yo había ordenado —sin saberlo— castigar a personas y a mi vez debía ser castigada. Estas personas que habían recibido castigos míos, tenían el derecho de castigarme, pero a cada castigo que me aplicaban ellas recibían otro.

Desde que comprendí el mecanismo del Sistema del Castigo en el cual estaba encerrada luché cada vez menos contra las órdenes. Un día, temblando, puse mi mano derecha sobre brasas incandescentes y la mantuve ahí el tiempo que pude. Para soportar el dolor me animaba pensando que hacía lo que debía con relación al Sistema, y que dejaría entonces de dictarme órdenes. Pero justamente en ese momento entró el jefe de la oficina. Retiré inmediatamente mi

¹¹ La analista estaba en estrecho contacto con el psiquiatra que veía de tiempo en tiempo a Renée. No podía hacer internar a la paciente mientras no se produjera un accidente, dada la oposición de la madre de Renée a que se la internara en una clínica.

mano y me alivió observar que él no había notado nada. Me equivocaba: él había comprendido, probablemente, puesto que llamó al médico del Consejo de Vigilancia de Alienados, quien por coincidencia era mi médico de cabecera; al comprender que pensaban internarme, durante el examen que me hicieron hablé de la existencia de objetos que me molestaban y del Sistema que me había encerrado hasta el punto de que ya las cosas constituían una unidad conmigo misma, en tanto que mantuve silencio sobre la quemadura y las órdenes que recibía, pensando que no había estado nunca de acuerdo con ellas. Esto bastó para obligarme a entrar en una clínica si quería yo evitar que me internaran legalmente.”

7. ME INTERNAN, PERO EL SISTEMA SE FORTALECE Y ESTOY A PUNTO DE PERDER A “MAMA”

“EL INGRESO en una clínica para enfermos nerviosos o simplemente en una clínica, me provocaba una terrible angustia. Pero, por lo menos, debía agradecer que no me habían internado por la fuerza, como estuvo a punto de suceder.

A este respecto, me aconteció algo extraordinario, único en mi vida. Desde que recibía órdenes del Sistema, temía constantemente mi entrada definitiva en el País de la Iluminación. En teoría, esto significaba permanecer para siempre en la realidad, sin ningún contacto posible con ‘mamá’; prácticamente significaba: ser internada en un hospital para enfermos mentales. Había establecido perfectamente el lazo entre el país de la Iluminación y el estado de locura: los enfermos mentales eran ‘iluminados’ y entrar en una clínica psiquiátrica era ser definitivamente iluminada.

Varias veces le dije a ‘mamá’: ‘Tengo miedo de que vengan a buscarme para llevarme donde están los iluminados’. En efecto, diez días después de la visita del médico del Consejo de Vigilancia, vinieron a buscarme a mi casa para internarme legalmente; iban un enfermero, una asistente social o una asistente de policía, ya no lo recuerdo. Afortunadamente, yo estaba fuera y mi familia ignoraba dónde me hallaba. Fue un sábado hacia las seis de la tarde. Este día, después de mi sesión, acompañé a ‘mamá’ a una conferencia y estando en ella me sorprendió una terrible angustia en medio de la cual le dije a ‘mamá’: ‘El guardián de Bel Air (así se llamaba el asilo del cantón) viene a buscarme, está aquí. ¡Tengo miedo, tengo miedo! ¡Protéjame, se lo suplico!’ Repetí estas mismas palabras varias veces, pero aunque no veía ningún guardián, tenía el sentimiento de que amenazaba un peligro inminente. En realidad, ignoraba todo lo que se tramaba a mis espaldas y no sospechaba siquiera que se me quería internar ese mismo día.

‘Mamá’ me tranquilizó y me separé de ella sin temor. Empecé a pie el camino a mi domicilio, que se encontraba a una media hora del lugar de la conferencia y del domicilio de ‘mamá’. Iba a buen paso, puesto que aún tenía que hacer las compras del sábado. Súbitamente, me detuve. Y sin angustia, sin ninguna idea representativa, movida por una fuerza invisible di la vuelta y regresé a casa de ‘mamá’. Cuando abrió la puerta se asombró mucho de verme allí, pues era la primera vez que esto me sucedía: nunca

antes había regresado después de separarme de ella. Le conté el temor que me había acongojado a mitad del camino y agregué estas palabras: 'Vengo para que me proteja del guardián. Quiere aprehenderme.' Me apenaba un poco molestar a 'mamá' sin un motivo real muy urgente, tanto más cuanto que la angustia que sentí en la conferencia había ya desaparecido. 'Mamá', naturalmente, me recibió muy bien y me retuvo con ella alrededor de una hora y cuarto. Después me fui y cuando llegué a la casa, me sorprendió una atmósfera extremadamente tensa. Pregunté de qué se trataba y ante mi insistencia mis hermanos me contaron lo sucedido: un enfermero (el guardián) y una asistente social vinieron para buscarme en la ambulancia del asilo para internarme según las órdenes del Consejo de Vigilancia. La hora de su llegada coincidió con el final de la conferencia, o sea exactamente con el momento en que tuve el agudo sentimiento de que un guardián del país de la Iluminación había venido a buscarme y que se lo dije a 'mamá'. Parece que me esperaron una hora y media. Si no hubiera tenido esa maravillosa intuición a la mitad del camino de regreso, habría llegado a la casa demasiado pronto y me habrían llevado por la fuerza. Gracias a esa intuición, escapé a un *shock* del cual me hubiera sido muy difícil reponerme. Fatigados de esperarme y sin saber a qué hora regresaría, se fueron.

'Mamá' tuvo tiempo de arreglar el asunto con el Director del Consejo de Vigilancia y pude ingresar en una clínica privada.

Allí experimenté primero un alivio al sentirme abrigada, protegida contra las órdenes del Sistema, pues como me estaba prohibido ir a la cocina y a todo sitio en el cual pudiera encontrar fuego o cerillos, me sentía segura.

Sin embargo, recibía órdenes cada vez más frecuentes y muy pronto me sentí obligada a hacer todo lo que estaba a mi alcance para ejecutarlas. Intenté, pues, penetrar en la cocina y apoderarme de los cerillos así como acercarme al fuego del horno. El gas no me atraía, puesto que, según el Sistema, su llama era impura, fabricada artificialmente por los hombres. Pero una enfermera me seguía siempre que salía del salón o de mi recámara y me impedía penetrar en la cocina. ¡Qué alivio sentí cuando me di cuenta de que me era absolutamente imposible cumplir las órdenes! En efecto, todavía era lo suficientemente normal para sentir (no para comprender) que la obediencia a las órdenes del Sistema acarrearía un grave perjuicio a la integridad de mi persona. Y cuando la enfermera obstaculizaba su realización ya no tenía yo que luchar contra ellas. Me había dado cuenta de que si accedía a las órdenes del Sistema,

éste, en lugar de dejarme tranquila, se volvería más exigente; sucedía lo mismo si me dejaban acercarme a la cocina: el impulso se fortalecía considerablemente.

Sentía como si en mí coexistieran dos personas: una, con mi inteligencia que se había adherido al sistema y creía en forma absoluta en su realidad y en su poder y, por consiguiente, estaba a sus órdenes; y otra, que tenía un sentimiento oscuro, inexpresable, como el instinto de conservación, que se rebelaba cada vez que debía realizar la orden de quemarme y que se oponía a este acto. El mismo dilema se encontraba en mi conciencia: por una parte me sentía culpable de luchar contra las órdenes del Sistema; y, por otra, me sentía culpable de obedecer.

Por esto, sólo una imposibilidad material de obrar me salvaba. Cuando me sentía empujada a quemarme, bajaba de mi habitación y me lanzaba hacia la cocina. Si la encontraba cerrada con llave, permanecía un momento detrás de la puerta y, después, sintiéndome totalmente impotente regresaba a mi habitación. Pero casi siempre me sentía clavada detrás de la puerta de la cocina, y no lograba irme a pesar de la fatiga de permanecer de pie: entonces me sentía feliz cuando la enfermera venía a tomarme por los brazos y me llevaba a mi habitación o al salón.

Desgraciadamente para mí, la directora de la clínica se interesaba mucho en las anomalías psicológicas, como pude saberlo una vez curada, y, cuando me veía dirigirme hacia la cocina, en lugar de impedírmelo, disimuladamente me mandaba seguir, vigilándome y observándome a distancia y no intervenía sino en el último momento, en el instante preciso en que extendía la mano hacia la llama o hacia la caja de cerillos. A veces la sentía detrás de mí y la odiaba por dejarme luchar sola contra mis impulsos, lucha en la que yo sucumbía siempre.

Estas luchas me fatigaban infinitamente por la angustia que suscitaban y por el estado de irrealidad en que me encontraba; además, tenían el inconveniente de aumentar el rigor de las órdenes. Por el contrario, cada vez que un obstáculo exterior me impedía hacer lo que yo misma quería, las órdenes se debilitaban. La actitud de esta directora me perjudicó mucho.

Las órdenes se intensificaban de día en día y el médico no quiso retenerme en su clínica, por tratarse de una clínica externa, y ordenó mi traslado a otro sanatorio.

La idea de entrar a una 'Casa de iluminados' me angustió mucho. Fue como si se hubiera sellado mi definitiva entrada en el país de la Iluminación. Supliqué que se me retuviera en la clínica,

lloré y prometí no obedecer más al Sistema, pero nada valió: debía ser trasladada. Mis promesas, por lo demás, no eran válidas, puesto que era incapaz de sostenerlas. Sin embargo, yo sabía que si no requería una vigilancia permanente, me retendrían en la clínica. A pesar de esta certidumbre y a pesar, sobre todo, de mi intenso deseo de permanecer cerca de Ginebra, en un lugar en el que 'mamá' pudiese verme todos los días, y de mi terrible miedo de sentirme encerrada en la 'Casa de iluminados', no logré desobedecer a los impulsos del Sistema: por el contrario, éstos parecían aumentar bajo la influencia de mi deseo de verlos disminuir.

Y llegó el terrible día: vinieron a buscarme en un automóvil y mi enfermera me acompañó. Según se había resuelto, debía entrar a la clínica privada dependiente de un asilo de un cantón alejado de Ginebra; desgraciadamente hubo un error y no fui llevada a esta clínica, sino al asilo, a un pabellón para mujeres agitadas. Cuando me metieron a la sala de observación y pude ver esos enormes barrotes en las ventanas, esas mujeres que aullaban vociferando injurias y en las más extrañas posturas, creí que iba a morirme de angustia. Mi enfermera desapareció sin despedirse de mí. Enloquecida de terror permanecí sola en medio de este decorado alucinante, sumida en la desesperación. Una enfermera me condujo al baño, me ayudó a desvestirme, me puso una enorme camisa de tela burda y me bañó con agua casi helada. Temblaba de frío, de fatiga y de miedo. Me sentía como un pájaro caído del nido y rodeado de peligros mortales. Pero en el fondo de mi ser se organizaba ya un sistema de defensa contra lo que me sucedía: no lloraba como hubiera querido; tampoco callaba. La primera palabra que pronuncié fue para rogarle muy razonablemente a la enfermera que agregara al baño un poco de agua caliente, y como rehusara, le dije que había estado enferma de los pulmones y que había quedado delicada, que arriesgaba resfriarme con este baño, sobre todo por la ventana abierta que estaba arriba de mí. Pero lo sorprendente era que yo no acostumbra quejarme y menos de frío: fui la primera en admirarme de mi temor de pescar un resfrío.

Después de una hora y media, me permitieron salir del baño y fui a acostarme en mi cama en la sala de observación, la cual estaba situada entre las de dos muchachas y frente a tres ocupadas por mujeres adultas. Las compañeras de al lado eran muchachas de la clientela privada, pero demasiado enfermas para estar en la clínica privada que era semiabierta. Mientras que las de enfrente eran enfermas pobres internadas en el asilo por su cantón.

Me mantuve acostada boca arriba, rígida, en una actitud de de-

fensa. Miraba a mi alrededor intentando fijar mis ojos y mi espíritu en todo lo que pasaba en la sala. En el fondo de mi ser reinaba el horror, la locura, la angustia y una desesperación inconmensurable. Una voz quejumbrosa repetía sin cesar dentro de mí: '¡Mira, Renée, lo que te ha hecho el Sistema! ¿Ves cómo te ha encerrado en el país de la Iluminación? ¡Estás sola en el castigo! Yo, estoy sola. ¡Tengo miedo, yo! ¡Teme, Renée!' Con todas mis fuerzas intenté ahogar esta vocecita, que era como una voz infantil y que hablaba un lenguaje de niño, en tercera persona. Era necesario que se callara, a toda costa; que no la oyera, puesto que si continuaba quejándose así, con todas las frasecitas que se repetían continuamente, sentía que la costra de defensa se rompería y entonces aullaría de angustia y de tristeza. Miraba, miraba a mi alrededor, y, sintiendo que iba a ser vencida, tomaba un tejido que había llevado y febrilmente me ponía a tejer unos calzones de niño fijando toda mi atención en ello.

Pero la vocecita volvía a decir: '¡Teme, Renée! ¡Mamá, el Sistema ha castigado a Renée. Ten miedo, yo!'

Afortunadamente una enferma se aproximó a mi lecho y pronunció un discurso en que el tema de la sexualidad ocupaba el lugar principal. Después la doctora me visitó. Me planteó numerosas preguntas, e instintivamente no hablé del Sistema ni de sus órdenes: por el contrario, hablé de muchas cosas sin importancia; le dije que se asemejaba a una de mis amigas y que me parecía muy bonita; le pregunté cuándo podría salir y le dije que quería una habitación para mí sola, cualquier habitación, aun en el sótano o una celda. Me respondió que no había ninguna habitación disponible en ese pabellón y que se me trasladaría a la clínica privada cuando ya no sintiera las órdenes. Yo, que de costumbre era muy silenciosa, súbitamente fui presa de una verdadera explosión de palabras: hablé, hablé, interpele a las enfermeras y tejí. Toda esta actividad no era suficiente para acallar la vocecita. Por el esfuerzo que hacía para dominar mi angustia y por el intenso miedo transpiraba abundantemente, a pesar del frío invernal.

Además, temía de tal modo a las enfermas, que la primera noche no cerré los ojos y las siguientes me despertaba a cada instante. Por lo demás, era muy difícil dormir con los gritos de las dos enfermas que ocupaban las celdas que daban a la sala.

La enfermera de guardia vino a tranquilizarme diciéndome que no tenía nada que temer de las enfermas; pero cuando se ausentó un momento, la mujer que ocupaba la cama de enfrente se levantó bruscamente y se precipitó hacia mí y me robó las frutas —peras y

manzanas— que tenía sobre mi mesa de noche y se llevó el botín para comérselo apresuradamente dentro de su cama.

La conducta de esta enferma me dio mucho miedo y cuando la enfermera volvió le conté lo que había pasado, pero me miró severamente y me dijo: 'Señorita, no hay que comenzar con mentiras, eso no se hace aquí. Lo que usted me cuenta es imposible. La mujer de enfrente hace tres años que rechaza el alimento y hay que nutrirla artificialmente.' Ni ante mi sincera insistencia cambió su actitud: 'Vamos, vamos, déjese de mentiras; se lo diré al médico', y salió de la habitación.

Aterrada, me preguntaba si había soñado esta historia del robo de las frutas, pues era la primera vez en mi vida que me acusaban de mentirosa; pero, por la tarde, al atender a la mujer, la enfermera descubrió los restos de las peras y una manzana apenas mordida. Como si nada hubiera pasado y riéndose, se volvió hacia mí y sin una palabra de excusa, exclamó: '¡Era cierto!'

Cuando la asistente vino a visitarme y supo lo que había pasado, se rió y dijo: "¡Qué buena idea para hacer comer a la señora X! En adelante pondremos sus alimentos sobre la mesa de noche de la señorita Renée y la señora X vendrá a buscarlos." Y mi miedo, naturalmente, se hizo mucho más vivo.

Por la mañana una mujer que salía de su celda se dirigió sonriente a mí y gritó excitada: '¡Qué niña tan simpática!', en tanto que me dio una violenta bofetada que me dejó marcadas las huellas de los dedos.

Cuando la enfermera vio mi mejilla enrojecida comprendió inmediatamente lo que había pasado y me dijo: 'No es nada, la señorita Z tiene la costumbre de abofetear a todas las recién llegadas, pero no es mala.' A pesar de estas palabras, cada vez que yo veía a esta enferma, temblaba de miedo.

Pero lo que más me atemorizó fue lo que aconteció unos días más tarde: una mujer que acababa de ser internada por haber matado a otra de un tiro se me acercó gritando: '¡Qué niña tan bonita!', e intentó hacerme cosquillas, levantarme el camión y besarme, hasta que finalmente la enfermera vino a librarme de ella y la reprendió por sus malsanas intenciones. Un miedo indecible me paralizaba a pesar de que estaba enfurecida por el atrevimiento de esta mujer horrible.

Estas aventuras aumentaron aún más mi terror, y me mantenía constantemente en guardia en una actitud de defensa desesperada.

Defensa contra el exterior, defensa contra el interior, todo mi ser era ya sólo defensa de los peligros que me amenazaban.

Continué hablando muchísimo y distribuía todos los paquetes que

recibía. Escribía mucho a todas las personas que conocía. Tanto la correspondencia como el tejido formaban parte de mi sistema de protección: le hubiera escrito a cualquiera, le hubiera hablado de cualquier cosa, con tal de no oír la queja interior de la vocecita y de no preocuparme por el Sistema; entonces tal vez los doctores me dejarían salir de este infierno.

Creo que mi actitud extravertida hizo que los médicos me juzgaran erróneamente: por una parte, todos creían que ya no pensaba en el Sistema, puesto que ya no hablaba de él, y, por la otra, por mis cartas se imaginaban que intentaba obtener regalos de mis amigos. ¡Qué mal me conocían! Yo, que era tan orgullosa y que por nada del mundo le hubiera pedido nada a nadie, me sentía incapaz de solicitar el menor objeto aun a los amigos. Pero las apariencias obraban en mi contra: sin causa aparente, todos mis amigos me enviaban algo (bombones, chocolates, frutas, etc.), tal vez por ser la época de fiestas; en todo caso, recibía paquetes como jamás había recibido en mi vida. Además le escribía a todo el mundo: 'Aquí hace un frío terrible; no logro calentarme; ¡sin duda algo me falta, pues siento frío!' Pero yo me refería al frío interior, a mi desolación y soledad. Nunca, jamás pensé en el frío físico.

Mis amigos interpretaban mis expresiones en el sentido material, y varias amigas íntimas me enviaron ropa interior, con gran sorpresa mía; no llegaba a comprender por qué me mandaban estas prendas que, por lo demás, yo no usaba nunca, puesto que tenía horror a la lana y no me la ponía ni en los inviernos más rigurosos. Como era pobre, los médicos estaban persuadidos de que quería explotar a mis conocidos, ¡pero yo escribía únicamente para estar ocupada, lo hacía todo para no oír la vocecilla!

Pensando que engañaba a 'mamá' porque le escribía cartas completamente diferentes a las que escribía a los otros, como era natural, y porque no le hablaba ni de los amigos con quienes me carteaba, ni de las cartas y los paquetes que recibía, ya que todo esto no tenía para mí el menor interés, los médicos resolvieron tenderme una celada. En mi desolación y angustia, ¡qué me importaban las gentes, las cartas y los paquetes que, por lo demás, repartía inmediatamente que los recibía! A 'mamá' tenía muchas cosas que decirle; no le escribía para defenderme contra la voz, sino porque quería contarle todos mis problemas. Pero los médicos pensaban que quería ocultar a 'mamá' los regalos que recibía. Y un día, uno de ellos me propuso enviar todas mis cartas a 'mamá' para que ella las pusiera al correo, a lo cual me negué vivamente, pues me pareció que era un abuso obligarla a franquear mi correspondencia.

Por mi negativa, los médicos concluyeron que era una hipócrita y una explotadora. Si el doctor me hubiera dicho simplemente: 'Queremos que muestre sus cartas a la señora Sechehaye', no habría vacilado siquiera, pues no tenía nada que esconderle a 'mamá'; esto hubiera sido un contrasentido, pero al tenderme la celada con los timbres, se convencieron de que yo era una mentirosa, y, ¡la desgracia llegó! Cuando 'mamá' vino a visitarme, el médico le contó mi supuesta engañifa y mi 'doble juego', como él decía, con la comida. Por cierto que para entonces había sido trasladada a la clínica y ocupaba una linda pieza; fuera de la prohibición de salir era absolutamente libre. Comía muy poco, puesto que el Sistema me ordenaba no comer, pero como recibía numerosos paquetes —que repartía inmediatamente entre las enfermas del asilo—, el médico creía que me atracaba de chocolate y que por esta razón dejaba de comer en la mesa. La realidad era que, fuera de un higo que alguna vez intenté comer burlando al Sistema, no aproveché nada de lo contenido en aquellos paquetes. Además, no podía decir que no tenía hambre, puesto que no era cierto: padecía un hambre terrible, pero el Sistema me impedía satisfacerla. Y si hubiera hablado, habría sido enviada otra vez al pabellón, lo cual por nada del mundo hubiera deseado.

El médico le contó todas estas pretendidas tretas mías a 'mamá' durante una visita de ésta. Desgraciadamente ella le creyó, pues todas las apariencias me condenaban y no se imaginó que él pudiera equivocarse tan torpemente. El día que lo vio, al salir de su despacho, vino a visitarme; yo sentí que algo en su rostro había cambiado; sin embargo, como no sabía de qué se trataba ni estaba enterada de las ideas que el médico se había formado sobre mí, no entendí su frialdad. Una terrible angustia me invadió cuando me di cuenta de que me abandonaba mi único sostén, mi único islote de realidad. Y comprendí que toda la culpa la tenía el Sistema: fue él quien había disfrazado a 'mamá', quien la había transformado en contra mía para castigarme. Esta era la señal de que el Sistema deseaba mi muerte, puesto que sin 'mamá' me era imposible vivir. Si antes había dudado a veces de la autenticidad del Sistema, el repentino cambio en la actitud de 'mamá' me convenció cabalmente de su existencia. Era algo tan terrible lo que me estaba sucediendo, que solamente podía explicarlo la existencia del Sistema.

A consecuencia de este suceso caí en una irrealidad glacial e infinita; 'mamá' se retiró con la misma frialdad, dejándome con un sentimiento doloroso de perplejidad y de profundo abandono. Le escribí inmediatamente, suplicándole me dijera qué había hecho yo

mal, o más bien, qué cosa mala me había forzado a hacer el Sistema para que ella ya no me amara. Su respuesta impersonal y mesurada no hizo sino aumentar mi angustia. Todo el sistema de defensa que se había formado desde mi llegada a la clínica psiquiátrica se hundió y lloré toda la noche por haber perdido mi único refugio, mi único consuelo. ¡Tanto que quería a 'mamá', tanto que la amaba para que el Sistema me privase en un instante de su amor y de su estimación! Tramaba la forma de quitarme la vida para así escapar del Sistema y de la desdicha.

Me preguntaba sin cesar cuál sería la terrible acción que había realizado instigada por el Sistema, tan terrible que me había hecho perder el amor de 'mamá'. ¡Y decir que yo ignoraba mi pecado! Pero esta ignorancia no impedía que me sintiera yo profundamente culpable, puesto que 'mamá' parecía estar enfadada conmigo. No se me ocurrió pensar que todo esto se debía a una falsa apreciación de los médicos. Por ejemplo, uno de ellos me había preguntado cómo me parecía la tapicería de mi recámara. 'Horrible' —le respondí—; pero al expresar este pensamiento yo no quería ser descortés con él; en la concepción del mundo que tenía entonces no creía en la existencia simple de las cosas, sino que para mí cada cual creaba su mundo personal. Así, me parecía lo más natural que para el médico la tapicería fuera 'bonita', para la enfermera 'agradable' y para mí 'horrible'. El problema de las relaciones sociales no afloraba en lo más mínimo a mi espíritu y no me imaginaba que hubiera podido herir los sentimientos del Director de la clínica, quien me juzgaba mal educada y exigente. Para mí la estética de la tapicería era un problema completamente abstracto e indiferente. Pero todos estos hechos me dieron mala reputación.

Al cabo de tres días, 'mamá' descubrió el error del médico y me escribió nuevamente como antes. Es prácticamente imposible expresar cuál fue mi alivio al recibir su carta. Volví a nacer.

Pero, no obstante mi alegría, el peso de la fatalidad o más bien del Sistema no se me quitó de encima; a partir de ese día, el sentimiento de que el Sistema era increíblemente poderoso subsistió como consecuencia de que había podido engañar a 'mamá' con respecto a mí; ¡engañarla a ella, que me conocía tan íntimamente y a quien había abierto las puertas más secretas de mi corazón y de mi espíritu!

Así, a pesar del peligro de tener que regresar al Pabellón de Excitados, ya no logré disimular el Sistema y a pesar mío hablé de él al médico; éste se sorprendió mucho, pues pensaba que hacía tiempo que yo lo había abandonado; pero no hubo consecuencias desagradables, pues muy pronto salí de esta casa."

8. ME HUNDO EN LA IRREALIDAD

“Como ‘mamá’ me hospedó durante tres semanas en su casa, la clínica privada de Ginebra se animó a aceptarme de nuevo; después de una temporada que pasé allí, regresé a mi casa; pero caí en un estado de indiferencia.

Ya no recibía órdenes del Sistema y la angustia y el miedo eran mucho menos fuertes; pero, a pesar de mi agudo sentido de la responsabilidad, no hice nada por encontrar trabajo ni por ayudar a mi familia. Permanecía la mayor parte del día sentada en un sillón, mirando fijamente hacia delante y sin que por horas enteras experimentara el menor deseo de retirar la vista del mundo microscópico constituido por una mancha del tamaño de un grano de pimienta. Sólo una fuerza superior conseguía sacarme de allí: después de mucho esfuerzo lograba desprenderme de esta inmovilidad y alistarme para ir a ver a ‘mamá’, ¡pero quedaba tan fatigada! Los menores movimientos significaban un extraordinario esfuerzo de voluntad; una vez que había comenzado a hacer algo, era más fácil, pero entonces ya no podía detenerme. Así, lograba dedicarme un poco a los quehaceres de la casa y preparar la comida, pero la mayor parte del tiempo la pasaba sin comodidad alguna en el sillón, con la mirada fija en una gota de café que había caído sobre la mesa. Si el fuego se había apagado, tenía frío; oía la campana del reloj que tocaba las diez, las once, las once y media, y soñaba que era hora de preparar la comida. Con gran esfuerzo separaba la mirada de la gota de café para mirar la estufa negra; pero la gota, como un amante, halaba lenta y obstinadamente mis ojos hacia ella; obedecía, y con un profundo alivio me hundía en el mundo sin límites de la gota de café. A veces algunas frases pasaban a través de mi alelado espíritu: ‘Vamos a ver’ o ‘Perfectamente’, o palabras sin significado: ¡Ichtiú, gao, gao!

Al fin, forzando mi voluntad, me levantaba bruscamente y comenzaba a trabajar. ¡Pero qué lucha la que tenía que librar contra mis ojos que tendían a fijar la mirada en cualquier mancha o rayo de luz! Si esto sucedía, el mundo microscópico me subyugaba, me absorbía por entero. Entonces, para tratar de salir de allí, me ponía a golpear la pared o la mesa con los puños; desgraciadamente, esta actividad se convertía también en una estereotipia y en lugar de salvarme de la mancha, me absorbía en su automatismo. Si una de mis hermanas, atraída por el ruido, me sujetaba para impedirme

continuar con 'este estúpido juego', como lo llamaba, su intervención me ayudaba mucho y me permitía proseguir mi trabajo.

Solamente a medida que se acercaba la hora de la sesión —las dos de la tarde— sentía crecer en mí un poco de vida y merced a ello mis movimientos eran más ágiles y rápidos.

En las sesiones me quejaba de que el agua 'subía, subía e iba a invadirme'. Esta agua era el alelamiento que cada vez me era más difícil vencer. El contacto con 'mamá' me reanimaba y al regresar a la casa me sentía mucho menos entumecida que por la mañana, menos automatizada. A veces sentía un impulso que me empujaba a cantar, a gritar desaforadamente o a elaborar planes: por ejemplo, planeaba la construcción de un cochecito para niño, que fuese muy cómodo, en el cual el bebé podría viajar sin ninguna molestia; o elaboraba la idea de que todo el mundo, menos yo, pereciera, y que yo sería la única habitante del planeta con todo a mi disposición.

Padecía menos con la irrealdad, pues ya no luchaba contra ella; vivía en una atmósfera de vacío, de indiferencia, de artificialidad. Un muro infranqueable me separaba de las personas y de las cosas; veía a muy poca gente y no me sentía contenta sino sola, y para esto me refugiaba en el sótano; allí, sentada sobre una pila de carbón, permanecía tranquila, inmóvil, con la mirada fija en una mancha o un rayo de luz.

Pero, a veces, de este muro de indiferencia surgía de pronto la angustia de la irrealdad; era como si mi percepción del mundo me hiciese sentir agudamente el absurdo de las cosas: en el silencio y en la inmensidad cada objeto se separaba, cortado con cuchillo, aislado en el vacío, en la infinitud; y como consecuencia de esta separación, de esta soledad en que se encontraba, se ponía a existir. Allí estaba, frente a mí, aterrándome. Era entonces cuando decía: 'La silla se burla de mí, me molesta'; esto no era exacto, pero no tenía otras palabras para expresar el miedo y el agudo sentimiento de que la silla existía sin tener ningún otro significado.

Otras veces las crisis de irrealdad sobrevenían en la calle: todo parecía entonces inanimado, muerto, mineral, absurdo; y en este silencio, un grito infantil despertaba mi angustia: me sentía expulsada del mundo, separada de la vida, espectadora de un filme caótico que se desarrollaba sin cesar delante de mis ojos y del cual no lograba ser partícipe nunca; espantosos momentos en los que sentía un malestar y una sensación de indefensa tales, que no tenía más remedio que sufrirlos sin esperanza.

En medio de esta indiferencia angustiosa, brotaban terribles estallidos de cólera interior y una amarga melancolía. En efecto, mis

hermanos y hermanas me molestaban mucho; particularmente, una de mis hermanas que había tomado la costumbre de quitarme las cosas que más me gustaban, las más bonitas; además me desafiaba: '¡Trata de recuperar tus guantes, ven a buscarlos, si quieres!' En estos momentos era presa de una rabia ciega. Como venganza, apenas salía de la casa me apoderaba de alguna de sus cosas y se la escondía, pero luego me remordía la conciencia y pensaba que yo no debía ser como ella, que debía estar por encima de estas cosas; sacaba entonces el objeto de su escondite y lo volvía a su sitio.

Nuestra madre tomaba el partido de mi hermana y me regañaba con severidad repitiendo siempre que yo era la mayor, la que debía ceder y que, por lo demás, todas las hermanas se peleaban y se quitaban las cosas entre sí. Estas injusticias me dolían mucho y sólo me consolaba el poder contárselas a 'mamá', en quien encontraba protección y defensa. Todas estas disputas con mi hermana, aparentemente tan insignificantes, despedazaban mi alma; odiaba a esta hermana a la que, además, tenía una gran envidia: envidiaba su audacia, su facilidad para divertirse, envidiaba su independencia que contrastaba con mi pereza, con mi incapacidad para desobedecer aun cuando estaba en mi derecho y con mi incapacidad para gozar de todo, pues cuando algo me daba placer, me lo escatimaban grandes remordimientos pensando en todos los que no podían gozarlo.

Una de mis ocupaciones en esta época era la de pasearme frente a una clínica psiquiátrica cuyo pabellón de excitados se encontraba por casualidad al borde del camino; allí, entre los gritos y aullidos de los enfermos, podía escuchar dos horas seguidas la conversación y las vociferaciones de un hombre. Si bien no comprendía sus palabras, creía oírle decir: 'Hermanos, hermanos: ved la inconmensurable injusticia que existe; hermanos, os lo suplico, no la dejéis perpetuarse en el mundo. Una desgracia espantosa nos espera. Hermanos, vivo en una angustia enloquecedora, ¡socorredme! ¡No me abandonéis! ¡Una terrible culpabilidad me agobia! Se me acusa de un crimen infinitamente grande. ¡Es atroz! Me encuentro en una terrible situación; me veo acusado por todas partes y soy a la vez culpable e inocente: he ahí mi infinito sufrimiento. ¿No queréis ayudarme? Sufro mucho, hermanos, tengo miedo, hermanos. ¡Soy un criminal inocente!'

En los gritos desesperados de este hombre y en sus sollozos, sentía, reconocía mis propios sufrimientos. ¡Qué infinita lástima me inspiraba! ¡Cómo hubiera querido ayudarle! Pero al mismo tiempo tenía mucho miedo de ir a reunirme con él en el país de la Iluminación."

9. MEJORO DESPUÉS DE UN VIAJE, PERO UNA GRAN CRISIS ME CONSTERNA

“CUANDO ‘mamá’ decidió llevarme por tres semanas a la costa, me encontraba en pleno estado de indiferencia general; sin embargo, esto me proporcionó un gran placer por dos razones: primero, porque podía estar con ‘mamá’ ininterrumpidamente, y luego, porque el mar mismo me había atraído siempre, con un interés en el que había algo de miedo; pero pronto me admiró comprobar que el estar junto a ‘mamá’ todo el día no me producía la satisfacción que había esperado, sino que por el contrario me decepcionaba, porque antes, durante las sesiones, ‘mamá’ era tan sólo ‘mamá’, mientras que, durante el viaje, en el hotel, se convertía en ‘la señora Sechehaye’ y, a pesar de su gentileza y su amabilidad, yo no tenía ningún contacto con ella: me parecía disfrazada de ‘dama’ y vanamente trataba de encontrar detrás de este disfraz a ‘mamá’. Afortunadamente, cada día me daba una sesión, durante la cual volvía yo a establecer contacto con ella; pero fuera de estas sesiones me era completamente extraña y todos los esfuerzos que hacía para cambiar esta situación tan dolorosa para mí, eran vanos.

Durante esta estancia en la costa me di cuenta de que había perdido completamente el sentido de la perspectiva: pintaba como lo hacen los niños pequeños y no lograba ni siquiera orientarme en el espacio; no comprendía la cuestión de los puntos cardinales, a pesar de todas las explicaciones. Los concebía teóricamente intentando representarme un mapa imaginario que estuviese frente a mí y decía: al frente está el norte, detrás, el sur; a la derecha el este y a la izquierda el oeste; pero si de repente volvía la espalda al paisaje que acababa de situar en el espacio y quería hacer lo propio con el que veía en ese momento, decía exactamente lo mismo que con el anterior: en frente el norte, detrás el sur, etc. En esta forma de orientarme no tomaba en cuenta el sol ni otro punto de referencia, sino que situaba los puntos cardinales con respecto a mí: yo era el centro; además utilizaba el sistema que había aprendido en la escuela: en lo alto del mapa está el norte, abajo el sur, a la derecha el este, a la izquierda el oeste, sin pensar un solo instante en que existe una gran diferencia entre un mapa y la realidad siempre cambiante.

También el mar me decepcionó un poco, pues me pareció artificial; sin embargo, el cambio me benefició mucho y me atreví a

desobedecer al Sistema comiendo más que de costumbre. Durante quince días todo marchó lo mejor posible, pero al cabo de la tercera semana comencé a tener crisis agudas de irrealidad en las que todo me pareció inmenso, recortado, iluminado.

Seguramente el 'disfraz' de 'mamá' me perjudicaba: sufría mucho al no reconocerla durante todo el día, salvo una hora, y esto a pesar de que había perdido el contacto con ella. Además le reprochaba el que se hubiera dejado disfrazar por el Sistema. ¿Por qué no era más fuerte? ¿Por qué 'mamá' se escondía todo el tiempo, salvo un momento al día? No me atrevía a decirle que estaba disgustada con ella, no porque se lo quisiera ocultar, sino porque la veía 'disfrazada' y la sentía dominada por el Sistema, al cual yo no me hubiera atrevido a atacar criticando sus acciones. Durante las sesiones todo mi esfuerzo tendía a encontrar de nuevo a 'mamá'; cuando al fin el contacto se establecía, me agarraba a esta fuente de vida que me ayudaba a soportar el resto de la jornada: entonces ni soñaba con decirle que estaba disgustada. ¿Y de qué hubiera servido que se lo dijese si no lo comprendía y no dejaba de repetirme que ella era la misma? Para mí ella se había convertido en un juguete del Sistema sin saberlo. Este cambio me hacía sufrir mucho.

El esfuerzo que hacía para conducirme según las conveniencias sociales en el hotel intensificaba el sentimiento de irrealidad; por lo demás, el hecho de comer a satisfacción, a pesar de las prohibiciones del Sistema, aumentaba considerablemente mi sentimiento de culpabilidad: proporcionalmente a como me había restablecido físicamente, sentía este aumento de peso como una impureza.

Hacia el final de mi estancia el Sistema se hizo más y más insistente. Me sentía culpable. Luego, los impulsos me hicieron abandonar el hotel e irme a esconder en la oquedad de una roca; pero 'mamá' me conocía tan bien que al momento adivinó mi escondite que, por encontrarse la cueva dentro de una roca a la orilla del mar, era un refugio ideal para esconderme y protegerme.

El Sistema me enviaba órdenes cada vez más misteriosas: debía lanzarme al mar, debía abrirme una vena, pero, principalmente, debía ir al fondo del agua; y por esta última razón era por la cual iba a esconderme en una pequeña gruta oscura a fin de escapar a las persecuciones del Sistema.

La noche de nuestra partida no pude dormir. Me veía impulsada a levantarme, a huir, a hacerme daño; ya no me preocupaba la gente que estaba en el hotel, ni las conveniencias; como si de pronto hubiera roto con todas las ataduras sociales que tanto me pesaban. 'Mamá' me dio calmantes y regresé a Ginebra semidormida; me

llevó inmediatamente a la clínica y allí el doctor me encamó en seguida.

El estado de indiferencia en el que viví hasta aquí fue remplazado bruscamente por una gran excitación interior y exterior: me sentía impulsada a levantarme, a caminar, me era imposible permanecer en la cama. Daba tres pasos hacia adelante y tres hacia atrás cantando sin cesar un Réquiem. Este automatismo motor me fatigaba mucho y deseaba sobremanera que me ayudaran a interrumpirlo, puesto que sola yo no lo conseguía: me sentía obligada a ejecutar este paso y si me detenía un momento por agotamiento, me sentía culpable. Por lo demás, siempre que un acto se convertía en automático, yo me sentía obligada a continuar ejecutándolo so pena de la culpabilidad, pero nadie se imaginaba que yo deseaba detenerme puesto que cuando me hacían suspender una de mis estereotipias, volvía a practicarlas con más ímpetu.

Las personas me parecían como vistas en un sueño: no distinguía su carácter particular; eran 'humanos' y nada más. Era como si me hubiese perdido en un desierto inmenso y encontrase de pronto a una persona: ¿Por qué habría de interesarme su nombre, su individualidad? Bastaba con que fuera de la raza humana; entonces le decía: 'Buenos días, enfermera, ¿cómo te va? Directora, ¿me permites bañarme?', etc.

Al comienzo de este periodo en la clínica todas las cosas me parecían cómicas, absurdas. Aun el Sistema era curioso, y llamaba a su jefe, Antipiol, con el nombre de una pomada que me habían aplicado sobre una llaga. Lo localizaba a mi derecha y cuando le hablaba me daba vuelta siempre hacia ese lado, pero no lo veía ni lo oía a pesar de que le respondía y a veces me indignaba por lo que me indicaba y le contestaba a gritos: '¡No, no, no quiero. Cállate, Antipiol, no quiero escucharte, no y no!' Indignación que era absolutamente sincera y espontánea a pesar de que yo respondía al vacío que al mismo tiempo no era vacío ni silencio real. A veces me tapaba los oídos con horror, sobre todo el oído derecho, por pura excitación; pero ¿excitada por qué? Me lanzaba hacia el lado derecho, hacia donde localizaba a mi Perseguidor (el Sistema, Antipiol) y le arrojaba todo lo que me caía en las manos: cojines, un vaso, mi peine; quería despedirlo, aplastarlo para no tener que oírlo. Pero, en realidad, yo no veía a nadie ni oía voz alguna; sin embargo, no era tampoco el vacío ni el silencio absoluto: había una gran diferencia entre este lado derecho de la habitación que estaba vivo, que era personal, que tenía algo de muy real, a pesar de estar vacío, y el resto del cuarto.

En cambio, veía cómo frente a mí desfilaban hileras e hileras de personas ensotanadas que pasaban y volvían a pasar silenciosamente; intentaba atraparlas pero mi mano caía en el vacío; gritos, ruidos ensordecedores estallaban en mi cabeza y sin embargo, auditivamente, no percibía nada; mis propios gritos surgían del impulso de repetir las insensateces que oía, como por ejemplo: 'Batalla de Trafalgar — Destrucción por el fuego — absoluto — absoluto — Gao — Gao.'

Pero después, el aspecto cómico de las cosas desapareció y todo el mundo que me rodeaba me pareció ser un sueño. Posteriormente vinieron órdenes, o más bien impulsos de destruirme y me mordía cruelmente las manos y los brazos; golpeaba con la cabeza contra la pared y me daba puñetazos en el pecho hasta el punto de amartarme; no paraba con ello hasta que me defendían de mí misma.

Una increíble fuerza de destrucción crecía en mí y buscaba aniquilarme a toda costa; me sentía espantosamente culpable, con tal culpabilidad que era la culpabilidad misma en toda su extensión y en todo su horror: 'Soy culpable.' No sabía de qué era culpable, sino que era inmensa y profundamente culpable, y ese sentimiento me era intolerable, insoportable: por esa razón dejaba de comer e intentaba destruirme por todos los medios, hasta el punto de que sólo 'mamá' conseguía en ocasiones impedirme el hacerme daño y esto cuando me mostraba alguna cosa blanca, como mi sábana o mi camisa al tiempo que me decía: '¿Ves? este hermoso blanco quiere decir que tú no eres culpable: es una prueba.' Esto me consolaba mucho, pero desgraciadamente mi estado de agitación casi no me permitía escuchar ni siquiera a 'mamá': demasiado ruido, demasiado movimiento, demasiadas sensaciones se debatían en mi interior y, además, había perdido todo verdadero contacto con 'mamá': cierto que la veía llegar con mucho gusto siempre, pero me parecía irreal, artificial.

Esto duró muchos meses. Fui trasladada a una clínica psiquiátrica privada en la cual me sometieron al baño prolongado. Seguía respondiendo a las voces que en realidad no oía, pero que para mí existían. Pasé luego a otra clínica privada en la que me sentía más calmada. No le hablaba a nadie y no obstante me daba cuenta perfecta de cuanto sucedía a mi alrededor; pero, aparte de los momentos de agitación y de las crisis intensas de culpabilidad, había recaído en una absoluta indiferencia. El mundo me parecía como un filme que se proyectaba frente a mí sin que yo participara en él. Cuando me insistían para obtener de mí una respuesta a alguna pregunta, hacía un inmenso esfuerzo para obedecer y hablar, pero entonces

no lograba decir sino algunas frases y el esfuerzo, la lucha, me producían una gran excitación y despertaban en mí hostilidad contra la gente, pero una hostilidad incoherente y sin motivo, puesto que no iba dirigida contra nadie.

Como consecuencia de esta hostilidad, sentía que me invadía una intensa culpabilidad y lloraba durante horas.

Al fin, poco a poco, volvía a caer en la irrealidad en la que todo era eléctrico, destacado, mineral.”

10. MI PRIMER DOBLE: EL MONO

“ALGÚN tiempo después, ‘mamá’, a quien veía sólo de tarde en tarde, me volvió a llevar a Ginebra y me colocó como pensionista en la casa de una enfermera, a donde vendría a verme todos los días, pero antes se fue de viaje por tres semanas y yo permanecí sola conmigo misma en esta casa desconocida. No comía casi nada, porque me estaba prohibido: el Sistema me había prohibido lo salado y lo dulce y solamente bebía té y comía espinacas porque eran *verdes* y provenían de la tierra.

Desde mi regreso ya no oía a Antipiol. Digo ‘oír’ porque no sé qué mejor término emplear para explicar esta sensación de oír una presencia invisible de algo que ocupaba un rincón de la habitación y me decía cosas a las cuales debía responder sin oírlas realmente. Pero en aquel momento ya nada de ese género me atormentaba; en su lugar había el desierto, el frío interior, la inmensidad sin límites, una región de desolación y de desesperación sin medida. Pasaba los días en una silla, la mirada fija en una mancha, o iba a instalarme en el jardín a pleno sol, con los ojos clavados sobre una brizna de hierba o un rayo de luz.

A veces, me dirigía al campo, caminando siempre hacia adelante, casi corriendo; sólo sufriendo lo inabarcable podía regresar.

Por fin vino ‘mamá’. Me alegré mucho de su regreso porque me sentía abandonada y porque ya comenzaba de nuevo a recibir órdenes de autodestrucción: de golpearme la cabeza contra las paredes, de mordirme y de mutilarme.

‘Mamá’ me trajo un *monito de peluche*. Inicialmente me atemorizó y cuando tenía los brazos levantados me angustiaba pensando que iba a atacarme, pero también me impresionaba por su aspecto desdichado; cosa curiosa, precisamente en ese momento sentía el impulso de golpearme: veía claramente que eran mis brazos los que me golpeaban, pero al mismo tiempo estaba segura de que era el monito el que me pegaba. No creía que me simbolizaba; no habría comprendido lo que quería decir eso. Decía: ‘Yo soy yo, y él es él, y no hay relación entre nosotros’, y, sin embargo, había una confusión completa entre él y yo puesto que él tenía los mismos pesares que yo y quería dañarme, destruirme y yo lo temía sin odiarlo, puesto que sabía muy bien que no era ésa su intención.

Cuando le conté mis temores a ‘mamá’, ella hizo una cosa maravillosa: tomó los dos brazos del mono, los bajó y los hizo abrazar

sus rodillas diciéndole: 'Monito: mamá te ordena permanecer siempre con tus bracitos abajo para tranquilizar a Renée. Así Renée no tendrá miedo de ti, ¿no es cierto?' El mono dijo que sí: lo vi en sus ojos. ¡Es difícil expresar el alivio que sentí con esta actitud que 'mamá' le hizo adoptar! En todo caso, desde ese momento cesaron repentinamente los impulsos y solamente tuve que reparar en que el monito tuviera sus manos bien bajas, puesto que, cuando por azar no lo estaban, me veía impulsada a pegarme, ya que el mono así lo quería; entonces corría hacia él, le bajaba los brazos y la calma volvía."

11. EL MILAGRO DE LAS MANZANAS

“EL POBRE mico era muy desdichado porque no tenía nada que comer, todo le estaba prohibido, salvo las manzanas y las espinacas; entonces yo iba al jardín y cogía una o dos manzanas que devoraba, sin que por nada me sintiera culpable de tomar estas manzanas del árbol que formaba parte de mi país, el país del Tíbet, como lo llamaba, del cual era la reina.

Tenía la impresión muy clara de habitar un país desértico, desolado, mineral, irreal, en el cual tenía un derecho: el de comer las manzanas de mi árbol. Sin embargo, a pesar de este árbol, me sentía abandonada, miserable, pues todo lo demás me estaba prohibido. ‘Mamá’ me traía kilos y kilos de magníficas manzanas, pero yo no las tocaba, porque no debía tomar sino las manzanas de mi manzano, es decir, las que estaban aún prendidas del árbol-madre. ¡Me hubiera gustado tanto que ‘mamá’ me diese manzanas, manzanas verdaderas, como yo le decía! Pero ella, desgraciadamente, no comprendía, y a mis ruegos exclamaba admirada: ‘¿Pero las manzanas que te traigo no son verdaderas manzanas?’

Estas palabras me irritaban mucho y no conseguían sino alejarme poco a poco de ‘mamá’. Ya no lograba tener contacto con ella sino cuando tomaba en sus brazos el monito y le hablaba, lo cual, a mi pesar, sólo hacía muy de tarde en tarde.

Mi desdicha aumentaba por el hecho de que me veía disminuir de edad y porque el Sistema quería aniquilarme; a medida que empequeñecía, descubrí que tenía nueve siglos, lo cual quería decir que no había nacido.

Cada vez me sentía más culpable, criminal, y mi castigo consistía en tener mis manos transformadas en garras de gato; temía mucho estas manos y sabía que muy pronto me transformaría en un gato hambriento de los que rondan por los cementerios y me vería obligada a devorar cadáveres en descomposición.

Por otra parte, me sentía de nuevo observada, atacada, aprisionada por el jefe del Sistema, por Antipiol, que permanecía a la derecha, en el fondo de mi recámara, cerca del armario. Voces burlonas me molestaban: ‘¡Ajá! Miserable, come, come, come pues.’ Me incitaban a comer sabiendo que me estaba prohibido y que sería severamente castigada si accedía a sus sugerencias y ya no era como antes cuando respondía a las voces sin oírlas realmente: ahora las voces eran verdaderamente oídas y resonaban en toda la habitación; ade-

más, las cosas eran todas irreales y esta irrealidad era permanente, cada objeto era como cortado bajo una luz cegadora y fría. A cada momento disminuía mi contacto con 'mamá' y a menudo me ocurría que olvidaba su visita, cosa verdaderamente inaudita para mí, porque aún era 'mamá' el único ser que existía en medio de esta desolación.

Un día fui hacia el manzano y arranque una manzana verde; ya iba a morderla cuando la propietaria vino hacia mí y me dijo: '¡Vaya! Hace tiempo que sospechaba de usted; no es ésta la primera vez que usted me roba las manzanas de mi árbol. Ahora va a suspender esta costumbre o si no...' Yo no la dejé continuar, sino que dejé caer la manzana y corrí a esconderme en mi habitación, cerrando la puerta con llave y una barricada de muebles. Es imposible expresar la pesadilla que me acometió con motivo de esas palabras; la rabia, la vergüenza, la decepción, y sobre todo una intolerable culpabilidad se agitó en mi corazón. En el rincón más oscuro del cuarto y postrada por tierra lloré y grité desesperadamente: me pareció que una terrible desgracia me aplastaba; culpable, abandonada, despojada, con la impresión de que una irrecusable autoridad quería mi muerte; lo único que me quedaba, lo único que me era permitido acababa de serme arrebatado. Grité: 'Mis manzanas, mis manzanas. ¡Renée tiene hambre!' Me invadió una gran rabia contra la mujer que me quitaba el derecho a la vida y a la comida, pero, puesto que así había procedido, la mujer debía tener razón: cuanto más deseaba las manzanas, más culpable me sentía. Lloré y grité por horas enteras, temblando de miedo cuando tocaban a la puerta, pues creía que los gendarmes vendrían a buscarme para matarme. En el fondo de la habitación, voces severas y otras sarcásticas me atormentaban con sus burlas y amenazas; también el monito, por desgracia, tenía un aspecto amenazante: quería matarme.

Finalmente la enfermera logró entrar en la habitación, abriendo la puerta por una ventanilla desde la cual pudo dar vuelta a la llave. Me dio un calmante, me metió en la cama y me dormí.

A la mañana siguiente, toda la situación de la víspera revivió inmediatamente; me levanté y me vestí para huir de la casa, corriendo todo lo que podía. Durante horas enteras caminé y recorrí un sendero que cruzaba la frontera y se internaba en las montañas. Estábamos en otoño y había una espesa niebla, pero por este camino estrecho me sentía mejor, como invadida por una agradable indiferencia. Subí y subí hasta llegar a un picacho que estaba a mil metros de altura; allí, fatigada por el hambre y por el esfuerzo, me detuve a descansar. No pensé en nada, mi cabeza estaba vacía. De pronto,

apareció una mujer y me preguntó de dónde venía y hacia dónde iba. Me ofreció llevarme a una fonda para que comiera algo. Le fue muy difícil creerme que venía de Ginebra. Acabe por confesarle que no tenía dinero y por tanto no podía ir a la fonda. Algo la debió sorprender en mí, pues me aconsejó regresar a la casa con 'mamá'. Me ayudó a levantarme y me acompañó largo trecho del camino de retorno. Ya anochecía; me había ido a las nueve de la mañana y estaba agotada, los pies me sangraban y caminaba como una autómatas, pero al fin logré llegar hasta mi habitación en la que me esperaba 'mamá', sumamente inquieta. Me curó, me acarició, me bañó con agua caliente y no me dejó antes de quedarme dormida. Le conté lo sucedido.

Al día siguiente el agotamiento me hizo permanecer en la cama la mayor parte del día; por la tarde la enfermera, en vez de llevarme los alimentos a la cama como siempre, me hizo bajar a la mesa; obedecí e incluso logré comer algo, pero el esfuerzo que hube de hacer para bajar y para saludar a los otros huéspedes de la pensión sobrepasó mis fuerzas: una terrible agitación creció en mí en forma de hostilidad mezclada con una insoportable angustia, por haber osado comer. El remordimiento de haber comido las manzanas se hizo de tal manera vivo que no supe qué camino tomar. En este momento comprendí que si continuaba por mucho tiempo sin manzanas y si se me seguía obligando a seguir un comportamiento convencional, no podría vivir más y en tal estado de enloquecimiento y de angustia inaudita corrí a las nueve de la noche a casa de 'mamá'. En mis oídos las voces burlonas me amenazaban con la muerte; mis manos con aspecto de garras de gato me aterrorizaban y me sentía disminuir palpablemente, pues mi edad de nueve siglos se imponía en mi espíritu. Una tempestad de espanto, de desolación, de irrealdad, de abandono desesperado inundaba mi alma. Las voces aullaban, gritaban que debía lanzarme al río; resistí con todas mis fuerzas corriendo hacia 'mamá' y al fin llegué y me lancé en sus brazos llorando y tartamudeando: '¡Me obligaron a comer comida! ¡Me forzaron y me regañaron! ¡Ya no me queda nada, ya no tengo manzanas, debo morir!' 'Mamá' trataba de calmarme con gestos afectuosos, pero era en vano. '¿Por qué —decía— no aceptas las manzanas que yo te doy?' 'No puedo, mamá', y en el fondo de mi corazón me indignaba el que 'mamá' quisiese obligarme a comer; entonces mi mirada cayó sobre su pecho y cuando ella insistió una vez más: '¿Por qué no quieres las manzanas que compro para ti?', comprendí a qué aspiraba desesperadamente y pude decirle: 'Porque las manzanas que tú compras son comida

para personas grandes y lo que yo quiero son verdaderas manzanas, manzanas de mamá, como éstas', y señalé su pecho. Ella se levantó en seguida, fue a buscar una hermosa manzana, cortó un pedazo y me lo dio diciendo: 'Ahora, es mamá quien va a alimentar a su pequeña Renée. Es hora de tomar la buena leche de las manzanas de mamá'. Me metió el trozo de manzana en la boca y, con mi cabeza reposando sobre su pecho, cerrando los ojos, comí, o más bien, bebí mi leche. Una felicidad infinita llenó mi corazón como si de pronto por arte de magia toda la angustia, la tempestad que me sacudía en el instante anterior hubiera desaparecido para dejar lugar a la calma bienhechora; no pensaba en nada, no distinguía nada, gozaba.

Plenamente feliz, con una tranquilidad pasiva de niño pequeño, con un gozo inconsciente del que no habría podido decir ni siquiera en qué consistía, terminé mi 'comida' de manzana no sin que antes me dijera 'mamá' que a la mañana siguiente recibiría otra vez este alimento y de que daría orden a la enfermera, pero que ella misma vendría a darme mi ración de manzana.

Me fui con la enfermera que había venido a buscarme y una vez que me encontré afuera me di cuenta de que mi percepción del mundo había cambiado: en lugar de ver un espacio infinito e irreal en el que todas las cosas se destacaban desnudas y aisladas, vi por primera vez la *Realidad*, la maravillosa realidad.

Las personas que nos encontrábamos ya no eran autómatas, fantasmas que se movían sin objeto y gesticulaban sin sentido; no, eran hombres y mujeres con sus características particulares, con su individualidad; los objetos, eran objetos útiles, con sentido, que proporcionaban placer. He aquí este automóvil que me lleva a la pensión, estos cojines en los que me apoyo. Devoraba con la mirada todo lo que había frente a mis ojos, con la admiración de quien se halla ante un milagro. 'Es esto, es esto' —repetía, queriendo decir: 'Esto es la realidad.'

Al llegar a la pensión y entrar en mi habitación, descubrí un cuarto completamente distinto, vivo, simpático, real y cálido, y osé, por primera vez y ante la estupefacción de mi enfermera, mover las sillas, los muebles, cambiarlos de sitio. ¡Qué infinito gozo el de actuar sobre los objetos, servirme de ellos a mi gusto, gozar y desear un cambio! Pues hasta ahora no había soportado ningún cambio, por pequeño que fuese: todo debía estar ordenado, regular, simétrico.

Esa noche dormí muy bien. Y un nuevo día amaneció. Me sentí feliz, pero con una felicidad torpe, pues era frágil como un polluelo que acaba de salir del huevo. La enfermera me dio un trozo de man

zana preparado por 'mamá' y lo 'bebí' apoyando mi mejilla sobre una gran manzana que 'mamá' me dio después de haberla tenido cerca de su pecho; mi felicidad era inmensa. Durante esta segunda jornada comprobé que las voces habían desaparecido y que ya no existía el peligro de transformarme en gato.

Gozaba con todo lo que veía, con todo lo que tocaba; por primera vez estaba en contacto con la realidad. También 'mamá' cambió a mis ojos: antes me parecía como una imagen, como una estatua amable y agradable a la vista, pero siempre artificial, irreal; desde entonces se volvió viva, cálida, animada y la quería tiernamente con un intenso deseo de estar a su lado, de sentirme estrechada por ella, en contacto con ella, contacto que no era sino 'oral', es decir, en el sentido de 'mamá-alimento', pues toda otra consideración aparte de la de 'mis manzanas' me era ajena y hostil.

En los siguientes días me alarmé varias veces, pues 'mamá' intentó hacerme comer como todo el mundo, lo cual me provocaba una especie de desequilibrio, como si mi universo fuera a tambalearse; me invadió una gran angustia. Afortunadamente, 'mamá' comprendió que no podía ir sino muy lentamente: después de las manzanas crudas (leche materna), pude tomar una manzana 'hervida', precedida de una tajada de manzana cruda y finalmente una manzana 'de lata'; progresivamente pude tomar verdadera leche y avena, cosa increíble en mí, que hasta ese día había odiado la leche. Sin embargo, en ese momento me pareció muy natural beber leche. Sobre la chimenea había siempre dos bellas manzanas que representaban los senos maternos y que 'mamá' me había dado para protegerme; a la menor angustia saltaba hacia ellas y en seguida me calmaba; me sentía tan nueva, tan feliz, que acepté hacer algunos trabajos de mecanografía, los cuales me interesaron mucho porque eran para 'mamá'."

12. APRENDO A CONOCER MI CUERPO

“ALCÚN tiempo después decreció mi interés por la alimentación para dirigirse a mi cuerpo, pero no osaba ocuparme de él porque habría sentido demasiada culpabilidad; por suerte, ‘mamá’ adivinó que tenía el profundo deseo de estar limpia, bonita y arreglada, pero que no tenía derecho a ello. Expresamente le ordenó a la enfermera bañarme diariamente y me trajo un jabón ligeramente perfumado. Ella misma asistió a uno o dos baños: ‘Mamá quiere que Renée esté bien limpia y bonita y para eso Renée debe bañarse; eso es lo que mamá quiere’ —decía cada vez—. ¡Qué agradable era sentir el agua caliente y perfumada, como si fueran los brazos de ‘mamá’! Sin embargo, yo no me sentía autorizada a enjabonarme ni a lavarme; sólo podía aceptar que me restregara la enfermera, puesto que así no era responsable del gozo de sentirme limpia.

Desgraciadamente, ‘mamá’ no previó una terrible culpabilidad que estaba a punto de asaltarme tan pronto como tomase la iniciativa de crearme yo misma el placer, y dijo una cosa gravísima: “Bañe a la señorita Renée solamente cuando ella lo desee; a ella le encanta el baño, ¿no es cierto, Renée?” Al oír estas palabras estalló en mí una terrible cólera contra ‘mamá’: ¿Cómo podía hacerme ella una cosa así, una infamia como ésta? ¡Declarar abiertamente que era yo, Renée, quien quería el baño! La culpabilidad que estaba ligada a este placer se desencadenó inmediatamente y rechacé con energía todo intento de bañarme.

El contacto entre ‘mamá’ y yo se rompió y bruscamente la bella realidad fue remplazada por el decorado cinematográfico. Aterrada con la responsabilidad que se me había adjudicado y profundamente herida por las palabras pronunciadas en voz alta, delante de la enfermera, sólo logré calmar un poco el sentimiento de culpabilidad no bañándome y permaneciendo totalmente pasiva en todos los asuntos de limpieza personal.

Como consecuencia de esta ruptura de contacto, me acerqué más a la enfermera, a quien yo quería mucho; pero aun así surgían en mí, súbitamente, impulsos hostiles contra ella, sin ningún motivo.”

13. EL ASUNTO DE LOS PACIENTES DESENCADENA TODAS LAS FUERZAS AUTODESTRUCTIVAS

“MESES después, un día mi enfermera no vino: se había ido de vacaciones. Tuve un terrible *shock*. Toda la noche aullé de cólera y desesperación: me pareció que el mundo entero se había venido abajo; su ausencia me era intolerable y sufría atrozmente sin poder aceptarla. Además, estaba disgustada con ‘mamá’ porque ella lo había permitido. Entonces me trasladé a la casa de ‘mamá’, donde debía permanecer unas cuantas semanas; pero a pesar de eso, me sentía terriblemente abandonada puesto que era mi enfermera quien hasta entonces me daba de comer, me ayudaba a vestirme y arreglarme y me hacía trabajar un poco.

Dentro de esta nueva situación pude darme cuenta de que ‘mamá’ tenía pacientes y un marido a quien llamé ‘el gran personaje’. Mucho más sola, abandonada a mis propios recursos, pasaba el día sentada en una silla, con los ojos bajos, esperando que ‘mamá’ terminase la consulta con sus pacientes. No podía soportar la idea de que ella en realidad dedicaba la mayor parte de su tiempo a personas extrañas mientras yo me quedaba sola, en manos del Sistema y de las voces que habían reaparecido. Además, otra vez me sentía rígida y todo movimiento, incluso el necesario para cambiar la dirección de la mirada, me era extraordinariamente difícil; había caído en una profunda apatía sólo interrumpida por crisis de cólera contra ‘mamá’ por motivo de sus casos. No osaba manifestar abiertamente mi hostilidad, pues ‘mamá’ me parecía una reina todopoderosa y se había vuelto una diosa temible: no había que hacerla enojar. Esta diosa era injusta: daba su preciosa leche a seres que no lo merecían, puesto que no la necesitaban como yo, cosa que se deducía de las conversaciones, las llamadas por teléfono, etc., que hacían, en las que se mostraba la libertad absoluta de que gozaban. Mientras sabía que ellos iban a las carreras, al cine, a los bailes, etc., yo estaba paralizada en una incómoda silla.

Cada día reconocía menos a ‘mamá’. En su lugar veía a la Reina, a la Diosa, fuente de vida y de alegría, pero al mismo tiempo, fuente de privación, puesto que podía retirar lo que había dado. Le dirigía numerosas acusaciones o más bien súplicas para explicarle su injusticia con la reinecita del Tíbet o con la ‘Barrita de hierro’ como yo me llamaba a mí misma. A cada acusación que le dirigía, creía que la Reina comprendería y me daría leche, pero desgracia-

damente ella no comprendía el idioma en el que yo le escribía; lo hacía en el 'lenguaje', es decir, en el mismo idioma en que me hablaba a mí misma, con palabras que se me ocurrían de pronto o con las que inventaba: nunca me hubiera atrevido a poner palabras reales, pues entonces la reina hubiera podido castigarme por mi hostilidad y mis quejas.

Cuando escribía en 'lenguaje' era para la 'mamá' de las manzanas, que me amaba y a quien yo amaba también; pero la 'mamá' de las manzanas no comprendía: la temible Reina había ocupado su lugar.

Por esa época pasé dos temporadas en una clínica psiquiátrica, en la cual no le hablaba a nadie. Cuando regresé a casa de 'mamá', estaba aún más rígida, más muda, y sobre todo era más hostil y culpable. La Reina estaba muy descontenta por las cosas que yo hacía con el objeto de llamarle la atención a 'mamá': un día que ensarté todos los zapatos en una cuerda y la colgué de una llave de un armario sobre el que coloqué unas tijeras en equilibrio con las puntas abiertas, con lo cual quería decirle a 'mamá' que estaba enojada y que era necesario que me protegiera porque me llegaban órdenes de que debía huir, la Reina me contestó que 'mi arreglo era peligroso' y lo deshizo; yo solamente quería expresar con él el peligro en que me encontraba: los zapatos significaban la partida; el desorden, la cólera; la cuerda, la tensión de la Irrealidad; y las tijeras representaban la hostilidad, pero al mismo tiempo eran el medio de que podía disponer 'mamá' para deshacer la cólera y cortar la tensión.

Finalmente, un día, en la mesa, más desgraciada y más enojada que de costumbre contra los casos, rehusé comer y 'mamá', en lugar de insistirme, de decirme que ella, la 'mamá', me autorizaba a comer, exclamó: '¡Puedes dejarlo si no quieres!', lo cual significaba para mí: 'No quiero que tú comas.' Me levanté y corrí a mi habitación y me encerré llorando, con una desolación infinita. 'Mamá' vino a consolarme, pero casi no la reconocí. Por la tarde, una hostilidad espantosa surgió contra mí: me detestaba, me odiaba, merecía la muerte; aullaba de cólera y de culpabilidad y me golpeaba con rabia. Estaba dentro de un vórtice. Las voces me gritaban: '¡Miserable, miserable, has cometido el crimen de Caín!'

Vino el doctor y me aplicó dos inyecciones que me calmaron, pero al otro día todo recommenzó con más ímpetu: todas las fuerzas de destrucción se despertaron y se lanzaron furiosamente contra mí, queriéndome aniquilar. Nada las contrarrestaba.

'Mamá' no solamente no me daba el alimento que proporcionaba

a los otros, sino que me había prohibido comer y por consiguiente ya no me amaba: me había abandonado.

Me llevaron a una clínica psiquiátrica en la que me metieron en el baño prolongado, con una enfermera que me sujetaba los brazos para impedir que me golpeará. El odio mortal contra mí misma continuaba manifestándose. Yo quería y debía morir. Veía frente a mí una gran vaca, que era 'mamá' y que se me acercaba con sus enormes cuernos; voces venidas de todos lados atormentaban mis oídos, se burlaban, me molestaban y yo aullaba de culpabilidad, de hostilidad, de desesperación inconmensurable. Grité: ¡He ahí, señores, lo que habéis hecho! ¡Miserables, ladrones, devoradores de senos, miserables! Me dirigía a los casos, a ellos, la causa de mi desgracia.

Por fin, por efecto de los baños, de los calmantes y de la fatiga, caí en un estado de estupor en el que permanecí extendida en mi cama, sin moverme, en una indiferencia total. Los médicos y las enfermeras creyeron que yo no reconocía a nadie: no era así, sino que era tal la indiferencia, había un vacío tal en mí, que yo no podía manifestar nada; cuando vi a 'mamá' la reconocí e incluso vi que lloraba, pues la enfermera me había abierto los ojos a la fuerza; sólo sentí un impulso hacia ella y quise decir algo, pero las palabras que se me ocurrían eran: 'Yo, yo, casa, mamá.'

'Mamá' comprendió mi pobre deseo de permanecer con ella y me llevó a la casa. Apenas llegué a mi habitación sentí una liberación y a pesar de que en estos días me había sido imposible comer nada y me habían tenido que alimentar artificialmente, pude decir: 'Pan, pan' y comer un poco.

Permanecí meses, tal vez un año en este estado de indiferencia rígida; pasé periodos en casa de 'mamá', otros en la clínica y me mantenía en posición encogida, con la cabeza vuelta hacia la pared y los cabellos cubriéndome el rostro. A veces una terrible crisis de culpabilidad interrumpía esta indiferencia y entonces veía ciudades enteras aniquilarse, rocas que se derrumbaban, todo por culpa de mi execrable crimen, el crimen de Caín.

Un día en que aullaba de desesperación 'mamá' me trajo una copa de crema batida y metiéndome en la boca una cucharada, me dijo: 'Toma tu nieve blanca, que purificará a Renée; cuando mamá le da nieve a Renée el crimen se va, Renée se purifica.' Tomé la nieve e inmediatamente mi intolerable sentimiento de culpabilidad se calmó y me sentí menos indigna. Me animé y me atreví a moverme, pero esto me condujo a una osadía que me mortificó mucho: una de mis hermanas vino a visitarme y delante de 'mamá' le di una palmadita; en seguida levanté el brazo, sin haberla tocado.

'Mamá' se asustó y le dijo a mi hermana: '¡Váyase, váyase inmediatamente antes de que Renée le haga algo!' Estas palabras de 'mamá' significaron para mí que ella protegía a mi hermana y desaprobaba mi actitud. Sentí inmediatamente que me invadía la culpabilidad y oí las voces que me acusaban de haber cometido el crimen de Caín: ya no resistía más. 'Mamá' me trajo en seguida un poco de crema, pero no la quise, la rechacé enérgicamente por sentirme demasiado indigna, demasiado criminal para aceptarla. 'Mamá' insistió y ya la esperanza de perdón apuntaba en mi alma, cuando 'mamá' dejó de insistir y renunció a ofrecerme la nieve del perdón. Si ella hubiera podido oír los gritos de súplica que se elevaban tímidamente en un rincón de mi alma pidiendo que me obligara a tomar la nieve; si en ese momento por la fuerza me hubiera metido un poco de crema en la boca, me hubiera evitado la crisis terrible que sufrí. Pero desgraciadamente, 'mamá' no adivinó mi silencio y el intenso deseo de ser perdonada por la 'nieve'; ella no vio sino las apariencias: mi obstinado rechazo de aceptar la crema y una agitación desordenada.

Cuando comprendí que ella me abandonaba a mí misma con mi crimen de Caín, mi desesperación no tuvo límites. Una atroz culpabilidad me hacía aullar de dolor. De tanto sentirme criminal, ya no resistía más. Un pecado inaudito, infinito, me agobiaba como una hercúlea carga y desataba contra mí todas las fuerzas de la destrucción. No sabía dónde estaba ni tenía idea alguna de mí; sólo una cosa me interesaba: destruirme, asesinar a este vil ser al que odiaba a muerte. Las voces se habían desencadenado de nuevo y una tempestad me sacudía. Se me transportó a una clínica psiquiátrica y poco después caí en un estado de estupor e indiferencia completos. Todo me parecía un sueño desolado, todo me daba lo mismo. Por eso no era posible ninguna reacción. Los médicos se imaginaban que no comprendía las órdenes y sus indicaciones, pero yo comprendía perfectamente todo lo que pasaba a mi alrededor: simplemente, algunas cosas me eran tan indiferentes, tan vacías de emotividad y de afectividad, que me parecía que no tenía ninguna relación conmigo, que no se dirigían a mí. No podía reaccionar porque se había detenido el motor vital. Notaba que las imágenes se alejaban o se acercaban a mi cama, pero yo estaba alejada de ellas, yo misma no era ya sino una imagen sin vida.

Cuando volví a ver a 'mamá', algo se despertó en mí e hice un inmenso esfuerzo para establecer contacto con ella, pero a pesar de mi voluntad sólo pude murmurar: 'Yo..., yo..., mi..., yo..., mi..., yo...' y nada más.

Varios meses pasaron en este estado de indiferencia y de mutismo cortado por terribles crisis de culpabilidad. Las voces me amenazaban, me atacaban, pedían mi muerte. Una vez, 'mamá' me regaló un lindo tigre de peluche, y al recibirlo comprendí inmediatamente que él era mi defensor. Sólo 'mamá' y él podían defenderme contra los ataques; esto me alivió mucho y cuando quería vengarme de los perversos insultos de las voces, él tomaba mi lugar: mordía a todos los que querían hacerme daño, en tanto que a mí me amaba. Estaba muy orgullosa de la manera como él me prefería y segura de que hubiera saltado contra los que querían hacerme mal. Era la 'mamá' que me defendía y me prefería a los pacientes.

Todavía tuve terribles crisis de culpabilidad, subrayadas por un dolor moral insoportable, momentos en los cuales lloraba y aullaba durante horas enteras, gritando: 'Rait, rait. Was habe ich gemacht?*' Y después me lamentaba en mi 'lenguaje' de palabras incomprensibles, entre las cuales había algunas que eran siempre iguales: 'Ichtiú', 'gao', 'itivaré', 'gibastou', 'ovede', etc. Yo no intentaba formarlas; venían solas y no querían significar nada por sí mismas, pero eran el tono y el ritmo con que las pronunciaba los que tenían sentido. En realidad, a través de estas palabras me lamentaba, expresaba la profunda pena y la infinita desolación de mi alma. No me servía de las palabras usuales porque mi dolor y desesperación carecían de motivo real.

Hasta el Sistema, el país del Tíbet y las mismas voces me habían llegado a ser completamente indiferentes, habían perdido toda su afectividad. Las voces gritaban cosas absurdas que, por lo demás, no me hacían ya ningún daño. Ya no pensaba en el crimen de Caín: había caído más allá del lenguaje y del pensamiento. En mí no había sino el vacío y la desolación interrumpidos por islotes de dolor moral y por ruidos de derrumbes de rocas y una terrible fuerza de destrucción. En esos momentos aislados dentro del vacío, me convertía en una furia y me lanzaba contra mí misma buscando eliminarme por todos los medios. Pero esta violencia ya no estaba relacionada con ideas o con órdenes: eran una violencia pura, el dolor puro, la culpabilidad pura; pero por esto mismo más intocables e intensos que si hubieran estado acompañados de pensamientos.

Agotada por estas crisis que duraban días, caía luego en la indiferencia; sin embargo, aun dentro de la indiferencia, había impulsos de autodestrucción, impulsos carentes de todo elemento afectivo o emocional."

* "¿Qué he hecho?" [T.]

14. "MAMA" COMIENZA A CUIDAR AL BEBÉ EZEQUIEL, PERO DEBE DEJARLO

"HALLÁNDOME en este estado, un día 'mamá' comenzó a tomar entre sus brazos un muñeco: un bebé a quien yo había bautizado Ezequiel. Ella lo cubría, lo abrazaba, lo dejaba cariñosamente en su cuna. Los primeros días yo me limité a mirar muy atentamente. Inicialmente, me admiró mucho que Ezequiel recibiera caricias y afectos de 'mamá', sin que nada le sucediera en apariencia; esperaba continuamente el momento en que 'mamá' abandonaría a Ezequiel porque yo no merecía vivir: una profunda confusión existía en mi espíritu entre Ezequiel y yo y cuando ella no lo tenía en sus brazos, temblaba de temor de que lo devolviera demasiado pronto a su cuna; en caso de hacerlo, era yo quien se sentía abandonada.

Un día, enardecida, coloqué la cabeza de Ezequiel —que estaba en brazos de 'mamá'— sobre su seno: quería saber si él tenía derecho a la vida; 'mamá' lo apretó dulcemente contra ella y le dio el pecho por un largo rato. Varias veces al día, a las mismas horas, le daba su alimento; yo esperaba ese momento con gran angustia, con temor de que 'mamá' pudiese olvidarlo. Ella no lo olvidaba, y yo comencé a atreverme a vivir. Los impulsos de autodestrucción disminuyeron considerablemente y en vez de pasarme los días recostada en la cama, miraba a mi alrededor, interesándome en todo lo que pudiera referirse al bebé Ezequiel. Me animé incluso a comer, a lo cual me había negado desde hacía tiempo; y después, cuando vi que 'mamá' lavaba y arreglaba a Ezequiel, acepté con gusto que se me bañase y arreglase. Inclusive gocé con esto, pues era como si 'mamá' me diera la autorización, el derecho a la vida al cuidar a Ezequiel.

Poco a poco salí de mi indiferencia y me interesé cada vez más en lo que 'mamá' decía y hacía a Ezequiel. Pero mi interés se circunscribía sólo a la alimentación y a la limpieza. Me atreví a gozar un poco y me sentía cada vez más libre. Pero tenía todavía terribles crisis de culpabilidad."

15. ENTRO EN EL CUERPO DE "MAMÁ" Y RENAZCO EN EZEQUIEL

"Estas crisis aumentaron considerablemente por causa de una grave pielo-nefritis que padecí y que me produjo terribles dolores renales. Lejos de calmarme la culpabilidad, estos dolores no hicieron sino aumentarla, pues para mí eran prueba de que yo era culpable; y precisamente cuando la necesitaba tanto, 'mamá' cayó gravemente enferma y durante semanas tuvo que cuidarme una enfermera.

Naturalmente, no comprendí la causa por la cual 'mamá' dejaba de venir y de cuidarme; la creía todopoderosa y si no venía a cuidar a Ezequiel era señal de que me abandonaba, de que yo no debía vivir.

De inmediato los impulsos autodestructivos renacieron con mayor fuerza, lo mismo que las voces y la terrible culpabilidad. El alma me dolía tanto como el cuerpo y mi único deseo era el de regresar al cuerpo de 'mamá'; para mí éste era el paraíso, pero un paraíso prohibido y culpable, puesto que 'mamá' no me recibía.

Por fin, mi enfermedad física mejoró, pero los impulsos y las voces continuaron. Y un día, cuando las voces me hostigaban, 'mamá', que ya se había curado, se me acercó y me dijo que ella iba a echar de mi cabeza esas voces y que yo podría dormir como Ezequiel y como Moisés. Me aplicó una inyección calmante: pronto sentí deslizarme en una paz maravillosa: la habitación era ahora toda verde; sentí encontrarme en un estanque, lo cual equivalía a estar dentro del cuerpo de 'mamá', donde no experimentaba ningún deseo, sino que era un ser pasivo que no sufría. ¡Y había sido 'mamá' la que me dio esta felicidad! Así pues, ella había querido tomarme dentro de su cuerpo: me había recibido. Sentí un alivio infinito, el alivio de estar en el paraíso, en el seno materno.

Desde ese momento tuve una profunda confianza en 'mamá' y mi amor por ella fue mayor de cuanto había sido hasta entonces. Me llenaba de felicidad el que me hubiese recibido en ella, que hubiese satisfecho mi más íntimo deseo, esto me daba la prueba perfecta de que ella me quería, de que yo era amada.

Cuando padecía demasiado con las voces, 'mamá' me metía en 'lo verde', en la felicidad, al abrigo de toda vicisitud: me inyectaba y creaba una penumbra verde en mi cuarto. Cuando ya estaba tranquila, mi mayor felicidad era la de permanecer así, con mi mano entre las de 'mamá' y Ezequiel recostado sobre su corazón.

Mi contacto con 'mamá' se afirmaba cada vez más, hasta el punto

de que sólo su dulce voz bastaba para calmar los impulsos y las voces; además, poco a poco prefería más estar *a su lado* que estar *dentro* de ella. Ya nada temía, porque ella me hacía entrar en 'lo verde' cuando yo lo deseaba.

'Mamá' había reasumido los cuidados de Ezequiel y yo llegué a ser más audaz gracias a mi confianza en su amor. ¿Acaso ella misma no me había dado la suprema muestra de confianza? Aceptaba la comida que me daba y quise comer por mí misma: supremo esfuerzo de independencia que trajo consigo el que apenas hecha la petición brotara como un reflejo la angustia del abandono. Pero 'mamá' se negó a dejarme comer sola; así me demostró palpablemente que no me quería abandonar, que a ella le gustaba alimentarme. Mi confianza en su amor se fortaleció y pronto pude comer sola, con 'mamá' al lado. Más tarde me dejaba una carta en la que me explicaba exactamente qué debía comer: eran alimentos que había preparado ella misma; así, aun durante su ausencia estaba junto a mí y yo me hablaba en su nombre para ayudarme.

Al independizarme en cuanto a la alimentación, di un gran paso hacia la realidad. Mi percepción de ésta había cambiado desde que 'mamá' me recibió en el estanco (en su seno), así como después de las 'manzanas' ella había vuelto a ser viva, animada, cálida.

Sólo mi interés era muy limitado: no podía interesarme sino en cosas que había visto con 'mamá', que habían pasado por sus manos; esto no quiere decir que no fuera la bella realidad la que veía, al contrario, pero 'mamá' era para mí como una vaca maravillosa, no como las vacas que veía en el campo o en imagen: ¡éstas eran simples animales con los cuales no la hubiera comparado ni por un instante! Mi vaca era diferente: era un ser divino delante del cual me sentía tentada a ejecutar rituales sagrados, como en efecto lo hacía frente a una pared de mi dormitorio en la que veía dibujarse la silueta de mi vaca.

Dependían de 'mamá' todos mis intereses: por ejemplo, cuando la veía vestir y arreglar a Ezequiel, me atrevía a interesarme en mi cuerpo, sobre todo cuando 'mamá' lo admiraba; nada me enorgullecía más que oírla decir: '¡Qué bonito cuerpo tiene la pequeña Renée y qué limpia estás!' Solamente en ese momento comenzaba a tomar en consideración mi cuerpo y a amarlo.

Lo que contribuyó mucho a hacerme consciente de mí misma y a liberarme de la culpabilidad que experimentaba por quererme, fue la forma como 'mamá' me hablaba, pues no hubiera podido aceptar jamás que ella se dirigiese directamente a mí y me dijese por ejemplo: '¡Tú tienes un lindo cuerpo, qué limpia estás!', pues

hubiera sentido una terrible culpabilidad y tal vez me hubiera enojado con 'mamá' por hacerme responsable de semejante pecado; en tanto que al hablarme en tercera persona o al personificar mi cuerpo ('¡Qué lindo es este cuerpo! ¡Vamos a lavarlo y a perfumarlo!'), ella me separaba de él y lo independizaba de mí a semejanza de Ezequiel. 'Mamá' lo lavaba, le parecía bonito y yo podía hacer otro tanto: podía limpiarlo puesto que imitaba a 'mamá'. Y después de haberlo hecho algún tiempo con 'mamá' pude hacerlo sin ella, hablándome como ella lo hacía; ahora podía aceptar la responsabilidad de amarlo verdaderamente y hasta me atreví a decir: 'Mi cuerpo, yo me lavo, yo soy bonita'. Había aprendido a quererlo a través de 'mamá' y así había realizado la unificación de mi propio Yo.

Pero si intentaba hacer algo dejando de lado a 'mamá' me desinteresaba inmediatamente y se despertaba en mí el instinto de auto-destrucción. Al mismo tiempo, se transformaba mi visión de la realidad bruscamente: de cálido, vivo, real, el ambiente se convertía en inmenso y los objetos se destacaban separados los unos de los otros. Un país mineral sin límites, de infinita desolación, se extendía ante mis ojos y un muro de hielo me separaba de los demás.

A medida que progresaba en la realidad esos estados se volvían menos frecuentes y dependían evidentemente de mis relaciones afectivas con 'mamá'. Al comienzo no podía tener contacto sino cuando ella se atenía al estado al que yo había llegado: cualquier otra conversación o cualquier actitud convencional de su parte me separaban de la realidad; no podía aceptar que 'mamá' perteneciese al mundo exterior. Más tarde, me fui independizando poco a poco de 'mamá', primero respecto de la comida, después, de la limpieza y el arreglo personal, y entonces pude pensar diferentemente de ella sin que se alterase mi visión de la realidad."

16. ME INSTALO EN LA BELLA REALIDAD

“PRONTO me di cuenta de que amaba a ‘mamá’ por ella misma y no en función de mi deseo de disponer de ella; rasgos cada vez mayores de su personalidad social se integraron en mi amor. Así, la reconocía perfectamente aun cuando paseábamos o cuando íbamos al cine, en tanto que anteriormente me parecía ‘disfrazada’ tan pronto como adoptaba la menor actitud convencional hacia mí, así fuera la más afectuosa; si ella no empleaba mi lenguaje, el contacto se rompía.

Mi realidad se integraba progresivamente y a cada momento me sentía más calmada, más libre y más feliz sobre todo en contacto con la naturaleza, particularmente en los bosques, a la orilla del mar y lejos de los demás; luego comencé a gozar también de los placeres de la unidad, de las tiendas, de la animación de los salones de té.

Un gran escollo que tuve que vencer fue el de los casos. Antes de que ‘mamá’ tomase mi partido y me hiciese ‘esferas doradas’, los celos me atormentaban terriblemente: cuando ‘mamá’, por ejemplo, retenía un paciente por más de una hora, los celos, la hostilidad y el miedo me invadían sin remedio; estaba segura del amor de ‘mamá’, y sin embargo en esos momentos una tormenta incomprensible me arrastraba. Me quedaba sentada, rígida al lado del calentador, mirando por la ventana en tanto que las cosas se volvían irreales, alucinantes, cambiadas, como antes. Cuando ‘mamá’ logró curarme de este ‘absceso’ de los casos (como yo lo llamaba), la preciosa realidad volvió y a la vez sentí un nuevo contacto con ‘mamá’. Después de curada del problema de los casos, la realidad se afirmó, se solidificó y un contacto profundo y duradero me ligó a ‘mamá’.

Me quedaba por vencer una última dificultad: la de no perder la realidad cuando ‘mamá’ estaba enferma. Al comienzo creía que ella se enfermaba intencionalmente para castigarme; más tarde experimentaba una terrible angustia y un sentimiento de irre realidad cada vez que enfermaba y ya no la reconocía. Finalmente, gracias a que ella pudo demostrarme que yo tenía la facultad de hacer retornar su voz (durante una laringitis), el sentimiento de impotencia desapareció definitivamente: ¡de pronto, tuve poder sobre la enfermedad!

Esto me animó mucho a buscar los medios por los cuales podría hacer volver la voz de ‘mamá’ y pronto descubrí que la realidad era una rica fuente de recursos para curar las enfermedades (com-

presas, gargarismos, medicinas), descubrimiento que me hizo amar y apreciar aún más la realidad; cada momento fui más 'adulta' y más independiente de 'mamá'.

A partir de esta victoria los progresos vinieron a pasos agigantados en lo que se refiere a la consolidación de la posesión de la hermosa realidad.

Sin embargo, aún podía perderla de un momento a otro si 'mamá' se enojaba conmigo o me lastimaba, cosa más bien rara, pero que sucedió a veces, las suficientes para convencerme de que la integridad de la realidad dependía de mi buen contacto con 'mamá': ella era la fuente, el origen de mi contacto con la realidad y bastaba que cambiase su actitud hacia mí para que la realidad viva se transformase en un decorado irreal. Igualmente, si ella me daba un beso de reconciliación y me manifestaba de nuevo su amor, como por un toque de la varita mágica la realidad volvía cálida, viva y magnífica.

Los pesares que la relación con los demás me procuraba no me producían este fenómeno de irrealidad; de igual modo, cuando 'mamá' se enojaba un poco conmigo, nadie más tenía el poder de volver a darme la realidad.

Por esta razón yo procuraba siempre mantener el contacto con ella, comunicándole cualquier peligro que pudiera deshacerlo. Pero me fortalecí en tal forma que al cabo de dos años llegué a poder defenderme cuando se mostraba descontenta de mí, sin perder la realidad: así, me independicé también en lo concerniente a la percepción de la realidad.

Todavía había que delimitar mi personalidad, pues mi primer movimiento para alcanzar un objeto alejado era el de hacerle señas con la mano y me impacientaba porque no venía; fue un largo aprendizaje el de llegar a comprender que era yo quien debía desplazarse.

Algo parecido acontecía con las funciones corporales: cuando orinaba y afuera llovía a cántaros, temía que era mi orina la que inundaba al mundo y el terror me sobrecogía.

Un problema análogo se planteaba con 'mamá': a veces yo no sabía si era ella o si era yo quien deseaba alguna cosa. Así, cuando pedía una taza de té y 'mamá' respondía en broma: 'Pero ¿por qué quieres más té: no vez que no he acabado con el de mi taza? Tú ya no quieres.' Le respondía: '¡Ah sí!, es cierto, ya no quiero' confundíendome con ella, pero como en el fondo deseaba más, decía: 'Pero siento deseos de tomar más té' y de pronto, como por iluminación ¡comprendía que habiéndose saciado ella de té yo no me había saciado aún! Y me avergonzaba de haberme dejado engañar por 'mamá' y de verla reírse de mi ingenuidad.

Confusiones de ese género ocurrían con frecuencia. No sabía yo de quién se trataba, si de 'mamá' o de mí, de mí o de ella.

Otra cosa frecuente era la de disociar la parte de mi cuerpo que me dolía: por ejemplo, si me dolía un diente iba con 'mamá' y le decía: 'Mamá, hay un diente que hace de las suyas, ¡dile algo!' Y 'mamá' contestaba: 'Diente: ¿quieres dejar tranquila a la pequeña Renée? ¡Mamá te lo manda! Vas a aceptar el remedio que te voy a dar y vas a dejar dormir a Renée. ¿Comprendiste, diente?' Y yo respondía por el diente: 'Sí, mamá.'

Esta personificación de las partes enfermas de mi cuerpo me aliviaba mucho, porque cuando algo me dolía experimentaba temor de lo que sucedería e incluso temía un ataque a mi personalidad. Concebía al dolor como a un intruso, un extraño y al mismo tiempo sentía lástima por la parte enferma; entonces la disociaba e iba con 'mamá' para que alejase el dolor que me impedía dormir y para curar la parte adolorida.

Pero poco a poco llegué a no considerar el dolor como producto de un sortilegio sino como un fenómeno natural, perteneciente a la realidad; y la unión de mi cuerpo a mi persona se efectuó definitivamente.

Más difícil de eliminar y algo que subsistió por mucho tiempo fue la costumbre de decir: 'Tengo miedo del lobo' o 'Die Polizei', palabras que pronunciaba cada vez que estaba angustiada. En realidad, cuando decía: 'Tengo miedo del lobo' o 'Die Polizei', no me representaba al lobo ni a la policía, ni temía al uno o a la otra, y naturalmente no me tranquilizaba cuando los demás trataban de calmarme asegurándome que no había lobos ni policías o que ellos me defenderían. Estas dos expresiones no eran sino imágenes muy vagas para expresar mi miedo. El 'lobo' quería decir algo grande, negro, que grita 'Hu, hu' y que produce angustia, pero yo no veía lobos ni pensaba en ellos.

Una vez más fue 'mamá' la única en comprender la angustia difusa que se disimulaba detrás de esas imágenes vacías de sentido y me apaciguaba diciendo: '¿Por qué estás angustiada? Nada va a sucederte, pues aquí está mamá. ¿Pensaste algo que te atemorizó?' Efectivamente, las más de las veces había pensado que 'mamá' podía morir; luego había olvidado esa idea y sólo la angustia había subsistido. La pregunta de 'mamá' precisaba la idea causante de esta última y la hacía desaparecer.

Pero estos fenómenos no eran nada al lado de lo que había sufrido antes y además desaparecieron totalmente.

La realidad se convertía cada vez, podría decir, en algo más real,

y yo me volvía más independiente y sociable. En la actualidad acepto toda la personalidad de la señora Sechehaye y la quiero por ella misma, le debo infinita gratitud por el tesoro que me otorgó al devolverme la realidad y el contacto con la vida.

Sólo quienes han perdido la realidad y vivido por años en el país inhumano y cruel de la Iluminación, pueden saborear el goce de vivir y medir el inestimable valor de ser parte de la humanidad.”

II. INTERPRETACIÓN

1. ETAPAS DE LA DESINTEGRACIÓN DEL YO

LAS confidencias que Renée nos ha hecho con notable introspección sobre el estado de su vida interior durante su enfermedad, plantean numerosos problemas, todos ellos muy interesantes: el problema de la aparición de la enfermedad, el de la percepción de la realidad por el enfermo mental, el de las relaciones entre el delirio y la alucinación, etc. No trataré aquí sino uno de ellos que me parece esencial: el problema del Yo.

En efecto, al contrario de la neurosis, la esquizofrenia parece ser ante todo una enfermedad del Yo. Evidentemente, en el campo de conciencia del psicótico se presenta una irrupción del inconsciente; ahora bien, esta invasión no puede ocurrir sino a expensas de una desintegración del Yo.

En la Parte primera, "La realización simbólica", mostré la importancia que tienen los impulsos primarios, en especial los orales y los agresivos, en el origen "psicológico" de la psicosis. Los dejaré de lado, sin retirarlos de mi pensamiento, puesto que es de ellos de donde el Yo ha extraído los elementos energéticos con los cuales se elaboran los síntomas delirantes y alucinatorios. Por lo demás, si algunas partes del Yo de Renée se detuvieron en una etapa infantil desde antes de su enfermedad, fue porque se quedó fijado en la época del destete: obligado a renunciar a la madre en la realidad, compensó este sacrificio intolerable convirtiéndose en su propia madre imaginaria, por decirlo así; es decir, retrayéndose en el autismo. Al no aceptar el destete afectivo, modelo de todos los sacrificios ulteriores, el Yo de Renée no consiguió alcanzar el grado de renuncia necesario en la vida social, por lo cual ofrecería, a la edad de las responsabilidades adultas, una permeabilidad a consecuencia de la cual estallaría la psicosis.

Pero el problema del Yo psicótico es tan vasto y complejo que aquí también me atenderé tan sólo a ciertos puntos bien definidos que he podido estudiar en el caso de Renée: a lo referente a *la desintegración del Yo por la enfermedad y su reconstrucción por el método de la realización simbólica*.

A. PROCESO DE LA PERCEPCIÓN PATOLÓGICA DE LA REALIDAD

Por la introspección de Renée sabemos que el primer síntoma subjetivo que la afectó se refirió únicamente a la percepción de la rea-

lidad: de pronto los objetos se volvieron inmensos, recortados, irrelacionados; el espacio le pareció ilimitado y la angustia la invadió.

Este fenómeno de extrañeza, de irrealidad, era al comienzo un fenómeno particular, pero después se extendió a la percepción de todas las cosas y aun de las personas, progresión que coincide exactamente con la agravación de la enfermedad.

Pero, ¿cómo se puede explicar este fenómeno, tan doloroso para la paciente, caracterizado por el destacarse de los objetos y por la impresión de inmensidad y de cinematografía? Creo que sus causas residen en el propio Yo.

Se trata de un desequilibrio energético que se produce en el Yo; algunas de sus partes, que se relacionaban con ciertos objetos, han dejado de ser alimentadas por la energía libidinal y carecen por tanto de vida, de calor. Inicialmente, tan sólo se ven afectados unos pocos sectores del Yo, razón por la cual Renée tiene este sentimiento de extrañeza solamente en ocasiones determinadas: en la escuela y en la calle, o sea en aquellos lugares que tienen un aspecto social. Los primeros sectores del Yo que operan una regresión son precisamente los que están en estrecha relación con la sociedad; entonces toda la energía, toda la libido, se retrae al Yo individual, al *ego*, dejando los sectores sociales desprovistos de afecto.

Así, el sentimiento de extrañeza que experimentó Renée puede considerarse como el primer signo de la desintegración del Yo: pérdida del sentido de la perspectiva y de la capacidad de síntesis, de la capacidad normal de percibir el mundo de los objetos en forma relativa dentro de un espacio unitario, descentrado y con una coordinación de puntos de vista.

Para nosotros, las personas normales, cada objeto tiene una relación con otro y con el fondo en el que se encuentra situado; además, asignamos una función utilitaria a los objetos que vemos: una silla sirve para sentarse; mientras que el enfermo en el que algunos sectores del Yo han perdido su energía, ya no sitúa los objetos en sus relaciones interindividuales; los intersticios que los separan y ordenan en planos diferentes son abolidos y consecuentemente cada objeto es percibido como un todo y aparece recortado, destacado, más grande, así como el propio espacio parece ilimitado, sin profundidad y sin leyes, sin planos sucesivos y sin tercera dimensión. Esta percepción *peculiar* de la realidad es la forma intelectual de la pérdida de la síntesis del Yo.

Pero este sentimiento de extrañeza responde a una causa afectiva: la angustia que lo acompaña es prueba de ello. En efecto, comprobamos que Renée experimentaba este sentimiento de irrealidad cada

vez que se rompía su contacto con la madre-analista, y vemos que la agresividad contra la madre era el motivo principal.

Así pues, la pérdida de la realidad proviene de dos fuentes estrechamente relacionadas entre sí: de una parte, en el estado de desintegración de su Yo, Renée no posee otro universo estable que el de su mundo interior en el cual la madre participa como persona (se convierte en una prolongación de ella misma para la satisfacción de sus deseos), y cuando por cualquier circunstancia no actúa de acuerdo con los deseos de la paciente, esta última ya no puede reconocerla; de la otra, aquello que aparenta ser una negativa de la madre-analista a satisfacer una necesidad básica de la paciente, despierta en ella una violenta agresividad que ocasiona la ruptura del contacto afectivo. Incapaz de osar proyectarse sobre el objeto amado, esta agresividad retorna a su punto de partida, es decir que el Yo determinará una fuerte culpabilidad, inherente al realismo afectivo.

Además de la agresividad existe otra causa determinante de este sentimiento de pérdida de la realidad: la no aceptación de la madre como ser social y autónomo; ahora bien: ¿qué es la madre social si no es la realidad misma?

Como Renée no puede aceptar la madre social, rompe con la realidad y algunas zonas de su Yo pierden la energía libidinal, fuente de la vida. Las partes sanas del Yo experimentan el sentimiento de irrealidad y luchan contra él y por esto la pérdida, así sea parcial, del sentimiento de realidad trae una sensación de grave inseguridad y de abandono que parece ser una pesadilla.

B. LOS MECANISMOS DE DEFENSA DEL YO PSICÓTICO

A medida que seguimos la evolución de la enfermedad a través de las confidencias de Renée, observamos que sectores cada vez mayores del Yo pierden las fronteras que los separan de la realidad: Renée confunde su Yo con el no-Yo, estado al cual Baldwin denomina adualismo.

También el desequilibrio entre la asimilación al Yo y la acomodación a la realidad aumenta progresivamente, por más que Renée ya no tiene conciencia de su subjetividad. Privada de esta posibilidad de hacerse consciente de las impresiones interiores, las proyecta en el mundo exterior y de este modo varios elementos internos, como el dolor, el miedo y la agresividad, se atribuyen a objetos inertes o a movimientos físicos que parecen tener una analogía con los movimientos internos.

De este modo el universo exterior se va trasformando en una función del Yo, por la incapacidad de localizar en la conciencia las impresiones recibidas.

Pero este desbordamiento de elementos internos en el mundo externo proviene también del exceso, de la violencia con que son experimentadas las impresiones: los impulsos primarios aterran al Yo que ya no se encuentra en condiciones de enfrentarlos y, en su debilidad, utiliza el único mecanismo de defensa de que dispone: la proyección.

Es la época "animista" de la enfermedad, que recuerda el estadio por el cual pasa el pensamiento infantil, tal como Piaget lo describió magistralmente, en el que las circunstancias externas no se disocian del universo interno del enfermo: el Yo carece de independencia, se disuelve en las cosas externas.

Por esta razón Renée oye su propia queja en los ruidos del viento y de los árboles, capta en ellos su sufrimiento y su hostilidad: "¿No trae el viento un mensaje de desgracia?" Pronto comprende que el viento va a hacer estallar la tierra; a duras penas se puede llamar delirio esta deformación de los datos exteriores en función del Yo, en la cual se distingue claramente uno de los mecanismos del pensamiento simbólico característico de las regresiones esquizofrénicas y semejantes al pensamiento infantil. Pero esta atribución de elementos internos a fuerzas de la naturaleza que parecen corresponder a movimientos del alma, constituye el núcleo del delirio que se establecerá posteriormente.

A medida que Renée pierde la conciencia subjetiva de sí, localiza más sus sentimientos en las cosas; los límites que separan al mundo interior del pensamiento del mundo exterior de la realidad, se matizan y luego se borran; los objetos se hacen amenazadores, viven, se burlan, la ridiculizan, pues están investidos de toda la agresividad que Renée sentía contra el mundo. Sólo el contacto con la analista la aliviaba momentáneamente y le hacía readquirir un poco de realidad; pero como por entonces yo no había elaborado aún la idea de mi método de la realización simbólica, no pude frenar el proceso de desintegración del Yo.

Poco después, el inconsciente hizo irrupción en el Yo de Renée bajo la forma de impulsos de agresividad y de un intenso deseo de retornar a la madre; la parte sana del Yo empleó todas sus fuerzas en reprimir esos impulsos inconscientes: entonces vino la elaboración del delirio, en el que la agresividad y el autocastigo se proyectaron en el Sistema, implicando la concepción de su actividad mental como exterior, como independiente de su conciencia y localizada en las

cosas; y de los pensamientos desagradables, como ecos, repeticiones y alucinaciones psíquicas.

Por esta época Renée atribuía los impulsos de automutilación y de autodestrucción a órdenes del Sistema, pero como ciertos sectores del Yo —desgraciadamente muy limitados— aún no estaban afectados, se ponían al servicio del instinto de conservación negándose a aceptar las órdenes del Sistema que el Yo psicótico sí obedecía; sobrevenía entonces una disociación que se traducía en un penoso sentimiento de comedia y falsedad coexistente con el de ser cabalmente sincera, dualismo que no desaparecería sino cuando todo el Yo hubiese sustituido íntegramente la realidad por un mundo imaginario.

Renée perdió toda conciencia de sí, por lo cual, a partir de entonces, dejó de tratarse como una persona para pasar a referirse a sí misma como al “personaje” a quien hay que hablarle en tercera persona. Y a mí tampoco me reconocía ninguna individualidad: no me reconocía, nos dice, sino como “mamá”, como “personaje”, el personaje de la mamá, lo único que ella deseaba y amaba.

Pronto la absoluta desaparición de los límites que separaban al Yo del Ello determinó la irrupción desordenada de toda la agresividad que la enferma escotomizaba con gran dificultad. Fue en esta época cuando comenzó a localizar las “voces”, como ella dice, en el fondo de su habitación; ahora bien: con admirable introspección y sinceridad ella nos confiesa que no oía ruido alguno, ni palabras, ni voces, ni cuchicheos y, sin embargo, se comportaba como si hubiera tenido verdaderas alucinaciones auditivosensoriales; ¿cómo, pues, explicar esta paradoja? En su libro *La alucinación*, De Quercy nos cuenta que hay enfermos cuyo comportamiento alucinatorio en realidad corresponde a la percepción de muy pocas cosas o de ninguna de ellas y que se debe a la interpretación de pensamientos. No parece que éste sea el caso de Renée: ella ya no experimentaba en esta época ningún fenómeno de eco o de repetición del pensamiento sino que se enojaba y respondía a alguna cosa *inexistente* desde el punto de vista sensorial, que localizaba siempre en el mismo sitio. Creo que se puede interpretar este fenómeno como un estadio de alucinación intermediaria situado entre la alucinación psíquica y la alucinación sensorial propiamente dicha. Psicológicamente se le puede interpretar como una irrupción de lo rechazado que desborda las capacidades de un Yo en estado de disgregación: éste reconoce en lo rechazado elementos inaceptables y los proyecta inmediatamente al exterior. Demasiado agitado por el estallido de la psicosis, el Yo todavía no ha tenido tiempo de elaborar estos sentimientos, estas

tendencias inconscientes, en forma verbal simbólica tolerable, como lo sería la alucinación auditiva temática con todos sus caracteres de localización espacial y sensorialidad; va a la carrera: proyecta al exterior lo que lo horroriza y se indigna contra los sentimientos inconscientes así exteriorizados; casi podría decirse que se trata de "alucinaciones inconscientes". Más tarde, el Yo elaborará estos elementos rechazados en forma de expresiones verbales y Renée, de manera auténticamente sensorial, oirá voces; tendremos entonces verdaderas alucinaciones auditivas.

Como lo expuse en la Parte primera, Renée no podía amarse porque su madre le había negado el alimento, es decir, el amor. Ahora bien: cuando el Yo carece de energía libidinal proveniente de la introyección del amor materno, las fuerzas destructivas pueden fácilmente invadirlo, puesto que, como lo dijo Freud, existe una intrincación de los impulsos: cuando los libidinales se ven frustrados, los de conservación pierden su energía defensiva y abandonan el Yo a los impulsos autodestructivos. El maestro de Viena vio en estos últimos una manifestación del instinto letal que se relaciona con el masoquismo primario.

Y a causa de estos impulsos, Renée no quería ya vivir y buscaba constantemente la forma de destruirse; su mismo delirio tomó en cierto momento un matiz melancólico. En cuanto a la intolerable culpabilidad que pesaba sobre la enferma como una agobiante carga, no se la puede considerar sino como efecto de un Super-yo cruel y castigador.

Estos sentimientos de culpabilidad y de autocastigo, aunque situados en un primer plano de la sintomatología psicótica, no constituyen sino una superestructura; son, apenas, epifenómenos. Efectivamente, todo el conflicto de Renée se desarrollaba sobre el plano oral, muy anterior al de Edipo, época en la que se constituye el Super-yo. En el caso de Renée, se trata de una culpabilidad primaria derivada de su "realismo afectivo", o sea, de este "nuevo e importante aspecto del realismo que Odier pone al descubierto en su hermoso libro *La angustia y el pensamiento mágico*. Ahí escribe el eminente psicoanalista de Lausana: "El realismo afectivo puede ser considerado como un aspecto esencial de la vida del niño en cuanto que él se imagina que todas sus alegrías y sus dolores son determinados por causas exteriores y que su felicidad o su desgracia dependen de la intervención de los seres y de las cosas que lo rodean."¹⁴

¹⁴ Charles Odier, *L'angoisse et la pensée magique* (Neuchâtel: Delachaux & Niestlé, 1948), p. 19. [Trad. esp.: *La angustia y el pensamiento mágico* (México: Fondo de Cultura Económica, 1961), p. 22.]

En su mentalidad prelógica, Renée se dice: "Mamá no me alimenta, luego ella no quiere alimentarme. Así pues, es malo y pecaminoso seguir deseando la comida materna que se me rehúsa y estar enojada es todavía peor."

Como consecuencia de esta argumentación prelógica, el Yo encuentra una prueba de la culpabilidad en la propia existencia de los impulsos autodestructivos. Finalmente, la agresividad contra la madre mala, que no ha osado manifestarse directamente, regresa a su punto de partida, al Yo, reforzando así los impulsos de muerte.

La enferma nos cuenta cómo, cuando yo le ordenaba al monito que hacía las veces de su doble, que mantuviera los brazos bajos, los impulsos destructivos desaparecían; este hecho nos prueba las relaciones existentes entre los impulsos destructivos y la libido.

Por el mecanismo de la participación presimbólica mágica, la enferma proyecta sus impulsos sobre el mono, que es al mismo tiempo ella misma; ahora bien: si la madre-analista baja los brazos del mono, ordenándole tenerlos bajos, esto significa para Renée que la madre se opone a que ella se haga daño, que la madre le permite vivir; y esta prueba de amor que le es dada en términos mágicos, los únicos que ella puede comprender, constituye una pantalla narcisista lo suficientemente poderosa para inhibir momentáneamente los impulsos destructivos.

Pero no se podía sino esperar que dicho proceso de protección exógena, correlativo al acto mágico de bajar los brazos del mono, fuera sólo un paliativo.

C. LAS FUENTES ORALES DEL SENTIMIENTO DE REALIDAD

Para sacar a Renée de los lazos de los impulsos primarios era necesario atacar las causas mismas de éstos, y no sus efectos secundarios. Sólo cuando yo comprendí que debía satisfacer el intenso deseo de comida materna, pude librar a Renée de la agresividad y de los impulsos autodestructivos: dándole a horas fijas un pedazo de manzana que participaba simbólicamente del seno materno, satisficiera la necesidad primaria, necesidad que había persistido a través de la edad adulta y mantenido al Yo en un estado de regresión profunda. Al sentirse por primera vez amada en los términos que le convenían, es decir, en la forma mágica, Renée experimentó un maravilloso sentimiento de realidad que la admiró y a la vez la encantó. Por un toque de varita mágica la percepción normal de la realidad sustituyó a la percepción mórbida: en vez de ver las cosas y las personas recortadas, inmensas, aisladas, sin relación ninguna

entre ellas, las vio en su dimensión normal y en sus relaciones interindividuales: invistió la realidad de la energía libidinal tomada de las fuentes del amor materno. Esta realidad era "cálida", "viva", como nos dice ella, porque había sido investida de afectividad.

El delirio y las alucinaciones desaparecieron; pero sobre todo la terrible angustia, provocada por el nacimiento de los impulsos en el Yo impotente, fue remplazada por un agradable sentimiento de seguridad y de protección: "Yo soy amada."

El establecimiento de un contacto entre Renée y su madre-analista, aunque limitado al plano oral solamente, reconquistó para la enferma el sentimiento de realidad. En efecto: la madre-alimentadora ¿no es acaso la primera forma del no-Yo? ¿Y no es ella la fuente de toda realidad ulterior?

D. NUEVOS TRAUMATISMOS Y REGRESIÓN TOTAL DEL YO AL ESTADO FETAL

Desgraciadamente, en ese momento mi método estaba aún lejos de ser sistemático y cometí un error al querer independizar demasiado pronto a Renée, y el contacto entre nosotras se rompió. Además, la brusca partida de su enfermera despertó un profundo complejo de abandono. Un día que ella se negaba a comer, en lugar de insistirle como debí hacerlo, le sugerí que podía dejar su comida si no tenía hambre. Renée interpretó mis palabras como una orden materna de no comer, y, por consiguiente, de no vivir, y la consecuencia fue una violenta crisis de agitación en la que se desataron todas las fuerzas autodestructivas que invadieron al Yo indefenso y desprovisto de la protección del amor materno. Renée nos cuenta que cayó en un estado que estaba más allá de cualquier pensamiento y del lenguaje: la regresión provocada por esta crisis, la llevó en efecto hasta la fase más primitiva: la fase fetal. Su único deseo era el de retornar al cuerpo de la madre e intentaba realizarlo con el suicidio. El Yo desintegrado, abandonado a los impulsos de muerte, no contaba con fuerzas ni para reconstruir la estructura patológica que antes había elaborado. Fue así como el delirio y las alucinaciones reaparecieron sin acento emocional y se redujeron a estereotipias, a perseveraciones verbales y a automatismos. Al no participar en el esfuerzo estructural del Yo psicótico, los afectos regresaron a un estado bruto y se hicieron más violentos: era la época en que las apariencias permitían suponer un rápido encaminamiento hacia la demencia afectiva; fue entonces cuando le dio por hablar, como nos lo cuenta, en "lenguaje", término bastante im-

propio para traducir la realidad, pues los fonemas de los cuales se servía y que se reducían a algunas sílabas, siempre las mismas ("ichtiú, rait, ovede, gao", etc.), no poseían ninguno de los caracteres propios del signo o el símbolo verbal. Para los lingüistas, el signo es un significante *arbitrario* ligado por la convención social a su significado, mientras que el símbolo es un significante que posee una semejanza con su significado (por ejemplo una metáfora). En el lenguaje de Renée no había nada de esto: los fonemas no tenían ninguna traducción conceptual o afectiva; no se les podría considerar ni siquiera a la altura de los esquemas verbales de la terminología de Piaget, en los que el niño aplica una onomatopeya a todo género de cosas diferentes, puesto que en el esquema verbal existe, por primitivo que sea, un lazo subjetivo entre el fonema emitido por el niño y los objetos a los que se aplica, mientras que en el caso de Renée no existía ese lazo. Los fonemas constituían una expresión verbal de las más primitivas, nacida directamente del inconsciente y que reunía todas las características del símbolo: inconciencia, movilidad extrema con relación a la rigidez del signo e imitación senso-motora. Se los podría considerar como manifestaciones inconscientes, quejas y deseos infantiles y al mismo tiempo como una participación con el tono maternal que tranquiliza y consuela. Puede comprenderse por todo esto qué estado de regresión tan primitivo había alcanzado el Yo de la enferma.

2. ETAPAS DE LA RECONSTRUCCIÓN DEL YO

ACABAMOS de analizar etapa por etapa el camino recorrido por el Yo en su marcha hacia la desintegración psicótica. Desde el punto de vista psicoanalítico se puede concluir que esta regresión había llevado al Yo más allá de la fase oral, hasta la fase fetal. En todo fenómeno de desintegración es necesario distinguir, según la teoría de Jackson, un aspecto positivo y un aspecto negativo: la llegada a dicho estadio terminal presentaba esos dos aspectos jacksonianos, pues por una parte Renée realizaba su deseo de retorno a la madre por tentativas de suicidio (siendo éste el aspecto negativo) y por la otra lo realizaba por la retirada al absoluto autismo (aspecto positivo).

A. LA REALIZACIÓN SIMBÓLICA DEL ESTADIO FETAL, PUNTO DE PARTIDA DE LA RECONSTRUCCIÓN DEL YO

Fue en este estadio de regresión fetal cuando resolví intentar establecer un contacto entre la enferma y la madre-analista. Por esta época, gracias a las múltiples experiencias realizadas con Renée, había adquirido una certidumbre: la de que, si yo deseaba que mi método tuviese éxito, era absolutamente necesario tener en cuenta el estadio al que había regresado la enferma y no pasar al siguiente mientras la enferma misma no expresase el deseo.

Ahora bien: el estadio actual en el que se había fijado Renée era, como lo hemos visto, el estadio fetal, la fase de regreso a la madre. No es necesario decir que el Yo no existía ya como entidad consciente: la confusión entre el Yo y el no-Yo era completa y, por tanto, yo no podía contar con ninguna participación de la enferma. Por lo demás, en esta época ella parecía ya no reconocermé. Sin embargo, yo buscaba activamente la manera de crear un lazo entre nosotras, por débil que fuese, capaz de restablecer un contacto.

Partí de mi nueva comprensión, que para crear un contacto entre Renée y su madre-analista era necesario satisfacer la necesidad inherente a la fase a que había regresado la enferma.

Como consecuencia, puesto que ella deseaba retornar al cuerpo de la madre, era necesario ayudarla a realizar ese deseo y no oponerse a él. En efecto, hasta aquí yo no me había preocupado sino por el aspecto negativo de su deseo, es decir, no había sino sancionado sus tentativas de suicidio y la había protegido con camisa de

fuerza y muros acolchados; pero de ahora en adelante iba a apoyarme en el aspecto positivo de su deseo permitiéndole entrar en el autismo tanto como ella lo deseara. Aún más, iba a probarle que estaba de acuerdo con que ella retornara al cuerpo de la madre y aun a mostrarle que la satisfacción de su deseo dependía enteramente de mí: satisface, pues, este deseo casi fisiológico de Renée, sumiéndola en lo "verde", en el "estanque", como ella decía.

Debido a su enfermedad orgánica, Renée padecía fuertes dolores renales y hubo que aplicarle frecuentes inyecciones de morfina. Ahora bien, hasta el presente la aplicación de las inyecciones había estado a cargo del médico o de la enfermera, y cuando yo se las aplicaba por mí misma no le daba otro significado que el de una simple atención médica, pero entonces resolví servirme de la calma que proporcionaba la inyección para satisfacer el deseo de Renée. Un día que ella sufría dolores muy agudos e intentaba por todos los medios morderse y golpearse, le dije: "Mamá quiere que su pequeña Renée no sufra más: mamá quiere que Renée entre en el 'estanque', en lo 'verde' de mamá", y seguidamente le apliqué su inyección y bajé las persianas, mediante lo cual el dormitorio quedó oscurecido en una verde penumbra. Se lo hice notar a Renée: "Ves, mamá ha sumergido a Renée en lo verde, ahora ella puede estar tranquila." Una ligera sonrisa —la primera en mucho tiempo— apareció en los labios de la enfermita que ahora se durmió, relajada y con expresión tranquila.

La siguiente vez que experimentó sus sufrimientos, lloró diciendo: "Lo verde, lo verde se fue." Y por el mismo procedimiento volví a sumergirla en lo "verde".

La autorizaba así a permanecer en la completa pasividad, a gozar de la perfecta calma del niño que todavía no ha nacido; quería crear por este medio un vínculo, por primitivo que fuese, entre la enferma y la madre-analista.

Apenas Renée vio que su necesidad era satisfecha por la "mamá" y que la satisfacción dependía de ella, se vio obligada a fijar la atención sobre la fuente de su satisfacción y surgió un tenue lazo con el exterior.

En este instante, Renée estaba lista para una reconstrucción de su Yo. Ciertamente, no se puede pretender que en el estadio fetal que ella había alcanzado se tratara de la reconstrucción de un Yo autónomo. Sin embargo, al satisfacer su deseo de retorno a la "madre" por medio de lo "verde", del "estanque", yo la había obligado a fijar la atención sobre la "fuente" de su placer. Y de allí su expectación, es decir, una cierta conciencia de su dinamismo. Hasta

allí todo era confusión, desintegración, agitación. El deseo de volver a la madre no se disociaba de los impulsos autodestructivos. Pero de pronto Renée descubrió ciertas relaciones —globales aún, es cierto— entre su deseo y el objeto que lo satisfacía; percibió que cuando ella lloraba y gritaba: “El estanque se fue, Renée quiere lo verde”, yo me dirigía hacia ella y la volvía a sumergir en lo “verde”, en la madre, por medio de la inyección y luego, cuando mejoró un poco, por medio del ensombrecimiento de su habitación. Y así se estableció poco a poco una idea de causalidad —muy primitiva puesto que aún no disociaba la eficacia del fenomenismo— a la luz de la cual la madre no era sino la prolongación de su deseo, pero a medida que esta prolongación se repitió venturosamente, Renée comenzó a disociar los dos términos de la relación: concibió a la madre-analista como un centro de acción y le atribuyó los caracteres de la causa eficiente del placer. Hasta entonces no disponía sino de ella misma para obtener lo “verde”: lloraba y se quejaba: “Lo verde, lo verde”; ahora ya esperaba que la satisfacción de su deseo viniese de mí.

Cuando Renée mejoró físicamente y las inyecciones ya no fueron necesarias, continué sumergiéndola en el “estanque” con sólo oscurecer su habitación. Apaciguada su necesidad, la culpabilidad realista que sentía por querer entrar a pesar suyo en el cuerpo de su madre, desapareció y entonces la atención de la enfermita pudo fijarse en el objeto, en la fuente de su placer y comenzó a gozar con la presencia de la madre sin experimentar deseo de entrar en ella. Fue un gran progreso.

Había que aprovechar esta preciosa experiencia, que mostraba que la primera atención que la paciente fijaba en el mundo exterior provenía de la satisfacción de una necesidad fundamental.

B. CREACIÓN DE UNA NUEVA “IMAGO” DE LA ENFERMA

Mi objetivo principal fue en seguida el de ofrecerle a Renée una nueva “imago”, sobre la cual pudiese construir su Yo.

En el estado en que se encontraba no tenía sino impresiones corporales y afectivas, pero sin ninguna conciencia de su actividad subjetiva y por esto pensé servirme del mecanismo de *proyección*, mecanismo eminentemente inconsciente: tomé en mis brazos un muñeco (Moisés primero y luego Ezequiel) y le demostré mi más viva solicitud cubriéndolo, besándolo tiernamente, arrullándolo.

Al actuar de este modo le presentaba a René un modelo, modelo en el cual su Yo inconsciente pudiese proyectarse. Efectivamen-

te, como lo hemos visto, Renée no concebía las cosas y las personas sino como una prolongación de sí misma, comportamiento en el que se puede reconocer el mecanismo primitivo de la participación presimbólica mágica, que supone por fuerza una completa inconciencia de sí.

Durante un tiempo Renée se contentó con asistir pasivamente a los cuidados por mí prodigados a Ezequiel, gozando como espectadora. Pero a pesar de esta pasividad se había facilitado mucho alimentarla, sobre todo si yo "le daba el pecho" a Ezequiel inmediatamente antes de la comida de la enferma; posteriormente, un día se atrevió a recostar a Ezequiel con su propia mano sobre mi seno, observándome atentamente. Con este gesto estableció un contacto más estrecho entre su Yo y el símbolo, entre el significante y el significado, y cuando estuvo segura de que yo quería alimentar regularmente a Ezequiel, aceptó en lo sucesivo comer por sí misma.

Hemos asistido hasta aquí a lo que constituía una absoluta indiferenciación entre el Yo y el símbolo propuesto, pero a medida que el inconsciente de Renée se sintió seguro del amor de la madre-analista, la energía que hasta entonces estaba al servicio de los impulsos autodestructivos se liberó para transferirse al instinto de conservación del Yo, y Renée comenzó en ese momento, pero tan sólo en el plano oral, a diferenciarse de su símbolo, es decir, a aceptar directamente la comida que la madre-analista proporcionaba a Ezequiel. Sin embargo, el símbolo no había sido totalmente abandonado.

C. EL PROCESO DE IMITACIÓN AL SERVICIO DE LA FORMACIÓN DEL YO

Acabamos de ver cómo gracias a Ezequiel se elaboró una nueva "imago" de la paciente: "imago" de niño feliz y amado por su madre. Fue justamente en esta época cuando Renée comenzó a adoptar una nueva conducta, complementaria de la primera y que permitiría la paulatina reconstrucción del Yo: conducta centrada en torno al proceso de *imitación*.

Como se sabe, Baldwin concibe la imitación como una de las dos fuentes de la adquisición de conciencia de sí y de otro: la primera es la proyección. Para este autor, el niño toma conciencia de sí imitando el comportamiento de otro.

Por su parte Piaget, en su hermoso libro *La formación del símbolo en el niño*,¹⁵ expone la génesis de la imitación y su evolución

¹⁵ Jean Piaget, *La formation du symbole chez l'enfant* (Neuchâtel: Delachaux

en seis etapas. El eminente genetista de Ginebra subraya la estrecha relación que existe entre la evolución de la imitación y la de la inteligencia y muestra también, aunque implícitamente, la relación entre la imitación y la adquisición de la conciencia de sí.

En niveles primarios el niño no imita sino los movimientos que es capaz de ejecutar espontáneamente y, por tanto, no hay ninguna adaptación a nuevos modelos. A Renée le sucede lo mismo, pero en el plano afectivo: acabamos de ver que gracias al proceso de proyección la enferma pudo comer sola. Renée se copiaba a sí misma al copiar a su símbolo Ezequiel: en una primera instancia proyectó sus propias necesidades y deseos sobre el muñeco Ezequiel y, en una segunda, lo imitó hasta el punto de reproducir su comportamiento.

Piaget ha señalado esta conducta en el niño de un año a año y medio que proyecta su propio comportamiento (comer, beber) sobre animales y luego los imita reproduciendo sus actos. Él llama a esta fase de evolución del símbolo "estadio de proyección de escenas de imitación". Claro que en el niño el elemento de juego desempeña el papel principal en los fenómenos de proyección; pero tiene gran interés, para el conocimiento del Yo esquizofrénico, observar que existe una correspondencia entre la construcción del Yo infantil y la reconstrucción del Yo psicótico: ambos pasan por idénticos estadios desde el punto de vista fenomenológico y estructural, difiriendo profundamente desde el punto de vista funcional.

Pero examinemos la función del proceso de *imitación* propiamente dicho en la génesis del Yo de Renée.

Hasta aquí ella no había imitado sino a su doble Ezequiel, es decir, reproducía sus propias conductas ejecutadas previamente por el muñeco. Ahora su objeto de imitación va a cambiar y este cambio anuncia un gran progreso sobre la etapa precedente; pues reproducir el comportamiento deseado que se ha proyectado en su símbolo no implica aún ninguna acomodación al objeto, y por tanto la imitación se confunde todavía con la asimilación y la participación presimbólica mágica.

Pero en esta nueva fase de su evolución, Renée toma por modelo de su imitación a la madre, en este caso, la analista. Aquí comienza a instaurarse la imitación en forma verdaderamente independiente. Pero hay que comprender que si Renée empieza a imitar a la madre, no lo hace como "persona autónoma"; no copia uno cualquiera de sus comportamientos; su imitación se aplica a modelos

directamente relacionados con sus necesidades profundas y por tanto se limitará estrictamente al dominio de la comida.

En vez de permanecer pasiva frente a la madre alimentadora, como lo había hecho hasta entonces, Renée comienza a imitarla: así, en el momento de sus comidas repite cada frase que yo pronuncio y copia cada uno de mis gestos. Por ejemplo, al decirle: "Bebe tu leche, querida", pasándole la mano por la mejilla, Renée repetía varias veces seguidas: "Bebe tu leche, querida; bebe tu leche, querida", pasando su mano por su propia mejilla y pronunciando estas frases con seriedad, compenetrándose con el acento y la entonación que yo les imprimía.

En este estadio no se trata sino de una imitación senso-motora verbal, lo cual implica una confusión del Yo con el de la madre-analista; en cuanto a la repetición incesante de las mismas frases, puede explicarse como la realización de un trabajo de asimilación y de fijación de la conducta imitada.

En esta misma época, Renée imitaba también algunos de los movimientos que le interesaban para llevarme a ejecutarlos: como si la enferma atribuyese a su gesto un poder eficaz sobre la persona que ella quería hacer actuar de determinada manera. Así, cuando ella quería que yo la cubriese, hacía dos o tres veces el gesto de extender una cobija mirándome fijamente. En este caso la imitación servía para desencadenar o para hacer reproducir por parte de la persona valorizada el comportamiento deseado. Se notará en el acto que esta conducta se asemeja a las que Piaget ha descrito en niños de ocho a nueve meses y que llama "procedimientos de eficacia" o "procedimientos para prolongar un espectáculo interesante".

Lo mismo en el niño que en Renée, en este nivel no hay ninguna objetivación: todo gira en torno a la acción propia.

Sin embargo, una vez que, gracias a la repetición, la copia del modelo se ha fijado, se observa que la imitación se independiza poco a poco del modelo. Es, para hablar en términos piagetianos, la aparición de la *imitación diferida*, y Renée no necesita ya de la presencia de la madre-analista para copiarla. No: ella se asimila enteramente a su modelo y se convierte en su propia madre. Otra vez encontramos aquí lo descrito por Piaget en el niño en quien el gesto imitativo juega el papel de simbolizante, la persona imitada es lo simbolizado y hay una fusión de la imitación propiamente dicha y la asimilación al Yo.

Esta nueva facultad de imitar el modelo ausente significó para la evolución del Yo de Renée que comenzaba el trabajo de introyección de la madre, que el modelo no permanecería en el exterior

del Yo, sino que se interiorizaba progresivamente. Sin embargo, todavía era necesario un contacto físico que la ligara con el modelo ausente para reforzar la representación mental de la madre. Es decir, que la madre participase de la imitación por un intermediario proveniente directamente de ella y así Renée, cuando comía sola, necesitaba tener en su propia mano un papel sobre el cual yo había escrito las palabras que le dirigí en aquella ocasión; ella leía y releía varias veces las palabras escritas. Posteriormente el papel ya no fue indispensable y el modelo se interiorizó definitivamente, prueba de que el Yo comenzaba su organización estructural.

¿Quiere esto decir que Renée poseía ya un Yo semejante al de la madre y por consiguiente al de los demás? Claro que no, pues ella todavía se hablaba en tercera persona y se trataba como un "personaje". Antes y durante sus comidas declaraba: "Renée bebe su leche, mamá se la da", como si hablara de una tercera persona. Este comportamiento muestra que había llegado a la etapa asertiva, según la terminología de Pierre Janet, en la cual el sujeto se concibe como un personaje.

Pichon¹⁶ llama a esta fase "la persona voluminosa", en contraste con "la persona delgada", en la que interviene el Yo-Me. Para este autor, la "persona voluminosa" reúne el conjunto de caracteres que diferencian a un sujeto de otro, mientras que la "persona delgada" marca el centro de la personalidad en lo que hay de irreductible y de permanente y que simboliza el Yo personal.

Se notará que en el caso de Renée "la persona voluminosa" no tiene esta generalidad que Pichon le atribuye, sino que se presenta como entidad específica oral: podríamos decir que se trata de un "personaje oral".

La repetición de cada una de estas frases tiene por función, como Freud lo demostró, establecer un lazo sólido entre los contenidos pasados y los del presente; en este caso se trata de relacionar al personaje de Renée y la persona de la madre que ella imita, por lo cual, a la frase "Renée bebe su leche", agrega: "Mamá se la da."

La estructura de la personalidad es aún la de la participación, pero pronto, gracias al instrumento de repetición que consolida la interiorización del modelo y cuya significación afectiva es la de retener en sí misma a la madre amada, la enferma alcanza una nueva etapa: la de la *introyección de la madre*, que trae consigo el sentimiento de la conciencia subjetiva.

¹⁶ Edouard Pichon, "La personne et la personnalité vues à la lumière de la pensée idiomatique française", *Revue Française de Psychanalyse*, X, 3, París, 1938, p. 117.

Como dice Baldwin, la imitación es la fuente del *ego* y del *alter* a la vez, pues al copiar las acciones de otro el niño adquiere progresiva conciencia de sí mismo. Así, Renée adquirió conciencia de sí y la consecuencia inmediata fue la aparición del Yo personal. Pronto dirá: "Yo tomo leche, mi leche, mamá me la da", frases en las que se ve que aún tenía que fortalecer la introyección haciendo intervenir la palabra "mamá" y el complemento ("mamá me la da") como un último resto de participación verbal, que pronto desaparecerá del todo.

Cuando Renée se identificó enteramente con la madre pudo decir "Yo tomo": en ese momento ella se había independizado en el plano oral y del centro de su Yo surgió esa instancia única esencialmente específica y singular, el Yo personal, que corresponde a la conciencia de aquello que la persona experimenta como permanente e irreductible entre los diversos contenidos del Yo y que implica conciencia de libertad y de voluntad como prueba de que el Yo posee ahora una estructura y ha terminado su construcción oral. Renée ha dejado de ser un personaje y se ha convertido en una persona. La reconstrucción progresiva del Yo se efectuó gracias al doble proceso de la proyección sobre Ezequiel y de la imitación de la madre-analista.

D. CONSTRUCCIÓN DEL "YO CORPORAL"

Pero mientras que Renée tenía ya un Yo autónomo en el plano oral no tenía conciencia clara de tener un cuerpo, de ser corpórea. Ahora bien: el Yo es también un Yo corporal. Algunos filósofos modernos conciben el Yo primordialmente como la conciencia de ser corpóreo, de tener un cuerpo. También Piaget ha demostrado que en la medida en que el niño adquiere conciencia de sí, que se desubjetiviza, adquiere certeza de ser un cuerpo móvil situado en un espacio inmóvil en el cual existen otros cuerpos con los cuales se interrelaciona.

Es necesario todo un proceso para llegar a la noción de un ser móvil en medio de otros seres móviles situados en un espacio común, pues esta elaboración es a la vez intelectual y afectiva. Renée, como el niño, no se concebía identificada con su cuerpo, por eso hablaba de él como de un objeto ligado a ella pero independiente y cuando le dolía una de sus partes, la objetivaba desintegrándola del total. Así, no decía: "me duele el brazo", sino "al brazo le duele", como si fuera un personaje independiente; por esta misma razón le gustaba que le dijese: "Qué lindo cuerpo tiene ella, Renée, ¡qué limpio

estál"; a veces venía a mí diciendo: "Un diente hace de las tuyas, ¡dile algo!", a lo cual yo respondía: "¡Diente: vas a ser formal y dejar tranquila a mi pequeña Renée!" Ella, identificándose con el diente, concluía: "Sí, mamá, sí, mamá."

Esta maleabilidad del Yo que a la vez se disocia y se identifica con un órgano enfermo, prueba hasta qué punto el proceso de estructuración (ya completado en el plano oral) estaba por realizarse en el plano global de la personalidad y muestra también la importancia de la conciencia corporal para que se opere una verdadera síntesis del Yo.

En el niño, la inconciencia de ser un cuerpo proviene de la inmadurez intelectual; en nuestra paciente se debía a la desintegración del Yo y al retiro de la libido de su objeto. Renée no podía querer a su cuerpo mientras la madre-analista no lo amase: tuve que admirarlo, arreglarlo, cuidarlo para probarle que lo quería y que ella sintiese a su vez el derecho de amarlo. Como para la comida, Renée adoptó los dos mecanismos de proyección y de imitación y comenzó por desear vestidos bonitos, cuidados asiduos para Ezequiel y posteriormente copió mi comportamiento para con su propio cuerpo después de haberlo objetivado en Ezequiel; luego, como en el caso de la comida, imitó mis gestos y mis propias palabras admirativas frente a él. Por fin, reprodujo mis palabras y mis actitudes sin que le fuera necesaria mi presencia: la imitación en el plano "narcisista" se interiorizó, es decir, se introyectó en la madre; el modelo se convirtió en imagen con vida propia y determinó la imitación. Entonces ya dejó de objetivar su cuerpo y sin pensar en él lo identificó consigo; cuando le duele un diente o un pie, dice: "Me duele un diente, me duele el pie"; así como dice: "Me baño."

E. LAS BASES AFECTIVAS DE LA ESTRUCTURACIÓN DE LA REALIDAD

A pesar de su conciencia de ser "un cuerpo", aún no poseía la relatividad corporal, vale decir, no situaba su cuerpo en el espacio inmóvil que contiene a los demás; o, como dicen los lógicos: no poseía la *lógica de las relaciones*, pues concebía todas las posiciones y desplazamientos de los objetos con relación a ella misma. Así, para determinar los puntos cardinales, sin preocupación ninguna de las relaciones objetivas exactas, decía: "Frente a mí, el norte; detrás, el sur; a mi derecha el este y a mi izquierda el oeste", exactamente como si fuese un mapa geográfico, y se asombra de que los puntos cardinales fuesen tan móviles y variables con relación a la posición de su cuerpo, puesto que cuando giraba 90° a la derecha, aquello

que era el norte se convertía en el oeste, ya que el oeste se hallaba del lado de su brazo izquierdo.

Este ejemplo muestra hasta qué punto había llegado el egocentrismo geométrico de la paciente; encerrada en su propio punto de vista debía aún elaborar y estructurar el espacio.

La misma razón del egocentrismo explica el que Renée no comprendiese la perspectiva. Cuando viajábamos en auto y veíamos una montaña lejana, por ejemplo el Monte Salève,¹⁷ al acercarnos ya no la reconocía y preguntaba si era otra; al saber que era la misma, preguntaba con admiración: "Pero entonces ¿por qué cambia, por qué tiene esta forma?"

Este estadio de regresión de la enferma se parece mucho a las etapas que Piaget describe en su libro: *La construcción de lo real en el niño*.¹⁸ Pero Piaget atribuye esta insuficiente estructuración espacio-temporal a una evolución operatoria que está en construcción, en tanto que es interesante observar que una regresión afectiva puede producir fenómenos similares.

Veremos a Renée creando una estructura progresiva del Universo perceptivo en función del desarrollo afectivo. Así, para llegar a la "lógica de las relaciones" será necesario que establezca relaciones de persona a persona entre la madre-analista (objeto privilegiado y representativo de la realidad) y su Yo, pero para esto es indispensable que ella adquiera una noción capital: *la de la identidad permanente de la "madre"*. Efectivamente, hasta ahora Renée no reconocía a la "madre" sino como "madre", prolongación de ella misma; la englobaba en ella. Por eso, cuando yo enfermaba o recibía en mi casa visitas o pacientes o salía de compras, Renée no me reconocía y perdía el contacto con la realidad. Ella aún no había investido de libido los sectores sociales de la personalidad de la madre; pero a medida que la realización simbólica mágica satisfacía sus necesidades inconscientes, vemos disminuir el egocentrismo inicial y nacer la posibilidad de considerar los puntos de vista ajenos. También en este campo conseguí, gracias a la realización simbólica mágica, sacar de su autismo a Renée y permitirle a su Yo considerar el punto de vista de los demás.

Como nos lo relata, el hecho de comprobar por sí misma que ella tenía el poder de hacer retornar mi voz llamándola, con ocasión de una laringitis, le permitió aceptar por una parte mi enfermedad

¹⁷ Montaña cerca de Ginebra.

¹⁸ Jean Piaget, *La construction du réel chez l'enfant* (Neuchâtel: Delachaux & Niestlé, 1937). [Trad. esp.: *La construcción de lo real en el niño* (Buenos Aires: Proteo, 1965).]

y, por otra, le enseñó la posibilidad de buscar un remedio en la realidad.

Colocada ante una situación penosa al no reconocer esta nueva faceta de la madre, Renée no pudo aceptarla sino asimilándola, progresivamente y en el plano simbólico, a otras situaciones conocidas.

Al observar que podía hacer reaparecer la voz llamándola, Renée no temió desde entonces que la madre se le escapara dado que ya poseía la facultad de hacerla retornar según sus deseos.

Por medio del animismo, la angustia ante lo desconocido desapareció y Renée pudo establecer un lazo entre la madre conocida y la madre desconocida, es decir, la madre como individuo; fortalecido por la magia, el Yo pudo absorber de la realidad conductas adaptadas que le permitieron hacer retornar la voz. Comenzó entonces a aplicarme compresas, inhalaciones, a consultar las indicaciones de diversos medicamentos con la intención de determinar cuál sería el más activo, el más apropiado para el caso; en fin, empezó a comportarse como mi enfermera.

Así, sectores cada vez más importantes de la personalidad de la madre-analista fueron reconocidos e incorporados al Yo. Entonces Renée me reconoció bajo mis diferentes aspectos sociales de señora de casa que recibe visitas, de cliente en los almacenes, etc., porque en cada uno de estos comportamientos pudo establecer una relación entre la madre-alimentadora y la madre-social. Efectivamente, los primeros invitados a mi casa fueron la enfermera de Renée, a quien tanto amaba; después una niñita por quien ella se interesaba; posteriormente su médico. Y las primeras compras que me acompañó a hacer fueron las de objetos para su uso o regalos que ella haría; ella estaba, pues, en la propia fuente de mi comportamiento.

Muy pronto me reconoció en situaciones independientes de ella misma. No podía aceptar mi profesión de psicoanalista que atiende "casos", hacia quienes ella había transferido la agresividad acumulada contra sus hermanos y hermanas; pero la realización simbólica de su necesidad inconsciente le permitió tolerar que me ocupase de ellos, y luego aceptar amablemente su presencia e incluso llegó a interesarse por ellos y por mí misma; mi personalidad individual y social había sido definitivamente reconocida y englobada por el Yo; yo misma había adquirido a sus ojos mi identidad permanente. Los progresos que de allí resultaron fueron enormes: al establecer relaciones entre su Yo y la madre-social, Renée se puso en camino de la "lógica de las relaciones" y empezó a considerarse como una persona situada entre otras personas con los mismos derechos y deberes.

En función de este descentramiento gradual, Renée llegó a diferenciar cada vez mejor las impresiones internas del mundo exterior, desapareciendo la conducta mágico-animista y mágico-artificialista para dar lugar a la conducta de adaptación social. Al investir de libido al mundo externo y a los demás, se restablecieron los límites entre el Yo y la realidad y las relaciones recíprocas entre el Yo y los otros. Al elaborar su Yo, elaboró paralelamente su universo.

Renée evolucionó lenta y seguramente hacia la disposición de renuncia y la objetividad del adulto.

Un Yo investido de la energía libidinal extraída del amor materno estaba listo para amarse a sí mismo y para vivir con independencia de su madre, suficientemente estructurado para estructurar la realidad y adaptarse a ella; pero sobre todo, podía investir de su afectividad cosas y personas: habiendo partido de una percepción del universo, sincrética, rígida y desolada, Renée había llegado a la visión de una realidad viva, móvil y relativista, que la hacía feliz.

3. CONCLUSIONES

A. VALOR DE LAS RELACIONES SIMBÓLICAS PARA LOS MECANISMOS FORMADORES DEL YO

HEMOS llegado al término de nuestro estudio, que hemos querido circunscribir al examen del Yo psicótico. Gracias a las confidencias de Renée hemos podido penetrar más allá del hermético simbolismo del delirio, de las alucinaciones, de la conducta esquizofrénica, tan desconcertantes todos por su ambivalencia y disociación. El análisis fenomenológico y psicoanalítico del periodo de lactancia, del periodo de ataque de la enfermedad y del estado de psicosis esquizofrénica, nos ha mostrado de manera indudable la importancia extraordinaria del papel de la *frustración* en la desintegración del Yo. Prácticamente podría decirse que a ella se debe la responsabilidad de la debilidad inicial del Yo, la cual favoreció la psicosis.

Lanzada a la vida con una necesidad fundamental que exigía ser satisfecha, René no pudo jamás adaptarse verdaderamente a la realidad y en la proximidad de la edad adulta no pudo aceptar la complejidad del mundo exterior, por lo que se retrajo a una etapa infantil de su desarrollo. El primer signo de esta regresión del Yo fue la percepción extraña de la realidad que la angustió tanto; a medida que la enfermedad disgregaba su personalidad, el universo fue perdiendo su estructura espacial hasta ser finalmente remplazado por otro, subjetivo y movedizo. Esta pérdida progresiva de la realidad proviene de la retirada de energía libidinal efectuada por el Yo en favor de la elaboración del delirio y las alucinaciones. Pero, repentinamente, gracias a la realización simbólica de la necesidad alimentaria, Renée volvió a encontrar el sentimiento de realidad que había perdido; la emergencia del sentimiento de realidad en plena psicosis parecería probar que la regresión no se había cristalizado tanto como se creía, sino que en sí misma dicha regresión poseía un dinamismo.

Sin embargo, a causa de la falta de sistematización del método y de los errores que ello provocó, hube de dejar zozobrar a Renée hasta el último grado de desintegración. Esta regresión total que la llevó hasta la etapa de organización fetal proporciona valiosas enseñanzas acerca del Yo y de las pulsiones.

Efectivamente, gracias a la disgregación de la personalidad hemos podido estudiar los mecanismos que sirvieron para la reconstrucción del Yo. Pero hay que señalar que estos mecanismos no poseían en

sí mismos ningún poder energético, sino que lo adquirieron una vez que las necesidades fundamentales fueron satisfechas. Había que reparar la frustración inicial sumiendo a Renée en "lo verde" es decir, autorizándola a mitigar su deseo de retorno a la madre: en función de esta satisfacción simbólica la enferma pudo prestar de nuevo atención a la realidad; a través de la madre-analista, fuente de la satisfacción de su necesidad, Renée pudo aceptar esta bienhechora realidad que se le mostraba. A duras penas nos atrevemos a llamar "realidad" a esta asimilación del mundo objetivo al deseo propio; sin embargo, fue el primer lazo que vinculó a Renée con sus semejantes: en ese momento, los impulsos autodestructivos fueron neutralizados por las tendencias libidinales extraídas del amor materno, y los mecanismos formadores del Yo pudieron entrar en actividad.

Es en verdad impresionante ver que el proceso de reconstrucción de la personalidad del enfermo es el mismo que el del niño: ambos utilizan los mecanismos de la *proyección* y la *imitación*; de los dos, el de proyección es el primero en ser utilizado por suponer la inconciencia de sí. Como Renée no había estructurado todavía un Yo, proyectaba muy fácilmente sus necesidades y sus deseos sobre el muñeco Ezequiel y, una vez reconfortada por el amor materno, la enferma adoptó el segundo mecanismo, más evolucionado que el primero; el de la *imitación*. Así Renée volvió a pasar por todas las etapas de la imitación por las que atraviesa el niño, hasta que se completó el proceso de introyección e identificación de la madre-amorosa, pero, según vimos, no se operó enteramente la síntesis del Yo hasta que la enferma tuvo conciencia de su cuerpo.

La conciencia de "ser cuerpo" parece indispensable para la diferenciación entre el Yo y el no-Yo, pues ¿acaso todas las percepciones que asaltan la conciencia no se efectúan a través del cuerpo? Por formar parte del sujeto y del objeto a la vez, el cuerpo tiene por función relacionar nuestro Yo con el mundo exterior y con los demás.

Mientras Renée no había adquirido conciencia de "ser cuerpo", muy difícilmente lograba distinguir sus propios fenómenos de los del mundo exterior. Así, como ella nos relata, cuando orinaba y al mismo tiempo llovía afuera, ella se preguntaba si podría detener toda esta agua que caía y ante su impotencia era presa de angustia. Su actitud ante los objetos alejados era igualmente típica al respecto: en lugar de levantarse para alcanzar el objeto que requería, le hacía una seña con la mano y esperaba que viniese hacia ella; ante la inercia del objeto, se admiraba de que fuese ella la que debía desplazarse. Lo mismo si se la besaba y se le reclamaba un beso en

reciprocidad: "Pero, ¿quién me besó —decía—, usted o yo?"; y si quería beber más y yo le respondía bromeando: "Pero si ya no tengo sed", ella no entendía la broma y replicaba con resignación: "¡Ah! sí, ya no tengo sed." Todo esto sucedía en plena convalecencia, ya sin ninguna manifestación psicótica, pero mostraba muy bien que el cuerpo no había adquirido aún su función de relación y separación simultáneas del Yo con el mundo externo.

Louis Lavelle, el eminente sucesor de Bergson, confirma perfectamente esta observación cuando dice: "Por esto el Yo no es nada fuera de su cuerpo y fuera de esta conciencia del universo entero, que sin el cuerpo no sería posible; no porque el cuerpo la produzca como un misterioso epifenómeno, sino que para que la conciencia sea posible, es necesario que nos distingamos del mundo y por consecuencia que tengamos un cuerpo limitado."¹⁹

Pero para que Renée adquiriera esta noción capital sobre la formación de su conciencia era indispensable que se liberara del realismo afectivo que pesaba sobre ella y formaba una sólida superestructura, toda hecha de intensa culpabilidad. En efecto, la ausencia de amor materno había impedido la formación de un narcisismo normal. Ahora bien: ¿de dónde toma el individuo este amor a sí mismo que le confiere confianza y seguridad en sí? De la introyección del amor de la madre. Se trata también aquí de la asociación de un impulso vital (del instinto de conservación) con la libido.

Ahora que Renée poseía un instinto de conservación normal, gracias a la satisfacción de su necesidad alimentaria, quedaba por proporcionarle una libido igualmente normal. De nuevo había que apelar a los procesos de proyección y de imitación: proyección de sus deseos (tener un bonito cuerpo, admirarlo, cuidarlo) sobre el muñeco Ezequiel, imitación del comportamiento de la madre-analista hacia el cuerpo del símbolo Ezequiel primero y, posteriormente, del propio cuerpo de Renée.

En el momento en que el realismo afectivo se hubo disuelto totalmente por el trabajo de introyección e identificación de la madre-analista, la síntesis del Yo de Renée se había realizado totalmente: toda la cantidad de potencial energético que investía los elementos formativos de la psicosis se desplazó para ponerse al servicio del Yo.

Este debía ordenar los impulsos en una jerarquía normal e invertir la realidad con la libido de que disponía; en lugar de formar

¹⁹ Louis Lavelle, *De l'être* (París: Alcan, 1927), pp. 156-57. Citado por P. Foulquié, *L'existentialisme* (París: Presses Universitaires de France, 1947), p. 128. [Trad. esp.: *Existencialismo...*]

mecanismos de defensa contra la invasión de los impulsos y negar la realidad demasiado dolorosa, el Yo libre y autónomo podría adaptarse cada vez mejor al mundo exterior.

Los dos grandes procesos del símbolo y de la imitación que jugaron un papel de primer orden en la reconstrucción del Yo, completaron su función esencial. ¿Quiere decir esto que desaparecieron sin dejar huellas? Su importancia en la génesis del Yo fue demasiado grande para que no se integrasen en una nueva estructura afectivo-intelectual de la personalidad.

En efecto, el símbolo que primitivamente constituía un sustituto del objeto se transformaría en imagen y luego en concepto. El pensamiento por imágenes fue una etapa característica de la evolución de Renée, pero a medida que ella estableció relaciones sociales primero con la madre-analista y luego con otras personas, utilizó cada vez menos el pensamiento por símbolos y por imágenes, para servirse cada vez más de conceptos operatorios. En el plano lingüístico, el símbolo se transformó en signo social, convencional y arbitrario (según la definición saussuriana)²⁰ y sobre el plano afectivo se transformó en identidad permanente y en diferenciación de los demás.

Por su parte, la imitación, inicialmente simple copia del objeto, se liberó progresivamente de la percepción y se convirtió en representación; a medida que Renée distinguía mejor lo que pertenece al Yo de aquello que pertenece al no-Yo, iba adquiriendo conciencia de su imitación: en este momento la imitación pasó a ser reflexiva, es decir, se integró a la inteligencia y a la afectividad y se puso a su servicio.

La ampliación de estos dos procesos se acompañó de una nueva capacidad para adquirir y estructurar, de un modo siempre más complejo y operatorio, el mundo de los objetos y de las ideas.

A los progresos en la elaboración de un universo sólido y permanente correspondió una nueva aptitud para razonar con los instrumentos adultos, como son la lógica de las clases y las relaciones y el hacerse consciente de esta actividad intelectual. Renée pudo apreciar allí el valor de su necesidad de verdad y objetividad, pilares de la investigación científica.

En el plano social, Renée, consciente de ser una persona autónoma que se diferencia de las demás, estableció una interrelación de su pensamiento con el de los demás; luego adquirió también concien-

²⁰ Ferdinand de Saussure, *Cours de linguistique générale*, publicado por Charles Bailly y Albert Sechchaye (Lausana y París: Payot, 1916). [Trad. esp.: *Curso de lingüística general* (Buenos Aires: Losada, 1945).]

cia de su actividad interior y finalmente fue apta para situarse en el punto de vista de otro y, por consiguiente, para comprenderlo.

Desde el punto de vista afectivo, la enferma debía superar una etapa importante: la de Edipo. Fijada en la fase oral, Renée no había jamás superado el complejo de Edipo, coronación de la evolución libidinal; debía, pues, pasar por este punto crucial. Lo hizo de modo muy fácil y normal: primero, se dedicó con vivacidad de espíritu y asiduidad a obtener la atención del marido de la psicoanalista; luego, cuando estuvo segura de ser amada "también" por el "padre", se volvió hacia la madre-analista para imitar sus conductas frente a él, pero siempre en el plano de los sentimientos.

Sin embargo, los sentimientos de culpabilidad edipiana existieron y se exteriorizaron en un sueño en el cual Renée se veía compitiendo afortunadamente con la madre-analista frente al "padre" en una justa oratoria, y veía a la madre alejarse de ella. Pero ¿no es esto un fenómeno normal? Por lo demás éste fue el único sueño de angustia edipiana que tuvo. Pronto su atención se desplazó hacia los profesores y los estudiantes, y ambicionó el matrimonio y la maternidad, tranquilamente, con la alegre esperanza de un "príncipe azul".

Así, en todos los planos de la actividad humana, Renée llegó al nivel del adulto normal, pero esta marcha ascendente hacia la conquista simultánea de su Yo y de la realidad pudo efectuarse gracias solamente a una desubjetivación progresiva, a un descentramiento de su *ego*. Y esta liberación del egocentrismo radical que la aprisionaba pudo operarse sólo debido a los dos mecanismos de la proyección simbólica y de la imitación; si ellos pudieron desempeñar su papel constructor en la formación del Yo, fue sólo en la medida en que le fue permitido suplantar las *frustraciones* iniciales, fuentes primarias de la aparición de la psicosis.

B. CONCEPCIÓN DINÁMICA DE LOS PROCESOS DE DESINTEGRACIÓN EN LA ESQUIZOFRENIA

He intentado demostrar constantemente, en el curso de esta exposición, las similitudes que existen entre el pensamiento esquizofrénico y el del niño.

Gracias a la disgregación esquizofrénica que simplifica grandemente los procesos psíquicos, hemos podido estudiar los mecanismos de formación del Yo, y no nos ha admirado observar que son los mismos que actúan en el niño; efectivamente, los procesos de proyección y de imitación por medio de los cuales el Yo se descubre y se

diferencia del no-Yo, son utilizados tanto por el enfermo mental como por el niño.

Podría preguntarse si no se debe establecer una relación más estrecha entre los penetrantes estudios que Piaget ha efectuado en los niños y los de los psicoanalistas. Ciertamente que no se trata de reducir la mentalidad esquizofrénica a los marcos de la mentalidad infantil: esto sería un error manifiesto, pues hay enormes distancias que los distinguen. Sin embargo, frente a un enfermo que, como Renée, ha efectuado una profunda regresión a las etapas primitivas de su evolución, ¿por qué no considerar los fenómenos que presenta a la luz de las teorías de Piaget, cuando de esta comparación podría sacarse la preciosa prueba de que lo que nos parece como proceso disgregador puede convertirse, bajo ciertas condiciones, en proceso rector? En efecto, todos los esquizofrénicos utilizan los mismos mecanismos de proyección, de participación, de condensación y de imitación para expresar su vida psíquica.

En lugar de dejar que estos mecanismos se pongan al servicio de los impulsos y de las construcciones delirantes, ¿no se podrían derivar y utilizar para intentar una reconstrucción del Yo psicótico? Si en el niño no constituyen sino un aspecto normal y natural de su evolución afectivo-intelectual, en el enfermo, como lo hemos visto, cumplen una función primaria: la de sustraerlo de la realidad frustrante para permitirle satisfacer una necesidad fundamental. Son estos aspectos los que debemos estudiar mejor para utilizarlos en una nueva psicoterapia, psicoterapia basada en la realización simbólica de las necesidades fundamentales del enfermo.

Espero que este breve estudio circunscrito en torno de la desintegración y de la reconstrucción de un Yo esquizofrénico, mostrará la importancia del conocimiento de los mecanismos formadores del Yo en la psicoterapia del esquizofrénico, dado que, si uno de los aspectos de la psicosis está constituido por la irrupción de impulsos inconscientes al campo de la conciencia, la desintegración del Yo parece ser seguramente una de las causas principales de esta invasión del inconsciente. Por ello, los psicoanalistas y los psico-genetistas, en vez de trabajar separadamente, deberían, por el contrario, formar una síntesis de sus métodos respectivos, síntesis de la que se beneficiaría inmediatamente el clínico en su psicoterapia de enfermos esquizofrénicos.

ÍNDICE

<i>Prólogo de la edición suiza</i>	7
<i>Prefacio</i>	9

Parte primera

LA REALIZACIÓN SIMBÓLICA

(Exposición del método)

1. Introducción	17
2. Anamnesis	20
Circunstancias familiares	20
3. El psicoanálisis clásico y la primera mejoría	28
A las tres semanas	29
A los tres meses y medio	30
A los 6 o 7 meses de análisis	31
4. Empeoramiento de la enfermedad mental	36
5. El periodo agudo de la enfermedad	44
Descubrimiento de la realización simbólica y su aplicación al complejo oral: las manzanas	44
Primer intento de aplicar el método para desarrollar el Yo: el pequeño mono, primer símbolo del Yo en el autismo	48
Segunda aplicación del método (continuación): el baño (por orden), símbolo del derecho al placer	48
Tercera aplicación del método (continuación): Moisés, se- gundo símbolo del Yo (en la realidad)	49
Aplicación errónea del método	50
A. Los pacientes, símbolo de los celos de los hermanos menores, complejo fraternal	50
B. Nuevo despertar del complejo de abandono (viaje de la enfermera)	53

C. Nuevo despertar del complejo de destete (la sugestión de no comer)	56
Cuarta aplicación del método (continuación): el tigre, símbolo de la agresividad oral	57
Quinta aplicación del método (continuación): Ezequiel, tercer símbolo del Yo (su desarrollo)	59
6. Periodo de los progresos manifiestos, debidos a los tratamientos simbólicos ininterrumpidos y sistemáticos	62
Primera realización simbólica: lo verde, abandono del autismo	62
Segunda realización simbólica: el globo símbolo del pecho de la madre	64
Tercera realización simbólica: los pequeños, símbolo del Yo (repetición)	64
Progreso en la "autoerótica" normal	65
Cuarta realización simbólica: las monedas de oro, símbolos del complejo anal	68
Quinta realización simbólica: el conejito, símbolo del derecho de vivir	69
Sexta realización simbólica: el huevo de pascua y el pulverizador, símbolos de la masculinidad	71
Séptima realización simbólica: las pacientes colgados, primer símbolo del complejo fraternal	73
Octava realización simbólica: las esferas doradas, segundo símbolo del complejo fraternal	74
Novena realización simbólica: los "tests", tercer símbolo del complejo fraternal	76
7. Resumen de los progresos logrados gracias a los símbolos	85
8. Terapia de las asociaciones mágicas	86
9. Reeducación	91
1. Despertar la confianza de la enferma	91
2. Infundirle valor	92
3. Adivinar sus necesidades e intereses	92
4. Satisfacer las necesidades del momento para despertar las siguientes	93
5. Despertar las nuevas necesidades en la fase adecuada	93
6. Desarrollar la atención	94
7. Dividir el día de la enferma en un orden temporal determinado	95

INDICE	213
8. Fomentar la actividad	95
9. Excluir métodos inadecuados	95
10. Encontrar la ayuda de una enfermera competente	96
10. El testimonio personal	97
Estado actual: pruebas externas de la mejoría y de la curación	98
11. Resumen de los factores que intervinieron en la curación de Renée	101
A. Factores físicos	101
B. Intervenciones psiquiátricas	102
C. Factores psicológicos	103
1. Persuasión sistemática	103
2. Re-educación	104
3. Sugestión sistemática	104
4. Influencia afectiva	104
5. Condiciones extraordinariamente favorables	105
6. El psicoanálisis clásico	105
7. Coincidencia casual de una curación espontánea con la realización simbólica	107
8. La realización simbólica	107
12. Epílogo	113
Apéndice	114

Parte segunda

DIARIO DE UNA ESQUIZOFRÉNICA

(Autoobservación de una esquizofrénica durante el tratamiento psicoterápico)

Introducción	117
--------------------	-----

I. AUTOOBSERVACIÓN

1. Aparición de los primeros sentimientos de irrealidad	121
2. Comienza la lucha contra la irrealidad	124
3. Riquette	130

4. Emprendo un psicoanálisis y encuentro una mamá	132
5. Me sumerjo en el sistema	134
6. El sistema me da órdenes y las cosas adquieren vida	138
7. Me internan, pero el sistema se fortalece y estoy a punto de perder a "mamá"	142
8. Me hundo en la irrealidad	151
9. Mejoro después de un viaje, pero una gran crisis me con- terna	154
10. Mi primer doble: el mono	159
11. El milagro de las manzanas	161
12. Aprendo a conocer mi cuerpo	166
13. El asunto de los pacientes desencadena todas las fuerzas autodestructivas	167
14. "Mamá" comienza a cuidar al bebé Ezequiel, pero debe dejarlo	172
15. Entro en el cuerpo de "mamá" y renazco en Ezequiel ...	173
16. Me instalo en la bella realidad	176

II. INTERPRETACIÓN

1. Etapas de la desintegración del Yo	183
A. Proceso de la percepción patológica de la realidad	183
B. Los mecanismos de defensa del Yo psicótico	185
C. Las fuentes orales del sentimiento de realidad	189
D. Nuevos traumatismos y regresión total del Yo al esta- do fetal	190
2. Etapas de la reconstrucción del Yo	192
A. La realización simbólica del estado fetal punto de par- tida de la reconstrucción del Yo	192
B. Creación de una nueva "imago" de la enferma	194
C. El proceso de imitación al servicio de la formación del Yo	195
D. Construcción del "Yo corporal"	199
E. Las bases afectivas de la estructuración de la realidad	200
3. Conclusiones	204
A. Valor de las relaciones simbólicas para los mecanismos formadores del Yo	204
B. Concepción dinámica de los procesos de desintegración en la esquizofrenia	208

La realización simbólica y Diario de una esquizofrénica:
exposición de un nuevo método psicoterapéutico, de M. A. Sechehaye,
se terminó de imprimir y encuadernar en abril de 2008
en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA),
Calzada San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F.
La edición consta de 1 000 ejemplares.